

EL REGALO FUE ENCONTRARTE

Sergi Navarro



vídeo

Tabla de contenido

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24

- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34
- 35
- 36
- 37
- 38
- 39
- 40
- 41
- 42
- 43
- 44
- 45
- 46
- 47
- 48
- 49
- 50

- 51
- 52
- 53
- 54
- 55
- 56
- 57
- 58
- 59
- 60
- 61

© Sergi Navarro, 2020

Fotografía de portada de Luis Martínez

Impresión:

UNO
EDITORIAL

unoeditorial.com

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio,
no autorizada por los autores y editores viola derechos reservados.

Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

Nos recuerdo en Prachuap, en la cama del hotel,
frente a la bahía, pidiéndome entre risas
y mezclados con las sábanas que te regalara una canción.

El regalo fue encontrarte, que este libro sea
el minúsculo tributo a lo que significas.

Yo, más.

Tuviste una oportunidad, estimado Risto, fuiste capaz de meter a Nuria de nuevo en un plató de televisión, pudiste hacerle la entrevista que merecía la ocasión, pero la desperdiciaste.

Es verdad, y convendría aclarar, es de justicia hacerlo, que lo hubieras tenido difícil, por no decir imposible. Es fácil que Nuria jamás te la hubiera concedido, ni a ti ni a nadie, ella no hubiera desgranado en antena los motivos que la llevaron a abandonar el mundo de la televisión. Escribo, además, estas primeras líneas con la incertidumbre de que llegues a este punto, de que leas este manuscrito.

A fuerza de ser honestos, nunca hubieras grabado la entrevista, aunque tu equipo contara con el olfato necesario para encontrarla y presentártela, aunque la hubieran adivinado el día que contactaron con ella, aunque hubierais percibido que el momento requería sentar a Lydia y Nuria en el *Chester*, mostrar las dos caras de una misma moneda, aunque se os hubiera encendido el pilotito, no hubiera sido posible.

Si esta novela, romance, que aquí empieza y pretende suplir la entrevista que no hiciste, estimado Risto, si este libro viera la luz un día, será porque fue diseñado como herramienta en la lucha contra el cáncer, solo así Nuria aceptará publicarla.

Querido lector, si este manuscrito ha llegado a tus manos y optas por plantarte ahora y aquí, si tu tiempo es demasiado valioso para seguir avanzando, adjuntamos el enlace en forma de QR que te llevará a la Fundación de la Asociación Española Contra el Cáncer en la que realizar tu preciado donativo. La lucha es el cáncer hormonal; el objetivo, encontrar la solución definitiva.



[Enlace web](#)

Querida lectora, si ya viste la última de *Paquita Salas* y prefieres acompañarnos en este sinuoso viaje antes que repetir temporada de *Urgencias*, sudaremos tinta para que valga la pena.

Catalogar y presentar recuerdos es una tarea excesiva, tortuosa, ciclópea; perder el hilo, errar, es tan sencillo, mantener el equilibrio tan complicado, casi imposible, más cuando las historias pertenecen a terceras personas, memorias prestadas que se convierten en propias por la acción del tiempo y que el cariño irremediabilmente barniza, resultando no tan precisas, seguramente más seductoras.

El día que tu chico, David, estimado Risto, enviaba un mensaje para que Nuria entrara en falso directo en *Chester*, tu programa, con la excusa de sorprender/homenajear a Lydia Bosch por sus méritos televisivos, yo esperaba junto a ella en la apergaminada sala de espera de la clínica de siempre a que la enfermera de turno se acordara de su nombre.

Debía superar el polígrafo, vencer a la odiosa máquina, someterse al implacable escrutinio y resolver definitivamente el porqué de sus continuos dolores de espalda.

Fue una sorpresa, pura casualidad, que Nuria leyera el mensaje de Facebook en su teléfono; justo había instalado la aplicación por la mañana, unos minutos antes de salir de casa. Mira quién me escribe, dijo, mostrándome la pantalla curva de su nuevo Samsung.

(Me permito un aparte, estimado Risto, si cualquier gestor de cualquier marca o multinacional se sintiera interpelado en este punto o en cualquier momento de la narración, sus responsables de marketing vayan inmediatamente a la página anterior y saquen la chequera; el mundo se lo agradecerá con una sonrisa.)

—¿Quién te escribe? —le contesté. Apenas distinguía una cara joven en un marco redondo de una pantalla Samsung demasiado curva.

—Son los del *Chester*, quieren que vaya —dijo, recolocándose en la silla de plástico desgastadísimo de la consulta.

—¿Jose y Vicente? —contesté extrañado—. Vicente está mucho más cascado que tu chico.

Aclarar que Jose y Vicente son una pareja de amigos y residentes en Alicante, vecinos nuestros que regentan, comparten, una tienda de ropa en un pueblito cercano, Man-Chester, no tengo claro si en tu honor o porque sorprendentemente se enamoraron del juego de palabras.

—No, hombre, no —contestó Nuria, dibujando una media sonrisa, sin fuerzas ni ganas de regalarme una sonrisa entera—. Me escriben del *Chester*, el programa de la tele, el de Risto Mejide, creo, creo que es el de Risto Mejide, ¿no? Cómo se llama el otro programa, el programa de ¿Évole?

—¿*Salvados*? —contesté, después de buscar en mi iPhone nuevo.

—*Salvados*, no, *Chester*, me ha dicho David —confirmó Nuria—. Quieren que vaya, parece ser que van a entrevistar a Lydia.

—¿A qué Lydia?

—¿A qué Lydia va a ser? —exclamó Nuria.

—A Lydia Bosch, claro, no hay otra —contesté, confirmando lo evidente—. ¿Y cómo te han encontrado?

—El Señor Facebook —contestó, confirmando de nuevo lo evidente, no estaba yo aquella mañana demasiado despierto.

—¿Quieres ir? —pregunté, procurando en vano recuperarme.

—Me apetece ver a Lydia —contestó Nuria—. Pero no me apetece lo demás —añadió, encogiendo las piernas para despejar el paso a una enfermera de ojos inyectados en sangre y al borde del desmayo que pretendía hacer girar una cama enorme, paciente incluido, en un rincón imposible—. Parece que le van a dar una sorpresa, imagino que será algo tipo *Sorpresa ¡Sorpresa!*, el programa aquel de Ana Rosa, ¿era de Ana Rosa?

—Diría que no —contesté, sin intención de sacar el teléfono.

—Ya me saldrá —continuó, extendiendo las piernas—. Por lo que me ha comentado David, será un *Sorpresa ¡Sorpresa!* Mi misión es aparecer en el plató, Lydia no tiene ni idea, soltar un *speech* de la tele, de sus inicios, del *Un, dos, tres...*, Chicho, de Mayra, y volvernos a casa.

—El pack completo —dije, para que Nuria asintiera con la cabeza.

—¿Te apetece? —me preguntó con los ojos puestos en la puerta del polígrafo.

—Ni fu ni fa —contesté; en recepción empezaba a berrear un teléfono rojo en busca de atención—. Es cosa tuya. Puede estar interesante, como tú veas. Si te apetece ir, vamos; si no te apetece ir, nos quedamos —zanjé, mientras la gigantesca recepcionista citaba a una paciente a dos meses vista—. Nos dará el aire, puede estar bien.

—El aire me da aquí —dijo Nuria, no muy por la labor de salir de casa.

—Ya, pero es el aire de la capital.

—Eso es verdad —dijo Nuria—. No tiene nada que ver.

—Vamos a Madrid —continuó—. Imagino que el programa lo grabarán en Madrid, ¿no? Las teles están allí, grabarán en Madrid. Vamos a Madrid, ves a Lydia, cambiamos de aires, salimos de aquí, nos paseamos, aunque sea un ratito, salir de aquí nos sentará bien, nos distraeremos, vamos a Madrid, ves a Lydia, nos da el aire, todo son ventajas.

—Podría ser bueno salir de casa, sí —dijo, no demasiado convencida—. Pero me duele la espalda, no sé si me apetece moverme.

—Bueno, si no quieres ir, no vamos. Madrid estará siempre ahí, ¿no?

—Seguramente —contestó Nuria.

—¿Nuria Carreras? —nos interrumpió una enfermera rubia de ojos negros y batín amarillento.

—Yo —contestó Nuria, levantando la mano como una colegiala.

—Es su turno —contestó la enfermera.

—Es mi turno —me dijo, levantándose de la troceada silla de plástico—. ¿Estarás aquí cuando vuelva?

Durante aquellos días previos al sí definitivo, un agudo y persistente dolor en la columna visitaba a Nuria con puntualidad suiza. A las once de la mañana llamaba a la puerta, se aferraba en la tarde y al caer la noche resultaba insufrible. Solo una ristra inacabable de calmantes lograba que conciliara el sueño durante un par de horas.

La esperada llamada, no la tuya, estimado Risto, la del doctor con los resultados de las pruebas nos amargaba la existencia. ¿Te apetece ir a Madrid?, le pregunté en la cama, acariciándole la espalda. ¿Quieres que vayamos? Si no quieres ir, no vamos. No hay nada firmado, no hay ningún contrato, no te sientas obligada, les decimos que no vamos y punto.

—Le he dicho a David que iría —me susurró bajo las sábanas, arañando el colchón, mordiéndose los dientes—. Cuenta conmigo, no voy a decirle a estas alturas que me tiro atrás, no voy a dejarle con el culo al aire.

—No es tu problema, Nuria.

—Ahora sí —me contestó inspirando profundamente—. Si ha recurrido a mí, seguro que es porque no va muy sobrado de gente.

—Es Lydia Bosch —dije—. Habrá gente de sobra para darle una sorpresa.

—Seguramente yo les salgo más barata.

—Pues que les den por saco, Nuria.

David llamaba al Samsung nuevo y redondeado entre tres y cuatro veces al día, su intervención giraría en base al *Un, dos, tres...*, los primeros años de Lydia, su juventud, su primera etapa como artista, y le urgía un vídeo resumen para que producción diera el okey definitivo.

Cargada de analgésicos, relajantes musculares, aceites esenciales de árnica y espráis de trementina, aislada en el baño, le daba vergüenza que la viera; ensayaba, frente a un móvil sin trípode y recostado torpemente en el espejo, su discurso. Volver a la tele le apetecía lo mismo que nadar entre pirañas con una herida abierta, pero era palabra dada.

Un miércoles, diría que un miércoles a mediodía, el programa se grabaría el lunes siguiente por la tarde, Nuria y David se darían el sí definitivo. No quería viajar sola, así que iríamos juntos, esa sería la única condición, que yo la acompañara y ellos corrieran con los gastos.

—Qué mal está la tele —me dijo, llevándose el micro del teléfono al pecho—. Estoy alucinando. Están pelados, no tienen un duro. Cómo ha cambiado el cuento, madre mía.

—O son de la virgen del puño —dije, subiendo el estor de la cocina. Fuera llovía, un día gris y sucio pretendía colarse a golpes por la ventana—. ¿No quieren pagar el billete? —le pregunté mientras removía un puchero de garbanzos con un cucharón de bambú traído de Japón en un antiguo viaje. Comeríamos cocido, sopa para la peque, la peque tiene dos años, se llama Alexia y es la sobrinísima de Nuria, la niña por la que su tía pierde literalmente el sentido—. ¿Qué ocurre? ¿No quieren pagármelo?

—No quieren, no —confirmó Nuria, descubriendo el micrófono—. Lo que vosotros veáis, David, lo que vosotros decidáis. Ya te he dicho que sola no voy, o viene mi pareja o no voy, no me

apetece pasar el día sola en Madrid, no quiero comer sola, viajar sola, es tan sencillo como eso. No sé, tampoco os estoy pidiendo ir a Madrid en jet privado. Me apetece ver a Lydia, darle una sorpresa para vuestro programa, claro que sí, quiero echaros una mano, pero no iré sola, me entiendes, ¿verdad? Me parece que no te pido nada del otro mundo, diría que no llega ni a exigencia.

—¿Qué les pasa? —pregunté, echándole una pizca de sal a la olla.

—Está bien, claro, espero a lo que decidáis, no hay problema —contestó, sin hacerme ni caso—. Pero, David, necesito una respuesta lo antes posible, el lunes es ya y de momento no tengo nada que hacer, me lo he reservado para vosotros, pero quiero organizarme. Como comprenderás, tengo una vida que atender.

—¿Tan mal está el tema? —pregunté, una vez hubo colgado.

—Horrible —dijo, recolocándose el almohadón de plumas en la espalda—. Este hombre me dice que por política de empresa solo le pagan el billete al invitado, que tú puedes ir, claro, puedes visitar los estudios y acompañarme, por supuesto, pero el billete corre de tu cuenta, ellos no pagan más de un billete, es política de empresa.

—¿Y?

—Pues no sé —dijo Nuria—. Esta mañana me hizo escribir un email a producción solicitando tu presencia. Ahora me llama para comunicarme que está haciendo lo imposible para que vengas, pretendía darme el teléfono de producción para que les llamara yo y les convenciera.

—¿Y qué les has dicho?

—Solo faltaba —exclamó Nuria—. No pienso llamar para convencer a nadie de que nos paguen unos tristes billetes a Madrid para salir en su programa.

—El mundo mata por salir en la tele —dije—. La gente va de rodillas a Madrid si hace falta para hacer de tronistas. No entienden que les pongas tantas pegas. No les entra en la cabeza.

—¿Tantas pegas? —exclamó Nuria—. Estoy alucinando.

—¿Entonces?

—Entonces, creo que no vamos.

—Eso que te ahorras —dije, añadiendo aceite ahora al cocido.

—A lo largo del día llamarán de producción para cerrar el tema. David dice que ha hablado con ellos, les ha recalado lo importante que es para el programa que vaya, que debo ir sí o sí. Estoy segura de que el pobre no ha conseguido a nadie, está desesperado. Pobrecito.

—David es listo, quiere a la más grande en el programa.

—Pues la más grande no es capaz de dar un paso —dijo Nuria, frotándose la espalda—. Si les convence, esta tarde llamarán para pedirme tus datos.

—Setenta euros tienen la culpa.

—Alucinante.

Era viernes por la mañana, era la consulta del oncólogo, era un día frío, gélido, encapotado de invierno, lloviznaba, eran unas sillas de anticuario, unas paredes desconchadas, era el mundo que se nos venía encima, era el alma que se nos caía a los pies: las analíticas muestran una alteración anormal de los marcadores tumorales.

Era la laringe del oncólogo y de sus cuerdas vocales la palabra, la maldita palabra, la peor de las palabras: metástasis, metástasis ósea, metástasis ósea de origen hormonal.

La noticia no es la mejor de las noticias, el diagnóstico no es el mejor de los diagnósticos, la enfermedad no es la mejor de las enfermedades, desde luego que no, parece obvio; sin embargo, ni el tratamiento, ni el pronóstico, ni la respuesta en el medio largo plazo son tan catastróficos como pudiera parecer, está cogido a tiempo, lo hemos encontrado a tiempo y, al ser hormonal, con una pastillita de Letrozol, una al día, y Zometa en vena, ácido zoledrónico, una vez cada cuatro o cinco semanas, lo iremos viendo, iremos viendo cómo calcifican los huesos; la cronificación no es una quimera, es pronto, claro, pero repito, no es tan malo como pudiera parecer, siendo bastante malo, hay que ver cómo reacciona el cuerpo, y seguro que reaccionará bien, el cuerpo tiene memoria, Nuria, y tú al tuyo lo has tratado de la mejor manera.

Como es fácil de imaginar, no atendimos a una sílaba de su discurso, no escuchamos un fonema del que su lengua participara, amarrados a las sillas quebradas en su consulta, flotando como remotas medusas fluorescentes, ajenas a sus palabras, al esfuerzo por suavizarnos el amerizaje, nos mirábamos sin vernos, los ojos del revés, perdidos en una nebulosa confusa, carente de sentido. Metástasis ósea, qué putadón ciclópeo. Metástasis ósea, qué mierda más colosal y salvaje nos ha caído del cielo.

A fuerza de repetirlo, comprendimos que el próximo lunes se iniciaría, sin perder un minuto, el tratamiento, a las ocho de la mañana y en el hospital de día empezábamos a meterle mano al asunto. Antes, puro trámite, habrá que solicitar autorización a la aseguradora.

—¿El lunes? —dije, volviendo a la consulta—. El lunes no puede ser, Nuria. Bueno, no puede ser, ¿puede ser el lunes?

—¿No puede ser el lunes? —me preguntó Nuria sin entender, sin comprender a qué me refería—. ¿Y eso? ¿No puede ser? ¿Por qué no puede ser?

—Bueno, no puede ser, no puede ser —continué—, sí puede ser, claro que puede ser, decía que no puede ser, si no quieres que sea; está lo de Madrid, pero claro...

—Es verdad, lo de Madrid, no me acordaba —me interrumpió—. El lunes imposible, doctor, no estoy en la ciudad, ¿pasa algo? ¿Podemos retrasarlo un día? ¿Podríamos dejarlo para el martes?

—El martes, claro —dijo el doctor De la Fuente—. No hay problema. No va de un día, no va de una semana, programamos el Zometa para el martes. Eso sí, con el Letrozol empezamos hoy mismo, con la hormona no esperamos. Te hago la receta, lo pides en la farmacia y empiezas hoy mismo. ¿Está claro?

Que no fue el mejor fin de semana de nuestras vidas no es difícil de imaginar, ¿verdad? No es complicado hacerse una idea de cómo fue aquel viernes por la mañana, aquel viernes por la tarde, aquel viernes por la noche. Que no fue el mejor sábado no es difícil de imaginar, ¿verdad? No es complicado hacerse una idea de cómo fue aquella mañana de sábado, aquella tarde de sábado, aquella noche del sábado. Que no fue el mejor domingo de nuestras vidas no es difícil de imaginar, ¿verdad? No es complicado hacerse una idea de cómo fue aquel domingo por la mañana, aquel domingo por la tarde, la noche del domingo, la mañana del lunes.

Por no preocupar a nadie o alterar el natural transcurso de nuestra anodina existencia, Nuria optaría por guardar silencio, no compartiríamos el diagnóstico, no hablaríamos con nadie, la consigna era trina y clara, vida normal, huir de exageradas muestras de atención o lacrimógenas demostraciones de cariño: normalidad, naturalidad y calma.

Así, el lunes a primera hora, como se había pactado con tu productora, estimado Risto, y en la estación central de Alicante, portando una pequeña y única maleta de mano, Nuria vestiría zapatos de tacón en el programa, nos subimos puntualmente al tren bala de la tele.

No existe somnífero más eficaz y rápido que la calefacción a tope y el bamboleo de los vagones, no hay narcótico en el mercado más potente; sin embargo, aquel lunes de diciembre por la mañana fue imposible pegar un ojo. El culatazo era reciente, demasiado fresca la herida, viajaríamos en silencio, sin escuchar a nuestros vecinos ni evocar la primera ida a Madrid el día que Chicho llamara a casa para convencer a Nuria.

A las nueve y diez, y quebrando la atonía del viaje, sonó el teléfono.

—No sé quién es —dijo Nuria, mirando la pantalla—. Número desconocido, posible spam, ¿lo cojo?

—Cógelo —contesté—. Igual es la tele, igual se les ha olvidado decirte algo.

—Son los de DKV —me informó, llevándose el teléfono al pecho—. Sí, soy yo. Sí, claro. Un segundo. Deme un segundo, si hace el favor, voy en el tren, deje que salga del vagón, un segundo.

—¿Sales? —Nuria asintió en silencio.

—Acompáñame —me dijo, haciendo una seña para que la siguiera—. Sí, ya podemos hablar, muchas gracias, sí, gracias, disculpe la espera, dígame.

Nuria es la persona más desprendida, generosa, espléndida que conozco. Si tomaras un café con ella opinarías lo mismo, estimado Risto, un ángel venido a la tierra para librarnos del fuego eterno, de la pesadosa carga, pero transmuta en demonio al tratar con una compañía de teléfonos, de seguros, aérea, un banco, sin importar su objeto social o modelo de negocio; si de defender sus derechos se trata, protestar por una injusticia, luchar contra un atropello, comprobarás cómo pierde las alas y se transforma en la criatura más sobrecogedora y despiadada del mundo. Me quejo porque hay que quejarse, porque no nos quejamos lo suficiente y como no nos quejamos hacen con nosotros lo que quieren, lo que les da la gana, si no quieres quejarte, no te quejes, pero deja que yo lo haga, deja que yo me queje. Mi padre siempre repetía: al español le toman el pelo porque no se queja, porque le da vergüenza quejarse. Deja que me queje, déjame tranquila, lárgate de una vez, si no quieres ver cómo me quejo.

—Sí, le escucho, sí, perfectamente —dijo, apoyándose en la pared del vagón cafetería—. Pues yo le escucho perfectamente. Sí, dígame. Sí, soy yo. Claro. Por supuesto. Sí, está bien. ¿Cómo? No puede ser, no me lo creo. No me lo creo. Vamos a ver. Pero vamos a ver. ¿Me deja usted hablar ahora? Gracias. ¿Me está usted diciendo, a ver si me estoy enterando yo bien, me está usted

diciendo que mañana me ponen un tratamiento y me informan hoy de que tendrá sí o sí un coste? ¿Es en serio? ¿Me está usted hablando en serio? No me lo creo. ¿Y de cuánto será el coste? ¿Cuánto? No me lo puedo creer. Me está usted tomando el pelo. Sí, me está usted tomando el pelo. Es una broma, solo puede ser una broma. ¿Me estás diciendo de verdad que llevo treinta años pagando religiosamente y que un día antes de ponerme un tratamiento me tenéis que cobrar doscientos euros? Es una broma, tiene que ser una broma. No me lo creo. Doscientos euros por una sala compartida y un gotero, la medicación aparte, me estás tomando el pelo. Me estás tomando el pelo, ¿verdad? ¿No me estás tomando el pelo? ¿Lo dices de verdad? ¿Lo dices en serio? ¿Qué? Que además tengo que hacer en efectivo el pago ahora mismo si quiero mantener la cita. Estoy alucinando. Me estás tomando el pelo. Llevo treinta años con vosotros, estoy alucinando, no me lo puedo creer. No voy a pagar nada. No, claro que no voy a pagar nada. Ni un euro. Nada de nada. No. No voy a pagar más, ni ahora, ni mañana, ni nunca. Pues no mantengas la cita, no te preocupes. No me puedo creer lo que me estás contando. Sí, estoy segura, pierdo la cita, sí, la pierdo. Es más, ahora mismo dejo DKV. No me paséis más recibos. ¿Estás delante del ordenador? ¿Sí? Pues no me pases más recibos, no voy a pagar ni un euro más, voy a dar de baja todas las pólizas que tengo con vosotros. No me lo puedo creer, estoy alucinando. Es verdad, tienes razón, lo pago de golpe, ya está cobrado, tienes razón, no me acordaba. Pues no voy a renovar con vosotros. No, no tengo que pensar nada, está más que pensado. Este es el último año que estoy con vosotros. Ya no suelto ni un duro más. ¿Por qué? ¿Cómo que por qué? ¿Me lo preguntas en serio? ¿Me estás tomando el pelo? Necesitas que quede grabado. Me doy de baja porque llevo treinta años pagando, treinta años sin utilizar el seguro prácticamente y ahora que me han detectado una metástasis ósea y que la enfermedad va para largo, tengo que empezar a pagar recargos y copagos, sois una vergüenza, por eso me marchó. Ya no soy rentable. Pues si no soy rentable, no voy a ser rentable. Cómo que no diga eso, ¿qué quieres que te diga? Qué quieres que diga si es justamente eso, ya no soy rentable, pues si no soy rentable, no seré rentable, mañana mismo doy de baja todos los seguros que tengo con vosotros, todos. No, no necesito fraccionar los pagos. No necesito fraccionar nada, porque no pienso pagar ni un euro más, así de sencillo, no me da la gana, y como te he dicho, mañana cancelo todas las pólizas que tengo contratadas con vosotros. ¿Te salen ahí? ¿No? Pues da igual, mañana me acerco a la oficina y las doy de baja. No, no voy a seguir con vosotros, no os voy a soltar ni un euro más, si no os soy rentable, pues no seré rentable. No, no me pongo de ninguna manera, simplemente que mañana cancelo las pólizas. Adiós muy buenas. Sí, ya sé que tú no eres el Señor DKV, que eres un trabajador y que estás en Madrid y no me has visto en tu vida, ya lo sé. Pero como la conversación se está grabando, pónsela al señor DKV. Yo le mandaré una carta, aunque no sirva de nada. Le mandaré una carta explicando qué me parece su forma de tratar a la gente. Muy bien, no pasa nada. No necesito nada más. Muchas gracias, Sí, buenos días a ti también. Buenos días.

Ese lunes por la mañana, en la plataforma de unión del AVE a Madrid, junto a la cafetería, cancelando su póliza de salud y sin saberlo, tomaba una de las decisiones más determinantes de su vida.



[Video](#)

Era 28 de diciembre, era una mañana calurosa y soleada en Fernando Poo, era una hermosa isla volcánica orgullosamente negra y bañada por el océano a unas horas en vela del continente, era un pedacito de África, era una barriga de ébano reluciente, era una casita color tierra en Santa Isabel, era el aroma de los mangos y el aceite de coco impregnando las estancias, era un sol ardiente en sus ventanas, en sus mejillas, era una habitación de suelos de madera y paredes azules, era un jardín de rosas y narcisos, era el día más bello el día que llegaste, ese día era y será todos los días.

Flora, la mami, doña Flora, señora de Ureca, nacida en la Caldera de San Carlos al sur de la isla, tres días estuvo de parto, se dice que no deseabas abandonar sus entrañas, fue aquella la primera y última vez que llegarías tarde a una cita.

El padre, don Arcadio, natural de Girona, emigrante a la fuerza y dueño de la mejor y más elegante pastelería de la isla, se mordía las uñas en la planta baja, esperándote.

Llegaste y la celebración se prolongó una semana, bubis y fangs palidieron al saborear los mejores pasteles que jamás ofrecieron los expositores de don Arcadio, la casita era una fiesta y el jardín un mar de rosas, azúcar, música y alborozo.

Don Arcadio vivía en Barcelona, no regentaba la pastelería, no había desembarcado en Fernando Poo, sus pasteles no eran conocidos en África, el día que engarzando un brillante a su sortija en el barrio de Gracia decidiera darle un vuelco a su vida. Ahorraba en una minúscula joyería, cobrando como aprendiz el trabajo de oficial, el capital necesario con el que conseguir billete al paraíso.

Su vida necesitaba un cambio, un giro existencial que pasaba por subirse a un ferry, abandonar la miseria que se le pegaba a los zapatos y empezar de cero. Ansiaba, como la mayoría de españoles, ser dueño de su destino. Había servido como telegrafista en el ejército, trabajado de panadero, mozo de almacén, aprendiz de mecánico, joyero, y agotado de miseria, suciedad y hambre, necesitado de encontrar futuro, se largó de Barcelona.

Con dinero en el bolsillo, insuficiente para completar con éxito la aventura, más un Volkswagen escarabajo de segunda mano que había adecentado con sus manos durante año y medio, se despidió de la joyería y puso rumbo a Algeciras. De allí saltaría a Tánger, recorrería el norte de África en su precario automóvil, Marruecos, el Sahara, el África francesa, Nigeria, Camerún, hasta llegar a la Guinea española y en barco a la soñada isla.

Don Arcadio contaba que serían nueve emocionantes meses de travesía para fondear en el paraíso; sin embargo, fueron dieciocho meses de penuria, polvo y hambre. Finalmente llegó a Guinea y con el dinero sobrante, más un par de apaños y la venta de los restos del hercúleo Volkswagen, consiguió pasaje para Santa Isabel en un diminuto y zozobante velero.

Pisó Fernando Poo con una mano delante y otra detrás, escuálido, ojeroso, agotado, sin un mendrugo que llevarse a la boca, rendido, un Ulises canoso con gafas de pasta, un consumido Spencer Tracy de corte clásico.

La isla era puerto franco y abundaban las joyerías, la mayor parte buscaban oficiales de segunda, pero don Arcadio no deseaba más dioses a los que agradecer un saco de patatas y una palmadita en la espalda, prefería estrellarse en su propia empresa.

Y nació la Bombonería Carreras. Además del oficio de joyero, mecánico y telegrafista, conocía, gracias a la iaia Dolors, los secretos de la harina, la levadura y la nata montada; el arte de aderezar bizcochos y rellenar bombones no precisaba el carnet del buen falangista para lanzarse a conquistar las alacenas de sus nuevos vecinos, y con más determinación que dinero decidió levantar su imperio.

Arrancar no es sencillo, nunca lo es, no sería distinto para don Arcadio. Después de llamar a varias puertas, consiguió dinero prestado; un par de avalistas catalanes que vivían en la isla se apiadaron de él, vieron potencial en su paisano y decidieron echarle una mano.

Logró adecentar un pequeño horno abandonado, incorporó personal y con tiempo, harina fiada, levadura, determinación y muchísima paciencia, miguita a miguita, cazo a cazo, sudor, lágrimas y alguna alergia, la pastelería fue creciendo como un bollo suizo, convirtiéndose en un reputado establecimiento con limpiabarros de bienvenida y mármol de travertino en las paredes.

Don Arcadio prosperaba, el catalán era conocido de norte a sur en la isla, su fama traspasaba fronteras, se extendía más allá de Fernando Poo, llegaban pedidos del continente, las casas más asentadas confiaban sus aniversarios, bodas, recepciones, a su arte refinado y sorprendente, competía en popularidad con el mismísimo Jorge Negrete.

La vida le sonreía, por fin le sonreía, atrás quedaba la miseria, el gris asido a los pantalones agujereados, el universo giraba por fin en el sentido contrario a las agujas del reloj. Que Fernando Poo tuviera la categoría de puerto franco no sujeto a las estrambóticas leyes del régimen ayudaba, el dinero extranjero circulaba sin restricciones y los vecinos de la isla con iniciativa y determinación progresaban.

Había llegado la hora de formar familia, casarse, engendrar y vivir felices hasta el fin de los días; la amargura, la tuberculosis, la tosferina, los calzoncillos raídos, la mediocridad absoluta pertenecían al pasado.

De doña Flora se enamoró en el instante que abrió la puerta de la pastelería. Resultaba imposible no encapricharse de la hija menor del alcalde de Ureca. La chica vivía en Fernando Poo para finalizar sus estudios y cada mañana se acercaba al establecimiento para comprar una hogaza de pan recién horneada. Don Arcadio intentaba agasajarla con merengues, bombones de cereza, chucherías que ella rechazaba puntual y educadamente, no por dignidad o vergüenza, simplemente, y como los que vinieron detrás, porque no le gustaba el dulce.

Mi madre paraba el tráfico, te diría Nuria si hablaras con ella, estimado Risto. Una mujer espectacular, inteligente, trabajadora, simpática y bellísima. Un auténtico bellezón que cortaba el aliento.

Los tortolitos se casaron a los dos meses de conocerse, al año nacería su primer hijo, José María, al año y medio llegaría Nuria y a los dos años, asomaría Jorge la cabecita.

A Jorge, siempre al contrario de su hermana, le dio por nacer antes de tiempo, tres meses concretamente. Dos días de vida contaba la criatura, cuando en el porche de la casita azul bajo los mangos se presentaría el médico de la familia, don Saturnino, un segoviano afín a la República, exiliado en su tierra y acogido por unos amigos dominicanos afincados en Guinea, con cara de pocos amigos; debía, muy a su pesar, era su obligación, comunicar a doña Flora en persona que el

pequeño no sobreviviría, sus pulmones eran demasiado tiernos, prácticamente no se habían desarrollado, la criatura estaba condenada, su hijo estaba desahuciado.

Doña Flora no se inmutó por el diagnóstico de don Saturnino; después de escucharle atentamente, le invitó a volver por donde había venido. Desoyendo las recomendaciones de médicos, curas y vecinos, optó por fabricarle a su pequeño una incubadora antes que contratar una misa por su alma en la parroquia. Para el efecto, se valió de botellas de cristal envueltas en algodón que rellenaba con agua caliente cada treinta minutos; estaba decidida a salvar la vida de su hijo.

Cuando no dormía en su flamante cunita, Jorge se aferraba a los pechos de su madre para mamar obsesivamente, sin pausa, lactaba con tal fruición que a las cinco semanas la mejoría resultaba tan evidente como incuestionable. Las vecinas salían de casa santiguándose, espantadas por la anormal mejoría del pequeño, parece acto de brujería, repetían al cerrar la verja del jardín. Su vida distaba de estar garantizada, seguía durmiendo en su improvisada incubadora de agua, pero su cuerpecito se desarrollaba con fuerza, crecía como un cangurito aferrado a la bolsa de su madre y doña Flora empezaría a respirar tranquila, el temporal amainaba, el sol parecía bañar de nuevo los ventanales de su casita.

Qué equivocada estaba, la tormenta, simplemente, se había tomado un respiro, lo peor estaba por llegar: Naciones Unidas, mediante una resolución internacional del consejo, instaba a España a descolonizar Guinea, a abandonar el poder de facto y la tutela de los militares españoles. Esto, más la necesidad de encontrar un clima propicio para el pequeño, dibujaba negros nubarrones en el horizonte.

La pesadilla de abandonar el paraíso tañía el timbre de casa, el horror se extendía por el césped del jardín, centímetro a centímetro, milímetro a milímetro, cubría el porche, los narcisos, asaltaba la desprotegida puerta de la cocina, se incrustaba en las paredes, en las habitaciones, cegaba cualquier vía de escape; el final estaba escrito y se materializó la noche en la que Macías, autoproclamado presidente vitalicio de la antigua Guinea española, ordenaba expulsar a los españoles afincados en la isla, a los españoles afincados en el continente, por colaboracionistas, por mantener el poder del Estado español en la sombra, por obstruir el progreso.

Era ahora a don Arcadio a quien no le llegaba aire a los pulmones, no podía creer lo que leía, lo que repetía la radio. ¿Colaboracionista? ¿Colaboracionista?, gritaba, recorriendo la cocina. ¿Colaboracionista, yo? ¿Yo? Su pequeño universo erigido en base a madrugones, barrigazos y privaciones se desmoronaba como un castillo de arena frente a su impotente mirada. Su mujer, sus hijos, su hija, eran bubis, él era blanco de los enemigos de Macías, no había más solución que el exilio, no pondría en riesgo la vida de los suyos, no hay nada más allá de la familia, abandonarían Fernando Poo.

Era una noche de madrugada, era un matrimonio cargado de niños, era un aeropuerto, un avión y tres azafatas, era doña Flora, era don Arcadio, era la aeronave de Iberia, era un vuelo especial para repatriados, era un marido sollozando como un adulto al mirar a través de la ventana, era una mujer aferrada a sus tres hijos, era un futuro incierto, pero era un futuro, al fin y al cabo.

En Madrid aterrizaron, Jorge abrazado a su madre, Nuria en el regazo de la jefa de tripulantes de cabina, quien enamorada de ella amagaría medio en broma, medio en serio, con llevársela a casa. Yo de mayor seré como esa señora, le diría su hija a doña Flora en la jardinera del aeropuerto de Barajas, camino a la terminal de llegadas.

—¿Ya no quieres ser pastelera como papá?

—Pastelera de noche, azafata de día —contestó Nuria, quedándose dormida.

La salud del pequeño era la prioridad del matrimonio, buscarían y encontrarían un hogar apto y propicio para sus pulmones. Don Saturnino les había aconsejado, segundos antes de abandonar la isla, establecerse en el norte, Santander, Santoña, Pedreña, todo aquello, el anciano, demasiado viejo para volver a casa, conocía la zona, adoraba el Cantábrico y recetaba un pueblito pesquero como remedio a sus problemas. Sin embargo, antes de establecerse, debían visitar a la familia en Girona.

No salieron del aeropuerto, no recogieron las maletas, no cambiaron de terminal; sin pasar por el duty free, tomaron el primer avión a Barcelona, allí un tren a Girona, donde llegaron, saludaron y se marcharon con viento fresco.

La iaia Dolors había muerto, los padres de don Arcadio estaban muy malitos, solo quedaban sanos los hermanos mayores y su desventura. Necesitaban dinero para reflotar un pequeño negocio de compraventa de maquinaria agrícola que habían emprendido, esperanzados por el aparente aperturismo del régimen y que la realidad se encargaría de devorar sin escrúpulos.

Traían bastante efectivo, dinero amasado literalmente en Guinea, oro, joyas, tallas de ébano, marfil, lo imprescindible para establecerse, arrancar de nuevo y vivir holgadamente. La familia de don Arcadio se agenció un buen pellizco de su pequeña fortuna, familia es familia, repetía benévola doña Flora; necesitaban levantar un negocio condenado al fracaso y que bajaría la persiana a los catorce meses. España no es Fernando Poo, les advertiría don Arcadio, repetiría a menudo a lo largo de su vida, antes de cerrarles el grifo y no volver a tener noticias suyas.

Llegaron, soltaron el dinero, saludaron y se volvieron por donde habían venido. Ni los postres se tomaron en Girona. Además, lo único importante era la salud de Jorge, así que, a los tres días de visitar la imponente y desconocida escalinata catedralicia, se encontraban de nuevo empacando con el viento en la cara y pidiendo un taxi hacia el norte.

Visitarían Santander, Santoña, Laredo, media cornisa Cantábrica, y al pequeño, en contra de las predicciones de don Saturnino, no parecían sentarle los efluvios del Atlántico, su tos empeoraba, había perdido el apetito y no lograba mantener el peso.

Preocupados y en cónclave familiar decidieron poner proa al sur, retrocederían infructuosamente hasta Granada, pasando por Córdoba y Sevilla, pero el chiquillo no remontaba, parecía más escuálido y tenía la cabeza enorme.

Dejaron atrás Sierra Nevada, probarían fortuna en el Mediterráneo. Después de mucho rodar, preguntar, no conciliar el sueño, preocuparse, acabaron en Alicante, donde los pulmones, la

garganta, la tos del pequeño mejoraron milagrosa e instantáneamente.

Jorge respiraba con normalidad, no dormía tanto, comía sólidos sin problemas, se le había despertado un apetito enorme, tosía menos, se le veía más alegre, más activo, ganaba peso y decidieron en consecuencia permanecer en Alicante.

Cumplida la tercera semana en una casa de huéspedes cerca del Ayuntamiento, desayunando los cinco en los baños Alhambra en la playa del Postiguet, antes de las consabidas y pertinentes abluciones matutinas, comprobando que don Arcadio no daba el paso, doña Flora, armada con su bolso de piel en un brazo, Nuria en el otro y su mejor sonrisa en la cara, decidió acercarse a la caseta de un promotor que construía pisos a unos pasos del Castillo de Santa Bárbara; amablemente rogó que le mostraran la segunda puerta del primer rellano, el vértigo le impedía subir más allá del segundo, lo inspeccionó detenidamente y, siendo de su agrado, abrió el bolso, obtuvo un buen fajo de billetes y lo pagó al contado: Ya tenemos casa.

No es difícil imaginar el impacto que supuso para sus nuevos vecinos cruzarse en el mercado, en el colegio, en el parque, con una familia de Guinea, una singular familia negrobancamulataafricana con la que compartirían espacios.

Alicante era un pueblito pesquero, con ánimos de expandirse, claro, pero sin demasiada convicción, carente de un plan maestro, una idea definida, un pueblo cerrado, sin industria, en el que desembarcaban los primeros turistas del norte de Europa, un pueblito para el que la llegada de una familia como la de doña Flora y don Arcadio era un acontecimiento en toda regla.

No tardaron en hacerse famosos, el catalán y su familia de color: negro. Nuria fue siempre una niña reservada, tremendamente tímida, y no llevaba bien ser el centro de las miradas; especialmente irritante le resultaba la fijación de aquellas personas con sus mochetes, con su pelo rizado y hueco, era la niña negra de Alicante y se estaba convirtiendo en una atracción de feria. Debes acostumbrarte, le repetiría doña Flora, vives en una ciudad con más negros que semáforos.

Fue matriculada en un colegio de monjas, el de San José de Carolinas, la escuela quedaba cerca de casa y tenía fama de ser estricto, pero sin estridencias. La aceptaron a mitad de curso don Arcadio le enseñó el camino y a los dos días iba y venía sola de clase, aunque pesara más la cartera que ella.

Las monjas no eran demasiado amables con Nuria, en general no eran amables con nadie, así que no se sintió discriminada, demasiado observada, sí, discriminada, no. Cada dos o tres días embutían a las niñas en el confesionario para escuchar misa después, no tenían edad para comulgar, pero las confesaban igualmente, debían protegerlas del limbo costara lo que costara. El cura era un espanto, calvo y con ojos de sátiro, hablaba en latín y tenía la cara marcada de viruela, no le quedaba otra que escaparse; siempre que llegaba la hora de oír misa, salía corriendo con sus dos mejores amigas, O. y Mery, a comer chucherías en el parque, lejos de la mirada de las monjas, sabedoras de que antes o después acabarían ardiendo en el infierno.

O. era su mejor amiga, vivía en el edificio contiguo, las dos iban y venían siempre juntas del colegio, jugaban a baloncesto en el mismo equipo, se peleaban con los chicos en las escaleras del parque. Con la ayuda de sus madres, se las habían ingeniado para tirar, por el patio interior del bloque que comunicaba las ventanas de sus habitaciones, un cable con dos envases en los extremos que utilizaban de teléfono y con el que pasarían horas y horas enganchadas, contándose lo que ya se habían contado.

Mery, es Mery, un ser de luz, un ser especial, un ser digno de estudio, muy rubia, muy alta, muy

loca, de ojos muy claros, cristalinos, vivía convencida, y así lo hacía notar a quien la importunara, de que el resto de seres humanos que la rodeaban eran simples robots, autómatas colocados en la Tierra para hacerle compañía, y aunque la molestaran, la fastidiaran o consiguieran sacarla de quicio demasiado a menudo, en realidad no existían y sentía lástima por ellos.

Se asociaron como enlaces covalentes, como elementos únicos e imprescindibles de una fórmula magistral, jamás y por nada del mundo se separaban, quedaban en la parada del autobús para ir juntas al colegio, para acercarse al parque, pasear por la playa, subir al castillo, hartarse de churros en la flamante churrería de don Arcadio.

Al padre la expulsión del paraíso le había sentado ostensiblemente peor que a su hijo. Arisco y distanciado, solo hablaba y no mucho con su familia, no se relacionaba con nadie, dedicaba la mayor parte del tiempo a buscar en diarios locales, nacionales, internacionales la señal que no llegaba, que jamás llegaría. El dinero, contradiciendo su idea original, no tardaría en convertirse también en un problema, así que decidió arremangarse y estudiar la zona a fondo. Una vez observadas las necesidades del barrio, la viabilidad de un par de ideas, después de unas semanas de concienzuda prospección, infirió que la mejor opción sería alquilar un local no demasiado grande, no demasiado caro, asequible, con una ubicación aceptable, en el que levantar una pequeña churrería. Pastelerías sobran, joyerías también, mecánicos había, ningún negocio parecía especialmente boyante, no tenía intención de trabajar para nadie, así que intentaría abrir camino ofreciendo churros con chocolate a sus vecinos.

—A todo el mundo le gustan los churros con chocolate —le diría a doña Flora.

—Yo prefiero las porras —replicaría Nuria.

—Yo también —confirmaría O.

—Yo prefiero los churros —zanjaría Mery—, aunque sé que en el fondo son lo mismo.

Los primeros años de la churrería fueron un éxito rotundo, vendieron churros como churros y porras como porras, la novedad siempre es bien recibida en una ciudad pequeña y Alicante no sería distinta. Al año comprobaron que el negocio iba más allá de la simple novedad, a la churrería de don Arcadio acudían vecinos de otros barrios, de otros pueblos, de otras ciudades, en pos de su prodigioso chocolate con churros.

El secreto de don Arcadio era un antiguo contacto en Guinea, un proveedor que seguía en la isla y le pasaba, camuflados entre cámaras de neumáticos viejos, sacos de chocolate de calidad superior a un precio fuera de mercado. Por las buenas es imposible levantar nada en este país, repetía el churrero a quien quisiera escucharle. Las cantidades que colaban por la aduana, sin carnet del partido, eran reducidas, lo suficiente para mantener el buen nombre del establecimiento, pero insuficiente para afrontar una expansión en forma de franquicia. El catalán se veía atado de pies y manos.

La churrería rendiría estupendamente durante unos años, de nuevo el aparente aperturismo del régimen ayudaría, circulaba capital, sus vecinos podían permitirse comer chocolate con churros los domingos antes de ir a misa, después de un bautizo, por una boda o el cumpleaños de un sobrino. El negocio iba tan bien, tan viento en popa, que le llegó y aceptó la oferta de traspaso de la hija del cristalero que pretendía casarse con el hijo del herrero para independizarse de sus padres.

Don Arcadio vendió porque estaba cansado de la churrería y porque tenía en mente emprender un negocio mayor, esta vez un modelo importado, desconocido en la ciudad y que triunfaba en

otras partes del mundo.

Se trataba, básicamente, de asar pollos y preparar canelones para que los clientes se los comieran en casa. Doña Flora no lo vio demasiado claro, quién va a comprarte un pollo asado si lo puede cocinar en casa mucho más barato. Su marido siguió adelante con su nueva empresa, alquiló un buen local, grande, luminoso, bien situado, compró cámaras frigoríficas, hornos, bancadas para trabajar el género, un bonito mostrador refrigerado, imprimió octavillas para dar a conocer el producto, incluso colocó un cartel luminoso en la fachada.

A la inauguración acudieron miles de personas, atraídas por la novedad, el olor del pollo asado y la pinta excelente de los canelones. El éxito del negocio estaba asegurado y se prolongó durante tres semanas, la cosa pintaba muy bien, le confesaría doña Flora a Tránsito, una vecina, pero la crisis del petróleo, la primera de ellas, arrasó la economía española y se llevó por delante nuestra tienda de pollos.

Quebraron, sencillamente, porque los españoles no tenían dinero para llevarse una punta de pan a la boca, ¿cómo iban a comprar un muslo asado de pollo?

La crisis arrastró a la familia al sumidero. Don Arcadio había invertido prácticamente la totalidad de sus ahorros, estaban sin blanca y conseguir efectivo era una necesidad imperiosa. Vendieron las joyas, el ébano, el oro que les quedaba, abrigos buenos; siempre ganan los mismos en este país, siempre ganan los mismos, repetía don Arcadio, arrastrando los pies por el salón de casa, siempre ganan los mismos.

A la crisis petrolífero-familiar se sumaría la tercera falta de doña Flora. Los niños vienen con un pan bajo el brazo, pero el futuro Juan Carlos, el menor de los cuatro hermanos, venía cargado de desasosiego y malos augurios.

No esperó a la cuarta falta para visitar al médico, se vistió, se arregló, se engalanó de domingo y, por no ir sola, su marido se quedaría en casa con los chicos acabando un puzle, se llevaría a su hija del brazo al hospital que confirmara sus sospechas.

Efectivamente, el ginecólogo jefe del Hospital General de Alicante, un señor mayor que hablaba por los codos, ratificó lo que ella sabía, había vida en su interior, traería otra criatura al mundo, debían estar de enhorabuena, eran buenas noticias.

—Eso sí, por puro protocolo, para cerciorarnos de que el niño está bien, de que el embarazo no es de riesgo, de que la gestación transcurre normalmente y la mami está tan estupenda como parece, le voy a pedir análisis de sangre completos. No queremos sorpresas. No queremos imprevistos. Y como a la chiquilla la veo algo flaquita, que también le saquen un poquito, así vemos qué tal está la niña, parece pequeña y algo raquítica para su edad, así aprovechamos el viaje, ¿no le parece?

Sin tiempo a replicarle ni a procesar la información, se vieron a la mañana siguiente y en ayunas en una abarrotada sala de extracción de sangre. Aquello parecía día de mercado, un andén de metro en hora punta. Nuria sería la primera en pasar el suplicio. Se sentó en la correspondiente silla de madera con un añadido esponjoso en el que colocar el brazo, cerró los ojos para no marearse como le había dicho la enfermera, sintió el pinchazo, el líquido recorría la cánula hacia el émbolo, cuando escucharon una voz que surgía de entre el gentío.

—Pero si es roja —exclamó una mujer morena y tremendamente bajita—. La niña tiene la sangre roja.

La enfermera, petrificada, miró severamente hacia el poco iluminado rincón de donde provenía

el gruñido.

—Voy a hacer como que no he escuchado nada —dijo, negando con la cabeza—. Espero tener suerte y no escuchar más tonterías esta mañana.

—No pasa nada —dijo doña Flora—. No se preocupe.

—Lo siento —dijo la enfermera.

—¿Queda mucho? —preguntó, acariciando la mejilla color canela de su hija.

—Un poquito de nada. Ya casi hemos acabado.

Salieron del hospital y cruzaron la calle, las dos con el brazo encogido, sujetando una gasa con la que cerrar la herida.

—Eres la niña más bonita del mundo, ¿me oyes? —dijo doña Flora, cogiendo a su hija por los hombros—. Me oyes, ¿verdad? Eres la niña más bonita del mundo. ¿Tengo que repetírtelo? Eres la niña más bonita del mundo.

—Mami, ¿qué pasa? —preguntó Nuria incómoda—. Nos están mirando. ¿Qué te pasa?

—Eres la niña más bonita del mundo, ¿me oyes? —repitió doña Flora—. No hagas caso a lo que te digan, no hagas caso nunca. Que no te afecte lo que digan los demás, somos los primeros en llegar, tienen que acostumbrarse a nosotros, no son malos, solo sienten curiosidad, no han visto a nadie como tú en su vida y sienten curiosidad, solo eso. No dejes que te afecte, no dejes que nada de lo que puedan decir te afecte nunca, ¿entiendes lo que te digo?

—No sé —contestó Nuria—. Vámonos a casa, nos están mirando.

—Dímelo.

—No pasa nada, mami, ya está, olvídale. No ha pasado nada.

—Dímelo —insistía doña Flora.

—¿El qué? ¿Qué quieres que te diga?

—Que eres una niña preciosa, inteligente y buena.

—No hace falta que lo diga.

—Dilo —le ordenó doña Flora.

—Mamáaaa —exclamó Nuria—, vámonos.

—Dilo o nos quedamos aquí toda la mañana. Dilo o no nos vamos de aquí, dejamos a tu padre y a tus hermanos solos para siempre. Dilo, no nos movemos hasta que lo digas.

—Soy una niña preciosa.

—Una niña preciosa, inteligente y buena.

—Qué sí, mamá, vámonos.

—Dilo.

—Soy una niña preciosa, inteligente y buena —dijo, y se fundieron en un abrazo.

—Así me gusta —zanjó doña Flora, cogiendo a su hija de la mano y enrumbando a casa; debían volver a preparar la comida.

Don Arcadio desapareció una mañana, sin dejar una nota en la mesita de noche, abandonó a su familia, sin un beso en la mejilla, se fue de casa. No fumaba, no bajaría a por tabaco, no bebía, no lo buscarían en las tabernas del puerto, no jugaba, no irían al casino.

La anunciada llegada del poco esperado Juan Carlos sería la gota que colmara aquel frágil vaso ya desbordado. ¿Cómo mantendrían a la criatura? ¿De qué vivirían? ¿Qué sería del pobre chiquillo? ¿Cómo le pagarían los pañales, el biberón, los chupetes? ¿De dónde saldría el dinero?

La situación de España era un dislate, un despropósito, un renovado desastre a cuenta esta vez del petróleo, el hambre campaba a sus anchas, la esperanza hablaba alemán en las peluquerías, en los bares, en las casas de alterne, de nuevo el gris en los pantalones, la miseria en los zapatos, la derrota concentrada en sus hombros, oprimiéndole el pecho, ¿quién es capaz de vivir en este país decentemente? Le expulsaron al exilio.

Aprovechando que doña Flora había salido, no hubiera sido capaz de sostenerle la mirada, había bajado a la carnicería de Ana y Pepito a comprar fiada una carcasa de pollo, entró en la habitación, bajó del armario una pequeña maleta de viaje y, con dos mudas, dos camisas y un par de pantalones dejaría el país, ahogado por los remordimientos y el peso de la derrota, se marcharía de casa.

Así fue, tan crudo como suena, tan violento como parece, a los once años y sin mediación alguna, ni humana ni divina, sin una blanca paloma en la frente, Nuria mutó de niña a mini mamá de once añitos, sin comerlo ni beberlo se encontró al frente de una casa.

Doña Flora no se molestó en buscar a su marido, no perdería un segundo visitando hospitales, morgues o cuartelillos, del armario faltaba ropa, conocía a don Arcadio y no denunciaría su desaparición, de nada hubiera servido, no estaba y no lo encontrarían, había cruzado la frontera y no había orden capaz de traerlo de vuelta a España.

En casa los roles se redistribuyeron de manera orgánica y pacífica, con el padre desaparecido, Nuria se encargaría del hogar y de sus hermanos, doña Flora, de conseguir el dinero suficiente para poner en la mesa cuatro platos calientes al día, por cinco bocas: veinte, por treinta: seiscientos platos al mes, siete mil doscientos platos de comida caliente al año. El futuro se presentaba complicado, ardua la tarea, así que no, no perdió tiempo en denunciar la desaparición de su marido, destinó la tarde a encontrar trabajo y lo halló recogiendo tomates en una conservera.

Fue duro mantenerse a flote, realmente complicado, el esplendor de Santa Isabel era una quimera, un recuerdo lejano y perdido. La vida había dado un vuelco, la realidad les atizaba con fuerza en las espinillas.

De la conservera, doña Flora llegaba con las manos ensangrentadas, los brazos y las piernas hinchadas, llena de arañazos, cansada y dolorida debía atender al pequeño Juan Carlos, que saltaba del regazo de su hermana a los pechos de su madre sin darle un respiro.

Compraban fiado, cambiaban poco o nada de ropa, no podían permitirse un zumo de frutas. Fue complicado mantener la cordura, resistir el primer envite, fueron meses de restricciones,

estrecheces y penurias; de repente, no habría más cumpleaños, santos, días de la madre, ni los Reyes ni los camellos Magos tocarían a la puerta, vivirían con lo justo obstinadamente felices.

Y es que en el pisito siempre había gente, baile, música, alboroto. Doña Flora, a pesar de la desgracia, no dejaba de disfrutar de sus hijos y ellos de invitar a sus amigos, y Nuria a sus compañeras de clase, que se morían por pasar la tarde con sus hermanos, al mal tiempo, buena cara.

Los chicos del barrio subían a jugar a las cartas, los vecinos se presentaban sin previo aviso, algunos traían un paquete con pastas, otros un poquito de fiambre, la mayoría solo un poquito más de hambre; donde los guineanos había color, fiesta, jaleo y, con suerte, una punta de pan olvidada.

Al año y medio de la sonada fuga, don Arcadio dio señales de vida. Como intuyera su dedicada esposa, había cruzado la frontera por los Pirineos, siguiendo la línea de costa llegado a Marsella y con el miedo en el cuerpo, aunque convencido de que su mujer jamás lo denunciaría, había cruzado Francia, deteniendo en París su frenética huida.

La Torre Eiffel le impresionó, el resto no tanto, así que continuó hasta Bruselas. En la capital de Europa se sintió reconfortado, le encantaba la ciudad y sus gentes, pero no había trabajo y continuó periplo a Hannover.

En Alemania y a los tres días encontró empleo en una fábrica de cuchillos y menaje para la cocina. Necesitaba aprender el idioma y se puso a ello. A los tres meses lo hablaba con soltura, a los seis era jefe de sección, y al año y medio, director del control de calidad de la fábrica más grande de la Baja Sajonia.

Una carrera meteórica que le sirvió para reunir el aplomo necesario, descolgar el teléfono, llamar a casa y suplicarle a su mujer que le perdonara, hiciera las maletas y se juntara con él en Alemania.

—Ni hablar, ¿qué vamos a hacer nosotros en Hannover? —le gritó doña Flora, sin dejar de amamantar al pequeño Juan Carlos—. ¿Has perdido el juicio?

—Tienes que venir, os necesito. Aquí seremos felices.

—Estás muy lejos y hace mucho frío.

—Piensa en los niños —dijo don Arcadio.

—Es en lo único que pienso —contestó doña Flora.

—Aquí se puede prosperar sin pedir permiso, sin tener que agachar la cabeza. Aquí estudiarán en la universidad, tendrán un futuro.

—Arcadí, no pienso mover a los niños. Tienen aquí su vida montada. Tienen sus amigos, sus compañeras de colegio. No empezaremos de cero otra vez. Ni hablar.

—Yo estoy aquí, no empezaremos de cero. Estarán bien, Alemania es el futuro.

—Seguro que tienes razón. Casi siempre la tienes.

—¿Vendréis, entonces?

—Irán por vacaciones.

—¿Y tú?

—Hace mucho frío.

Llevamos unas semanitas más que intensas, estimado Risto. Como sabes, Nuria dejó el seguro por, y según la compañía, disparidad de criterios, que traducido al castellano sería algo así como: queremos cobrar una prima por curarte, si no quieres pagar, ahí está la puerta.

Hace unos días visitamos por primera vez el departamento oncológico del Hospital Universitario de San Juan, teníamos cita con la oncóloga de la Seguridad Social, la doctora Juárez, entramos en su consulta, repasó el historial clínico de Nuria, confirmó el diagnóstico del doctor De la Fuente y programó una biopsia en la cadera para no llevarnos sorpresas.

La biopsia se la practicaron en el mismo hospital al día siguiente, fue un pinchazo en el hueso que la dejó en cama el resto del día. Los dolores de espalda no han desaparecido, parece que van en aumento.

A los tres días de la prueba visitamos de nuevo a la doctora, como los dolores de espalda parecen ir a más y la zona afectada presiona el canal medular, mañana mismo le darán la primera de las cinco sesiones de radioterapia programadas.

También nos leyó los resultados de la biopsia, se confirma el origen hormonal de la lesión, con una novedad importante, los receptores son distintos a los del primer tumor de mama, son más agresivos y deben ser atacados urgentemente con quimioterapia.

A priori, pudiera parecer una pésima noticia, sin embargo, gracias a los avances médicos, gracias a la investigación, estos receptores, a pesar de ser más agresivos, responden bien al tratamiento. Hace siete años solo nos hubiera quedado esperar.

Nos lo han confirmado esta mañana, a los siete días de acabar con la radio, Nuria se someterá a su primera sesión de quimio. Está nerviosa, no tanto por el tratamiento, perder el pelo le trae sin cuidado, le estresa pensar cómo dará la noticia a sus hermanos, no quiere preocuparlos y se sube por las paredes.

Se nos vienen curvas, estimado Risto, los próximos meses serán complicados.

Con el tiempo, doña Flora se convertiría en un referente del barrio, de la ciudad, de la provincia, su casa era el campamento base en el que se refugiaban los represaliados por Macías, las amigas de su hija, los amigos de sus hijos, las vecinas, los vecinos, cualquier ser humano con ganas de aterrizar en el sofá verde del salón era bien recibido.

De Guinea traía el cartero paquete día sí día también, el piso funcionaba como apartado de correos para la cada vez más numerosa comunidad guineana. Doña Flora o alguno de sus hijos se encargaba de recibir, encontrar al destinatario y entregar puntualmente y en mano la correspondencia.

Nuria, con el pequeño Juan Carlos en brazos, preparaba el desayuno a sus hermanos en la cocina, cuando por dos veces sonó el timbre de la puerta. Aparcando la Nocilla en el armario, se acercó al recibidor y esperando a Tránsito en el zaguán, se encontró con el cartero que traía una caja pequeña de cartón forrado en un papel extraño.

Firmó atentamente la recepción del envío y sin tiempo para fijarse en las señas del remitente, dejó el bulto en el taquillón de la entrada; debía seguir sin demora con las labores matutinas, hacer las camas de sus hermanos, recoger la cocina y adecentar el baño, después dejaría al pequeño a la guardería y entraría en clase de sor Virtudes.

Del cole salía pronto, normalmente O. y Mery la acompañaban con la excusa de recoger a Puchi, casi siempre se fumaban juntas la última clase, normalmente labores femeninas o religión, de la primera tenía un máster, la segunda les importaba un comino.

Ese día, llegó a casa a la hora de siempre, sus hermanos no estaban, no habían desembarcado todavía, se presentarían a mesa puesta como de costumbre. Fue al cerrar la puerta del piso cuando encontrando en el suelo la caja perfectamente embalada que le había confiado por la mañana el cartero, se le dibujó un gesto de perplejidad en el entrecejo. Recogió la caja, la miró con extrañeza, pero sin tiempo a cuestionarse el porqué de las cosas, tenía mucho que hacer y Juan Carlos pesaba una arroba, la volvió a dejar en el taquillón y se metió en la cocina.

Lo primero siempre ha sido lo primero y lo primero era calentar la comida, lavarle la cara y las manos a su hermano, adecentar la mesa y comerse la sopa.

—¿Qué hace este paquete en el suelo! —gritó Jorge al abrir la puerta.

—¿Qué paquete? —contestó Nuria en la cocina, mientras se calentaban los fideos en el más pequeño de los fogones—. ¿Se ha vuelto a caer? —preguntó extrañada, saliendo al encuentro de su hermano en el recibidor—. Qué raro.

—¿Se ha vuelto a caer? —repitió Jorge, sin entender a su hermana—. ¿Cómo que si se ha vuelto a caer? ¿Qué raro por qué?

—Estaba en el suelo cuando he llegado —dijo Nuria, recogiendo de nuevo el paquete, mirándolo esta vez con más atención—. Qué raro.

—Cómo que qué raro —se rio Jorge—. Si se ha caído es porque lo has puesto mal. Esperemos que no sea algo importante, esperemos por tu bien que no se haya roto algo valioso.

—Yo lo he dejado bien —dijo Nuria, colocándolo con mimo y por tercera vez en el taquillón de la entrada—. No sé por qué se ha caído al suelo, no lo entiendo.

—Hay tantas cosas que no entiendes —susurró Jorge—. La respuesta es súper sencilla, se ha caído porque lo has dejado mal puesto —añadió, cerrando la puerta de golpe y corriendo la cadena.

—¿Por qué pones la cadena? —preguntó Nuria—. José María está a punto de llegar, no podrá entrar y habrá que levantarse a abrirle la puerta.

—Ya le abrirás cuando venga —dijo entre dientes—, para eso estás.

—¿Cómo?

—Que a los paquetes no les salen patitas así como así —informó Jorge de manera solemne, desembarazándose de la mochila, dejándola junto al paragüero—. Hermanita, a tu edad deberías saber que a los paquetes no les salen patitas así como así. Eso lo sabe cualquiera.

—No quiero tenerla, no tengo tiempo —resopló Nuria, girando sobre sus talones, volviéndose a la cocina—. Cómo la cagó mamá sacándote de aquel orfanato.

—Chica, ¿qué te pasa? —exclamó Jorge, quitándose los zapatos—. ¿Qué quieres que te diga? Son cosas básicas.

—Vete a silbar a la vía —gritó Nuria—. Y quita la cadena antes de que llegue José María, yo no me pienso levantar para abrirle.

—¿Qué hay de comer? —preguntó Jorge, sin darse por aludido—. Estará por lo menos la comida preparada, traigo más hambre que el perro del afilador, estoy famélico —añadiría, mientras se frotaba la barriga y en el preciso instante en el que el paquete, girando sobre su eje, movido por una mano invisible, caía de nuevo al suelo sobre sus pies—. Ostras, ostras, ostras, mierda —exclamó fuera de sí—. Mierda, mierda. ¡Nuria!

—¿Qué pasa? —preguntó asustada, saliendo de la cocina.

—Mierda, Nuria, mira esto. Se ha movido —susurró inmóvil, paralizado y sin retirar la mirada del extraño paquete—. Ahí hay algo raro, eso de ahí está vivo. Puede ser peligroso. ¿Qué hacemos? Esto nos podría matar.

—Qué chorradas dices, Jorge —exclamó Nuria.

—Oye, te digo que ahí dentro hay algo. Está vivo. Se ha girado solo. Eso de ahí está vivo. Tienes que hacer algo.

—¿Quieres decir que se ha movido solo? —preguntó Nuria, acercándose al paquete—. No digas chorradas. Venga ya.

—Te lo prometo.

—Pero ¿qué dices? Como le van a salir patitas a un paquete —se mofó, recogiendo del suelo—. A veces tienes unas cosas.

—Oye, no te rías —gritó Jorge pálido como la nieve—. Te he dicho que se ha dado la vuelta solo. Eso hay que tirarlo a la basura. No lo podemos tener en casa. Eso podría acabar con nosotros.

—Qué cagueta eres —dijo Nuria, rasgando el envoltorio.

—¿Lo vas a abrir? ¿En serio lo vas a abrir? ¿No escuchas lo que te estoy diciendo?

—¿Qué quieres que haga?

—Tíralo a la basura, evidentemente.

—Prefiero buscarle las patitas.

Cuatro por siete, veintiocho aletas había en aquella caja rara de cartón corrugado. En Guinea, antes de arrasar con ellas, la tortilla de huevos de tortuga era un plato económico, delicioso y extendido.

—Ostras —exclamó Jorge con los ojos en la nariz—. Tortugas.

—Han nacido en casa —dijo Nuria emocionada—. Enviaron huevos y llegaron tortugas.

—¿Qué vamos a hacer con ellas? —preguntó Jorge, manteniéndose a distancia.

—No te van a morder —dijo Nuria—. No seas cagueta.

—Quita, quita. No te acerques con eso, qué asco. Están pringosas.

—Coge una, seguro que te ayudan.

—¿Ayudar a qué?

—A superarte.

—Hay que llevárselas a su dueño —dijo Jorge.

—No tienen dueño —replicó Nuria—. Las llevaremos al mar, no se las vamos a dar a nadie.

—Tienen dueño, claro que tienen dueño.

—No tienen dueño —zanjó Nuria—. Y las llevaremos a la playa.

—Haz lo que te dé la gana, de todas maneras se morirán pronto —predijo Jorge, olisqueando la caja.

—¿Qué haces? —preguntó Nuria mirando a su hermano de arriba a abajo.

—Huele a mar —contestó Jorge—. No aguantarán mucho, se morirán en unas horas, hay que dárselas a su dueño y que él las entierre.

—Las llevaremos a la playa.

—Si las dejas en la playa se las comerán las gaviotas o los alcatraces.

—¿Aquí hay alcatraces? —preguntó Nuria no muy convencida.

—Claro que hay alcatraces. Alcatraces hay en todos lados y comen tortugas pequeñas y sardinas medianas.

—Pues habrá que encontrar una solución, no pienso dejar que se mueran —dijo Nuria en el momento en el que José María intentaba abrir la puerta de casa—. Abre a tu hermano, limpiaos las manos y vamos a comer.

Los recuperadores de Río Safari la convencieron de que no sobrevivirían si las dejaba en la playa. Se encargarían ellos, las mantendrían en un tanque de recuperación especial para tortugas el tiempo que fuera necesario y las liberarían en alta mar cuando llegara el momento.

Obviamente, podría visitarlas cuando quisiera, las puertas del parque estarían siempre abiertas para ella. Además, y por la confianza, con el tiempo le asignarían una tigresa de mes y medio, Aitana, rescatada de un circo en ruinas, huérfana de madre y que necesitaba cuidados especiales y que por falta de personal no podían darle en la reserva.

De la tigresa disfrutaron unos meses, el presupuesto familiar no alcanzaba ni de lejos para cambiar sillas, sofás, cortinas, zócalos, puertas, papel pintado cada tres días; doña Flora hacía milagros con lo que ganaba, además de lo que le enviaba su marido, pero no podían permitirse de ninguna manera semejantes alegrías. Aitana volvería a la reserva demasiado pronto para su hija, pero es que una tigresa de Bengala no es para tenerla en un piso de ochenta y cinco metros cuadrados, cariño, le dijo Tránsito para que se calmara.

Doña Tránsito, Tránsito Velázquez, Transi para los chicos del barrio, la vecina del segundo, llamaba al timbre cada vez que por el patio de luces se colaba en su salita el aroma de la comida africana que doña Flora preparara a sus cuatro hijos.

Su plato preferido era pantap con modica, aunque si debía adaptarse a un platito de yuca frita con un soplo de carne magra lo hacía sin problemas, en ese sentido no era tiquismiquis.

Cada día y a la misma hora recorría el tramo de escalera que separaba las dos viviendas para dar personalmente el plácet a los platos de la vecina. Y aunque descendía de grandes terratenientes castellanos, la familia conservaba enormes extensiones de olivos, tierras de secano, pero de gran rendimiento, y miles de aparceros trabajaban para ella desde que despuntara el sol hasta que Venus mandaba al catre tanto a dioses como a humanos, ella vivía de manera, como gusta decir por aquellas tierras, extremadamente austera.

Catorce pisos repartidos por el mundo y trece familias alojadas eran otras de sus múltiples pertenencias. Don Marcelo, el director del banco donde tenía la cuenta, se postraba frente al metro y cuarenta de señora cada vez que asomaba su nariz aguileña por la puerta acristalada de su despacho con intención de actualizar la cartilla.

Era amiga íntima de doña Flora, gracias a ella cocinaba lo justo, mientras comía con ella, a su marido y a sus dos hijos les encajaba cuatro veces por semana lo que ella llamaba gachas de la abuela Patrocinia, un mejunje a base de engrudo de harina, aceite y dos trocitos sueltos de carne sobrante del antepenúltimo despiece. Cuando no impregnaba los patios del edificio con el repetido tufo era porque no había encontrado el sutil corte de cerdo, en el mejor de los casos, y de algún escondido puesto había conseguido prácticamente regaladas las últimas patatas del saco, entonces los deleitaba con un succulento guiso que había bautizado como estofado de las primeras patatas.

Cuando Nuria encendía el fuego y hacía burbujear el aceite en el cazo, y del pescado con espinacas emergían los primeros efluvios, en casa sabían que el timbre empezaría a sonar sin descanso hasta que corrieran la cadena, abrieran la puerta y dejaran entrar a la vecina.

—Es Tránsito —gritó Nuria, arreglando la mesa—. José María, Jorge, abrid la puerta de una vez, se va a cargar el timbre. Moved el culo del sofá, no tengo ocho manos, no puedo estar en todas partes. Abridle la puerta a Tránsito de una vez —repetiría fastidiada y con un pie en el recibidor y el pequeño Juan Carlos en brazos—. Buenos días, Tránsito, ¿cómo está Fernandito?

—Sigue pocho —contestó la vecina agradecida—, no sé qué tiene ese niño, pero no me

remonta, no remonta —añadió con pie y medio ya en la cocina—. Voy a ver a tu madre, tengo que decirle un par de cosas. Está en casa, ¿verdad?

Era domingo y doña Flora estaba en casa, era su único día libre en la semana y lo pasaba metida en la cocina.

—Buenos días, Tránsito —dijo, sirviendo pescado con espinacas y yuca en un plato hondo—. ¿Cómo está tu marido?

—Cada día más viejo —contestó Tránsito—, y lo que es peor, cada día más pesado. No hay quien lo aguante. Qué plomo de hombre, qué amargadita me tiene.

—Mujer, no te quejes tanto, si el pobre hombre es un santo. Tu marido es un bendito.

—Si yo te contara —zanjó Tránsito, agarrándose con fuerza a una punta de pan que corría libre por la encimera.

—¿Quieres un poquito de pescado para acompañar el pan? —preguntó doña Flora, acercándole el plato.

—Deja que lo pruebe —contestó, arrimando el mendrugo al caldo de espinacas—. Tengo que contarte una cosa muy importante.

—¿Y a qué viene ahora tanto misterio? —se extrañó doña Flora, cortando embutido—. ¿A santo de qué este preámbulo? ¿Desde cuándo?

—Mamá —interrumpió Nuria, entrando en la cocina—. ¿Hay comida para Juan Carlos? Parece que todavía tiene hambre.

—Este chiquillo siempre tiene hambre —contestó doña Tránsito—. Tienes un hijo que parece una lima, se te va a hacer enorme, no le va a valer ninguna ropa.

—Ya comió —contestó doña Flora, acercándole a Tránsito el puchero—. No le des más de comer, no tiene fin y no le hace falta. No quiero que se ponga enfermo de comer tanto. Toma —dijo, alargándole a su hija una enorme colección de platos—, déjalos en el comedor, haz el favor, y diles a tus hermanos que vayan a la mesa, la comida se enfría.

—Mamáaaaa —se quejó Nuria, cogiendo los platos enfurruñada.

—No te quejes tanto —gritó Jorge, sentado en el sofá—. Para eso viniste al mundo, por eso estás aquí, para trabajar para nosotros.

—Cállate, anda —dijo Nuria, entrando en el comedor con los platos.

—Eres adoptada, lo sabes, ¿verdad? No eres de esta familia, te recogimos en un vertedero, vives con nosotros para servirnos la mesa, para hacernos las camas, no te quejes tanto y trabaja, esclava, trabaja, es tu cometido.

Ni parpadeó, ni medió palabra, sin soltar al pequeño Juan Carlos, sin mudar el gesto, levantó la montaña de platos que llevaba en la mano izquierda y se los estampó en la cabeza a su hermano Jorge.

—Mamáaaaa —gritó Jorge, golpeándose la boca con las rodillas—. Mamáaa —repitió, sorbiéndose los mocos.

—¿Qué pasa? —gritó doña Flora, alertada por el estruendo.

—Ven, mamá, por favor, ven, mira lo que ha hecho la loca de tu hija.

—¿Pero no acabas de decir que soy adoptada? —soltó Nuria, sacudiéndose restos de loza del vestido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó doña Flora, entrando en el comedor asustada—. ¿Qué ha pasado ahora? ¿Qué ha sido ese golpe? ¿Qué habéis hecho?

—Tu hija, que está loca perdida —exclamó Jorge con las manos en la frente y un resplandeciente y magnífico chichón asomando ya en la coronilla—. Mamá, creo que me ha partido la cabeza, creo que me ha descalabrado. Tu hija creo que me ha descalabrado.

—Deja de llorar —dijo Nuria—. No seas tan quejica, apenas te he rozado. Más fuerte te tenía que haber dado por tontolaba.

—No os soporto —gritó doña Flora—. ¿No os podéis tratar bien, aunque sea solo los domingos? ¿No os podéis llevar como buenos hermanos, aunque sea solo un día a la semana? ¿Tenéis que estar siempre a la greña? Qué harta estoy de vosotros, qué pesadilla.

—La culpa es de tu hija, que está como una cabra —repitió Jorge—. Mírame la cabeza, creo que me ha hecho una brecha, estoy viendo sangre. Me estoy mareando, mamá, creo que tu hija me ha finiquitado.

—La culpa es tuya —dijo Nuria muy seria, dirigiéndose a su madre.

—¿Mía? —protestó doña Flora—. Mía, ¿por qué? ¿Qué he hecho yo para que me hables así, hija mía?

—Mis hermanos me tratan como a una esclava porque tú se lo permites. Si los pusieras en su sitio, si no se lo permitieras, si...

—Hija, aunque hable como un anciano conde, tu hermano es un niño pequeño —se excusó doña Flora—. Tienes que tratarle como a un niño pequeño. No tienes que ser tan dura con ellos, son niños.

—Yo no soy un niño pequeño —replicó Jorge.

—Tú te callas —contestó su madre—. Estoy hablando con tu hermana, cállate, que me tienes frita.

—No es pequeño, tiene dos años menos que yo, podría ayudar en casa lo mismo que ayudo yo. Pero no quieres, y me tengo que encargar yo sola porque ellos no mueven un dedo. Se sientan en el sofá, no ayudan en nada y tú se lo permites.

—¿No quieres ayudarme? —preguntó doña Flora—. Eres la única que puede hacerlo. Por dios bendito que necesito ayuda. Trabajo de sol a sol y llegó a casa destrozada, tu padre no está, necesito a alguien que me eche una mano.

—En esta casa, aunque no lo parezca, somos cuatro los que podemos ayudar, no solo yo, en este comedor veo a más gente.

—Mamá, mira —intervino Jorge—. La loca de tu hija me ha hecho sangre. Ya es oficial, tu hija me ha mutilado.

—No puedo más —exclamó doña Flora, volviéndose a la cocina—. No puedo más, estoy harta de vuestras peleas. Harta.

—No te preocupes tanto —dijo Tránsito, colocándole una mano en hombro, mientras rebañaba el plato—. Son cosas de críos, ¿quién no ha descalabrado a su hermano alguna vez con un canto rodado en una acequia? Estas cosas pasan, son cosas normales, pasan en las mejores familias. No tienes de qué preocuparte.

—No puedo más —suspiró doña Flora, sirviéndose el poco pescado que quedaba—. ¿Qué era eso tan importante que querías contarme?

—La semana que viene es la boda de mi prima Angelita —dijo Tránsito, sirviéndose una pizquita de vino blanco—. Por fin ha encontrado hombre, estábamos convencidas de que se quedaría para vestir santos, pero no, ha encontrado marido y se casa la semana que viene. Iremos

al pueblo unos días para ayudar con los preparativos; te importaría echarles un ojo a los canarios, no quiero encontrármelos tiesos cuando vuelva.

—Claro, no te preocupes —contestó doña Flora, dejando el plato en la encimera.

—¿Se te ha retirado el apetito? —preguntó doña Tránsito ávidamente.

—Un poco —contestó, acercándole el plato—. Imagino que tendrás ropa para ponerte.

—Claro —contestó la vecina—, ¿cómo no habría de tener ropa?

—¿Qué tienes?

—He pensado en arreglar un poco el vestido de misa —dijo la vecina, sirviéndose otro chato de vino—. Le coseré un broche, unas mangas, algo le haré, lo tengo medio pensado.

—¿Y zapatos? —preguntó doña Flora—. ¿Tienes zapatos?

—Zapatos, los que llevo —contestó, mostrándole la punta de su zapato roído.

—¿Los que llevas? —exclamó doña Flora—. ¿Los que llevas? Ni hablar del peluquín, los que llevas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tripa se te ha roto ahora? ¿Qué les pasa a mis zapatos?

—No me lo puedo creer —resopló doña Flora—, no me puedo creer que de verdad estés pensando en ir a la boda de tu prima con esos zapatos. Están para tirarlos a la basura.

—Así no, mujer, pensaba darles una buena mano de grasa de conejo —dijo, sirviéndose más vino—. Es mano de santo, tengo en casa de la última vez que mi marido se fue a por conejos. Quedarán como nuevos, la grasa de conejo es una maravilla, ¿Quieres que te traiga un poquito?

—No puedes ir con esos zapatos a la boda de tu prima.

—Son los que tengo.

—No voy a permitir que vayas con esos zapatos a la boda de tu prima —zanjó doña Flora—. ¡Nuria!

—¿Qué? —preguntó Nuria, entrado en la cocina.

—¿Sabes dónde están los zapatos marrones?

—¿Qué zapatos marrones? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Mis zapatos marrones?

—No, mis zapatos marrones —contestó doña Flora—. No están en mi habitación, no recuerdo dónde los pusimos, los busqué el otro día y no los encontré, ¿sabes dónde pueden andar?

—Creo que están en la galería.

—Puedes traérmelos.

—Mamáaaa...

—Hijaaa, tu anciana madre está cansada y no sabe dónde están los zapatos, haz el favor de traerlos y no te quejes tanto —añadió, plantándole un beso en la mejilla—. Por favor, no te quejes tanto, que te quiero mucho, pero no me gusta que te quejes tanto. Se te pone la cara muy fea cuando te enfadas.

—Jo, mamáaaaa —suspiró camino de la galería.

—No sé qué haría yo sin ti —le gritó tan alto como pudo.

—Nuria, ponte, es papá y quiere hablar contigo —gritó doña Flora en el comedor, tendiéndole el teléfono a su hija invisible que jugaba a criar en su habitación una tigresa de Bengala—. Date prisa, es una conferencia.

Don Arcadio telefoneaba a casa mínimo dos veces por semana. Sus hijos habían ido a Hannover de visita en un par de ocasiones. Quería que aprendieran el idioma, con el tiempo Europa hablará alemán, es nuestro destino, repetía a quien quisiera escucharle, hay que aprender su idioma para entenderlos, para comprender al otro debemos conocer su lengua, hablar alemán es fundamental y será imprescindible.

—Ahora no puedo, estoy liada —contestó Nuria con el pomo de la puerta ya en la mano.

—Hija, no protestes tanto —dijo su madre, plantándole un beso en la frente—. Se te hacen unas arrugas horribles y muy difíciles de quitar entre las cejas de fruncirlas tanto, no te quejes tanto, no protestes tanto, te pasas el día protestando.

—Hola, papá. *Wie Geht's?*

—*Gut danke, Und dir?*

—Bien, jugando con Puchi en mi cuarto.

—*Was Spielst du?*

—A veterinarios al rescate.

—*Müssen Sie einen Vogel retten?*

—No, tenemos que cuidar a Aitana.

—¿A Aitana? —se extrañó don Arcadio—. ¿Quién es Aitana?

—Una tigresa de Bengala que me han asignado para que la cuidemos.

—¿Un tigre?

—Una tigresa —rectificó Nuria—. Pero pequeña, es una cachorra, todavía. ¿No te habíamos hablado de ella?

—No.

—Pues es muy mona.

—Pero ¿no era una tigresa?

—Papi...

—Lo siento, hija. *Und du kümmerst dich darum?*

—Puchi y yo, sí. Hay que darle el biberón cada cuatro horas.

—¿Para que se haga grande?

—Claro y pueda vivir en libertad, sin tenerle miedo a nadie, para que pueda moverse por las calles sin problemas.

—Eso está bien —dijo don Arcadio—. Le he dicho a mamá que tenéis que ir a Correos a recoger un regalo, me han dicho que mañana podréis ir a buscarlo.

—¿No lo traen a casa? —se extrañó Nuria—. Todos los días llegan paquetes a esta casa.

—Este es muy grande —contestó su padre—. Me han dicho que tenéis que ir a buscarlo, el

funcionario de Correos dice que no se hace responsable. Es lo que tienen los monopolios.

—¿Qué es, papi?

—¿Los monopolios?

—Noooo —dijo Nuria—. El paquete.

—*Überraschen*.

—No me gustan las sorpresas —contestó Nuria muy seria—. No me gustan nada. ¿Qué es, papi?

—Esta seguro que te gustará, ya verás cómo te gusta —repitió don Arcadio—. ¿Están tus hermanos en casa?

—Están jugando al fútbol en la calle —contestó Nuria.

—*Gehst du nicht mit ihnen unter?*

—No he bajado con ellos porque quería quedarme con Aitana. Hay que darle el biberón en un ratito.

—¿No te gusta el fútbol?

—Ni me gusta, ni me disgusta —contestó Nuria—. Además, tampoco me dejan jugar a fútbol con ellos. Tampoco es que me muera por jugar a fútbol con ellos, me gusta más el baloncesto, pero no quieren que juegue con ellos, así que no bajo.

—Eso es porque tienen miedo de que les dejes en ridículo —dijo don Arcadio—. Seguro que les das un repaso y no se lo pueden permitir, son chicos.

—No creo que sea por eso —contestó Nuria muy seria—. De todas maneras, me gusta más el baloncesto, pero es muy difícil jugar aquí a baloncesto, es muy difícil jugar aquí a algo que no sea fútbol, solo hay canastas en el cole y hoy es domingo, está cerrado, no se puede jugar hoy a baloncesto, solo a fútbol. A fútbol se puede jugar siempre, pero no quieren que juegue con ellos.

—Te quiero mucho, Nuria, lo sabes, ¿verdad?

—¿Cuándo vienes? —le preguntó su hija.

—Pues no lo sé, no estoy seguro, ya veremos, ahora tenemos bastante lío en la fábrica, vamos a sacar una colección nueva de cuchillos. Si no puedo antes, en verano nos vemos en Barcelona o venís aquí unas semanas, ya veremos. ¿Tienes ganas de venir?

—Claro —contestó Nuria—. ¿Iremos al zoo?

—¿Quieres ver a Copito de Nieve?

—Prefiero ver a los elefantes.

—Veremos a los elefantes y a Copito de Nieve, ¿vale?

—*Kannst du mir versprechen?*

—Te lo prometo —contestó don Arcadio—. Un besito, hija. Tengo que colgar, se acaban los marcos. Diles a tus hermanos que los quiero tanto como a ti y que espero verlos muy pronto, ¿vale?

—Yo se lo digo —confirmó Nuria—. *Auf wiedersehen*, papi.

—*Auf wiedersehen, Nuria. Ich liebe dich so sehr.*

—Yo también te quiero mucho, papi.

Estimado Risto, Nuria ha recibido esta mañana una llamada de la aseguradora, nos reclaman una cuota que según ellos tenemos pendiente; echada en el sofá, soportando pacientemente el parloteo de la chica, le duele tanto la espalda por la radioterapia que no se puede mover, no ha resistido un minuto más y me ha pasado el teléfono para que hablara con ellos.

—No me apetece nada escuchar a esta gente —me ha dicho—. Estoy agotada de perder el tiempo.

Nuria no ha querido pelearse con los del seguro. Preocupante.

Las primeras sesiones de radio no le han sentado nada bien, es más, le han sentado como un tiro, ha perdido peso, está demasiado delgada, desde la noticia se le ha cerrado el estómago, no tiene apetito, come poquísimo, y el tratamiento le ha afectado el nervio intercostal, le duele horrores, por las noches no es capaz de dormir y ayer tuvimos que ir de urgencias para que le pincharan un calmante.

Antes que los del seguro ha llamado Idaira, quería charlar un rato con ella. Se telefonean una vez al mes desde hace veinte años; el mundo se divide entre las personas que pierden el contacto y las inteligentes. Está exhausta, no le apetece hablar y le he dicho a Idaira que dormía, aunque no consiga pegar ojo desde hace cuatro días, le he dicho que la llamará ella, que no se preocupara. La he notado con la mosca detrás de la oreja, pero no ha preguntado.

Idaira es excompañera de vuelo, ex LTE, de familia canaria. Coincidieron en Las Palmas, a Nuria la basaron unos meses en la isla e Idaira le ofreció una habitación en su apartamento de Maspalomas, congeniaron, se encontraron, se hicieron grandes amigas y mantienen el contacto.

Un día, vivíamos en Tenerife, Nuria había superado su cáncer de mama, se presentó Idaira en casa con no muy buenas noticias: tenía un pecho exageradamente más grande que el otro.

Había solicitado una excedencia de empleo y sueldo, tres meses de libertad, necesitaba tomarse un respiro, estaba harta de Helsinkis y como loca porque le diera el aire, dejar de volar, aunque fuera un par de semanas.

A la vuelta de su viaje por Laos se descubrió frente al espejo un pecho inflamado como un balón de playa. En caso de excedencia, la compañía no se hacía cargo del pago del seguro, Idaira no reparó en ello, ¿con veinte años quién se preocupa de semejantes minucias?

Se fue de viaje sin seguro y al volver de Vientián tenía el pecho enorme y de un color extraño. Su póliza había vencido y pidió cita en el centro médico para visitar a su médico de cabecera. Un tipo bajito, rechoncho y engominado de la península que había ganado plaza en Las Palmas hacía unos meses le abrió la puerta de su consulta.

Se desnudó frente a él, le mostró el pecho y este, sin pensar demasiado lo que decía, le advirtió: Imagino sabrás que las mujeres tenéis una teta más grande que la otra.

—¿Cómo? —exclamó Nuria.

—Mira, ni me digné en contestarle. Vaya personajillo, el godo hediondo muerto de hambre —escupió Idaira, mientras Nuria le servía un vaso de limonada—. Le pregunté si por lo menos se

dignaría en hacerme una mamografía. ¿Sabes lo que me soltó? Que no, que no me la hacía, que no me mandaba al especialista porque no me correspondía, que por edad no entraba dentro del grupo de riesgo, ni por edad, ni por antecedentes, que no me la hacía y punto. Que con los recortes la cosa está muy mal, que los tienen muy controlados, que los miran con lupa y que no puede pedir pruebas que no corresponden, que no podía justificar una prueba como esa, una prueba sin sentido.

—¿Sin sentido? —dijo Nuria, clareando la persiana del apartamento.

—Eso mismo le dije yo —contestó Idaira—. ¿Pero tú me has visto las tetas? ¿Tú has visto cómo tengo esta teta, que está a punto de estallarme en la cara, que parece una boya? Pues no, el tipo erre que erre, que es normal, que no veía nada anormal en mi pecho, que todas las mujeres del mundo tienen una teta más grande que la otra.

—No me lo puedo creer —dijo Nuria, sentándose frente a ella.

—El que no eres normal eres tú, le dije, anormal que eres un anormal de mierda; estaba como loca, tenía que salir de ahí, me hervía la sangre, estaba a punto de meterme en un lío. Respira, me dije, respira hondo, Idaira, y sal de aquí antes de que hagas una tontería; te juro que me moría de ganas de pegarle en la boca con un bate de béisbol al enano engominado ese, con qué gusto le hubiera espachurrado los sesos por el suelo —dijo, dándole un sorbito a la limonada—. Me iba a ir, cuando no va y me dice el hediondo que allí en la Seguridad Social no podía hacerme nada, pero si me pasaba por su consulta, por lo privado, era diferente. Se abrió la bata, sacó la cartera y me dio una tarjeta.

»—En mi consulta te hago todas las pruebas que necesites —me dijo.

—¿Qué me estás contando? —dijo Nuria.

—Lo que oyes.

—No me lo puedo creer. ¿Qué hiciste?

—Pues qué quieres que hiciera, mi niña, lo único que podía hacer —dijo Idaira—. Coger la tarjeta y estampársela en los morros.

—Bien hecho.

—Ya, pero el pecho seguía hinchado y me dolía horrores. Cada día más grande y de un color cada vez más preocupante. Hablé con mi madre, pedí un billete a Interline y me fui a Navarra.

—¿A Navarra? —pregunté por inercia.

—Están los mejores oncólogos de España —me aclaró Idaira—. Cogí el primer avión a Pamplona, haciendo escala en Madrid, claro. Entré en la consulta, me quité la blusa, el sujetador, el doctor se me quedó mirando, ni me palpó el pecho ni me preguntó nada.

—Hay que operar —me dijo pausadamente.

—¿Es muy grave? —le pregunté, no sé por qué motivo le pregunté eso, por preguntar algo, por decir algo, imagino—. ¿Cuándo sería la operación? Tengo que arreglar un par de cositas en casa. Debería avisar a la compañía de que no voy a poder trabajar en un tiempo, tengo que avisar a mi familia, a mi madre, mañana tengo un vuelo programado, tengo un Vilnius. ¿Cuándo debería volver para operarme?

»—¿Volver? —se extrañó el médico—. Tú no sales de aquí, tú no te vas a ninguna parte. Te opero de urgencia en quince minutos. ¿Has desayunado fuerte?

—¿Cómo? —exclamó Nuria.

—Lo que oyes, mi niña, como te lo estoy contando —dijo Idaira—, ni salir del hospital me dejaron. Si estoy aquí ahora es gracias a ese hombre, me salvó la vida. Respiro gracias a ese

hombre. Y el de aquí diciendo que las mujeres tenemos una teta más grande que la otra, desgraciado, hediondo, comemierda.

—¡Qué fuerte! —exclamó Nuria.

—Así que ya no tengo tetas —dijo Idaira.

—¿Te han quitado las dos?

—Las dos —confirmó, dando otro sorbito de limonada—. Al final las dos, me hicieron unas pruebas genéticas y el doctor me dijo que tenía todos los números para que se me reprodujera en el otro pecho. Que estaba marcado.

—¿Y cómo lo llevas? —preguntó, acariciándole el brazo.

—Imagina —contestó ella, tomándole la mano—. Lo llevo, que no es poco. Sé que es lo que hay y tengo que asumirlo. Me veo al espejo y no me reconozco, me entra una rabia y unas ganas de llorar inmensas, no puedo contenerme. Por las noches me duele el pecho sin tener tetas, que es lo peor, tengo ganas de romperlo todo, pero no me lo puedo permitir, es lo que hay y tengo que salir adelante. Es lo que hay, es lo que tengo y con esto debo pasar el resto de mi vida.

—¿Y unos implantes?

—Me da miedo entrar otra vez en el quirófano —dijo Idaira—. Más adelante ya veremos, de momento creo que no me voy a poner nada. Las cicatrices son espantosas, pero no quiero que me toquen más, no quiero que me trasteen por lo menos en una temporada. Más adelante ya veremos. Ahora lo que toca es curarme.

—¿Quimio?

—Radio y quimio —dijo Idaira—. Lo peor es que los del seguro no se hacen cargo de nada. Dicen que me operé sin su consentimiento y que está fuera de mis coberturas actuales o no sé qué historias, que se desentienden.

—Qué panda de desgraciados —dijo Nuria.

—Le debo un pastón al banco —continuó Idaira—. Mi madre hipotecó unas tierras que tenía en La Palma para financiar la operación y el tratamiento y ahora tengo una hipoteca con el banco para toda la vida.

—¿Necesitas algo? —preguntó Nuria—. Lo que necesites, ya lo sabes, Ida, lo que necesites. Si necesitas algo solo tienes que pedirlo.

—Lo sé, Nuria, lo sé, muchísimas gracias, mi amor, te lo agradezco enormemente. No te preocupes, está solucionado, Tenía un dinero ahorrado y con lo de las tierras de mi madre estoy cubierta. No tienes de qué preocuparte.

—Es solo dinero.

—Para ti, sí. Para mí, también. Para mi hermano es su dinero y me ha hecho renunciar a la herencia.

—No me lo puedo creer.

—Créetelo. Me ha hecho renunciar por si no puedo pagar al banco, por si me muero antes, me imagino.

—¿Qué me estás contando?

—Para no perder la parte, su parte, para que no se lo quede el banco, he tenido que renunciar a la herencia. Que también lo entiendo, tiene razón, no hay que correr riesgos.

—Estoy alucinando.

—Es su dinero —dijo Idaira—. Está en su derecho.

—En su derecho está —aceptó Nuria—. Y en el mío estoy de alucinar, ¿no?

—También.

—Pues eso, que no salgo de mi asombro —dijo Nuria—. De todas maneras, lo importante es que estés bien, que estés fuerte para el tratamiento, que te cuides y que pienses solo en recuperarte. El dinero es dinero y solo eso, dinero.

Así que hoy al teléfono me he puesto yo, Risto, para decirles que no vuelvan a llamar, no tenemos nada más que discutir, si quieren demandarnos, en los tribunales nos veremos. Es fácil que en este país nos toque pagar por un servicio que no hemos recibido, es la justicia que tenemos, que nos demanden si quieren, qué le vamos a hacer. Pero no soltamos un duro más.

El paquete regalo de don Arcadio aparcado en Correos era un enorme televisor Telefunken de última generación y ensamblado en Baviera. Aquel no era un televisor cualquiera, no, aquel sería el primer televisor en color del barrio, un soplo de modernidad que, y doña Flora era plenamente consciente, aumentaría el número de visitas, barras de pan y mortadela con aceitunas que meter en casa.

Disfrutaron en color de *Lo que el viento se llevó*, *Ben Hur*, *Gente joven*, *La clave* o las primeras incursiones de don Narciso Ibáñez Serrador en el cine; mientras el resto de vecinos creía que Wimbledon se jugaba sobre cemento, Nuria, especialmente ella, vibraría en sistema PAL con la eterna rivalidad Barcelona-Madrid, convertida en arte sobre una cancha de baloncesto a manos de Juan Antonio Corbalán y el grandísimo Nacho Solozábal.

Nuria, como media España, amaba en secreto a Nacho Solozábal, le enloquecía su mano izquierda, su mirada enigmática, su sobriedad en el campo, desde pequeña le han vuelto loca los zurdos, los pelirrojos y los catalanes, los proscritos, en definitiva.

Además de Solozábal y Juan Antonio San Epifanio, disfrutaba con la elegancia y el talento de Cándido Antonio Sibilio Hughes, Chicho Sibilio, un alero tirador que hacía pareja con Epi, de República Dominicana, nacionalizado para la causa, y que prefirió su tierra, sus plantaciones de mangos, jugar al dominó en su pueblo, a participar en aquella recordada Olimpiada, el peaje era compartir vestuario con Iturriaga, es lógico que haya quien prefiera la tranquilidad y el sosiego de Playa Bávaro.

Pasados unos años, en la retina siempre aquellas tardes de copa Korac, frente al televisor saboreando a Nacho en el Palau, en el aeropuerto de Gran Canaria coincidió en un vuelo chárter con Chicho Sibilio, con él viajaba Pablo Laso y la plantilla al completo de lo que por entonces se denominaba Taugrés Baskonia.

Nuria, como jefa del vuelo, como sobrecargo, era la encargada de recibir al equipo al entrar en la aeronave y empleaba para ello su mejor, serena y profesional sonrisa.

Mantuvo la compostura el tiempo que tardó en aparecer por el *galley* de *cockpit* don Cándido Antonio Sibilio Hughes, su primer Chicho. Perdió el sentido, los ojos se le pusieron literalmente del revés cuando lo vio entrar en cabina con sus andares típicos del bailarín de claqué. Chicho le tendió la mano protocolariamente, pretendía saludarla como el resto de sus compañeros había hecho, sin embargo, un impulso incontenible, irrefrenable, surgido de lo más íntimo de sus entrañas, la catapultó sin reservas a los fornidos brazos del sorprendido alero dominicano.

Rica, una compañera noruega, que también recibía al pasaje y no entendía muy bien el castellano, observaba con extrañeza la escena, sin comprender qué ocurría, pero manteniendo un escrupuloso y educado silencio.

—Buenos días, Chicho, ¿qué tal estás? —preguntó Nuria, acurrucada todavía entre los brazos de su sorprendido pasajero—. ¿Cómo vas? Qué alegría verte. ¿Sabes algo de Nacho?

Pablo Laso, que también quería su ración, hubo de contentarse con el saludo a secas de Rica,

que obviamente prefería el curling o el esquí de fondo al baloncesto europeo. Chicho no sabía qué hacer, dónde meterse; inmóvil, y todavía abrazado, no entendía absolutamente nada.

—¿Nos conocemos? —le susurró al oído—. La verdad es que su rostro me resulta familiar, señorita, creo que la he visto en algún sitio antes, pero no consigo ubicarla. Discúlpeme, pero ¿nos hemos visto antes?

—Es posible —consiguió decir Nuria, aterrizada de golpe—, seguro que me has visto en algún sitio. ¿Quiere usted tomar algo? —reaccionó, recolocándose la blusa.

—Un zumo de mango, si no es mucha molestia.

—No es molestia, claro que no es molestia —contestó Nuria—. Ocupe su asiento y yo misma se lo acercaré en cuanto hayamos despegado.

Los pasajeros estaban colocados y antes de asegurar cabina, las tres finlandesas del *galley* de cola, viendo que Nuria había saludado a Chicho de manera tan efusiva, fueron también a presentarse.

—Bueno días —se presentó Suiia a Chicho Sibilio—. Soy Suiia, para lo que necesite, aquí me tiene. ¿Es familia de Nuria?

—Buenos días —se presentó Miia, cargando una bolsa de caramelos.

—Ella es Miia —aclaró Suiia—. Y los caramelos son para el aterrizaje.

—Buenos días —logró decir Chicho.

—Buenos días —se presentó Tuiia.

—Ella es Tuiia —aclaró Suiia—. Ella es Tuiia, ella es Miia, y yo soy Suiia. Para lo que necesite.

—Buenos días —repitió Chicho sobrepasado—. ¿Me pueden traer un zumo de mango?

Nuria, que había visto la escena mientras preparaba los cinturones para la demo y conocía a las finlandesas, llamó a Suiia al *galley* de *cockpit*.

—¿Sabéis quién es el pasajero al que os habéis presentado? —preguntó, cerrando la puerta del avión.

—Ni idea —dijo Suiia.

—Familia tuya, ¿no? —intervino Miia, dejando los caramelos en el trasportín.

—¿Mía? —dijo Tuiia.

—Es Chicho Sibilio —dijo Nuria—. Es un jugador de baloncesto muy famoso.

—¿Y? —preguntó Tuiia.

—¿Entonces no es familia tuya? —repitió Rica, que no entendía nada.

—¿Mía? —preguntó Tuiia, cogiendo los chalecos.

Nuria se echó a reír, conocía a las finlandesas, llevaban volando cinco años juntas.

—¿Qué pasa? —preguntó Rica sin comprender, era su vuelo de iniciación, llevaba cuatro días en la compañía—. No entiendo nada.

—No te preocupes, ya lo entenderás —dijo Nuria.

—Entonces, ¿de quién es familia? —insistió Rica.

—Mía —zanjó Nuria—. En España todos los negros somos familia —dijo, enchufando el vídeo de la demo.

Entregó el DNI, se identificó convenientemente, doña Flora, sus tres hijos, Nuria y Aitana, su tigresa de Bengala, recibieron del funcionario jefe de Correos el primer televisor a color que verían los vecinos del edificio y sus amigos del colegio.

De las imágenes más aplaudidas que aquel aparato emitió, las que siguen.



[Vídeo](#)

Era un atípico lunes de febrero, denso y tupido, caliente. Nuria, como si fuera un habitual lunes por la tarde, salía de inglés acompañada por O. y Mery, las tres con los apuntes en la cartera y un repetido jersey azul marino e idénticos vaqueros blancos que Nuria conseguiría ahorrando la paga veraniega de Rompeolas y que habían quedado para llevar las tres puestos al instituto.

Como casi siempre, se despidieron en Pío XII, Mery debía ayudar a su madre en la droguería, a O. su padre la esperaba en casa de sus tíos, mientras Nuria debía quedarse con su hermano. Doña Flora había dejado la conservera por la cocina de Rompeolas, pasaba más tiempo en casa, pero tenía turno partido y por las noches trabajaba hasta entrada la noche.

Tomó la inusualmente tranquila esquina de Padre Esplá, las calles estaban vacías, buscaba las llaves de casa en la cartera, cuando un tipo de mediana edad con gafas de sol de montura dorada, abrigo a cuadros y al volante de un Citroën negro recién salido del concesionario, le pidió amablemente que se acercara.

—Bonita, ¿podrías indicarme si voy bien para General Mola? —le preguntó, perfilándose el mostacho.

—Está usted en la buena dirección —contestó Nuria, acercándose al automóvil—, pero todavía...

—Niña, ¿te gustan los tiburones? —interrumpió el tipo, bajando la ventanilla.

—¿Los tiburones? —se extrañó Nuria—. ¿El coche? ¿Qué tiburones?

—Los tiburones, bonita, los tiburones —repitió, asomando la cabeza violácea del pene por encima del volante—. ¿Te gustan los tiburones?

—¿Eso es un tiburón? —soltó Nuria.

—Un tiburón blanco —afirmó el tipo tajantemente, mientras se masajeaba concienzudamente.

—¿Eso es un tiburón? —preguntó Nuria—. Dirá usted una pobre sardinilla —añadió, dándose la vuelta.

—¿Quieres chupármela? —gritó el tipo desde la acera, sacándola a pasear por la ventanilla.

—Otro día —contestó Nuria, abriendo el portal de casa—. Hoy me pillas liada.

Años más tarde, el mismo tipo u otro parecido, tomándose el comentario al pie de la letra, entraría con Nuria en el portal del edificio, la empujaría contra los buzones, se acercaría por detrás blandiendo una navaja y solo el ruido del motor del ascensor que bajaba impediría que fuera violada en su propia casa.

—Ay, hija mía, ya estás aquí, menos mal que has llegado —exclamó doña Flora al sentir crujir la cerradura—. ¿Dónde te habías metido? ¿Dónde estabas? —preguntó, lanzándose a sus brazos.

—Mamá, no sabes lo que me acaba de pasar —contestó Nuria, entrando en el comedor, encontrándolo lleno de gente mirando la tele—. ¿Qué pasa? ¿Hay partido? ¿Por qué hay tanta gente en casa?

El Congreso de los Diputados estaba siendo forzado, lo asaltaba un teniente coronel junto a una manada de guardias civiles que se habían colado por las ventanas abiertas y desatendidas del primer piso. El pequeño Juan Carlos, tumbado en el suelo y entre las piernas de su hermano,

observaba en la televisión alemana cómo los militares habían secuestrado la española; cómo, frente a los escaños del hemiciclo, Tejero y su pistola pretendían devolver la cordura al reino por la vía de costumbre.

—Ayúdame, hija —suplicó doña Flora, alargándole el teléfono—. Ayúdame a encontrar a tu hermano. Tenemos que encontrar como sea a José María.

—¿A José María?

—Estoy intentando llamar al cuartel de tu hermano, pero no me lo coge nadie. Necesito que me pongan con él, necesito hablar con él, ayúdame, por favor, debo hablar con mi hijo.

—Pero ¿qué pasa, mamá? ¿A qué viene tanto revuelo?

—Tranquilas —intervino Tránsito pausadamente. La vecina observaba el aparato, a la vez que cosía tres botones a la sotana del párroco y finiquitaba una punta de chorizo—. Tranquilas —repitió—, es la Guardia Civil, no pasará nada malo, el asunto está controlado. No llegará la sangre al río.

—¿Por qué quieres hablar con José María? —preguntó Nuria, dejando la cartera con los apuntes en el suelo—. ¿Qué ocurre?

—Como siempre, no te enteras de nada —intervino Jorge—. Es un golpe de Estado, son los militares, están dando un golpe de Estado en nuestras narices. Lo estamos viendo en directo.

—José María está en el cuartel —dijo doña Flora—, necesito hablar con él, quiero que me diga que está bien. Hay que decirle que no haga tonterías, que no se meta en líos.

—Pero si solo está haciendo la mili —dijo Nuria—. Además, está en Cartagena. En un barco, mamá.

—Llama y haz que se ponga —le suplicó su madre—. Llama, hazme el favor.

—Mamá, ¿cómo voy a llamar al cuartel de José María?

—Tengo el número —contestó doña Flora, enseñándole una libreta—. Me lo dio el primer día. Llama, tú, por favor, llama tú. Eres joven, te harán caso. Estoy llamando yo y no me dicen nada. Me lo han cogido dos veces, pero me cuelgan.

—Dile a tu hermano que si no quiere problemas que haga todo lo que le digan —informó Tránsito, quitándose de entre los dientes una piel de embutido—. En España si haces lo que te dicen, no tienes nunca problemas. Que obedezca.

—Llama, por favor, hija.

—No se van a poner —intervino Jorge—. No hace falta que llames, no pierdas el tiempo, José María está acuartelado y preparándose para la guerra.

—Hijaaa —exclamó doña Flora.

—Voy, voy —dijo Nuria, cogiendo el teléfono—. Y tú, ¿por qué no te callas? ¿No te vas a callar nunca?

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Quieres dejar de preocupar a mamá?, ¿quieres dejar de decir tonterías?

—No son tonterías —contestó Jorge—. Si abrieras un libro, lo sabrías, es pura historia de España.

—El niño tiene razón —dijo Tránsito—. No se van a poner; si no lo estamos, estaremos en estado de sitio. Los militares deben permanecer en sus cuarteles, todos unidos y prevenidos para lo que se les pudiera venir encima. Ojalá hagan algo de una vez, porque a este país no hay por donde cogerlo.

—Tránsito, ¿vuelven los militares? —preguntó doña Flora angustiada—. ¿Crees que vuelven?

—Los militares no se han ido nunca —contestó Jorge—, y José María es ahora uno de ellos, está en la pomada, dile que no deserte que es pena de muerte.

—Hijaaaa.

—¡Te quieres callar! —exclamó Nuria.

—Hija, encuentra a tu hermano —sollozó doña Flora, apoyándose en la pared con las manos en la frente—. Dile que no deserte, que no mate a nadie, pero que no deserte.

—Por favor, mamá, no hagas caso a las tonterías que dice Jorge.

—Tonterías, claro, tonterías. Que se lo digan a Lorca.

—¿Te vas a callar? —gritó Nuria—. ¿Te vas a callar de una vez? Mamá, no hagas caso, verás como es una chorrada. Verás que son cuatro iluminados y se arregla todo en un par de días.

—No creo yo que esto sea obra de cuatro iluminados —dijo Tránsito—. Es la Guardia Civil, no se andan con chiquitas. No dan puntada sin hilo.

—Nada, que no hay manera —suspiró Nuria, marcando de nuevo los números del cuartel de José María.

—¿No lo cogen? —preguntó doña Flora—. ¿A ti tampoco te lo cogen?

—No lo cogen, mamá, no lo cogen —dijo Nuria, colgando el teléfono.

—Pero, hija, si casi no lo has intentado —se quejó doña Flora, deslizándose por la pared hasta acabar en el suelo—. Inténtalo de nuevo, por favor, no te rindas.

—Mamá, por favor, no seas tan dramática. Tranquilízate un poco. Te sube la tensión.

—Qué fácil es decirlo —se excusó doña Flora—. Ya te tocará a ti, ya te tocará a ti ser madre. Y ya me contarás entonces.

—No contestan porque están de maniobras —informó Tránsito, rematando la sotana.

—¿Maniobras? —preguntó doña Flora, asiendo la mano de su hija con fuerza.

—Mamá, por favor, no hagas caso —resopló Nuria—. Y vosotros haced el favor de mirar la tele en silencio. Para decir chorradas, estáis mejor callados. No la preocupéis más.

Doña Flora recostó la cabeza sobre las rodillas, convencida de que nada había que pudiera hacerse, eran los militares, venían de nuevo los militares. Prepararían la maleta, cerrarían el piso, comprarían billete a Alemania, se irían a vivir a Hannover con don Arcadio, una vez instalados, habría que buscar la fórmula de traer a José María, ver cómo lo pasaban por la frontera, sería un fugitivo, pero mejor eso que un asesino. Se llevó la mano al monedero para ver cuánto dinero tenía cuando sonó el teléfono.

—¿Eres tú, José María? —contestó atropelladamente.

—¿José María? —se escuchó al otro lado—. ¿Quién es José María?

—Mi hijo —contestó doña Flora—. Es el mayor, sabe usted, siempre se sufre un poquito más por el primero.

—Mamáaaa —intervino Nuria.

—¿Qué quieres? —contestó doña Flora—. Es la verdad. Lo siento.

—Señora —atajó la voz al otro lado—, no soy su hijo, la llamo de la oficina de Correos.

—¿De Correos?

—De Correos, sí. Venga usted inmediatamente a la oficina.

—¿A la oficina?

—Inmediatamente.

—¿Ahora?

—Inmediatamente, le he dicho inmediatamente. Inmediatamente es inmediatamente.

—¿Ustedes no tienen televisor en la oficina? —preguntó doña Flora.

—Lo que tenemos son unos caracoles gigantes reptando por las paredes que vienen a su nombre —informó José Antonio—. Venga usted inmediatamente y se los lleva de aquí ipso facto. No haga que se lo tenga que repetir, tiene usted hasta las ocho que cerramos.

—¿Hay muchos?

—Quince hemos contado.

—El negro sufre hasta cuando come —repetiría doña Flora, sirviendo otro plato de caracoles picantes.

Con los caracoles llegaría un paquete de mangos, el alimento preferido de Nuria, un aroma ligado a su infancia, imposible de conseguir en España y que doña Flora pedía como favor especial a sus hermanas en Guinea.

La familia entraba en fila por la puerta de Correos, minutos antes de que cerrasen. Los reconocieron, eran los de la tele en color, los de los huevos de tortuga, los del tigre de Bengala. Doña Flora llegaba de la mano de sus sospechosos habituales, en uno de los días más comprometidos para el país no dejaría a nadie en casa, no se separarían.

—Es usted doña Flora, ¿verdad? —le preguntó el funcionario.

—¿Cómo lo sabe usted? —contestó Jorge con sorna.

—Tú, cállate —exclamó doña Flora, arreándole a su vástago un fulminante coscorrón imposible de esquivar—. Soy yo, ¿me estaban buscando?

—¿Ve usted aquello de allí? —contestó el funcionario José Antonio, señalando la pared—. ¿Es suyo?

—Es posible —contestó escuetamente doña Flora, no quería comprometerse, mucho menos en un día extraño como aquel—. ¿Hay bastantes?

—¿Bastantes? —repitió Jorge.

—Suficientes —contestó el funcionario.

—¿Cuántos? —preguntó Nuria.

—Quince hemos contado.

—Solo veo cuatro —contestó Jorge.

—¿Qué han hecho con el resto? —preguntó doña Flora.

—¿Son venenosos? —preguntó José Antonio.

—¿Venenosos? —se extrañó doña Flora—. Están riquísimos con un poquito de laurel, ajo y una salsa especial africana.

—¿La salsa es picante? —se oyó al fondo de la oficina; era un cartero pelirrojo que venía mucho por el barrio.

—Un poco —contestó doña Flora—. El negro sufre hasta cuando come.

—¿Cuándo los va a preparar, doña Flora? —preguntó otro cartero.

—Tenía pensado el domingo. Están invitados. El que quiera pasar por casa a comer caracoles gigantes está invitado, ya saben ustedes dónde vivimos.

—¿Nos centramos? —estalló colérico el funcionario José Antonio—. ¿Nos centramos de una vez, por favor?

—Yo contesto a lo que me preguntan —se excusó doña Flora.

—No queremos líos con la autoridad —dijo Jorge—. Y con ustedes tampoco.

—Te quieres callar —exclamó doña Flora, soltándole otro coscorrón, demasiado previsible

esta vez.

—No hemos querido tocarlos —continuó el funcionario, haciéndose el sordo—, no sabíamos si eran venenosos, solo nos faltaba eso, morir envenenados en esta oficina.

—Hay más veneno en la oficina que en los caracoles —dijo Nuria.

—Seguro —dijo el funcionario, mordiéndose la lengua—. Están recorriendo la oficina, han empezado a comerse las cartas. Así que me va a hacer usted el favor de coger los quince caracoles y se los lleva a la mayor brevedad posible, ¿entendido?

—Perfectamente —contestó doña Flora.

—Me alegro, porque tiene ocho minutos para llevarse esta inmundicia de mi oficina.

—Son caracoles —dijo Jorge.

—Caracoles gigantes —corrigió Nuria.

—No os metáis —cortó doña Flora—. El señor tiene razón, vamos a llevarnos los caracoles a casa, sin rechistar. No os quiero oír, tengamos la fiesta en paz. ¿Tengo que firmarle algo?

—Debería, pero sus caracoles se han comido los formularios —informó José Antonio.

—Cómo pica —dijo Miguel, el cartero pelirrojo, sirviéndose otro plato—. Están buenísimos, y el picante espectacular, la carne tiene una textura muy delicada y la cebolla caramelizada está de rechupete. Es un plato de concurso. Picante, pero de concurso.

—El negro... —empezó doña Flora.

—Sufre hasta cuando come —acabó Juan Carlos, rebañando el plato en la mesa de la cocina.

En casa no cabía un alfiler, los ánimos parecían más calmados, la Guardia Civil estaba de regreso a sus cuarteles y los vecinos animadamente se repartían como buenamente podían los huecos del piso.

La música y el aroma a picante africano inundaban el barrio, más comensales, estaban de enhorabuena y había que celebrarlo. De la oficina de Correos, únicamente don José Antonio y dos acólitos faltaron a la cita, el resto de funcionarios se presentaron puntualmente y allí estaban comiendo, bebiendo, bailando, apretados, sin poder moverse, felices, extasiados.

Tránsito apareció por casa cinco minutos antes de que los caracoles acabaran de cocerse, del brazo traía un hermano de la parroquia con bastante interés en hablar con la familia. Después de muchas vueltas e inacabables soliloquios, comprendieron que el fraile pretendía convencer a doña Flora de que su hija albergaba en su interior un talento especial, una extraordinaria facultad que era necesario explotar por el bien de la humanidad obstinada en autodestruirse. O algo por el estilo.

El hermano tutelaba una pequeña comunidad cristiana en Tanzania, a las faldas del Kilimanjaro, en la frontera con Kenia, y estaba muy preocupado: el número de feligresas había descendido y corrían el riesgo de desaparecer, o lo que es peor, no contar en el reparto.

Se había fijado en Nuria y en sus aptitudes especiales, la había estado observando y albergaba la esperanza compartida con Tránsito de que, con unas buenas fotos, vestida de virgencita negra, con las que armar un consistente álbum que llevarían de misiones, el número de bautizos y comuniones remontaría obligatoriamente en la zona.

—No creo que a Nuria le interese demasiado el asunto —dijo doña Flora, sirviendo otra bandeja de caracoles a su vecina—. No le gusta mucho hacerse fotos.

—Es una oportunidad —aclaró Tránsito, cogiendo una barra de pan y metiéndola directamente en la olla—. Además, entre cristianos es obligación echarnos una mano.

—Sería de una ayuda inestimable —convino el hermano, cortando un modesto trozo de pan y añadiéndole una pincelada de queso de tetilla con aceite.

—¿No come usted caracoles, padre? —preguntó doña Flora.

—No soy padre, soy hermano —corrigió, limpiándose las manos con una servilleta—. La comida africana me produce ardor de estómago.

—¿Pero no vive usted en Kenia?

—En Tanzania —corrigió el hermano—. Aunque podría considerarse Kenia perfectamente. No creo que esas almas cándidas sepan exactamente si están en Kenia o en Tanzania.

—En África las fronteras son muy difusas —intervino Tránsito.

—No tanto —dijo doña Flora.

—No entremos en política —zanjó Tránsito—. Centrémonos en lo que nos interesa, salvar el alma de esas pobres criaturas.

—La verdad es que le quedaría muy agradecido si hiciera el favor de preguntarle a su hija si estaría dispuesta a ayudar a nuestra comunidad, le estaríamos tremendamente agradecidos. Estoy seguro de que el Señor se lo agradecerá enormemente.

—¿Qué señor? —preguntó Puchi, comiendo arroz con salsa.

—El Señor —contestó Tránsito.

—Nuestro Señor —añadió el hermano.

—¿Nuestro señor? —repitió Puchi.

—Niño, come —dijo Tránsito.

—No creo que a Nuria le interese el tema —informó doña Flora—, pero si quiere usted que le preguntemos, le preguntamos, no perdemos nada por preguntárselo.

—Sería lo mejor —contestó el hermano—, hablar con ella directamente sería lo más conveniente. Hacerle entender que en sus manos está salvar el alma de un centenar de ovejas indefensas.

—Y descarriadas —afirmó Tránsito.

—¿Ovejas? —preguntó Puchi.

—Ovejas —repitió Tránsito, dándole un flan al niño.

—Puchi, ¿dónde está tu hermana? —preguntó doña Flora, perdiendo la paciencia.

—En su bitación —contestó su hijo.

—Pues ve a buscarla, haz el favor —dijo, bajándolo de la silla.

En su cuarto y acompañada por O. y Mery, Nuria les explicaba a sus amigas el encontronazo con el tipo del tiburón.

—No me lo puedo creer —dijo Mery—. ¿De verdad te enseñó la cola? Qué degenerado.

—¿Y qué hiciste? —preguntó O.

—¿Qué iba a hacer? —contestó Nuria—. Darle la vuelta y meterme en casa. ¿Qué queríais que hiciera?

—Deberías denunciar al asqueroso ese —dijo Mery—. Deberían meterlo en la cárcel una buena temporada, que se pudra por desgraciado.

—¿Se puede denunciar eso? —preguntó O.

—Digo yo que podrá denunciarse —contestó Mery—. Seguro que sí, enseñar la cola tiene que ser escándalo público o algo parecido, tiene que venir en el código penal, tiene que estar penado.

—No sé yo.

—¿Cómo no? —exclamó Mery—. Casi no te dejan morrearte con un chico en el parque, ¿van a dejar que un asqueroso te la enseñe por la calle? Imposible. Eso tiene que ser delito, seguro.

—¿Y qué haces? —preguntó O—. ¿Vas a la comisaría más cercana y lo denuncias, así de sencillo?

—Así de sencillo, no —dijo Mery—. No hay nada sencillo, pero eso es lo que hay que hacer, ir a comisaría y denunciarlo.

—¿Y si el tipo es policía? —preguntó O.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó Nuria.

—¿Tenía pinta de policía? —preguntó O.

—Casi todos los tíos tienen pinta de policía —contestó Nuria.

—¿Pero le viste la placa? —preguntó O.

—Solo le dio tiempo a verle la colita —dijo Mery—. Solo tenía ojos para su pequeño garbancito.

—No le vi placa, ni el coche tenía sirena.

—La sirena eras tú —dijo Mery.

—Vete a paseo —dijo Nuria—. No creo que fuera policía. ¿Por qué iba a ser policía?

—No sé —contestó O.

—¿Podrías hacer un retrato robot? —preguntó Mery.

—¿De su cara? —preguntó Nuria.

—O de lo que quieras —contestó Mery.

—¿Para qué? ¿Para hacerle un cartel de en busca y captura? Seguro que le hacemos el tío más feliz del mundo.

—La verdad es que es asqueroso —dijo Mery—. Que te impongan esa imagen de por vida. Que un tío te imponga la visión de tu primera polla a la fuerza porque le sale de los huevos. Vaya mierda. Habría que cortársela.

—No te pases —dijo Nuria—. Además, ¿quién te dice a ti que es la primera polla que veo?

—La de tu hermano no cuenta —dijo Mery—. Y estoy tan segura de que es la primera, porque si fuera la segunda, me lo hubieras contado.

—¿Le has dicho algo a tu madre? —preguntó O.

—Pues se lo iba a decir, pero con lo de los militares el otro día, lo de Correos y la espiral de locura que vivimos habitualmente en esta casa, como que se pasó el momento.

—¿No se lo vas a contar? —insistió O—. ¿No crees que debería saberlo?

—¿Te pasa algo? —preguntó Mery.

—¿A mí? —contestó O.

—Estás rara —dijo Mery.

—Estoy como siempre.

—No sé yo.

—¿Qué no sabes?

La puerta de la habitación se abrió de golpe.

—Perdón por interrumpir —se excusó Miguel, el cartero pelirrojo—. Perdonad, pensé que era el baño.

—La siguiente puerta a la derecha —dijo Nuria.

—Lo siento, perdonad, no os molesto más —dijo, cerrando la puerta.

—No es molestia —dijo Mery—, a la anfitriona le encantan los pelirrojos.

—Tíaaa —dijo Nuria—. Te quieres callar, cómo te pasas.

—Me encantan los saraos que monta tu madre —continuó Mery—, siempre hay gente, siempre hay movimiento, faltan más tíos buenorros, pero están genial las fiestas que os montáis en esta casa. Igualito que en la mía, vamos.

—A veces no estaría mal un poquito más de calma, la verdad —dijo Nuria—. Estoy cansada de hacer cola para ir al baño.

—Te lo cambio ahora mismo —dijo Mery—. ¿Tú qué dices, O.? Le cambiamos a Nuria su

casa por la nuestra, una semana para cada una, ¿qué dices?

O. la miró fijamente, iba a contestarle, pero prefirió mantenerse en silencio.

Puchi se quedó jugando a los videojuegos en un salón recreativo a una manzana del hotel, de las dos fue a Nuria a quien más le costó dejar solo al pequeño, había que hacerlo, cumplía dieciocho, se había convertido en un hombrecito.

Madre e hija subieron cansadas y de la mano a la planta séptima del hotel, desde su habitación se veía Central Park, disfrutarían relajadas del atardecer, necesitaban un respiro después de visitar el Puente de Brooklyn, el Hudson y subir la Estatua de la Libertad.

El viaje a Nueva York era un regalo de cumpleaños, la mayoría de edad del pequeño había que celebrarla. Nuria pidió billetes a la compañía, tenían un destacamento, y por Interline consiguió un hotelazo en la mejor zona de Manhattan.

En primavera doña Flora se había despedido, había colgado el gorro en la cocina de Rompeolas, la insistencia de su hija la había convencido y después de darle muchas vueltas no volvería al restaurante.

Tenía edad para no preocuparse, no aguantar según qué cosas y disfrutar de la vida. Como la dueña del local no le había dado de alta en Tesorería, la pensión que le quedaba era ridícula, una mierda, pero Nuria ganaba bien y estaría a su lado si lo necesitaba. En marzo se acabaron los madrugones, el aceite hirviendo en el brazo, las catorce horas diarias, podría viajar, cantar en el coro, jugar al parchís con sus amigas.

—Muchas gracias, hija —dijo doña Flora, dejando en la cama su sombrero nuevo.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó Nuria en el baño, peinándose frente al espejo—. ¿Te está gustando el viaje? ¿Te ha gustado la Estatua? ¿A que parece mucho más grande en el cine? Es pequeñita, desde el barco parecía un juguete, ¿verdad?

—Muchas gracias por todo, hija —repitió doña Flora, sentándose en el borde de la bañera, cogiéndole las manos—. Muchas gracias, hija, muchísimas gracias.

—Vale, mamá, ya me lo has dicho, ya me has dado las gracias —dijo Nuria—. ¿Lo estás pasando bien?

—Muchísimas gracias por todo, hija —repitió doña Flora—. Eres la mejor hija del mundo y creo que no te lo he dicho lo suficiente.

—Sí, sí que me lo has dicho, mamá, no te preocupes. Me lo has dicho muchas veces, y te lo agradezco, muchas gracias, mami —respondió, besándole en la frente—. ¿Te está gustando el viaje?

—A veces lo pienso y siento que he puesto demasiado peso sobre tus hombros. Siento que te he cargado con demasiada responsabilidad, las circunstancias, mis decisiones no siempre acertadas, lo reconozco, creo que han hecho que crecieras demasiado rápido, que te hicieras mayor a la carrera, que no tuvieras una infancia feliz, que podrías haber sido más feliz de no ser por mí, a veces siento que te perdiste, por lo menos, una parte importante de tu infancia y fue por mi culpa.

—¿Qué estás diciendo, mami?

—Hija, siento que a veces no te traté como debía haberte tratado. Siento que tus hermanos deberían haber ayudado mucho más en casa, siento que no siempre estuve a tu lado cuando me necesitabas, siento que desde tan pequeña llevas tanto peso encima y siento que lo sigues llevando, quiero que dejes de llevar esa carga, quiero que seas feliz, ¿eres feliz?

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó Nuria preocupada—. ¿Qué ocurre? ¿A qué viene esto? Me estás asustando.

—¿Eres feliz? —repitió doña Flora.

—Soy feliz, claro que soy feliz —contestó Nuria—. ¿A qué viene esto, mami? ¿Estás bien? ¿Hay algo que quieras contarme?

—Hija mía, tus hermanos tienen sus esposas, sus hijas, han creado sus familias, Puchi ya no es un niño, tiene novia, los pillé en su habitación el otro día, pronto se casará, tendrá hijos, y tú estás tan sola, te veo tan sola, siempre cargando con nosotros, siempre preocupándote por la familia, no haces tu vida, no haces tu camino. ¿No tienes a nadie? ¿No hay ningún hombre en Mallorca? ¿No quieres formar una familia?

—Mami, me encanta mi trabajo —contestó Nuria—. Me encanta volar, es mi sueño y lo estoy cumpliendo.

—Y aquello de cuando sea mayor tendré un niño blanco, otro negro, otro chino y otro pelirrojo, ¿dónde quedó aquello? ¿Dónde están esos niños?

—Es verdad, no me acordaba —dijo Nuria, esbozando una sonrisa—. Uno blanco, uno negro, uno chino y uno pelirrojo, no me acordaba —repitió, sentándose en su regazo—. Pues no sé, mamá, la verdad es que no creo que tenga tantos, la verdad es que creo que tenga, pero el tiempo lo dirá, soy joven todavía, no ha llegado mi momento, eso es seguro, veremos si llega.

—Ay, hija.

—Mami, no te preocupes, la vida hay que vivirla sin hacer muchos planes, amoldándote a lo que te viene.

—La culpa es mía —dijo doña Flora—. Te hice madre cuando eras una niña. ¿Es por mi culpa que no quieres tener hijos? —preguntó, agachando la cabeza—. ¿Es por mi culpa que no quieres formar una familia? ¿No fui un buen ejemplo? ¿No quieres cometer mis errores?

—¿Qué errores, mami? —protestó Nuria—. Ya vale, por favor, sabes que no, sabes que fuiste el mejor ejemplo del mundo.

—¿Entonces?

—Mi vida no es como la tuya, mamá, solo eso. Los tiempos han cambiado. Me gustan los niños, lo sabes, pero disfruto mucho con mi trabajo, tampoco quiero ser madre soltera.

—¿Te gustan los hombres? —soltó doña Flora de repente—. ¿Te gustan, hija mía? Sabes que si tuvieras alguna cosa con Mery, lo aceptaría sin problemas, ¿verdad?

—Mamá, pero ¿qué dices?

—¿Te gusta Mery?

—Me encanta, Mery —contestó Nuria—. ¿A ti no?

—A mí también.

—Pero como amiga, mami. No hagas caso a mis hermanos, me gustan los hombres, no le des vueltas a la cabeza. Simplemente no ha llegado mi momento.

—¿Tienes novio por lo menos?

—De momento diría que sí, aunque no sé lo que me va a durar.

—¿Por qué no lo has traído nunca a casa?

—No quería que se hiciera ilusiones —contestó Nuria.

—¿Quién, él o yo?

—Los dos —contestó Nuria—. Creo que me va a dejar, no creo que tarde demasiado en marcharse.

—¿Te va a dejar? —preguntó doña Flora—. ¿Cómo lo sabes? ¿Dónde va a encontrar una mujer como tú? Si es inteligente no te dejará, ¿es inteligente?

—Quiere casarse, quiere tener hijos y yo no puedo dárselos. —contestó Nuria.

—¿No puedes dárselos?

—Ahora mismo, no, no es mi momento. Quiere tener hijos, quiere que deje mi trabajo y nos vayamos a vivir juntos, quiere formar una familia y yo no puedo dárselo. Toda mi vida he querido hacer lo que hago, volar, viajar, conocer mundo, y no estoy por la labor de dejarlo, no puedo. No es mi momento. Me gusta mucho mi vida, no quiero cambiarla, no quiero dejarla por un hombre.

—¿Le quieres?

—Mucho —contestó Nuria—. Muchísimo.

—Encontrará a otra.

—Lo sé y espero que le vaya muy bien, espero que sea feliz con ella, que pasen buenos ratos juntos, que salgan de viaje por lo menos una vez al año, que tengan tres o cuatro hijos, que por lo menos uno sea pelirrojo, que sean abuelos juntos y tengan nietos sanos, se lo merece.

Nuria no aceptó la propuesta del hermano que del brazo trajera doña Tránsito aquel famoso domingo de caracoles picantes y música africana en casa. Ni el fervor eclesiástico, ni una intrincada serie de circunloquios, de loas beatíficas, de alabanzas a las bondades del hombre blanco, a la cristiandad en particular, la civilización en general, ni el centenar de biblias compradas, ni el millar de rosarios por llegar, ni las colaboraciones especiales de personalidades destacadas, el rastro, un contenedor de uralita lleno hasta arriba, el barro y el makuti están bien, pero donde se ponga un buen contenedor de uralita que se quite lo demás, lograron convencerla, la idea de aparecer en un álbum de fotos chulis con las que conseguir dinero aquí y conversiones allá no le seducía, no supieron venderle la idea. Las fotos no las haríamos aquí en tu casa, diría el hermano, serían en la parroquia, con una buena cámara, luces especiales, unas las haríamos vestida de Virgen María, otras con vestidos de alguna tribu de por allí, la pila bautismal en un segundo plano.

—¿Tengo que disfrazarme? —preguntaría Nuria, frunciendo el ceño.

—No son disfraces, bonita —le corrigió el hermano—. Son vestidos típicos de la región, vestidos típicos de cada zona. No estaría de más que te vistieras un poco como una adolescente masái, por ejemplo.

—Yo no soy masái —contestó Nuria—. De hecho, nosotros somos de la otra costa, nosotros somos del Atlántico.

—Eso da igual ahora —dijo Tránsito.

—Mujer, te dará igual a ti —contestó Nuria.

—Haya paz —intervino doña Flora.

—La gente de allí no conoce muy bien la diferencia entre el Atlántico y el Índico —intervino el hermano.

—La de aquí parece que tampoco —replicó Nuria.

—¡Nuria! —exclamó doña Flora.

—La gente de aquí —continuó el hermano—, no sabe muy bien quién es quién, quién es de qué tribu o de otra, es un lío, además si lo pensamos un poco tampoco importa demasiado para el proyecto, lo importante de verdad es acabar con el hambre en el mundo y socorrer a los niños que no reciben la educación esencial que su espíritu demanda. Lo importante aquí son las fotos.

—Ya, pero el problema es que no me gusta demasiado que me hagan fotos; si encima tengo que disfrazarme, pues qué quiere que le diga —dijo Nuria, cruzando los brazos—. Bueno, padre, yo me lo pienso y le digo algo.

—Hermano.

—¿Cómo? —Se extrañó Nuria.

—Que no soy padre, no puedo oficiar misa, soy hermano.

—Perdón, hermano, yo me lo pienso y le digo algo —repitió Nuria—. Pero puedo asegurarle que si la idea que tienen es disfrazarme de virgen judía o adolescente masái, ya le digo, desde

ahora mismo, que no creo que lo haga. No quiero hacerle perder el tiempo. Si quiere fotos más para recaudar dinero, iría de mí misma, no de alguien que no soy.

—Piénsatelo, hija mía —dijo el hermano—. No hace falta que lo decidas ahora mismo, tómate tu tiempo, los niños de África te necesitan.

—Pero no lo dejes para el último día, tampoco —intervino Tránsito—. Si tú no lo haces, habrá que buscar alternativas.

No hubo sesión fotográfica, la campaña quedó en el limbo, la visión del hermano no era la de Nuria, no encontraron adolescentes negras que quisieran hacer de masái, no le pintarían la cara a nadie, no era el enfoque, el tema quedó aparcado. Años más tarde, la prensa destaparía, sin demasiado ruido, un escándalo del hermano y un centenar de niños tanzanos que acabarían con los huesos del clérigo en un hotel de lujo en Llanerías.

Sin embargo, ese día, el día que le ofrecieron hacerse unas fotos de masái para acabar con el hambre en el mundo, se le encendió una lucecita, hubo un clic en su interior, imaginó la posibilidad de aterrizar en el extraño mundo de la publicidad como modelo, podía hacer algún pase, hacerse alguna foto, trabajar como azafata de congresos... Lo de volar quedaba lejos, así que la idea de entrar en publicidad comenzó a rondarle seriamente por la cabeza. El dinero no sobraba en casa, debía ayudar a los suyos, terminaría el bachillerato, seguiría trabajando en la heladería de Rompeolas y mientras tanto presentaría unas fotos a una agencia de modelos para cubrir eventos y sacarse un extra con el que ayudar a su madre.

No tardaron una semana en llamarla, empezó repartiendo folletos, asistió como azafata en un par de congresos, la llamaron para la pasarela, hizo pases de ropa en alguna discoteca, fue traductora de Joe Cocker en Benidorm, hizo alguna foto para anuncios locales, pero el primer gran evento, el primer gran evento de verdad, llegó unos meses más tarde, el verano del ochenta y dos. El Mundial de España tenía sede en Alicante y a Nuria le ofrecieron un puesto como azafata, no era fácil encontrar chicas que hablaran castellano, catalán, inglés, francés y alemán en aquella época.

El sueldo estaba bien, tampoco para tirar cohetes, se trabajaba mucho, se comía mal, se descansaba peor, pero a cambio podría ver los partidos del Mundial gratis y conocer a los periodistas. Estaba ilusionada.

Mery no entendía el fervor que recorría las venas de su amiga, tanto alboroto por acreditar a aquellos lerdos en pantalón corto, dar saltos de alegría por verlos correr tras una pelota mal cosida, veinte gañanes dispuestos a matarse a palos por meterla en una red, no lo comprendía, pero tampoco hacía demasiada sangre.

Para Nuria, el Mundial significaba un buen trabajo, la oportunidad de mezclarse con periodistas deportivos, su segunda pasión, pasar un verano divertido. Sin embargo, para España era muchísimo más que una simple concatenación de partidos de fútbol, era un escaparate al mundo, un trampolín hacia la ansiada y costosa modernidad, la mejor manera, tal vez la única, de borrar en el extranjero las imágenes de aquel guardia civil que durante una tarde de invierno le diera por entrar en el Congreso para mearse en la cara de los diputados, el país necesitaba, ansiaba, un frame moderno y amable que entregar al mundo y los nervios entre los organizadores andaban a flor de piel.

El primer día fue horrible, gritos, carreras, personal yendo y viniendo, tipos buscando paquetes perdidos, chicas llorando, chicos con ganas de tirarse del castillo, ancianas con banderas de

Hungría, bebés disfrazados de Diego Armando Maradona, la ciudad había enloquecido y el caos campaba a sus anchas por la playa del Postiguet.

En el edificio Puerta del Mar la organización había instalado una oficina enorme para acreditar a directivos, prensa y jugadores, Alicante era la sede de las selecciones belga, argentina, húngara y salvadoreña, verían en directo a Erwin Vandenberg, Mágico Díaz, Pasarella...

Sus hermanos, sus vecinos, el país entero, morían por una instantánea con el nuevo fichaje de Núñez para el F.C. Barcelona, el mundo estaba patas arriba por la llegada del Pelusa a la ciudad condal, cada cinco minutos entraba un argentino en las oficinas del Rico Pérez rogando con lágrimas en los ojos y a moco tendido que le dejaran colarse por la reja que daba al rectángulo de juego para ver aunque fuera en la distancia a Maradona, futuro dios del fútbol, necesitaban ver cómo acariciaba con la izquierda y suavemente el esférico aunque fuera solo durante un entrenamiento. El mundo había perdido la chaveta.

Llegó destrozada el primer día de Mundial, pasadas las once de la noche, sin cenar, cansadísima, con los pies en carne viva, al abrir la puerta de casa su madre le dijo que habían llamado varios periodistas de varias redacciones de varios medios para entrevistarla. Le hicieron una entrevista.

El segundo día de Mundial había llamado a casa media organización.

El tercer día, llamó Dios y uno de sus apóstoles en persona.

Era el tercer día de Mundial y llegaba a casa con unas ganas locas de meterse en la ducha, necesitaba agua en la nuca, quitarse las medias, poner los pies en alto, un vasito de horchata y, aunque fuera un minuto, cerrar los ojos en el sofá para olvidarse del mundo.

Estaba rendida y había quedado con O. en la heladería de la plaza Manila, tomarían una toña con chocolate o un café o una palmera, lo que ella quisiera, pero al llegar a casa necesitaba cerrar los ojos un instante y dormir profundamente cuarenta segundos.

Abría la puerta, no tenía un pie dentro y Puchi ya colgaba de su cuello como un koala; en el comedor y frente a la tele esperaban mamá, José María, que había conseguido un permiso especial para ver el Mundial en familia, y Jorge, los tres sentados en el sofá, con los ojos en blanco, abducidos.

—¿Pasa algo? —preguntó Nuria, viéndoles la cara—. ¿Está bien, papá? ¿Hay noticias de Alemania? ¿Qué pasa?

—Papá está de vacaciones en Barcelona —contestó doña Flora como un autómata—. Está bien, como siempre, tranquilo, esperando a que subáis a verlo.

—¿Entonces? ¿Esas caras? —preguntó, dejando al pequeño en el sofá junto a José María—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Te han dado permiso? ¿Está bien Manola? ¿Qué os pasa?

No hubo respuesta, seguían catatónicos, como idos y con la mirada perdida.

—Mamá, ¿qué pasa? —insistió Nuria—. Me estáis poniendo de los nervios. ¿Se puede saber qué pasa? ¿Qué os pasa? ¿Es que no podemos tener un día normal en esta familia? ¿Tan difícil es?

—Han llamado por teléfono —logró decir no sin esfuerzo doña Flora.

—¿Otra vez? —preguntó Nuria—. ¿Y? ¿Quién era? —curioseó, quitándose los zapatos rojos del Mundial, necesitaba un masaje en los pies, los tenía hinchados y tumefactos—. Me matan los zapatos, me duelen los tobillos, tengo la espalda destrozada por los tacones. Entonces, qué, ¿me vais a decir quién era? ¿Me vais a decir quién ha llamado o no vais a volver a abrir la boca en el resto de vuestras vidas? Qué cuadro, tendríais que veros.

—Diego Armando Maradona —soltó Jorge de golpe.

—¿Qué le pasa a Maradona?

—Ha llamado a casa Diego Armando Maradona —repitió, sin pestañear.

—¿Y? ¿Qué quería? —preguntó Nuria, poniendo los pies en alto para masajearse cómodamente los tobillos.

—Hija —intervino doña Flora—, ha dicho que esta noche tiene fiesta y que...

—Fiesta no ha dicho —corrigió Jorge—. Ha dicho que esta noche no están concentrados.

—¿Que no están concentrados? —preguntó doña Flora, sin entender demasiado a su hijo—. ¿Cómo que no están concentrados? ¿Qué les pasa?

—Que esta noche tienen permiso —dijo Jorge.

—¿Permiso? —repitió doña Flora—. ¿Permiso de quién?

—Pues de quién va a ser, mamá —contestó Jorge—. Del seleccionador nacional, de César

Luis Menotti.

—¿Menotti?

—Mamáaaa.

—No me aclaro, hija —dijo doña Flora—. Entonces, ¿Menotti le ha dado permiso a Maradona para llamar a casa porque no están concentrados?

—Más o menos.

—No lo entiendo.

—A ver, mamá —continuó Jorge—, le ha dado permiso para salir del hotel porque hoy no están concentrados.

—Cada vez que abres la boca, entiendo menos —dijo doña Flora.

—Vamos a centrarnos —exclamó su hijo, resoplando.

—¿A ti qué te pasa? —intervino Nuria—. Habla como una persona normal, anda.

—Hija, no te preocupes —dijo doña Flora—. Si tu hermano tiene razón, no me entero de estas cosas. A mí el fútbol ni fu ni fa, ya lo sabes. Yo mientras gane el San Andrés, lo demás ni idea. Me acabo de enterar que llaman pelusilla a Maradona.

—Pelusa —dijo Nuria.

—Vamos a ver —cortó Jorge—, vamos a centrarnos. Ha llamado Diego Armando Maradona a casa, ha dicho que no está concentrado, que esta noche puede salir del hotel, que tiene permiso de su seleccionador, César Luis Menotti, y que te quiere invitar a cenar, Nuria, imagino que a un sitio bonito, seguramente a un asador. ¿Qué vas a ponerte?

—¿Que qué voy a ponerme? —exclamó Nuria—. Nada.

—¡Hija! —gritó doña Flora—. ¿Cómo que nada? Algo tendrás que ponerte.

—Qué va, no me pondré nada —repitió Nuria—, porque no voy a quedar con él.

—¿Cómo que no vas a quedar con él? —se escandalizó ahora Jorge—. Estamos hablando de Diego Armando Maradona.

—Maladona —intervino Puchi.

—¿No vas a quedar con el muchacho? —preguntó doña Flora—. Seguro que te lleva a un sitio bonito.

—Ya he quedado —contestó Nuria.

—¿Cómo que ya has quedado? —intervino Jorge—. ¿Con quién has quedado?

—¿Y a ti qué te importa con quién he quedado? —contestó Nuria que empezaba a perder la paciencia—. Lo último ya, que tenga que darle explicaciones a mi hermano pequeño de con quién quedo o de con quién dejo de quedar, acabáramos.

—¿Con quién has quedado, hija? —preguntó doña Flora.

—Con una amiga —contestó Nuria—. He quedado con O. Lleva una semana queriendo quedar conmigo, nos veremos para tomar un café en un ratito.

—¿Café? —protestó Jorge—. Pero si son casi las diez de la noche.

—Pues una toña con chocolate, ya veremos.

—Te das cuenta de que estamos hablando de Diego Armando Maradona, ¿verdad? —dijo su hermano—. El próximo mejor jugador del planeta.

—El año que viene jugará en el Barça —intervino José María.

—En el Balsa —repitió Puchi, tirándose a los brazos de su hermano mayor—. Somos del Balsa, ¿no?

—Como si juega en el Hércules —cortó Nuria—. A mí qué me importa dónde juegue o deje de jugar Maradona el año que viene. A vosotros qué os va si quedo con Maradona o con Maradono.

—¿Maradono? —repitió Puchi contrariado.

—¿Entonces no vas a quedar con él? —dijo Jorge—. No me puedo creer lo que estoy oyendo.

—Puedes creértelo —dijo Nuria—. Es muy sencillo de creer. He quedado con una amiga, punto.

—La verdad, no sé qué esperas de la vida —dijo su hermano contrariado.

—En estos momentos, si te soy sincera, una ducha, zapatos cómodos, bragas limpias y que me dejéis tranquila.

Se disponía a abandonar el comedor para meterse por fin en la ducha cuando empezó a berrear el teléfono. Doña Flora dio un respingo en el sofá y fue Jorge quien lo cogió, adelantándose a su hermana.

—¿Sí? Dígame. Sí, es aquí, sí. Buenas tardes. Buenas noches, sí, buenas noches. Sí, es aquí, sí, es la casa de los señores Carreras, sí. Sí, ¿Nuria Carreras? Sí, sí, es aquí. ¿Quiere usted hablar usted con ella? Claro que sí, ahora mismo se pone.

—¿Quién es? —preguntó Nuria desde la puerta.

—No sé, ha dicho que te pongas.

—Pregunta quién es. ¿Para qué coges el teléfono si no preguntas?

—¿Quién se interesa por ella? —preguntó Jorge—. ¿Daniel Passarella? Ahora se lo digo. Daniel Passarella, que te pongas. Quiere hablar contigo.

—¿Quién es Daniel Passarella? —preguntó doña Flora.

—El capitán de la selección argentina —contestó José María.

—Argentina —repitió Puchi.

—¿Qué le digo? —preguntó Jorge susurrando—. Está esperando. ¿Qué quieres que le diga? Ponte. Ponte de una vez.

—Yo qué sé —dijo Nuria—. Dile, no sé, dile que no estoy, dile que acabo de salir de casa, que he quedado con unas amigas —contestó Nuria en la puerta del comedor.

—¿Cómo le voy a decir eso?

—Pues dile lo que te dé la gana —contestó Nuria, saliendo hacia la ducha—. ¿Para qué me preguntas?

—¿Señor Passarella? No, no está. Acaba de salir ahora mismo, sí. Ha salido ahora mismo. No, no me apercibí de su salida, disculpe. Sí, con unas amigas, sí, a tomar una toña con chocolate que es un postre típico de aquí, sí. No, no creo que vuelva pronto. Es una pena, lo sé. Sé que no están concentrados. No, no se preocupe, yo le dejo el recado. Sí, le diré que es usted. Un saludo, un abrazo, a sus pies, señor Passarella. Que le vaya bien el Mundial, a sus pies. Sí, yo se lo digo. A sus pies, señor Passarella, un placer conocerle, a sus pies, señor Passarella.

—¿Has colgado? —preguntó Nuria, cruzando hacia la galería para coger una toalla seca.

—No me lo puedo creer —exclamó Jorge—. Puedes quedar con dos genios del fútbol y pasas olímpicamente de ellos. Se demuestra de nuevo que no estás bien de la cabeza.

—Pues ya ves —contestó Nuria con la toalla al hombro y el gel en la mano—. De otra cosa estaríamos hablando si hubiera llamado a casa Nacho Solozábal.



[Video](#)

Mañana empieza Nuria la quimio. A ver cómo le sienta, esperemos que bien y que le sirva, sobre todo que le sirva, si le tiene que sentar un poquito peor ya nos las arreglaremos, pero que sea efectiva.

Se ha quedado en casa, hace frío, no quería salir, yo he ido a comprar arreglo para caldo de pollo, he ido a Mercadona.

Señor Mercadona, buenas tardes.

De vuelta, he parado en una oficina de Loterías y Apuestas del Estado, no suelo jugar a la Primitiva, no me gusta tirar el dinero, pero quizás una buena manera de llamar a la buena suerte sea invertir en mala.

La idea es acumular toda la mala suerte, convocarla y concentrarla en un papelito, jugar cada día con la esperanza de que no toque.

En estos números quedará clavada nuestra mala suerte, esperando que la buena aparezca en la consulta de la doctora Juárez: **12 28 22 03 14 02**.

Hago pública la combinación, espero perdedora, porque si tuviéramos la mala suerte de ganar, le tocará a más gente, conservando la mala suerte que pretendemos y ansiamos. Para una vez que toca, ¿hay peor mala suerte que tu combinación no sea única?

Necesitamos mala suerte por si nos toca: **12 28 22 03 14 02**.

Entre quedar con Diego Armando Maradona, Daniel Passarella o su amiga, no albergaba ningún género de duda. Además O., había remarcado por teléfono y muy claramente que debían hablar sí o sí, necesitaban urgentemente un café juntas.

A las dos les gustaba el mismo chico, un bailarín recurrente en los bolos de Camilo Sesto, alto, moreno, recio, de ojos azules, labios carnosos, un tío bueno en toda regla del que las chicas del barrio vivían colgadas. El mayor problema con Fermín, sospechaba Nuria, era que al bailarín le tiraba más Camilo que cualquiera de ellas. Estaba convencida de que la conversación versaría sobre las posibilidades de ligarse al tío bueno, de cazarlo y atarlo en corto. Pero cuando vio llegar a su amiga por Zuloaga, habían quedado en una heladería de la plaza Manila, enseguida se dio cuenta de que en los ojos de O. no había rastro de Fermín.

La horchatería supuraba gente, el verano se aferraba como tenazas a las ingles de los turistas, los clientes se pegaban descaradamente al mostrador de los helados para refrescarse las mejillas, salir de casa era pura supervivencia; pasear el bulevar, un infierno imprescindible.

O. llegaba pronto, por primera vez llegaba en hora a una cita. Se sentó junto a ella, estaba gris y muy seria, pidieron al camarero lo de costumbre, horchata con fartons, O. un café granizado.

—¿Estás bien? —preguntó Nuria—. Traes muy mala cara. —Y sin poder contestarle, sin mediar palabra, O. se echó a llorar desconsolada—. ¿Qué te ocurre?

—Es mi sobrina —contestó, secándose la nariz con una servilleta.

—¿Tu sobrina? ¿Qué le ha pasado a tu sobrina? —La abrazó y continuó llorando, pero esta vez mucho más fuerte—. ¿Qué pasa, O.? Cuéntame. ¿Qué pasa con tu sobrina?

Las miradas convergían en la joven pareja abrazada. El camarero, un guasón conocido del barrio, se acercó a preguntar por la calidad del café granizado, hacía poco que lo tenían en carta y hasta ahora nadie se había quejado.

—No ves que no es el momento —dijo Nuria, fulminándole con la mirada—. ¿Qué le pasa a tu sobrina? —preguntó de nuevo—. ¿Está bien? Me estás asustando, O., dime algo.

—Ella está bien —contestó por fin, separándose unos centímetros de su amiga.

—¿Entonces? —insistió Nuria—. ¿Qué pasa? —preguntó sacando del bolso un paquete de kleenex.

—Es mi padre —dijo O., aceptando el pañuelo.

—¿Tu padre? ¿Qué le pasa a tu padre? ¿Y tu sobrina? ¿Qué le pasa a tu sobrina?

—Es la familia —contestó O.—. Es la familia entera —dijo, secándose las lágrimas.

—¿Y puedo ayudar? —preguntó, estrechándole la mano con fuerza—. ¿Quieres hablar del tema? ¿Hay algo que pueda hacer por vosotros?

O. inspiró profundamente y se arrancó a contar su secreto.

—Sabes que mi hermano el mayor, P., bueno, antes que nada, no quiero que le cuentes nada a Mery, no quiero que se entere nadie del instituto, ni del barrio, nadie, ¿me lo prometes?

Nuria asintió.

—De momento no quiero que se entere nadie, no estoy preparada para compartir esta mierda

con nadie, más adelante ya veremos, ¿me lo prometes?

Asintió de nuevo.

—Mi hermano, P. —continuó O.—, su hija, S., vinieron al campo de mis padres el domingo pasado a comer con nosotros. Mi madre quería preparar arroz negro para celebrar el cumpleaños de mi padre. Mi hermano llegó con S. y su mujer Esther a eso de las doce, mi hermano pequeño y yo estábamos ayudando a mi madre con el fuego cuando llegaron. Traían carne para la brasa, también venían amigos de mi padre del juzgado, era sorpresa y mi padre no lo sabía. Se pusieron con la carne, nosotros dos con el fuego y a mi padre lo dejaron con S. en el comedor; junto a la chimenea jugaba con la niña. Nuestro fuego en la parrilla del jardín no tiraba y me fui dentro a por madera de pino, en el comedor siempre tenemos madera de pino para encender la chimenea, pasé por la cocina, le pregunté a mi madre si había algo para el fuego, unos periódicos, unas pastillas, algo, pero ni me oyó, así que me fui al comedor y allí estaba mi padre con la niña. —Se detuvo, miró a Nuria, tomó aire y continuó hablando—. Allí estaban los dos, los dos jugando tranquilamente con unos muñequitos que le había regalado la madre de Esther, unos muñequitos verdes horribles, mi padre jugaba con la pequeña en la chimenea y entonces lo vi, me vino, fue como un fogonazo, un flash, me vi con él jugando cuando era pequeña, jugando conmigo en ese mismo comedor, todas las veces que habíamos jugado, todas las veces que había jugado conmigo en ese mismo comedor al lado de la chimenea, con los muñequitos, todo lo que me había hecho cuando era pequeña.

—¿Cómo?

—Mi padre abusó de mí cuando era pequeña.

Nuria se quedó muda. Helada.

—No te he dicho nada, nunca le había dicho nada a nadie, porque no estaba segura de lo que era aquello, no estaba segura de lo que había pasado, no estaba segura de nada, yo era muy pequeña, tenía algún recuerdo, alguna imagen que iba y venía, como películas antiguas sin mucho sentido que le ocurrían a otros niños, imágenes muy confusas. Pero viendo a S. el otro día jugando con él, viendo a mi padre junto a la niña en la chimenea, en mi cabeza se hizo un clic, empezaron a coincidir las piezas, las imágenes cobraban sentido, no eran otros niños, era yo, era yo con mi padre. El desgraciado abusó de mí cuando era pequeña, ya no tengo ninguna duda —dijo, abrazándose a Nuria.

—¿Se lo dijiste a tu madre?

—Cogí a S. en brazos, la aparté del cabrón y me puse a gritar para que me oyera todo el mundo.

»—¿Qué mosca te ha picado a ti ahora? —dijo mi padre.

»—No te acerques —le chillaba—. No te acerques a la niña. No te acerques a ella, desgraciado. Apártate de nosotras.

»—¿Te has vuelto loca?

»—¿Qué hacéis con la niña? —empezó a gritar mi hermano, S. se puso a llorar asustada y su madre me la quitó de las manos, sacándola de casa.

»—Eres un cerdo —le solté a mi padre.

»—¿Te has vuelto loca? —intervino mi madre, soltándome una bofetada—. ¿Cómo se te ocurre?

»—¿Cómo se me ocurre? —dije llorando—. ¿Cómo se me ocurre? Eres tan culpable como tu

marido por guardar silencio, por no abrir la boca. Lo sabías y lo has tapado todo el tiempo. Eres tan culpable como él. Sois unos desgraciados.

»—¿Qué hay que saber? —preguntó mi hermano el mayor—. ¿Qué hay que saber? ¿Qué pasa contigo? ¿No puedes comportarte nunca como una persona normal? ¿Nunca?

»—Nunca —le dije a mi hermano—. Nunca me podré comportar como una persona normal y la culpa es de tu madre por callarse, por permitirlo.

»—¿Permitir el qué? —preguntó mi madre. Mi padre estaba callado al lado de la puerta de la cocina.

»—Tu marido abusó de mí cuando era pequeña —les vomité en la cara—. Y tú eres responsable, tan responsable como él por callarte, por mantener el secreto, por permitirlo.

»—¿Qué dices? —me gritó mi hermano—. ¿Qué coño estás diciendo? ¿Te has vuelto loca o qué coño te pasa? ¿De qué cojones estás hablando?

»—De los de tu padre —le solté—. De los huevos peludos de tu padre. ¿Se los has chupado alguna vez?

»—Vete —dijo mi madre muy despacio—. Vete. Vete de esta casa. No quiero verte más, quiero que te vayas, quiero que desaparezcas de mi casa ahora mismo.

»—¿Yo? ¿Yo soy la que me tengo que ir? —Empecé a llorar como una tonta—. Yo soy la víctima, la víctima soy yo y vosotros mis verdugos.

»—¿La víctima, tú? —me cortó mi madre—. ¿La víctima, tú? Tú eres una mentirosa, una ingrata desagradecida, una loca con ganas de llamar la atención, una mentirosa que necesita que la miren siempre, que necesita llamar la atención a costa de cualquier cosa, que no soporta ver a su hermano feliz, que no soporta ni a su mujer, ni a su hija, desde que llegó S. no has parado de decir y hacer tonterías. La víctima, ¿tú? Vete de mi casa, loca, mentirosa, mala hija, vete de mi casa, loca, que estás como un cencerro.

»—Pero ¿qué dices, mamá? —protesté, sin poder reprimir el llanto—. ¿Qué dices? Adoro a esa niña, la quiero más que a mi vida, y no voy a permitir que ese degenerado, ese desgraciado, ese asqueroso, le ponga la mano encima.

»—A quien no aguantas es a la mujer de tu hermano —dijo mi madre.

»—No me lo puedo creer. De verdad me vas a venir con esas, ¿de verdad estás dispuesta a llegar a esto? ¿Tan mala eres? ¿Tanto miedo le tienes?

»Mi padre, que había estado parado y en silencio junto a la puerta de la cocina, se conectó de repente para lanzarse sobre mí, tenía los ojos inyectados en sangre, cargados de rabia, tenía ganas de cogermme por el cuello, tenía ganas de matarme, quería acabar conmigo, quería que me callara, me iba a matar, estaba convencida de que iba a matarme, cuando mi hermano pequeño se metió por el medio, protegiéndome.

»—No te acerques a ella —gritó, empujándole con fuerza al suelo—. Ni se te ocurra acercarte a ella, perro.

»—¿También tú, hijo mío? —sollozó mi madre, llevándose las manos a la cabeza—. Tu hermana te está envenenando. Os quiere envenenar a todos. No la escuches.

»—No, mamá, ha sido papá, ha sido papá quien ha envenenado esta familia —dijo, agarrando a mi madre con fuerza, zarandeándola—. Y lo sabes. Lo sabes perfectamente.

»—¿También tú? —le pregunté a mi hermano. Pero no me contestó, no era necesario. Cogió la puerta y se fue de casa.

—¡Madre mía! —exclamó Nuria—. ¿Vais a denunciar? ¿Habéis denunciado?

—¿Denunciado? —La miró con un velo de resignación en los ojos—. ¿A quién? ¿A mi padre? ¿A mi madre? ¿A la Policía? ¿Al juez? ¿Quién le va a meter mano a mi padre?

—¿Tienes adónde ir por lo menos? —preguntó Nuria. O. negó con la cabeza—. No te preocupes, te quedarás con nosotras en mi cuarto.

—Nuria, no quiero molestar.

—Pues no digas tonterías.

Un ventilador para tres hermanos y Nuria, José María seguía de permiso, para doña Flora y dos primas recién aterrizadas de Guinea, Rosa y Adela, para la tía Filo de visita desde Fuerteventura, para las amigas de Barcelona, actuaba Camilo en el Gallo Rojo, para O. y su maleta, un ventilador para once, colchonetas en el suelo y olleta en la mesa, donde comen catorce, comen quince y duermen dieciséis, si nos apretamos un poquito.

—Me deberías haber dicho que teníais invitados —dijo O., guardando la maleta bajo la cama de Puchi.

—No son invitados —zanjó Nuria—. Somos familia.

El mundo apartó los ojos de Alicante, la final sería en Madrid, Alemania contra Italia, bendita coincidencia, Italia se llevaría el Mundial de Zico, Falcao, Eder y Sócrates, la estética no sobrevive a una buena ración de pragmatismo en forma de obús italiano.

O. tenía un plan no demasiado elaborado para abandonar la ciudad y Nuria pases de modelo con los que ayudar a su madre a poner comida en el plato, seguía de heladera en Rompeolas y le había llegado una oferta para trabajar en Suavinex, buenos días, amigos de Suavinex, una empresa familiar dedicada a la comercialización de material para el bebé moderno y dirigida por unos hermanos casi gemelos.

Aceptó la propuesta y a la semana trabajaba como secretaria personal de uno de ellos. Elisa, secretaria del otro, le allanaba el camino revelándole los secretos de los viejos archivadores de la empresa. Nuria, presidenta del club de fans de Camilo, y a modo de agradecimiento, la invitaría al concierto del año en el Gallo Rojo.

Fue un verano tremendamente movido, salían de fiesta cada día, la idea de O. era abandonar su vida y reiniciarla lejos del barrio, no tenía dinero para seguir estudiando, no tenía casa, huérfana de golpe, necesitaba un plan que consistía básicamente en encontrar un chico guapo de ojos claros, con algo de talento, y fugarse de la ciudad cogidos de la mano.

El primer intento fue Fermín, el bailarín de Camilo. Una de las mil y una noches de discoteca, entre sus finos y blanquecinos brazos de pelirroja, procuró emboscarlo tras la barra de cuero del local; sin embargo, el astuto y fornido bailarín, desvelando lo sospechado, se escabulló de la encerrona con un lo siento lastimero y entradas para la apoteósica vuelta de Camilo al Gallo Rojo en primera fila.

En el Gallo Rojo, Fermín había bailado con los más grandes, Bosé, Raphael, Karina, Mediterráneo, un grupo que sonaba mucho y encantaba a Jorge, tanto que intentaría liar al guitarrista con su hermana para conseguir entradas gratis, pero ninguno comparable al gran Camilo Sesto del que Nuria y sus amigas de Barcelona estaban profundamente enamoradas.

Las noches se solapan con las mañanas, O. buscaba reorganizar su vida a golpe de tequila, sal

y limón, y no había discoteca que no cerraran, garito sin pisar o pub desconocido. Ella y Mery subían la persiana el miércoles por la tarde y no la bajaban hasta el domingo a mediodía. Nuria se unía a ellas el viernes, continuaba el sábado y reservaba el domingo para Puchi y Ramón Trecet, el baloncesto en casa siempre será el segundo mandamiento.

En septiembre se sumaron al grupo las amigas de Barcelona, Pili y Lourdes, amantes y seguidoras de Camilo, miembros destacadas de la junta del club oficial de fans en Catalunya. Las dos dormirían en casa, estaba decidido, convirtiendo el hogar de doña Flora en centro autorizado de reuniones y operaciones de la gala.

Faltaban un par de días para el concierto y literalmente se subían por las paredes, eran frenéticas hormigas de un hormiguero salvajemente bombardeado, recorrían los baldosines del pasillo, ansiosas de reencuentro, locas por volver de la mano al Gallo Rojo, un desbocado frenesí incontrolable.

La cocina era un mar de platos, ollas, tenedores y pescado frito, una jaula de grillos de voraz e incontenible apetito, donde doña Flora no hacía más que cocinar, la frente perlada, sin permitirse un respiro, pero feliz por cobijar a tantísima gente amiga.

O. no era fan de Camilo, Mery tampoco, pero se subieron al carro y ayudaron a cuadrar turnos, asignar quehaceres; la logística del evento necesitaba efectivos, faltaban manos y fueron bien recibidas. Las chicas Camilo se llevaban estupendamente entre ellas.

La noche más importante del año, la más esperada, la más bella, la noche anterior al concierto se presentó cálida y olorosa en Alicante. Era la noche de un viernes de principios de otoño junto a la playa y debían organizarse, cuadrar relevos para vestirse y guardar cola. A Camilo debes disfrutarlo lo más cerquita posible del escenario si deseas sentir su electricidad, su piel levemente erizada, su mirada hipnótica y azul, su delicado timbre de voz, sugerente, si deseas que te acune las dos horas de concierto debes estar en primera fila y debes hacer cola.

Doña Flora era una más, cómplice de los enredos de Nuria y sus amigas. Participaba encantada del espectáculo, ayudaba a montar el campamento, a ordenar puestos en la cola, a repartir limonada, preparaba la cena, ayudaba con los arreglos de última hora, subía cremalleras, cosía vestidos, peinaba coletas, por su coche, un pequeño Seiscientos rojo aparcado en un descampado que hacía las veces de camerino, pasaban las chicas metamorfoseándose minutos antes de que se abrieran las puertas al paraíso.

Y Dios bajó y cantó para ellas aquella noche de finales de verano en el Gallo Rojo. El concierto fue sensacional, memorable, disfrutaron como siempre de Camilo, incluso Mery tataréó sus canciones.

O., por su parte, encontraría entre el público un chico alto rubio, eslavo, de buena familia, que no dejaría nunca de mirarla.



[Vídeo](#)

Las uñas se le han hinchado, no tienen buen aspecto, violáceas y escamadas, le molestan bastante, parece que quieren reventar en las falanges, la piel cuarteada y el pelo le cae a jirones sobre la almohada. Es su segunda sesión de quimio y no será un camino de rosas.

Visitamos a la doctora Juárez, el viernes antes del tratamiento, es pronto para hacer valoraciones, es pronto para saber si la medicación funcionará lo bien que debiera, la enfermedad es jodida, estamos en pañales y gastamos el dinero en matarnos en vez de en salvarnos, es complicado, pero debemos ser optimistas, la cabeza es tan importante como el medicamento, nos traslada y con optimismo, le enchufan la segunda ronda.

Por la tarde, echada en el sofá y los ojos fijos en el trasero enorme de una res a la que el doctor Pol debía recolocar su acostumbrado prolapso, escuchó la llamada de Elisa, su excompañera en Suavinex.

Fueron inseparables en la empresa hasta que Chicho llamara a Nuria para la tele y los hermanos casi gemelos pusieran a Elisa de patitas en la calle el día que no pudo esconder más su embarazo.

Echarla de su puesto de trabajo, negarle la posibilidad de mantenerse, de sacar adelante a su futura familia, visto en perspectiva, fue la mayor obra de caridad que hicieran por ella los hermanos.

Era su quinto año en la empresa, su padre le había impedido estudiar Historia del Arte, su verdadera pasión, pues el futuro de su hija era aprender contabilidad y mecanografía, en esta vida siempre habrá necesidad de chicas que cuenten y escriban a máquina.

Sería el padre quien consiguiera una entrevista en Suavinex para su hija, sería gracias al vecino de un amigo que conocía a uno que miraba mientras jugaban al dominó los hermanos a la hora del carajillo en el bar del polígono, por quien entrara en la empresa.

Elisa hubiera preferido conocer Egipto, visitar las pirámides, descifrar sus jeroglíficos, el Partenón, conocer Florencia, vivir en una esquina de la academia de los Uffizi, restaurar como dios manda un eccehomo, el eccehomo, repintar la capilla Sixtina, pero su padre albergaba para su hija otros planes y no dudaría en despojarle a perdigonadas los pajaritos de la cabeza, era consciente.

Lo primero, mejorar las pulsaciones; lo segundo, si pretendía formar una familia, no encallar en el circulante en caja; lo tercero, si quería independencia y respeto, colocarse como secretaria de una pequeña empresa familiar con gran potencial y que en breve exportaría a Alemania; como remate, matrimonio con un hombre recto y considerado que la respetara y a ser posible la acompañara los domingos a misa.

Cuando a los cinco años de no dar un problema, de no levantar la voz, de archivar legajos y pasar llamadas, los antiguos y primeros gestores de la empresa la tiraron al barro como a una perra sifilítica, como a una pestilente rata de alcantarilla, por quedarse embarazada de un chico al

que había conocido en un pub de pueblo una semana antes de quedarse encinta y del que recibiría palizas hasta la mañana que un borracho al volante de un cuatro ejes lo aplastara al salir de una estación de servicio, cuando se vio en la calle sintió por primera vez el auténtico aroma a libertad, a oportunidad, a empezar de cero, fueron sus bártulos en la rotonda del polígono, frente a la puerta de la fábrica, los que la convencieron de que no le quedaba otra que hacer por primera vez en su vida lo que realmente le diera la gana.

Firmó sin leer el finiquito, el dinero le importa poco a Elisa, se matriculó en Historia del Arte y con lo ahorrado se volcó en sus dos pasiones, una moderna, su hijo recién nacido, y una pretérita, el arte bizantino.

El dinero con un pequeño en casa se estira hasta cierto punto, así que no le quedaría otra que aceptar encargos para reparar viejos y deslucidos muebles en su pequeño apartamento de diecisiete metros cuadrados, restaurar antiguallas, estudiar, mientras disfrutaba viendo gatear a su hijo.

Era tan buena en su trabajo que, y como no podía ser de otra manera, se corrió la voz entre sus vecinos y al poco tiempo acumulaba tantos encargos que seis meses antes de acabar la carrera se lanzó a montar su primera empresa, un modesto negocio de restauración de muebles antiguos y pinturas al óleo que se convertiría, en un abrir y cerrar de ojos, en una enorme compañía de restauración y decoración con decenas de trabajadoras a su cargo.

El dinero entraba a raudales y el amor llamó a la puerta disfrazado esta vez de vendedor de lámparas de diseño. Un chico joven, quince años menor que ella, sin un duro en el bolsillo, pero con estudios desaprovechados en topografía.

Se casaron y entre los dos fijaron las bases de lo que sería una de las mayores constructoras de la ciudad, con la que no tardaron en facturar más de quince millones al año.

Antonio, el topógrafo, el segundo amor de su vida, la dejó a la semana de diagnosticarle cáncer de mama.

—¿Qué tal, bonita? —Es Elisa quien habla por teléfono con Nuria—. ¿Cómo te ha sentado el segundo ciclo?

—Bueno, voy tirando —contesta Nuria, bajándole el volumen a la tele—. Cansada, pero no me quejo, no puedo quejarme.

—La primera semana es la peor —dice Elisa—. Yo sentía literalmente que me moría. Literalmente sentía que se me escurría la vida entre las manos.

—No puedo quejarme, estoy muy cansada, me pesa mucho el cuerpo, las piernas, me duelen muchísimo las uñas, las tengo súper hinchadas, se me está cayendo el pelo, me molesta muchísimo el cuero cabelludo, pero no me puedo quejar. No puedo quejarme y no voy a permitírmelo.

—¿Sigues con náuseas?

—La primera semana es horrible —dice Nuria—, después desaparecen, ojalá continúe así, toquemos madera. Por lo menos, no vomito.

—Entonces muy bien, si tienes náuseas, pero no vomitas, muy bien. Lo importante es que no pierdas peso. Tienes que estar fuerte, tienes que caminar, ¿estás caminando?

—Bueno, debería moverme más, la verdad.

—Tienes que caminar —repite—. Es importante eliminar la cantidad de mierda que te están metiendo. No puedes quedarte en casa, ¿tienes quien te acompañe?

—No te preocupes por eso —dice Nuria—. La doctora me ha dicho que camine, sí, pero a

veces me cuesta con este frío. El frío me acobarda, necesito calorcito para salir a la calle.

—¿La doctora? —susurra Elisa—. ¿Has cambiado de médico?

—¿No te lo dije?

—No, creí que estabas con el de siempre.

—He dejado el seguro.

—No fastidies, ¿has dejado el seguro? No lo sabía.

—Hace unos meses, pensé que te lo había dicho, se me va la cabeza. Pretendían cobrarme por pincharme el Zometa y les dije que ni hablar, que ahí se quedaban. Que se podían ir a tomar viento fresco.

—No lo sabía. ¿Y dónde estás?

—Donde me corresponde —dice Nuria—. En el Hospital de San Juan.

—¿Seguridad Social?

—Seguridad Social.

—¿Y qué tal?

—Son un amor, el trato de la doctora es espectacular y las enfermeras son fantásticas. Estoy encantada. De hecho, creo que me han salvado la vida. Los del seguro no me hicieron ni una biopsia, gracias a la doctora me están dando quimio, creo que si acabo contándolo es gracias a ella.

—Joder —exclama Elisa—. Perdón. ¡Joder! —repite más alto—. No sabía nada. Madre mía, qué fuerte. ¿Ni una triste biopsia?

—Pensé que te lo había dicho —dice Nuria, recolocándose el gorrito de lana.

—Joder —repite Elisa—, me acabas de dar el dato que necesitaba. No estaba segura de dar el paso, una siempre duda con estas cosas, no se sabe nunca si se acierta, pero me acabas de dar el empujón que necesitaba, yo también voy a dejar el seguro. Esta misma tarde lo dejo.

—Haces bien.

—Además, después de lo mío, debería haberlo hecho antes.

Lo mío es que a Elisa, mientras remataba los últimos detalles de su nueva casa, un edificio de cuatro plantas en una de las mejores zonas de la ciudad y que tiene a la venta en tres millones de euros por la espantada de su marido, hace hoy catorce meses le diagnosticaron cáncer de mama.

Tumores como pelotas de golf encontraron en su pecho izquierdo, la intervinieron de urgencia, la mastectomizaron y, aunque solicitó replicaran en el derecho, su cirujano no lo consideró oportuno, para sanear siempre estamos a tiempo, así que del derecho te quitaré un poquito, el veinticinco por ciento.

A los dos días de la operación la enviaron a casa, está usted bien, no hay de qué preocuparse, coma usted mucha remolacha y latitas de berberechos. Venga la semana siguiente, no, la otra, que es Navidad, la otra a la siguiente volvemos a vernos.

Al tercer día, mareada como una oca, lívida como un cirio y sujetándose el setenta y cinco por ciento del pecho, mordiéndose los labios por el dolor y terriblemente asustada por una mancha negruzca y maloliente que asomaba por la ensangrentada areola, telefoneó desfondada y apoyada en una silla de diseño a su clínica privada.

Intentaba en vano contactar con su cirujano de confianza, está de vacaciones, el mundo entero tiene derecho a marcharse de vacaciones, por supuesto. No, no debía preocuparse, sentir alguna molestia es normal, es lo más normal, mujer, que le duelan los puntos, la herida es reciente, está

muy tierna, no se preocupe, yo le dejo una nota para que le avise cuando vuelva.

Al quinto día y del brazo de su hermana se presentó en la clínica, nadie había llamado interesándose por ella. Pidió cita con algún doctor, alguna doctora de urgencias que estuviera de guardia, que la visitara sin perder tiempo porque el dolor, el color, el olor, que rezumaba aquella herida distaban cientos de kilómetros de ser medio normales.

Se personó en la consulta un joven alto y bien peinado, la observó detenidamente unos segundos para diagnosticar que no había de qué preocuparse. Le recetaría Betadine, gasas y una caja de ibuprofeno por las molestias. Para el olor no había nada en el vademécum, tal vez, una brisa de Eau de Rochas procurando, eso sí, no mojar las costuras. Para la cabeza, cocinar magdalenas, o unas galletitas de anís, tan típicas de estas fiestas, hay que saber disfrutar y distraerse, la cabeza es fundamental. En resumen, haga usted vida normal, pero sin excesos y póngase colonia.

La enfermera que le retiró el vendaje lo hizo arrugando el morro.

—Esto no te lo dejes —le dijo—. Míratelo bien, no te lo dejes, si ves que no mejora en unos días vuelves, no tiene buen aspecto. Vigílalo, no te lo dejes.

No volvió a la clínica, perdió el conocimiento en el coche y su hermana la ingresó de urgencias en el Hospital General de Alicante. Sufría principio de septicemia, una infección de caballo que la mantuvo en cama durante mes y medio y de la que se libró de puro milagro.

Nadie en el Hospital de Alicante daba un duro por ella, nadie creía en su recuperación, las enfermeras estaban convencidas de que saldría con los pies por delante. La resucitada, le dicen cada vez que la ven de visita a su nuevo oncólogo, es la resucitada.

O. se despidió del barrio con un prolongado abrazo a doña Flora, a Nuria le plantó un beso enorme en la boca.

—Te quiero, negra.

—Llama —contestó Nuria, dejándose besar—. Llama siempre que puedas y tengas un ratito.

No llamó, alguna carta llegaría al buzón con remite de Los Ángeles, alguna postal del Puente de San Francisco, del Paseo de la Fama, un par de tarjetas por Navidad, unas fotos de las niñas, envíos que se fueron espaciando para extinguirse engullidos por la distancia y el tiempo.

Desde el balcón de casa vieron a O. cruzar la calle y montar de un salto al descapotable rojo de su prometido, hijo único de una pudiente familia de Sebastopol, fabricantes y contrabandistas de azúcar, que siguiendo a medias la tradición familiar, trabajaba en la costa oeste para una multinacional con sede en Cupertino, ávida de mentes brillantes con las que inundar de producto el mercado.

Suavinex compartía expectativas, no así ritmos, ni volúmenes, con los americanos. Los hermanos conservaban a duras penas el control de la empresa, el ambiente en la oficina era bueno, los gemelos no habían echado todavía a Elisa y Nuria seguía ordenando pedidos y descifrando llamadas. Para trabajar en Iberia era demasiado joven.

Niña para volar, mujer para mantener una familia. Azafata de congresos, modelo, heladera, camarera, secretaria personal, cocinera, limpiadora, babysitter, relaciones públicas, inglés, francés, alemán, catalán, castellano y demasiado joven para vestirse de uniforme, subir a un avión y hacerles la demo a unos pasajeros demasiado aterrorizados para atender a la señorita. ¿De verdad la edad es el problema?

—¿De verdad sigues con la idea de ser azafata de vuelo? —contestó doña Flora, doblando la carta, guardándola en el tercer cajón de su mesita de noche—. ¿Ya no quieres ser pastelera como papá?

—Pastelera de noche, azafata de día —contestó Nuria, cerrando la puerta de su habitación. Por supuesto que quería ser azafata de vuelo.

A doña Flora no le preocupó la respuesta de Iberia, soñaba distinto, albergaba otras esperanzas para su hija. Un matrimonio amigo de la familia, Ana y Pepito, dueñas de una carnicería en las galerías, amigas de la familia y fiadoras habituales, no faltó nunca un bistec en la mesa por falta de pago, frecuentaban a un argentino publicista, Ernesto, que dirigía una agencia de relaciones públicas, una de las primeras agencias de publicidad con cartera de clientes en Barcelona, Madrid y Buenos Aires.

El matrimonio se encontraría con el publicista en una cena de la Cámara de Comercio en honor a un terrateniente que cumplía ciento veinte años de *dolce far niente*; entre copas de vino, Larios con Coca-Cola y boquerones en vinagre, la conversación transitó por extraños derroteros, desembocando finalmente en Nuria.

Al escritorio del publicista había llegado un sobre blanco con unas fotos de una chica mulata,

saltando por las escaleras de la plaza de toros con un niño negro en brazos, y naturalmente necesitaba entrevistarla.

Ana y Pepito conocían a la muchacha, su madre era clienta habitual de la carnicería. Vendían además de albóndigas de ternera o costillas de cerdo, carne de lidia y contaban con entradas para los toros que iban regalando entre sus clientes. Un día, invitaron a doña Flora, que no había estado en una corrida, y aprovecharía para llevarse de fiesta a sus hijos.

Aguantaron minuto y medio en la plaza, lo que tardó en aparecer el primero de la tarde, un morlaco negro azabache, de setecientos kilos, bien astado, de carácter manso y cornalón, ochenta centímetros de pitón a pitón, que saldría desbocado de corrales, entrando aterrado en el ruedo. El pobre bicho buscaba imperiosamente una salida que encontraría saltando la barrera, mezclándose entre el público y corneando al desgraciado que se atreviera a cruzarse en su camino.

Doña Flora, blanca como una fábrica de polvos de talco, al ver cómo Calisto embestía sin remilgos las cabezas de sus vecinos, agarró a Jorge por el brazo, Nuria se encargaría de Juan Carlos, y salieron tarifando de la plaza. Poco o nada importaba que sus asientos fueran de segunda andanada y sombra, que Calisto pisoteara la cabeza a los del sol en la cara, que no corrieran riesgo alguno; no hubo discusión, salieron ipso facto, saltando las vallas, no volvieron a poner un pie en una plaza.

Ana, la carnicera, no podía creer que Ernesto guardara en su escritorio una foto de Nuria huyendo de Calisto durante aquella tarde aciaga de hogueras, qué coincidencia. Al publicista le fascinaba la expresión de la chica, necesitaba conocerla, charlar con ella, conocía de primera mano que, en Televisión Española, un hombre buscaba una chica de sus características.

—¿De mis características? —se extrañó Nuria, escuchando de su madre la historia de la carnicera y el publicista—. ¿Qué características son esas?

—¡Ay, hija! ¿Yo qué sé? —contestó doña Flora—. Que sea guapa y delgadita, digo yo. En el cine las delgaditas dais muy bien. La cámara engorda.

—Olivia, ¿vas a ir a que te hagan unas fotos los de la tele? —intervino Jorge.

—¿Pero qué es lo que tendría que hacer exactamente? —preguntó Nuria, pasando de su hermano—. ¿Qué quieren exactamente? ¿Unas fotos? Tengo cincuenta mil fotos, ¿para qué quieren más fotos?

—No lo sé, hija —contestó su madre, recogiendo las sábanas del tendedero—. Vamos a doblarlas, ayúdame.

—¿Y quién es ese hombre misterioso? —preguntó Nuria, cogiendo las puntas de una sábana bajera azul marengo—. ¿No te ha dicho quién es?

—No tengo ni idea.

Narciso Ibáñez Serrador, Chicho, y Ernesto Ortiz de Zárate mantenían una relación excelente, eran colaboradores habituales, compartían un par de proyectos y el publicista argentino sabía, Paloma, la secretaria de Chicho se lo había filtrado, que buscaba una chica como Nuria.

Ernesto pretendía hablar con ella, sondearla, allanarle el camino a su amigo, doña Flora alcahueteaba para que su hija aceptara reunirse con el publicista. Estaba prácticamente acordado el encuentro, cuando Nuria descubrió que querían sacarla en televisión como azafata del *Un, dos, tres...* y eso ni de coña.

—Ni de coña, vamos —le dijo a su madre, negándose en redondo a quedar con Ernesto—. Ni

de coña voy a salir en la tele. Pero ni de coña, vamos. Ya le puedes decir que se lo quite de la cabeza. No voy a quedar con él, ni hablar del peluquín.

Pero su madre no plegaría velas tan fácilmente, olía la oportunidad y no se dejaría birlar el caramelito sin presentar batalla. Que Nuria se negaba a hablar del tema, la madre contraprogramaba sintonizando cualquier obra protagonizada, escrita o dirigida por don Narciso Ibáñez Serrador que emitiera Televisión Española. Que su hija se resistía, doña Flora presionaba con capítulos antiguos del *Un, dos, tres...* que le habían pasado en vídeo. Que Nuria no entraba en razón, la madre les endosaba *Historias para no dormir* antes de acostarse.

Doña Flora insistía, Nuria alegaba que había quedado con Mery o se metía en el cuarto a escuchar el último de Camilo Sesto o abría las ventanas de la galería para escuchar *La clave* por el patio de luces.

En mi casa, mi padre, un enamorado de José Luis Balbín y sus camaradas, nos imponía cenarnos cuatro horas de sesudos comentarios cada viernes por la noche. Sus hijos apenas sostenían el tenedor con el que enrollar espaguetis y ya se tragaban sin rechistar los doce minutos de intro de *La clave*; el *Un, dos, tres...* estaba prohibido, era banal, superficial, no aportaba nada a nuestra existencia.

La presión de la madre no conseguía mellar la resistencia de la hija, una cosa es ser relaciones públicas en una discoteca algún viernes por la tarde, repartir flyers, regalar invitaciones, acompañar a las chicas, una cosa era hacer algún pase de modelo de vez en cuando, hacerse alguna foto para un tríptico que no vería nadie, y otra muy distinta aparecer en televisión frente a doce millones de personas, ni de coña, vamos.

La decisión era firme, inamovible, no iría a Madrid, no participaría del show business, se quedaría en Alicante, seguiría en Suavinex, esperando a Iberia, lo tenía claro, y no habría manera humana o divina de convencerla de lo contrario.

Un martes por la tarde, a eso de las ocho, sonó el teléfono. Doña Flora, rebozando calamares en Rompeolas, no lo cogería, sería Jorge quien descolgara, adelantándose de nuevo a su hermana.

—¿Quién es? —preguntó Nuria en la cocina con las manos en la masa y embadurnadas de harina, preparaba la cena—. ¿Me has oído, Jorge?, ¿que quién es?

—Es para ti —contestó su hermano, dejando despreocupadamente el teléfono sobre el mueble junto al televisor.

—Pero ¿quién es? —insistió Nuria, apareciendo en el comedor, limpiándose las manos con una bayeta—. Me saca de quicio que me hagas esto, me saca de quicio y lo sabes, me agotas —resopló, dejando unas milanesas y una punta de pan con chorizo en la mesa.

—La verdad, Jorge, es que podrías decirle a tu hermana quién la llama —intervino Tránsito, que había llegado a cenar al olor de la carne empanada—. Mira que te gusta chingar, hablaré con tu madre.

—¿Vas a decirme quién es? —preguntó Nuria tapando el auricular con la mano.

—Ponte y lo sabrás —contestó Jorge, sentándose a la mesa, quitándole un trozo de bocadillo a su hermano.

—¿Quién es? —le preguntó Juan Carlos, dejándose quitar la cena.

—Mírale la cara —contestó Jorge divertido—. Observa, nos vamos a reír.

—Dígame —dijo por fin Nuria—. ¿Con quién hablo?

—Buenas tardes —contestó una voz profunda y alargada.

—Buenas tardes, dígame.

—¿Sería posible charlar con la señorita Nuria Carreras? —se escuchó al otro lado—. No la entretendré demasiado. ¿Podría ponerse?

—Soy yo —contestó Nuria—. ¿Con quién hablo?

—Soy Narciso Ibáñez Serrador.



[Vídeo](#)

Don Narciso desplegó sus alas, sus dotes de encantador de serpientes, se embutió en el traje de desactivador de minas e hizo que subiera al primer tren con dirección a la Capital del Antiguo Imperio, se verían en los Estudios Roma a primera hora de la mañana, discutirían los términos del acuerdo cara a cara, la convencería con grandes avenidas y un futuro bañado en oro. No pudo negarse, don Narciso Ibáñez Serrador había llamado personalmente a casa.

No pudo negarse. En vano intentó resistirse, debía trabajar, había firmado un contrato con una pequeña fábrica familiar dirigida por dos hermanos, prácticamente se podía decir que eran gemelos, debía fichar a las siete de la mañana, su obligación era tomar notas, pasar llamadas, había adquirido un compromiso con los hermanos, no solo contractuales, también de índole moral con los, todavía, dueños de Suavinex, una empresa familiar, repito, y no es que corra peligro de hundirse el techo de la fábrica ni nada parecido si no aparezco por la oficina, pero debo cumplir con la firma, con mis compañeros, tengo una responsabilidad para con ellos, no puedo fallarles.

—Mañana nos vemos, entonces —susurraría melosamente don Narciso, sentado en la silla de su despacho—. Ahora te dejo con Paloma, es mi secretaria personal, tenéis que cerrar los detalles del viaje. Piensa que ya tiene el billete comprado, te esperamos mañana con los brazos abiertos.

—¿Y cómo aviso en la fábrica? —preguntó Nuria.

—Avisaremos cuando llegues y no te cobraremos la llamada, te lo prometo —contestó Chicho suavemente—. Un abrazo, querida, no cuelgues, te dejo con Paloma.

A las doce de la noche y de la estación central de Alicante partía el tren a la tele. No se acostó, sus hermanos dormían, doña Flora se agitaba nerviosa en el pasillo, iba y venía del sofá a la cocina, de la cocina al baño, del baño a la galería, la acompañaría en el viejo Seiscientos; Nuria prefería llamar a un taxi, su madre no lo permitiría por nada del mundo, de ninguna manera consentiría que su única hija cogiera un taxi la noche más importante de su vida, además no podía dormir, no pegaría ojo en siete días, le esperaba una semana de tembleques e insomnio, te llevo yo y no se hable más.

Llegó la hora y a doña Flora se le escapó una lágrima al ver a su hija abrir la puerta de casa.

—¿No llevas maleta? —le preguntó, secándose los ojos con un pañuelo.

—Mamá, no exageres. Voy y vuelvo en el día —contestó Nuria—. Voy a decirle que no me interesa salir en la tele y me vuelvo. Voy por compromiso, porque ha tenido la deferencia de llamar personalmente, pero tengo claro que no haré el programa, y me vuelvo por la tarde.

No rebatió a su hija, la conocía, es mejor no llevarle la contraria, ya entraría en razón solita. Tomó las llaves del coche y bajó las escaleras en silencio, saboreando la brisa de madrugada, el aroma del viaje nocturno, la aventura de andar cuando la ciudad descansa.

Nuria durmió en el Talgo, Paloma había cerrado un compartimento para ella, viajaba sola, tranquila, sin expectativas y con el dulce traqueteo de los vagones despertaría sin novedad en Atocha.

En el andén, y después de ayudar a una anciana con su maleta, mientras ensayaba un discurso de agradecimiento y disculpa, dos tipos, uno alto y poco agraciado, otro bajito y más guapete, se acercaron a ella.

—¿Nuria Carreras? —preguntó el alto, moreno, con la cara marcada y sujeto al último modelo de Minolta—. Eres Nuria Carreras, ¿verdad?

—Es ella —contestó el bajito de ojos claros, moreno, mal afeitado, agitando una foto de lo que parecían las gradas de una plaza de toros—. Es ella, seguro. Dispara.

—¿Es usted Nuria Carreras? —repitió el menos guapo, mientras la perseguían por la estación cámara en mano—. Es usted la nueva azafata del *Un, dos, tres...*, ¿verdad?

—Dispara, es ella —repitió el bajito.

—Chicos, estáis confundidos —dijo por fin Nuria—. Ni soy, ni he sido, ni seré azafata del *Un, dos, tres...* Os han tomado el pelo. Quien os haya dado el soplo se ha burlado de vosotros.

—Es ella, seguro, dispara —repitió el bajito—. Sabemos que vas a ser la próxima azafata del *Un, dos, tres...*, sabemos que eres Nuria Carreras. Tenemos que hacerte unas fotos. No te hagas la interesante.

—¡Oye! —exclamó Nuria indignada—. Que yo no me hago la interesante. Os digo, simplemente, que os estáis equivocando de persona —dijo, caminando tranquilamente hacia la puerta—. Si me perdonáis, debo coger un taxi.

—¿Y a dónde vas? —preguntó el bajito.

—A ti te lo voy a decir —contestó ella.

—Te quieres cortar un poco —le dijo el alto al bajito—. Verás, no creo que nos estemos equivocando. De hecho, estoy convencido de que quien nos manda no se equivoca, tampoco, creo que acierta plenamente. Ha dado en el clavo. ¿Te importa si te hacemos un par de fotos? Estás preciosa recién levantada.

—¿Cómo sabes que estoy recién levantada? —preguntó Nuria.

—Porque estás preciosa —contestó, desenfundando la cámara—. ¿Te importa?

—No, no me importa —dijo sonriendo—. Pero ya os he dicho que os equivocáis de persona.

—Dispara de una vez, se nos hace tarde —intervino el bajito de nuevo—. No tenemos todo el día para esta chorrada. Tenemos el tren y la hora, tenemos la foto, es ella. Así que dispara de una vez, venga. Y vámonos de aquí, que estoy cansado de tanta chorrada.

—¿Te quieres cortar, tronco?

—Oye, ¿qué le pasa a tu amigo?

—Que es un mamón por la mañana. No le hagas ni caso, ¿puedo hacerte las fotos, entonces?

—¿Aquí? —preguntó Nuria—. Está lleno de gente.

—Planos cortos, primeros planos, algo rapidito, posas como quieras y nadie se dará cuenta de que es el parking de Atocha. Dale, dispara, no perdamos más tiempo con esta mierda. Dale, que tenemos prisa.

—Ni hablar —contestó Nuria—. No me haré fotos aquí en medio, con todo el mundo

mirándome, ni de coña. No hay fotos, lo siento. Otro día, lo siento.

—Podemos ir al Retiro —intervino el alto.

—¿Al Retiro? —exclamó el bajito—. ¿Al Retiro? No me lo puedo creer, ¿te has vuelto loco o qué? Para tres fotos de mierda vamos a ir al Retiro, ¿a ti qué te pasa?

—Pero si está aquí al lado, ¿qué estás hablando?

—¿Aquí al lado?

—Mira, lárgate, pírdete de una vez, vete a pillar o lo que tengas que hacer, pero deja de dar por culo, tronco, yo me encargo. Pírate que estoy cansado de oírte.

—Que te den —contestó el bajito, dejándolos solos—. Que disfrutéis mucho.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —preguntó Nuria, sin comprender nada—. ¿Le he hecho algo en otra vida?

—Olvidalo, es un capullo. ¿Vamos al Retiro, entonces?

—¿Está lejos? —contestó Nuria.

—A un par de manzanas.

Dos carretes después, poniendo buena cara, divertida y sin preguntar para quién eran las fotos, resultaba evidente que don Narciso pretendía agasajarla con un recibimiento de estrella, Antonio sacó del bolsillo una tarjeta blanca de letras doradas.

—Toma, por si me necesitas. Por si necesitas a alguien de confianza en Madrid estos días.

—No creo que volvamos a vernos, la verdad —dijo Nuria, guardándose la tarjeta en el bolso—. Y en Alicante no faltan fotógrafos.

—Por si no necesitas un fotógrafo —contestó Antonio, guiñándole un ojo.

—Eres rápido —dijo Nuria sonriendo.

—En esta vida, si eres feo, tienes que ser rápido —aclaró, mientras paraba un taxi.

—La belleza es subjetiva y está muy sobrevalorada.

—No estoy de acuerdo. La belleza mueve el mundo.

—Si tú lo dices. Trátame bien en el cuarto oscuro —dijo Nuria, subiéndose al auto.

—Seré bueno, pero no hará falta —dijo Antonio, cerrando la puerta del taxi.

Paloma la esperaba en recepción; los pasillos del estudio hervían en un frenesí salvaje de electricistas, mecánicos, carpinteros, subiendo y bajando escaleras, tirando kilómetros de cables, pintando escenarios, colocando focos, cámaras, limpiando lentes, actrices, tramoyistas, maquilladoras corriendo, iluminadores, miles de personas siguiendo una alocada coreografía imposible de descifrar... A medida que se adentraba en la función, sentía el trajín de los trabajadores latiendo en el pecho, le sudaban las manos, tenía la boca seca, le faltaba el aire, se estaba poniendo de los nervios; escuchó música, un pasodoble desacompañado respecto a la frenética actividad que la envolvía.

—Es normal que te sientas sobrepasada —le dijo Paloma con dulzura de camino al despacho del jefe—. No te preocupes, estás cansada. ¿Has dormido durante el viaje?

—Como un bebé —contestó Nuria, tomando aire.

—El traqueteo del tren me encanta —dijo Paloma, frente a un grupo de carpinteros discutiendo—. No hagas caso, son los nervios del estreno.

—¿No es así siempre?

—Solo de lunes a jueves —contestó Paloma—, pero te acostumbras. Te espera el jefe, ¿vamos a verle?

Intentó contestar, no pudo, tragó saliva, asintió en silencio y siguió a Paloma por un mar de trípodes, grúas, cuerdas, contrapesos, la música era un famoso pasodoble, junto a otra cuadrilla de carpinteros se cruzaron con Naomi, iba del brazo de Kim, las conocía del programa, también estaba Lydia Bosch, las chicas ensayaban un número musical que, con más de treinta extras, se convertiría en uno de los más famosos y recordados del programa.



[Vídeo](#)

Recorrieron de norte a sur los estudios, en la tercera planta y frente al despacho del jefe, Paloma se detuvo, le hizo una seña, habían llegado, debía llamar a la puerta, dar el primer paso, sudaba como un pollito, la voz se le agarraba a la garganta, necesitaba un buen traguito de H2O y un empujoncito, el corazón le latía con fuerza, como un colibrí hasta las cejas de Red Bull, deslumbrada, paralizada, tuvo que ser Paloma quien golpeará amablemente por ella.

—Espera a que conteste —dijo—. No se come a nadie si no le dejas. No le dejes.

Asintió, tomó aire y aguardó hasta que la voz profunda que había escuchado tantísimas veces en televisión la invitó a entrar en su despacho.

Tras un escritorio de madera de arce, resplandeciente, pulido a mano con cera de abejas uruguayas, sentado en su sillón de cuero negro y reposabrazos de plata, fumaba su puro habano don Narciso Ibáñez Serrador; pacientemente aguardaba la entrada de su nueva chica de ébano.

—Pero pasa, querida, no te quedes en la puerta —le dijo, abandonando el puro en un cenicero de cristal de Murano.

—Buenos días —dijo Nuria obediente, entrando en la oficina, cerrando la puerta del despacho.

—¿Tomas asiento? —preguntó amablemente, señalándole una de las siete sillas libres de terciopelo rojo frente a su escritorio.

—Gracias —acertó a contestar Nuria no sin esfuerzo, moviendo apenas los labios, concentrada en la colección de premios y fotografías que poblaban una suntuosa estantería de roble centenario.

—Por fin, por fin tengo el gusto de sentarme frente a la irreductible jovencita, mi Escarlata O'Hara particular —dijo, recogiendo el puro habano del cenicero—. ¿Te molesta si fumo?

—No —contestó Nuria, sin añadir una sílaba. No podía articular palabra, paralizada.

—¿Fumas?

—No —contestó Nuria, respirando hondo.

—Haces bien, yo no debería —dijo suspirando—. ¿Qué tal el viaje? ¿Bien?

—Bien —contestó. Debe creer que soy tonta, pensó.

—¿Te gustaría comer algo?

—No.

—¿Quieres un poquito de agua? —preguntó, levantándose de la silla, acercándose al mueble bar del despacho.

—Por favor —contestó Nuria.

—Me moría de ganas por conocer a la señorita imposible de convencer —dijo Chicho, tendiéndole el vasito de agua—. Querida, ¿qué le ocurre a usted con la televisión? ¿Por qué se niega a vivir una de las experiencias más maravillosas que puede vivir un ser humano? ¿No le gusta la televisión? ¿No le gusta lo que hacemos entre estas cuatro paredes?

—No mucho —contestó Nuria, sin pensar demasiado lo que decía—. Perdón. Sí, claro que me gusta, bueno, depende, hay cosas que sí y hay cosas que no; estoy un poco nerviosa, lo siento. Me da un poco más de agua.

—No te preocupes —dijo Chicho, divertido—. Aquí no nos comemos a nadie, si no nos dan

permiso, claro. Y no me hables de usted, ¿podemos tutearnos?

—Como guste —contestó Nuria.

—Puedes tutearme —continuó Chicho—. Entiendo que no sientas atracción por este mundillo, esta forma loca y estresante de vivir acaba con los nervios de cualquiera. Yo mismo, aunque pudiera parecerte lo contrario, soy un tímido empedernido, no llevo nada bien que me reconozcan por la calle, firmar autógrafos, que me fotografien unos extraños, a veces no es fácil poner buena cara cuando te paran cada dos minutos para decirte lo increíblemente bueno que eres, no siempre es agradable, muchas veces me siento superado, me siento un impostor.

—La verdad es que no creo que tenga un talento especial para salir en la tele, soy una chica normal, del montón —dijo Nuria de una vez, recuperando aplomo—. Creo que, como yo, mejores que yo, hay cien mil chicas que se mueren por salir en su programa, en tu programa, perdón. No es difícil encontrarlas, chicas con talento y ganas hay a porrones. ¿Por qué yo? No lo entiendo.

—¿Crees que yo tengo un talento especial? —preguntó don Narciso, echándose hacia atrás en su espléndida silla de cuero—. Querida, ¿crees que soy un genio como repiten por ahí fuera? —dijo, señalando la puerta—. Pues siento decirlo, no creas que no lo siento, siento desengañarte, pero no lo soy, no soy un genio, estoy muy lejos de serlo. Aquí donde me ves, soy un náufrago afortunado, un Gulliver de viaje por Liliput.

—¿Madrid es Liliput? —dijo Nuria que no sabía muy bien lo que decía.

—No —contestó Chicho—, España es Liliput. Aquí se ha vivido a oscuras durante tantísimo tiempo, en realidad no soy más que el tuerto en un país de ciegos. Desde que puse el pie en este país extraño lo único que he hecho ha sido aplicar lo aprendido fuera. No soy un genio, no soy un gigante, en la vida todo es cuestión de escala, de conocimiento, de olfato, de reconocer la oportunidad y atraparla, de saber aprovecharla, de coger las riendas del destino, de que las circunstancias no decidan por ti, de ser el actor principal de tu tragedia.

—¿Y yo qué papel tengo? —preguntó Nuria, dejando el vaso en el escritorio—. ¿Qué papel tiene reservado para mí el destino? ¿El de Mammy?

—Hattie McDaniel ganó el primer Óscar para el colectivo negro de la historia del cine —contestó Chicho—. Y no solo eso, al final los premios son secundarios, Hattie McDaniel abrió camino, fue una precursora. En este país, aunque nos creamos muy avanzados, la democracia está en pañales, nos hacen falta muchas Hatties McDaniel.

—¿Más sirvientas negras? —preguntó Nuria.

—Qué mala eres, Nuria, querida. Qué mala, me gusta. Me gustas más de lo que esperaba —contestó Chicho, sonriendo y fumando muy despacio—. Y no, no necesitamos más sirvientas negras, necesitamos referentes capaces de abrir puertas, puertas mentales, necesitamos ventilar el armario, correr las persianas, airear las habitaciones, aquí huele a pies y mierda de cerdo todavía, hay que abrir y que entre la luz, el país necesita respirar con urgencia. Estamos en cuidados intensivos.

—¿Seré yo la luz que necesitan los españoles?

—Seguramente no —cortó Chicho—. Nada más verte, hablando contigo, se nota a la legua que no encajas en este mundo, no hablas el idioma, seguro que tu carrera no será larga, pero ¿me permites un consejo de persona mayor, querida Nuria Carreras?

—Claro —contestó Nuria expectante.

—No dejes de probar las cosas que desconoces, aunque te aterren, no dejes de probarlas, y

más si te las sirven en bandeja de plata, no deseches un regalo por haberlo encontrado sin buscarlo. Lo mejor de la vida está en las cosas que no sabías que te gustaban, en lo desconocido, en lo que no habías probado nunca. Crecer es abandonar el sofá de casa —dijo, soltando una enorme bocanada de humo—. Con nosotros crecerás, habrá momentos geniales, otros buenos y otros en los que desearás no haberme conocido nunca, pero valdrá la pena, cada segundo en esta casa son años, años de experiencia, oro puro. No vas a perder el tiempo, puedes creerme —añadió, dejando el puro en el cenicero—. Este mundo de locos hay que vivirlo, hay que subirse al tren, aunque sea solo por unas pocas estaciones. La televisión puede cambiar tu concepción del mundo, de la vida, de quién eres y, lo que es muchísimo más importante, puede cambiar tu estación de destino, puede llevarte donde quieres llegar, o donde no imaginabas que ibas a llegar nunca, puede abrirte puertas que creías cerradas, hacerte subir como una lanzadera espacial; esa es la verdadera magia de la televisión, acelerar el proceso, mejorarlo, hacerte llegar a la Luna. ¿Has visto a muchas mujeres negras trabajando como azafata de vuelo en Iberia? —preguntó de golpe, mirándola fijamente a los ojos.

—Solo he volado una vez —contestó Nuria petrificada.

—Yo he volado miles de veces, tantas que no las recuerdo, no sé los aeropuertos que he visitado, las azafatas con las que me he cruzado, los pilotos que me han invitado a aterrizar en cabina, a cenar en su casa. ¿Y sabes una cosa?

—Nunca te has cruzado con una azafata negra.

—Jamás, puedo asegurártelo.

—¿Cómo sabes que quiero ser azafata de vuelo? —preguntó muy seria.

—Bienvenida al mundo de la televisión —contestó don Narciso Ibáñez Serrador, haciendo aparecer un contrato del régimen de artistas en la mesa de su escritorio—. Aquí cobrarás cada semana, solo tienes que estampar tu firma en la última hoja, lo único que te pido es que confíes en el jefe. ¿Confías?

—Debería avisar en la fábrica. Necesito algo de tiempo.

—Grabamos el lunes por la mañana —contestó Chico, acercándole su pluma de oro—. Y, ¿sabes una cosa, querida? Yo no me preocuparía por los hermanos. Es fácil que mañana te hagan una fiesta en el trabajo.

Mery está en el comedor, en el sofá zampándose un pastelito estilo casero que ha horneado ella misma hace un rato, ha salido pronto de clase, es profesora de música en un pequeño colegio para niños y niñas con necesidades especiales, la cabeza de Nuria está en sus rodillas, tenía ganas de visitar a mi amiga, ha dicho, abriendo la puerta, tiene llaves de casa y viene cuando le parece, se ha plantado en el comedor, ha dejado el bolso en una silla y mientras se deshacía de los zapatos ha sacado un paquetito de marihuana, en casa no fumamos hierba y tenemos parque, estimado Risto.

—No es para fumar, tranquila —dice Mery, entrando en la cocina—. Quiero hacer unos bizcochos, unas magdalenas, te las voy a dejar para que te las comas si te duele, te irán bien para recuperar el apetito, para las náuseas, para el dolor de huesos, para el alma, la marihuana va bien para todo, te vas a reír mucho.

—No soy de drogas, ya lo sabes —dice Nuria, sin levantarse del sofá, está viendo *Encadenados*, su peli favorita.

—Drogas, drogas, el alcohol también es una droga y bien que nos emborrachamos los fines de semanas, ¿no?

—Tampoco. Me da vueltas la cabeza.

—Estaba hablando en general —dice Mery, asomando la cabeza—. No hablaba de ti específicamente, a decir verdad y sin que te enfades, tu opinión o tus hábitos no les importan a los tipos que han decidido sentados tranquilamente en su sofá que el alcohol es una droga admitida y legal y la heroína no. ¿Tienes un molde de silicona?

—Algo hay, búscalo —contesta, subiendo levemente el volumen de la tele—. Lo que vayas a utilizar límpialo bien, no quiero llevarme una sorpresa cuando venga mi sobrina.

—¿No quieres ver a tu sobrina dando botes de alegría en el salón?

—Prefiero que su madre le compre una elástica de Pepa Pig.

—Antes o después se fumará una porrito, imagino que eres consciente de ello —grita, poniendo en marcha el horno—. Mejor que se coma unas magdalenas con su tía a que la inicie un mierda cualquiera en una playa sucia a saber con qué guarrería.

—Prefiero que su madre no me ponga la cruz antes de tiempo.

—La marihuana no es una droga.

—Hablas como una auténtica *dealer*. ¿Has presentado tus alegaciones ante el claustro escolar?

—Esto —dice ahora en el comedor y sacando una bolsita transparente de heroína del bolso—. Esto sí, esto sí es mierda de la buena.

—¿Has traído heroína a mi casa? —pregunta Nuria, levantando la cabeza—. No me lo puedo creer, se te va, Mery, se te va.

—Tranquila, no te pongas nerviosa, la he traído para ti.

—No suelo automedicarme.

—Haces bien.

—¿De verdad vas a dejar esto en mi casa?

—Yo te preparo un par de cigarrillos especiales, te los dejo dentro de la lámpara de Zanzíbar y tú te los fumas si te apetece o te hiciera falta. Sin compromiso, si no quieres fumarlos no te los fumes. No te sientas obligada, no serás más guay por fumar heroína.

—No quiero esa mierda en casa.

—Esa mierda es mierda de la buena. Lo dejo en la lámpara de coco, seguro que tu sobrina no mira ahí dentro.

—Mi sobrina es muy curiosa.

—Hace bien, está creciendo, tiene que experimentar —zanja Mery, cumpliendo su amenaza.

Ven el final de *Encadenados*, después vendrá *Tras el corazón verde*, la favorita de Mery. Cenaremos ensalada y agua con limón, ataca su segunda magdalena, no van muy cargadas, todavía no ha bajado las fotos antiguas del altillo.

Nuria duerme y Mery se levanta del sofá con mimo para no despertarla, Joan Wilder presentará su mejor novela y Jack Colton ha saltado de la muralla, se dirige al armario del recibidor, la tercera magdalena le obliga a hacerse con la caja color sepia donde guarda sus fotos antiguas. El viaje a Kenia es el objetivo.

La cubro con un gorrito de lana, tiene frío, la calefacción está en marcha, el apartamento es una incubadora de paredes lisas, no está acostumbrada y se le hiela la cabeza. Mery la envuelve en una manta de raso color crema, la dejamos dormir, parece un angelito.

En el suelo, sobre el parqué, esparce instantáneas del viaje con su amiga al Serengueti, me acerca la primera, comeremos magdalenas.

Nuria había conseguido billetes gratis de LTE y dormimos en la mejor suite del hotel, qué bien nos trataron los chicos de recepción, cócteles gratis siempre que se cruzaban con nosotras, en la habitación teníamos vistas al océano y a una laguna donde al atardecer veíamos bañarse a una familia de elefantes, reservamos plaza en un tren precioso, antiguo, pero súper lujoso, con el que atravesamos el Serengueti, dormimos en tiendas de campaña con cocinero privado, teníamos hasta camareros, pasamos siete noches rodeadas de leones, rinocerontes y jirafas.

—Qué tiempos —suspira, alargándome otra fotografía—. Cómo me gustaba este vestido, ¿todavía lo tiene? —En la foto aparecen las dos con Rica, Nuria lleva un vestido azul y el Kilimanjaro estampado en el pecho—. Era de su madre, lo trajeron de Guinea.

—Creo que está en el armario —contesto, reparando en las trenzas africanas de Nuria.

—Seguro que todavía le sirve —dice Mery—. Qué asquerosa.

—Es el pacto con el diablo que firman los negros —digo.

—¿Qué sabes de Rica? —me pregunta, cambiando de tema.

—Hace tiempo que no viene por aquí —contesto—. La última vez que la vimos las gemelas tenían once años, de eso hará doce, estarán mayores.

—¿No os hubiera gustado tener hijos?

—No me apetece enfadarme con nadie.

—Y Nuria se pasaría el día sufriendo —añade, mostrándome otra foto—. Qué loca estaba esta mujer. —Es Rica, persiguiendo a un guepardo.

La noruega se apuntaría a última hora al viaje a Kenia, era su tercera semana volando en la compañía y aceptó sin dudar el destacamento que le ofrecía una compañera. Se lo pasaron tan bien, volvieron tan felices, que se hicieron inseparables en Tenerife, pedían a Palma que las programaran para volar siempre juntas.

Eran inseparables, sin embargo, y pese a las advertencias de Nuria, Rica se colgó de un piloto del que daría a luz gemelas, Julio; había dejado embarazadas a dos compañeras antes que a Rica, a las dos las había dejado tiradas al poco de parir, de las dos se deshizo después de hacerles pasar las mil y una perrerías. Julio es un espécimen del que debes mantenerte alejada, se le cruza el cable cuando sus mujeres dan a luz, es matemático, es digno de estudio. No le hizo caso.

Su segunda mujer, Malena, todavía amamantaba a su hijo cuando al piloto le dio por rondar a Rica, que llevaba unos meses en la compañía y estaba más sola que la una.

Alto, ojos verdes, manos grandes, deportista, espaldas anchas y dinero, un cóctel explosivo. Nuria se acercó a ella en el *galley* durante un vuelo a Estocolmo para leerle la cartilla, ni se te ocurra, ni se te pase por la cabeza, nada de cenitas románticas, ni salidas con el barquito, ni bucear juntitos para ver delfines, olvídate, ni te acerques, el tío es radioactivo.

Pero Julio conocía el oficio.

Rica salía de una relación demasiado larga e insulsa con un escandinavo adicto a los videojuegos, era su tercer mes en la isla, vivía sola en Tenerife, solo había hecho migas con Nuria, y el piloto era atento, guapo y, lo más importante, la paseaba.

El amor es ciego y muy cabrón, los siete meses con Julio habían sido extraordinarios, los mejores de su vida, anidaba una gigantesca nube rosa de azúcar caramelizado, un castillo bañado de almíbar y de unicornios y pompas de jabón, repleto, había enloquecido y el piloto que lo sabía le pidió un hijo.

El embarazo de las gemelas fue un suplicio, una tortura para Rica, para la madre de Rica y para Nuria, la amiga de Rica. Un embarazo de riesgo que no le permitía moverse, realizar esfuerzos, subirse al coche, acercarse al supermercado, cargar, cocinar y comer según qué alimentos. Además, debía permanecer en cama y visitar al doctor cada quince días. Julio, fiel al patrón, se desentendió del asunto, debía trabajar, llenar la nevera, no podía estar aquí y allá, así que el embarazo sería para la mamá de Rica y para la amiga de Rica.

El piloto no toleraba a la suegra, le crispaba tenerla en casa, verla en la cocina, en la habitación de las niñas, en el cuarto de la plancha, le coartaba la libertad fundamental de pasearse desnudo por casa, de rascarse las pelotas a dos manos.

Diseñó un elaborado plan para echarla, devolverla a Oslo; empezó por esconderle ropa, mojarle la cama, quemarle un par de pares de zapatos, o no le hablaba o le gritaba según la hora, porque estaba sorda o porque estaba cansado de verla, le amargó la existencia hasta que la mujer se rindió, agachó la cabeza, hizo las maletas, compró un billete de vuelta, Nuria la llevó al aeropuerto, y tomó el primer avión de regreso a Noruega.

Obviamente, fue Nuria quien ocupó el hueco de la desterrada abuela; conducía sesenta kilómetros hasta el chalet de Julio los días que no volaba para ayudarla, mientras el futuro padre perseguía una nueva conquista.

Con seis meses de embarazo y el padre de las criaturas volando en situación a Tel Aviv, Rica dejó la cama una mañana alertada por un extraño ruido, Nuria no había llegado todavía, así que decidió aventurarse por su cuenta a echar un vistazo. Salió al jardín con la bata por abrochar, descalza, para descubrir un gato enorme y negro persiguiendo entre las desabridas macetas del porche un pequeño y combativo lagarto.

No eran okupas, respiró Rica aliviada y con ganas de volver a acostarse, pero una traicionera manguera verde corroída por la cal y las circunstancias haría que tropezara arteralmente, dándose

de bruces con el borde rugoso de la piscina, rompiendo aguas en el jardín de casa, poniéndose de parto.

Aterrorizada y con los muslos bañados en sangre, no conseguía levantarse, es fácil que allí siguiera si Nuria no la hubiese tomado en brazos, metido en el coche, y conduciendo a toda prisa hasta el hospital, llevada de urgencias a maternidad en La Candelaria.

A las siete horas nacieron las gemelas. A la mayor hubo que reanimarla, entubarla y meterla en una incubadora, tenía los pulmones encharcados. La pequeña nació sana, pero extremadamente débil, la meterían también en su correspondiente incubadora.

Rica dormía exhausta, destrozada por el esfuerzo, agotada; fueron los gritos de Julio, el padre de sus hijas, recién aterrizado en el hospital, los que la despertaron, los que la hicieron volver a la historia de su vida.

Histérico, fuera de sí, desgañitándose en los pasillos del hospital, sin dejar de insultarla, no hacía más que golpear paredes, hacer volar sillas, romper las puertas de Maternidad. Sería la jefa de enfermeras quien, acercándose al piloto, le exigiera que se calmara inmediatamente o le ponía de patitas en la calle.

No logró convencerlo, el tipo siguió voceando, insultando, destrozando el mobiliario, bramando como una bestia hasta que dos tipos de seguridad lo cogieron por los brazos, lo levantaron un palmo del suelo y lo sacaron al parking. Vuelva usted mañana, le aconsejaron, y Julio, obediente, se largó de copas por Santa Cruz.

La mayor de las gemelas, Eridan, gemela de Gyda, hija de Rica, nieta de Ragna, retrasaría los planes del clan noruego, seguía en la incubadora, se debatía entre la vida y la muerte, había que esperarla.

La abuela Ragna estaba de regreso y Julio no estaba al tanto. El plan de las mujeres era mantener en secreto su vuelta, aguantar hasta que la pequeña remontara y, una vez fuera de peligro, sacarlas del hospital, meterlas en un coche con dirección al aeropuerto y tomar el primer avión a Oslo, debían abandonar la isla, dejar España, alejarse del monstruo.

Tres semanas permaneció Eridan en observación, tres semanas la abuela compartiendo piso con Nuria, tres agotadoras semanas de pura resistencia, tres semanas escondiéndose de Julio, visitando a su hija de madrugada.

Al cumplirse la tercera semana, y con la pequeña fuera de peligro, Nuria apareció en maternidad con la abuela del brazo y los billetes en la mano. Mientras Julio paseaba ajeno la playa del Médano, subieron al coche, corrieron al aeropuerto, facturaron la bolsa de pañales en los mostradores de Norwegian y despegaron.

No lo vio venir, no esperaba la jugada, le pilló totalmente desprevenido y Rica dejó de existir el mismo día que salió de España rumbo a casa. El piloto no ha visto nunca a las gemelas. Ellas no tienen padre. Por orden de un juez noruego costea religiosamente su manutención, cada primero de mes hace la transferencia. Tiene derecho a una visita tutelada en suelo noruego cada dos semanas que jamás ha empleado.

—¿Sabes algo del sujeto? —me pregunta Mery, abriendo otro álbum de fotos—. ¿Sigue vivo? ¿No se ha despeñado?

—Sé que repitió con otra compañera.

—No te creo.

—Sonia se llama.

—No puede ser, no te creo.

—La misma historia. Sonia, treinta y pocos, madre de dos hijas, dos meses en Tenerife, Julio se le acerca, Nuria le advierte, la chica no hace caso, se van a vivir juntos y a los seis meses le pide tener un hijo.

—Madre mía, qué tarado.

—Otra hija. Viven juntos hasta que se vuelve loco. La hija mayor del anterior matrimonio, quince años, se queja a su madre porque el tipo entra en el baño cuando se ducha y le hace fotografías.

—Qué baboso.

—Una noche, la madre está volando, Julio se mete en la cama de la cría y empieza a acariciarle las piernas, la vagina, le mete los dedos, dice que quiere enseñarle dónde está el clítoris, que es normal, que no se preocupe, quiere ayudarla a ser feliz, a disfrutar de su cuerpo.

—Madre mía.

—La chica se lo cuenta a su madre, que se lo cuenta a Nuria, que las ayuda a hacer las maletas y largarse de la isla ese mismo día.

—¿Deja el trabajo?

—Nadie hubiera movido un dedo por ella. Él es piloto, denunciarlo a la compañía no hubiera servido de nada. Llama a Nuria para que le eche una mano con las niñas y las maletas. Nuria compra los billetes, las acerca al aeropuerto, las mete en el avión y se encarga de facturar el coche de su compañera en un contenedor a la península. Las ayuda a escapar antes de que Julio vuelva de Londres.

—Parece una película.

—Si yo te contara.

—¿Ha denunciado?

—Ha denunciado.

—¿Y?

—El juez dicta que no hay pruebas concluyentes para arrestarlo.

—No me lo puedo creer.

—Créetelo. Por lo menos no ha encerrado a la madre por abandono del hogar, es un avance.

—¿Y la llaman?

—Sonia llama a casa cada mes, más o menos.

—¿Y cómo están?

—Pues ahí están, superándolo.

Chicho estaba en lo cierto, transitaba por el mundo con dos leguas de ventaja, no sería necesario despedirse de los hermanos, no debería buscar las palabras adecuadas, tratar el tema con delicadeza, buscar alternativas o marcar plazos, al llegar a Suavinex se topó con una enorme tarta de despedida, serpentinas, confeti, gorros de papel y matasuegras.

Llegó de Madrid, cenó, se acostó, despertó a la mañana siguiente, desayunó, meditó cómo encarar la conversación con los hermanos, cogió el Seiscientos de su madre, sin tiempo para ojear la prensa, apareció en la fábrica, estacionó en su plaza de parking, se encontró con el primero de la mañana, los operarios trabajaban en turnos de mañana, tarde y noche, los de la noche se encargaban de comprar la prensa, y se vio en portada: Nuria Carreras, nueva azafata del *Un, dos, tres...* de visita en El Retiro. Chicho estaba en lo cierto, hubo fiesta grande.

Los compañeros subieron a la oficina a despedirse, desearle suerte en su nueva etapa, querían abrazarse a la nueva estrella, besarla, mantearla; los gemelos, perdonando la traición y el trastorno sobrevenido, la invitaron a comer un excepcional arroz con bogavante en el restaurante del polígono, Nuria les agradeció el gesto, pero prefería pasar sus últimas horas con Elisa, charlar con su amiga en un rincón apartado comiendo de tartera, despedirse con un abrazo enorme, nueve meses después la echarían a la calle de malas maneras.

La tarde antes de coger el tren a Madrid, volvería a la capital en coche-cama, Paloma había comprado los billetes, doña Flora se presentó en casa del brazo de una amiga, doña Concha Ritope, tras ellas entraría Tránsito, las tres muy serias, muy protocolarias.

—Qué hace aquí, Concha —preguntó Nuria, apartando albóndigas para su hermano, oliéndose la encerrona—. ¿Qué estáis maquinando?

—Maquinando, maquinando —contestó doña Flora—. ¿De dónde sacas que estamos maquinando?

—Mamáaaa —protestó su hija—. Viene con una túnica hasta los tobillos, descalza y con una máscara de pájaro en la mano.

—Cómo eres —protestó doña Flora, encendiendo el fuego—. Son cosas nuestras. Además, ha insistido ella. No podía decirle que no, no podía negarme. Después de lo que hemos hecho por ella es lo mínimo que puede hacer por nosotros, me ha dicho. ¿Yo qué quieres que haga? ¿Qué quieres que le diga?

—Mamáaaaaa.

—No te avergonzarás de tus orígenes, ¿verdad? —intervino Jorge, entrando en la cocina—. Mamá, creo que tu hija se avergüenza de ti, de nosotros, de nuestro pueblo. Tu hija no quiere ser africana.

—Quieres callarte —dijo Nuria—, ¿puedes callarte por una vez en la vida? Qué ganas tengo de perderte de vista.

—¡Hija! —intervino la madre—. No hables así, por favor te lo pido, sabes que no me gusta que hables así a tu hermano. No te avergonzarás de ser africana, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver esto con ser o no ser africana? —contestó Nuria—. ¿Por qué no me explicas lo que estáis maquinando?

—No maquinamos nada, son nuestras costumbres —zanjó doña Flora—. Ni mejores, ni peores, son las nuestras y hay que aceptarlas.

—Pero yo no creo en nada de esto, mamá —protestó Nuria desfondada.

—En la vida hay que creer en algo —sentenció doña Flora—. Además, me lo ha pedido una amiga como un favor personal, quiere ayudarnos, desea ayudarte y mal no te hará, al contrario, te ayudará a recordar quién eres, te ayudará a recordar de dónde vienes.

Del mismo pueblo, Ureca, amigas de la infancia, doña Concha arribaría a Alicante de la mano de doña Flora, sufragándole parte sustancial del billete, ofreciéndole cobijo, ayudándola a instalarse, a encontrar trabajo, y su amiga de la infancia, enterada de que Nuria, la única hija de su mejor amiga de la infancia, había encontrado trabajo en televisión e iniciaba una nueva vida, quería devolver parte de lo recibido mediante un conjuro que protegería a la muchacha en su periplo, proporcionándole la suerte anhelada y que seguro necesitaría.

—Acércate, estimada Nuria, niña de mis ojos —dijo doña Concha, sentada a la mesa del comedor con un ramillete de plumas rojas de gallo silvestre en las manos.

Resopló, miró a su madre, hizo una mueca y obedeció a la sacerdotisa de túnica blanca, pulseras de coral, collares de colmillo y obsidiana, pañuelo en la cabeza, descalza, máscara de madera con plumas de pavo y una vara de cedro entre las rodillas—. Acuéstate aquí en el suelo, a mi lado, estimada Nuria, niña de mis ojos.

Resopló, miró a su madre, doña Flora se encogió de hombros y le hizo un gesto para que se acercara. Suspiró aceptando, pasaría el trance lo más rápido posible.

Resopló, miró a su madre y dejó el plato de albóndigas en la mesa, lo más alejado del pan de doña Tránsito, se arrimó a la sacerdotisa y se sentó en el suelo.

—Estimada Nuria, niña de mis ojos —repitió doña Concha—, debes echarte, debes estar totalmente estirada —indicó la pitonisa, colocándose la máscara—. Si no te tumbas, la fuerza podría actuar de malas maneras.

—Prefiero quedarme sentada —dijo Nuria.

—Nuria, haz caso a la señora —intervino Jorge—. Se nota que sabe lo que hace.

—Mamáaa —exclamó Nuria.

—Hija, quédate sentada si lo prefieres —zanjó doña Flora.

—Debe tumbarse —insistió la sacerdotisa.

—Concha —exclamó doña Flora—, tengamos la fiesta en paz.

—Que se apague la luz —ordenó doña Concha, enarbolando la vara, agitando con fuerza las plumas de gallo.

Doña Flora, avisada de antemano, se fue a la entrada, retiró los plomos, dejó el piso a oscuras y volvió al comedor con dos velones color huevo que colocaría en el suelo junto a su hija.

—Hágase la luz —dijo como le había dicho Concha que dijera.

—Que la luz del espíritu te guíe en el viaje que emprendes —recitó la sacerdotisa—, que la fuerza del espíritu te guíe en el viaje que emprendes, que la sabiduría del espíritu te guíe en el viaje que emprendes, que los espíritus hermanos te sostengan, te protejan, te animen, te socorran.

—Aleluya —gritó Tránsito, embriagada por el momento.

—Aleluya —repitió doña Flora.

—Aleluya no se dice aquí —cortó doña Concha, molesta.

—Lo siento —dijo Tránsito—. Ha sido la emoción, me he dejado llevar.

—¿No habría que sacrificar un animal o algo? —intervino Jorge.

—Sí —contestó inmediatamente doña Concha—. ¿Habéis traído los conejos?

—No hay conejos —dijo doña Flora.

—¿No hay conejos? —exclamó Jorge—. ¿Entonces? ¿Se nos podría girar en contra? Qué temeridad.

—No hay problema —les tranquilizó la sacerdotisa—. Una pizca de sangre de tortuga hará el efecto.

—¿Sangre? —exclamó Nuria—. ¿Sangre para qué?

—Para qué va a ser —intervino Jorge—, a veces tienes unas cosas...

—Con un poquito en la frente será suficiente —dijo doña Flora.

—Hay que bañar a la niña de la cabeza a los pies con sangre de tortuga —informó solemne la sacerdotisa, mientras hacía aparecer un cántaro de barro de entre las piernas.

—Ni hablar —exclamó Nuria, haciendo amago de levantarse—. Ni de coña, por ahí sí que no paso, no me vais a bañar en sangre. ¿Estamos locos?

—Estas cosas no hay que dejarlas nunca a medias —advirtió Jorge—. Puede ser peligroso y contraproducente.

—Con un poquito en la frente bastará —repitió doña Flora.

—Hay que bañar a la niña —insistió doña Concha.

—Las cosas se hacen bien o no se hacen —repitió Jorge.

—Te quieres callar —explotó doña Flora, amagando con soltarle una torta—. Quieres hacer el favor de callarte. Me pones nerviosa.

—Flora, la tradición es la tradición —informó la sacerdotisa.

—Mamáaaaa —protestó Nuria.

—¡He dicho que bastará con un poquito en la frente! —estalló doña Flora—. Un poquito en la frente y punto. No se hable más.

—No se hable más —claudicó la sacerdotisa—, que así sea.

—Estas cosas si no se hacen bien, se vuelven en contra de uno —repitió Jorge—. Yo solo lo digo para no llevarnos sorpresas después. Con estas cosas nunca se sabe.

—Acaba, Concha —le rogó doña Flora—. Acaba de una vez, por favor te lo pido.

Ceremoniosa, se impregnaría de la sangre de tortuga que del cántaro brotara el pulgar derecho, circunspecta, aplastaría el dedo en la frente de la muchacha y como un sello irreversible y poderoso quedó la niña consagrada. Nuria, con los ojos cerrados y mordiéndose los labios, se abandonó al momento, dejando que ocurriera.

—Que el espíritu de la fortuna te acompañe siempre, estimada Nuria, niña de mis ojos. Que el viaje se presente plácido y libre de dificultades, que el venturoso espíritu de la fortuna te acompañe.

—¡Amén! —gritó doña Tránsito, arreándose la primera albóndiga—. Ahora ya puedes hacer las Américas, estás bendecida. Te harás famosa y traerás muchas alegrías a esta casa. Estás encauzada. ¡Aleluya!

—¡Aleluya! —gritaron todos a una.

El tren a la capital se averió en Albacete, se iniciaba de fábula la fábula del viaje, siete horas de retraso y encerrada en un coche-cama el día de su estreno, el día de su presentación al mundo, su primer día en la tele siete horas esperando en un bancal un tornillo con el que reparar la locomotora.

—Chicho está que trina —dijo Paloma, agarrándola del brazo. Se había presentado en Atocha para recogerla—. No hay que perder tiempo o se nos come.

—Pero si...

—No te preocupes —la interrumpió, arrancando su Mil Quinientos—. Sabe que no es culpa tuya, no te preocupes, pero está que trina, es el primer día, los primeros días son los peores, hay que darse prisa y grabar tus tomas. ¿Necesitas ducharte?

—No estaría mal.

—Espero que haya tiempo. Pero no creo, mira en mi bolso, algo encontrarás, coge lo que necesites, no te cortes.

Llegaron a los estudios en siete minutos, literalmente volando y vivas de puro milagro. Paloma bajó del coche, la sacó a toda prisa y le hizo una seña a un chico cargado con una caja repleta de bombillas para que ayudara con la maleta; iban directas a camerinos.

—Deja la maleta en ese rincón y te puedes marchar —le ordenó al muchacho, que obedeció sin rechistar, con la mirada pegada al suelo—. No tenemos tiempo —le dijo a una de las maquilladoras que pululaba por el camerino—. El jefe está que trina, se sube por las paredes, es el primer día, sabemos cómo se pone. Anabel, arrégla y date vidilla, salimos en cinco minutos. Tenemos que salir en cinco minutos, no te encantes. Dame los papeles para firmar el contrato —le dijo a Nuria.

—¿Qué papeles? —preguntó ella, dejándose llevar a la silla de maquillaje—. ¿Me dijiste que trajera algún papel?

—Seguramente no —contestó Paloma—. En realidad, solo necesito tu DNI, imagino que lo llevarás encima.

—En el bolso —contestó Nuria, girándose para cogerlo.

—No te muevas —le ordenó la jefa de maquilladoras, sujetándola por los hombros—. Paloma te lo trae. Tenemos mucho trabajo contigo.

—¿Mucho trabajo por qué? —se alarmó Paloma, acercándole el bolso.

—Pues es la primera vez que maquillo a una chica, ya sabes, a una...

—A una negra —acabó Nuria la frase.

—Correcto, es la primera vez que maquillo a una chica negra —dijo Anabel, sin soltar el cigarrillo, un Ducados negro que parecía formar parte de ella—. Además, el programa va del lejano oriente, así que esperemos que no nos dé verde.

—¿Por qué iba a dar verde? —exclamó Paloma.

—¿Por qué no? —contestó Anabel, pasándole una toallita húmeda por la barbilla—. ¿Tú lo

sabes? Yo no lo sé, así que no me metas prisa.

—No me jodas, Anabel, sabes cómo son los primeros días, no me pongas más nerviosa de lo que estoy.

—Las cosas de palacio —dijo, cogiendo un bote de maquillaje— van como les da la gana. No me pongas nerviosa tú a mí y no perderemos tiempo.

—Déjame —dijo Paloma, cogiendo el DNI de Nuria—, después hago unas fotocopias y te lo devuelvo. Date prisa, haz el favor —le repitió a la maquilladora.

—Solo necesitamos un poquito de planificación —contestó Anabel, escogiendo otro bote de entre el centenar que había sobre una mesa blanca y alargada que recorría de punta a punta el camerino.

—Lo siento —dijo Nuria.

—¿Y tú por qué lo sientes, criaturita? —preguntó Anabel, acercándose a la silla con tres bases de maquillaje.

—No sé —dijo Nuria—. Como he llegado a última hora, imagino que os habré trastocado la planificación, no sé.

—Qué monada —dijo Anabel—. ¿De dónde la habéis sacado?

—No te preocupes —intercedió Paloma—, ella es así por naturaleza, no deja de quejarse a todas horas, ya la irás conociendo. Es una mosca cojonera.

—Mosca cojonera, no —corrigió la maquilladora jefa—. La señora de las moscas cojoneras.

Así, mientras Anabel le pringaba las mejillas, firmaría sobre sus rodillas los papeles de Paloma, las secciones del contrato, sin leer una línea, sin moverse demasiado, garabatearía una decena de folios que básicamente la desposeían de sus derechos de imagen.

—Habría que haberla vestido primero —se quejó Anabel, al ver entrar a dos chicas con un vestido de seda—. Se le va a estropear el maquillaje y vamos a manchar la ropa.

—No te aguanto —dijo Paloma.

—Porque tengo razón —contestó Anabel, ayudando a las chicas con el cuello—. Me ocurre desde pequeña, estoy acostumbrada.

La vistieron sin pringar la blusa ni estropear el maquillaje. No hubo necesidad de ajustarlo, le caía como un guante, unas puntadas en las mangas y listo. Sería la primera asiático-africana en Televisión Española.

Paloma la tomó del brazo y salieron a la carrera hacia el set, un murmullo de gente, gritos y risas inundaba los estudios.

—Están grabando al público —le informó la secretaria de Chicho—. Seguramente será un monólogo de las Hermanas Hurtado, toman planos de la gente riéndose para montarlas después con el programa, es la magia de la tele.

A medida que se acercaban al resplandor de los focos, aumentaba el número de operadores, cables y cajas. Efectivamente, las Hermanas Hurtado interpelaban al público, frente a la gente y a un lado del plató, fuera del tiro de cámara, sus compañeras repasaban sus guiones, Arévalo en la esquina opuesta parecía hacerle el gangoso a una chica rubia que suspiraba aparentando estar interesada, los del Tricycle preparaban su actuación justo al lado, Juan Tamariz hacía desaparecer un rey de corazones mientras Ozores se arreglaba el cuello de una capita fucsia que le iba demasiado corta.

Se detuvieron bajo las escaleras de realización, Paloma agarró con fuerza y por los hombros a

uno de los cincuenta mil regidores repartidos por el set, un tipo bajito, de ojos azules y bastante guapete.

—Necesito el guion de Nuria —le dijo.

—¿Quién es Nuria? —preguntó el tipo.

—Yo soy Nuria —contestó Nuria—. ¿Ya no te acuerdas de mí?

—Ah, tú eres Nuria —contestó, reconociéndola—. Para no acordarme, la del tren.

—Ella es Nuria —repitió Paloma—. ¿Puedes darme su guion?

—¿Pero qué guion? —preguntó como si le hablaran en chino—. ¿Tiene guion?

—Algún guion tendrá, digo yo —exclamó Paloma—. Me lo buscas o lo busco. ¿Pregunto yo, personalmente, a ver si lo encuentro?

—Ya pregunto yo, ya pregunto yo —contestó el tipo, arrastrando los pies, dirigiéndose a una puerta pequeña y oscura, medio escondida que se vislumbraba en un rincón apartado.

—¿Dónde va?

—A la cueva de los guionistas.

—¿Tengo que aprenderme un guion? —preguntó Nuria nerviosa—. ¿Ahora?

—No te preocupes —dijo Paloma—. Seguramente, serán cuatro frases, no te preocupes por nada. Cuatro frases las coges en dos minutos. Seguramente solo tendrás que presentarte, no será mucho, tú, sobre todo, no te pongas nerviosa.

—Cuidado, chicas —pedían paso dos electricistas, cargando una gigantesca bobina.

—Perdón —dijo Nuria.

—Estáis en mal sitio —dijo el más veterano, sin pararse—, es zona de trabajo, iros un poquito más para allá, haced el favor. Estamos trabajando.

—¿Y nosotras qué estamos haciendo?

—¿Aquí? Molestar.

—¿Molestar? —bramó Paloma, cogiendo a Nuria del brazo, llevándosela bajo las escaleras de realización—. Vete a tomar por saco.

—¡Corta! —tronó la voz de Chico en off desde las alturas—. ¡Repetimos!

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó una de las siete mil regidoras.

—Estamos a lo que estamos o nos vamos a tomar por el culo —gritó Chicho desde el control—. ¿Qué hacemos, decidme? ¿Grabamos o nos vamos a tomar por el culo? Elegid. Escoged, una de las dos, las dos no pueden ser, el porno está prohibido en esta casa. No podemos grabarnos mientras nos damos por el culo. ¿Qué hacemos?

—Perdón —dijo la azafata que presentaba a los concursantes—. No sé lo que me pasa hoy.

—Te pasa que no duermes lo suficiente, niña —contestó Chicho—. Repetimos y a ver si hay suerte. Vocaliza. Quítate la patata que te han metido en la boca.

Nuria palideció, las piernas no la sostenían, le palpitaba el cuello, tenía el corazón en la boca, a un paso de su debut y dudaba seriamente de que le salieran las palabras.

—No sé si podré —le confesó a Paloma.

—Claro que podrás —contestó, agarrándole la mano—. Lo que debes hacer es relajarte y no preocuparte. Imagínate que están desnudos.

—¿Cómo se hace eso?

—No sé, inténtalo.

—No sé si podré —repitió Nuria, le faltaba el aire, sentía que se mareaba.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Paloma, que empezaba a preocuparse seriamente.

—No sé —contestó Nuria, apoyándose en la barandilla repintada de negro—. ¿Quiero sentarme? La verdad es que no sé lo que quiero.

—Como todas —contestó Paloma—, por eso no te preocupes. Pero será mejor que no te sientes —añadió, abanicándola—. Tú no hagas ni caso. Lo que busca es llevarnos al límite. Quiere sacar lo mejor de su equipo. Mantente firme, no dejes que te arrastre, no muestres debilidad, jamás muestres debilidad, regla número uno si quieres sobrevivir en este mundo.

—¿Me imagino a Chicho desnudo? —preguntó Nuria.

—Si te sirve, hazlo —contestó Paloma.

Le costaba respirar, su corazón latía con fuerza, parecía subido a una salvaje montaña rusa, lo sentía muy deprisa en el pecho, en sus articulaciones, temía desmayarse; estaba a punto de pedir una silla cuando por las escaleras de realización vio aparecer una cara conocida, un tipo alto, delgado y las mejillas marcadas, que la reconfortó.

—Buenas tardes, Paloma, ¿qué tal? ¿Cómo va la cosa? ¿Qué tal, Nuria?

—Hola —contestó Nuria, no sin esfuerzo.

—¿Os conocéis? —se interesó Paloma, frunciendo el ceño, abriendo la boca más de la cuenta—. ¿Y eso?

—Fui a recogerla al tren el otro día —dijo Antonio.

—Las fotos, es cierto —dijo Paloma—. No me acordaba.

—¿Te gustaron? —le preguntó Antonio—. Salieron bien, ¿verdad? Están hechas con...

—Al lío —cortó Paloma—. No divaguemos. ¿El guion de Nuria?

—¡Cortaaaaaa! —volvió a rugir la voz en off de Chicho—. Niña, no tenemos tiempo. Dale desde el principio. Apréndete tus frases, por favor, bonita, no podemos estar empantanados todo el día por cuatro frases.

—Está contento —dijo Antonio, señalando al cielo—. Menudo día llevamos.

—Lo normal de los estrenos —dijo Paloma—. ¿Y el guion? Nuria necesita su guion, ¿se os olvidó redactarlo?

—No hay guion —contestó Antonio tranquilamente.

—¿No hay guion? —se estremeció Nuria. No tenía claro si prefería que lo hubiera o que no—. ¿Tendré que improvisar?

—¿No hay guion? —se extrañó Paloma—. ¿Cómo que no hay guion? ¿Qué es eso de que no hay guion? Esta chica necesita un guion.

—Mañana tendrá su guion —dijo Antonio—. Hoy de ella solo queremos que se presente y conteste a un par de preguntas que le hará Mayra.

—¿Solo eso? —consiguió decir Nuria—. ¿Te parece poco?

—Tranquila, lo harás muy bien —dijo Antonio, poniéndole la mano en el hombro—. No te preocupes, lo harás perfecto.

—¿Entonces no hay guion? —repitió Paloma.

—No hay guion —repitió Antonio—. Y, si me disculpáis, tengo que volver arriba, me quedaría con gusto, pero debo subir antes de que me caiga a mí también un chorreo.

—¿Cuándo sale? —preguntó Paloma.

—Carmelo le indicará el momento, tranquilas —contestó Antonio—. Nuria, lo harás muy bien, no tienes de qué preocuparte, sé tú misma.

—Yo misma, qué fácil es decirlo —contestó Nuria, tomando aire—. ¿Quién es Carmelo?

—El bajito de antes —contestó Paloma.

A Chicho se le notaba sobreexcitado, presentaba su última adquisición ante el gran público, España asistiría al debut televisivo de la primera estrella negra y sería de su mano. Estábamos ante un acontecimiento único.

Y lo fue, pasados treinta años siguen reconociendo a Nuria por la calle.

—En dos minutos entras —dijo Carmelo, surgido de la nada.

—No sé si podré —dijo Nuria.

—¿Tienes alguna cosa para ella? —preguntó Paloma.

—Ahí dentro tengo una bandeja de cocaína —contestó Carmelo, señalando una puerta entreabierta junto a una columna de focos.

—Preferiría una tila —dijo Nuria.

—De eso no tengo —dijo Carmelo—. Esto es la tele.

—¿Te he hecho yo algo en otra vida? —preguntó Paloma, soltándole una patada.

—Tu turno —exclamó Carmelo.



[Vídeo](#)

—Se acabó, mañana más y mejor. Mañana grabamos los musicales, así que, chicas, os quiero frescas, ¿entendido? Como lechugas. A dormir bien y tranquilas. Nada de excursiones nocturnas —dijo Chico en off desde las alturas—. Hasta mañana, buen trabajo, mañana nos vemos, mañana a primera hora continuamos.

Era un hecho, había grabado el primer *Un, dos, tres...* de su vida, plantada todavía en la marca y frente a las cámaras, observando cómo respiraban aliviados los miembros del staff recuperaba el aliento.

Lydia Bosch se acercó a ella con su inmensa sonrisa, esa sonrisa que paraliza el mundo, esa sonrisa que eclipsa a cualquiera.

—¿Estás bien? —le preguntó amablemente, tomándola por el brazo—. Lo has hecho de fábula. Has estado fantástica.

—¿De verdad lo crees? —consiguió pronunciar Nuria—. Pues no puedo moverme, estoy de los nervios, como agarrotada, ¿no habré parecido un poco muñeco?

—Es el miedo escénico —contestó Lydia, ayudándola a bajar los escalones del set—, te hace parecer un poco marioneta. Pero, créeme, lo has hecho fenomenal, tenías que haberme visto a mí el primer día, qué desastre.

—No te creo, pero gracias —susurró Nuria, intentando colocar un pie tras el otro, dejándose llevar a camerinos.

Debía desmaquillarse, cambiarse, ducharse, agarrar la maleta, llamar a un taxi y encontrar un hotel en el que dormir las primeras noches. Durante el fin de semana buscaría un apartamento.

En el camino de vuelta, el resto de azafatas, figurantes, bailarines, coreógrafos, electricistas, Bigote Arrochet, se acercaron por turnos para felicitarla, se abrazaban a ella, le daban la mano, muy bien para ser el primer día, fantástico, ha nacido una estrella, no parecías nerviosa, qué sonrisa más bonita, qué ojazos, mentían, pero tan convincentemente que consiguieron calmarla, son actrices, pensó, mientras el aire regresaba a sus pulmones y el oxígeno a su cabeza.

Anabel la esperaba tras la silla de maquillaje, Lydia le acercó una caja de cartón rosa.

—¿Dónde vas a dormir? —preguntó, cogiendo una buena ristra de algodones desmaquillantes.

—Pues no tengo ni idea, la verdad —contestó Nuria, aceptando los algodones—. Debo buscar hotel nada más salir de aquí. Esa es mi maleta. —La valija seguía donde el chico de recepción la había dejado—. Esto va tan rápido que ni tiempo he tenido para reservar algo. Intentaré llamar a algún hotel desde aquí para no llevarme una sorpresa. ¿Conoces algún hotel decente donde dormir estos días?

—Sí —contestó sonriendo—, pensión Lydia.

—¿Y está bien?

—Bueno, es bastante decente, pero sin pasarse.

—¿Cómo? —dijo Nuria, sin entenderla.

Una de las chicas de vestuario se acercó para ayudarla.

—Has estado estupenda —dijo, desabrochándole la blusa—. ¿Estabas nerviosa?

—Como un flan —contestó Nuria—. ¿No se ha notado?

—Nada —dijo la chica, mirando a Lydia—. ¿Verdad que no?

—Ha estado fenomenal —corroboró Lydia—. Ha nacido una estrella.

—Está muy mal que le toméis el pelo a la novata —dijo Nuria.

—Es la verdad —gritó la chica con un pie fuera del camerino y el vestido por planchar colgado del brazo—. Lo has hecho súper bien —añadió, cerrando de un portazo.

—Te lo agradezco —gritó Nuria, pero ya no podía oírla.

—Entonces, ¿qué?

—¿Qué? —repitió Nuria que no sabía por dónde iba su compañera.

—Si te doy las señas de la pensión.

—¡Ahh! Perdona, claro. Ya se me había olvidado. Está bien, ¿entonces?

—No es muy grande —contestó Lydia—. Pero se está bien, es confortable y muy cálida, más que cálida, calurosa, decente, pero sin pasarse.

—No tiene mala pinta. La verdad es que había pensado en quedarme en un hotel, pero si dices que la pensión está bien, ¿cómo se llamaba? No tendrás el teléfono a mano para poder llamar, ¿verdad?

—No te hará falta teléfono —contestó Lydia—. Y se llama pensión Lydia.

—No hace falta teléfono —repitió Nuria—, y se llama... ¿vale? Vale, ahora lo he pillado. Me ha costado, lo siento. Muchas gracias. De verdad, muchas gracias. ¿En serio no te molesta que me quede a dormir en tu casa?

—¿Por qué iba a molestarme? —contestó ella—. ¿Roncas mucho y muy alto?

—Pues, la verdad, no me lo han dicho nunca —dijo sorprendida y abriendo mucho los ojos.

—Entonces será un auténtico placer que te quedes en mi casa. Así me haces compañía.

—Muchas gracias —repitió Nuria, abrazándose a ella—. Muchísimas gracias.

—Perdonad que interrumpa este momento televisivo tan tierno —dijo Anabel con el cigarrillo en la boca—, es solo un segundo. ¿Te has quitado la base? ¿Te la has quitado bien? ¿No te has dejado nada? No quiero encontrarme con una sorpresita mañana.

—Sí, creo que sí —contestó Nuria, pasándose la mano por la cara y el cuello.

—No quiero que se te quede nada en la piel —continuó Anabel, examinándole la barbilla—. Es un producto nuevo y nos han dicho que puede producir alguna alergia si no se limpia bien, no quiero que por mi culpa tengamos movidas mañana.

—Creo que estoy limpia —dijo Nuria.

—Yo también lo creo —contestó Anabel, aspirando el cigarrillo, inspeccionándole las mejillas.

—¿Y a mí no me preguntas? —preguntó Lydia sonriendo.

—Contigo no he utilizado el mismo producto, además, si no sales mañana tampoco pasaría nada, el público te tiene muy vista. No se perdería gran cosa.

—Yo también te quiero —contestó Lydia, soltando una carcajada—. Qué borde eres.

—Bueno, yo soy lo que soy, corazón, ya lo sabes —dijo, colocándose unas gafas de pasta marrones—. Chica nueva, ¿quieres un consejo?

—Claro —contestó Nuria, arqueando las cejas.

—A ver con qué nos sales ahora —dijo una chica rubia de figuración.

—Si tu intención es hacer carrera en este mundo absurdo de la televisión, debes librarte de ese

acento catalán que gastas. Que seas negra lo tolerará el público, que tengas acento catalán no tiene pase.

—Qué bestia eres —dijo Lydia—. No le hagas ni caso, ya la irás conociendo.

—La verdad es esa, guste o no —dijo Anabel, acercándose a Naomi—. Y yo estoy aquí para decírla. Hazme caso, chica nueva, si quieres triunfar en televisión, es lo que te toca.

Entre Lydia, Naomi, Emma, la chica rubia de figuración a la que Arévalo le hacía el gangoso, y Nuria compartirían un taxi, vivían en la misma zona, irían juntas y repartirían gastos. Estaban esperando en recepción cuando Antonio, que salía anormalmente puntual, se ofreció a llevarlas.

Conducía un recién adquirido Seat 1430 rojo de segunda mano, el mismo coche, le juraría el vendedor, con el que Laura Valenzuela había grabado el famoso anuncio. Daba algún problema, tenía tocada la correa de distribución, el carácter habrá que cambiarlo, era tragoncete, pero tendrás que quitarte a las chicas de encima, es un imán, vas a adelgazar catorce kilos si te decides.

—¿Qué harás con catorce kilos menos? —preguntó Emma esbozando una sonrisa.

—Con siete me conformo —contestó Antonio, metiendo tercera.

—¿Ya has perdido algo? —continuó Emma.

—Menos de lo que quisiera —contestó, siguiéndole el juego—. Estoy en ello.

—Pues date prisa. No suena muy católico el tubo de escape. Date prisa, no creo que tardemos mucho en verte corriendo por el Retiro si quieres ponerte en forma.

—No seas gafe.

—Mi padre es mecánico del ejército.

—¿Y?

—Se le dan muy bien los tubos de escape.

Lydia vivía en un apartamento de dos habitaciones con vistas a un hermoso jardín, un piso pequeño, pero muy acogedor, decorando con la ayuda de su madre, muy mono, cerca de los Estudios Roma, tenía cocina en office, dos cuartos de baño y un salón de buen tamaño.

Abrió la puerta y Nuria soltó la maleta junto a su nueva cama; agotada, se tumbó sobre la colcha, las paredes eran color albero, un radiador de hierro repintado en blanco calentaba en exceso la habitación. Estaba exhausta, no tenía fuerzas ni para quitarse los zapatos.

—¿Te molesta la calefacción? —preguntó Lydia, desabrochándose la blusa en su cuarto.

—Para nada —contestó Nuria, acercándose a un jarrón de margaritas. No había un rincón libre de flores—. Soy del trópico, me encanta el calor, prefiero el calor al frío. El frío me acobarda.

—¿Te acobarda? —se sorprendió Lydia—. ¿De dónde has sacado esa expresión? Es la primera vez que la oigo.

—¿Sí? —contestó Nuria divertida—. Pues no sé, de mi madre, creo. De Alicante, imagino, no lo sé. Pero es la pura verdad, no me gusta nada el frío, lo llevo fatal, aquí se está perfecto.

—Pues me alegro, a mí el frío no me gusta mucho tampoco, prefiero el calorcito —dijo, poniéndose un pijama de corazoncitos para estar por casa—, pero esto es pasarse y es imposible arreglarlo. Estás de suerte, los vecinos se han empeñado en que vivamos como pollitos de granja, está bien que te guste. ¿Tienes hambre? —preguntó, metiéndose en la cocina.

—Un poco, la verdad —contestó Nuria, disfrutando del aroma de un fantástico ramo de rosas que iluminaba el comedor—. Tienes la casa llena de flores, qué maravilla. Me encantan las flores. Qué bonitas son estas rosas. Están preciosas.

—Hay que tener cuidado con las rosas, están llenas de espinas —dijo Lydia, abriendo la

nevera—. Si te gustan las flores, te vas a hartar, a mí no paran de llegarme ramos y ramos. No sé cómo consiguen mi teléfono, mi dirección, pero lo hacen, cada día llegan tres o cuatro ramos a casa, no sé qué hacer con tanta flor, esto parece un invernadero. ¿Quieres una tortilla? —preguntó, asomando la cabeza—. ¿O prefieres unos huevos revueltos? No tengo mucha cosa, lo siento, además no soy una gran cocinera.

—Yo soy pésima —dijo Nuria, acercándose a la encimera.

—Pues lo tenemos claro —dijo soltando una carcajada, cuando en el pasillo empezó a sonar el teléfono—. ¿Enciendes el fuego? —preguntó, pasándole una sartén pequeña—. El aceite de oliva está en el segundo cajón, creo. Si no lo encuentras, búscalo sin miedo.

La cocina era diminuta, pero muy bien equipada, tostadora, microondas, lavavajillas y el último modelo de Thermomix, los fogones relucían y no tenían un arañazo, efectivamente cocinará poco, pensó prendiendo el menor de los fogones mientras oía la voz de Lydia, contestando al teléfono.

—Sí, soy yo. ¿Hoy? ¿A qué hora? Bueno, no sé. No, no digo que no, digo que no sé, ya veremos. Ya veremos es ya veremos, no es no, es ya veremos. Sí, ya veremos. Ok. Si no he llegado en dos horas no me esperéis. Claro, sí. Bueno, ya veremos. Ok. A todo esto, ¿quién os ha dado mi número de teléfono? ¿Un amigo común? No, por nada. No pasa nada, simple curiosidad. Un beso y eso. Ciao, hasta luego.

Nuria batía los huevos.

—¿Cómo vas? —preguntó, volviendo a la cocina—. ¿Cenaremos?

—Creo que sí —contestó Nuria.

—¿Te apetece ir a una fiesta?

—¿A una fiesta?

—Sí, me han invitado a una fiesta, bueno, nos han invitado a una fiesta. El sitio no está muy lejos de aquí, el tipo dice que estará bien, que será divertido, pero siempre lo dicen, así que vete a saber. Es una fiesta del mundillo, nos dejarán respirar.

—¿No sabes quién te ha invitado?

—Un amigo de un amigo, me ha dicho, ni idea, aquí llama todo dios y a todas horas, es una locura. ¿Te apetece ir?

—Pues como tú quieras —contestó Nuria—, yo me adapto a lo que tú me digas, a lo que tú decidas.

—Estarás cansada —dijo Lydia—. No vamos.

—Si quieres ir, vamos.

—La verdad es que, si lo pienso, me da mucha, mucha pereza vestirme. No vamos. Era por si a ti te apetece dar un paseo, pero estarás agotada. No vamos.

—Cómo tú veas, yo no tengo problemas por quedarme en casa, la verdad.

—Pues aquí lo vas a tener complicado. Si eres de quedarte en casa, aquí lo vas a tener imposible —dijo, introduciendo dos rebanadas de pan en la tostadora—. Te gustará el pa amb tomàquet, imagino —le preguntaba, cuando el teléfono empezó a sonar de nuevo—. Ves lo que te decía, es un no parar, es una locura, seguro que llaman para otro sarao.

—Pues vamos —dijo Nuria, remendando la maltrecha omelete—. Por mí está bien, si quieres salir, salimos.

—Buenas noches, sí, soy yo. El placer es mío. Claro. Sí, ¿Nuria? Sí, está aquí, ahora mismo se

lo digo. No, no es molestia, no se preocupe, claro que no, ahora mismo se pone. Yo se lo digo, no se preocupe, un besito a usted también.

—¿Quién es? —preguntó Nuria junto al teléfono, había oído su nombre—. No me lo puedo creer, ¿quién es? ¿Quién me llama a tu casa?

—Mamáaaa —exclamó Nuria, cogiendo el teléfono—. ¿Qué pasa?

—Hija, como no llamas, me asusté —contestó doña Flora al otro lado del aparato—. Desde que te fuiste no sabemos de ti y me he visto obligada a llamarte, tenía que hablar contigo.

—¿Está bien papá? ¿Ha pasado algo? ¿Estáis bien?

—Papá está como siempre, va haciendo, ¿por qué lo preguntas?

—¿Cómo que por qué lo pregunto, mamáaaa? ¿Tú qué crees? Porque no hace ni un día que no nos vemos y llamas así, de repente, me has asustado.

—¿De repente? —exclamó doña Flora ofendida—. ¿Acaso una madre necesita un permiso especial para llamar a su hija? ¿Qué pasa? ¿No quieres que te llame? ¿No quieres hablar conmigo?

—Pero ¿cómo no voy a querer que me llames? —se quejó Nuria—. Ya quedamos en que te llamaría yo mañana por la mañana o al otro, cuando tuviera un ratito. No llevo ni veinticuatro horas fuera, mamá, no seas exagerada.

—Como te fuiste sin hotel y no tenías dónde dormir, qué quieres, estábamos preocupados. Mandadle un saludo a vuestra hermana.

—¡Hermaaaaaa! —gritaron sus hermanos.

—¿Quién está allí? —preguntó Nuria.

—Tus hermanos, Mery, Tránsito y la mayoría de los vecinos, te mandan un beso muy fuerte. Decidle lo orgullosos que estáis de Nuria.

—Mamáaa.

—¿Qué pasa? ¿No pueden estar orgullosos de su hermana? ¿Cuándo echan el programa, me pregunta Tránsito?

—No sé, creo que en un par de semanas. No lo tengo muy claro, la verdad. No me aclaro todavía. Es un lío y va todo muy rápido. Son muchas cosas.

—¿Qué tal tu estreno? ¿Qué te ha parecido aquello? ¿Te ha gustado? ¿Son tan guapas al natural como parecen en la tele?

—Muy bien, mamá, muy bien. Muy nerviosa al principio, pero al final ha ido como la seda. Me han felicitado por lo bien que lo he hecho. Han sido muy amables.

—¿Has bailado?

—Mañana.

—Si tienes que cantar, mejor no cantes muy fuerte, diles que tienes tos, diles que estás resfriada.

—No creo que me hagan cantar, se cancelaría el programa.

—¿Y eso que estás durmiendo en casa de Lydia Bosch?

—Ha sido muy amable, la verdad, me ha invitado a quedarme en su apartamento, se ha ofrecido sin decirle yo nada.

—¿Y qué tal?

—Mamáaaa.

—Cuenta, mujer.

—El piso está muy bien, el barrio es muy tranquilo, cerca de la tele. Imagino que buscaré algo por aquí si no es muy caro. Sí, creo me quedaré por aquí, lo tengo prácticamente decidido.

—Olvídate del dinero. Si encuentras un piso en el mismo edificio que ella, mejor, mejor que en otro barrio donde no conozcas a nadie. Así estás acompañada. Dile que venga a Alicante cuando quiera, dile que está invitada, dile que le haremos pantap con ñame, seguro que no lo ha comido nunca y le va a encantar, dile que cuando quiera venir, aquí tiene su casa.

—Yo se lo digo, mami, no te preocupes. Mamá, una cosa.

—Dime, hija.

—¿Cómo has conseguido el teléfono de su casa? ¿Quién te lo ha dado?

—He llamado a Televisión Española.

—Está bien eso.

—Tu hermano ha conseguido el teléfono y he llamado. Viene en la guía, creo. Me han pasado con un montón de gente, no sé con cuántas personas he hablado hasta que una mujer me ha sabido decir que te habías ido con Lydia a pasar la noche con ella.

—Cómo te pasas —dijo Nuria—. ¿Por qué eres tan exagerada, mami?

—Tan exagerada, tan exagerada —contestó doña Flora—. Cómo se nota que no eres madre, cuando seas madre, ya me dirás si soy o no soy exagerada. ¿Cuántos nietos me vas a dar?

—Mamáaaaa —se quejó Nuria.

—¿Cuántos?

—Mamáaa, vale.

—¿Cuántos?

—Cuatro, mamá, cuatro. Uno blanco, uno negro, uno chino y otro pelirrojo.

—¡Esa es mi hija! —exclamó ufana doña Flora—. A ver si te pones a ello, que se te va a pasar el arroz. Saludad a vuestra hermana.

—¡¡Hermana!!

—Mañana mismo me pongo —anunció Nuria—. Te tengo que colgar, estamos ocupando la línea.

—¿Ya? —se quejó doña Flora—. Si apenas hemos hablado un par de minutos. ¿Ya no quieres saber nada de tu madre?

—Mamá, no llevo ni un día fuera de casa. No llevamos separadas ni veinticuatro horas. No seas exagerada.

—No me vuelvas a decir que soy exagerada.

—Un poquito exagerada sí que eres.

—¿Tan rápido te vas a olvidar de tu madre? Pensé que por lo menos tardarías unos meses.

—Mamá, no digas tonterías.

—No digo tonterías.

—Además, si estoy aquí es por ti, tú organizaste esta movida.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? —se defendió doña Flora—. Una cosa es que yo quiera lo mejor para mi hija y otra muy distinta es que mi hija se olvide de nosotros a las primeras de cambio.

—Mamá, por favor, no hace ni un día que salí de casa. Y no me has contestado, ¿quién te ha

dado el teléfono de Lydia? No creas que se me había olvidado.

—No te lo voy a decir —contestó doña Flora—. No quiero que la riñas por mi culpa.

—No voy a reñir a nadie, mamá. Pero necesito saber qué has dicho y a quién para que te dieran el teléfono. Debo prepararme para lo que vendrá mañana, quiero hacerme una idea. Conociéndote, mañana tendré lío seguro.

—Qué exagerada eres.

—¿Exagerada, yo? —exclamó Nuria—. Mañana veremos si soy o no soy exagerada. ¿Vas a decírmelo?

—Secreto de madre. Pequeños privilegios de mamá gallina —dijo doña Flora orgullosamente—. Puchi, ven aquí, dale un beso a tu hermana.

—¡Un beso, hermana! —gritó Puchi al otro lado del aparato.

—Un beso, peque, un beso muy grande. Y vete pronto a la cama que hay que descansar, mañana tienes cole.

—Ahora voy —dijo Puchi—. ¿Fue bien el primer día?

—Muy bien, muy bien, muy nerviosa, pero muy bien. Ya os contaré. Ahora tengo que colgar, me están esperando para cenar, mañana o pasado os llamo, ¿vale?

—Vale —contestó Puchi—. Espera que Jorge dice que quiere ponerse, quiere hablar contigo.

—¿Jorge? —se extrañó Nuria—. ¿Jorge? —repitió, arqueando las cejas.

—Sí, Jorge —dijo Puchi—. Dice que quiere hablar contigo, te lo paso.

—¿Qué tal? —preguntó Jorge.

—Bien —contestó Nuria—. ¿Qué tal tú?

—Bien. Te paso a mamá.

—¿Eso era lo que querías decirme? —preguntó Nuria, pero era su madre ya quien tenía el teléfono.

—Un beso, hija —dijo doña Flora—. Llama más a menudo.

—Mamáaa.

—Te echo mucho de menos, hija, ¿qué quieres? Mucho, mucho.

—Yo también, mami.

—Prométeme que vas a estar bien.

—Te lo prometo.

—Prométeme que vas a ser feliz, hija.

—Te lo prometo.

—Prométeme que no vas a olvidarte nunca de tus hermanos.

—Te lo prometo.

—Prométeme que vas a cuidar siempre de tus hermanos.

—Te lo prometo.

—Prométeme que no vas a olvidarte nunca de tu madre.

—Imposible que me olvide de la mejor mami del mundo.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Gracias, hija. Muy buenas noches.

—Buenas noches, mami.

—Te querré siempre.

—Yo también, mami.

Barcelona, 4 de octubre de 1985, 21:45 h

Viernes de estreno y doce millones de personas plantadas frente al televisor conocieron a Nuria. En casa, mi padre llegaba tarde y tuvimos la suerte, el placer, mis hermanos y yo, de escuchar sus primeras palabras.

Mi gozo, como cualquier gozo sincero, fue efímero. Entró por la puerta, se calzó unas nórdicas desgastadas, se vistió el pijama sin cenar, había tomado cinco o seis cervezas en el bar de abajo, cambió puso la segunda y nos enchufó *La clave* sin preguntar, su droga pre fin de semana.

—¿Por qué cambias? —le pregunté enfadado.

—Quiero ver *La clave* —contestó sin mirarme.

—Yo quiero ver lo que estábamos viendo antes de que llegaras. Hay más gente en esta casa.

—¿Qué quieres ver? ¿El *Un, dos, tres...*?

—El *Un, dos, tres...* —contesté con el aplomo propio de un niño de nueve años.

—¿Por qué?

—¿Por que qué?

—¿Por qué debería cambiar de canal? ¿Por qué quieres ver la mierda del *Un, dos, tres...*?

Convénceme y cambio.

—Porque se ha presentado la mujer de mi vida.

—¿La mujer de tu vida?

—La futura madre de mis hijos.

—Eres muy joven para tener mujer de tu vida —afirmó categóricamente, retorciendo la goma de los calzoncillos—. Créeme, vivirás mejor sin mujer de tu vida, vivirás feliz sin seguir las reglas impuestas, no te autoimpongas problemas, huye de convencionalismos trasnochados. Explora. Vive. Lánzate a descubrir nuevas tierras, nuevos caminos, no te encasilles, huye de lo establecido, no temas decepcionar a nadie, no hagas caso de lo que se te pide, abre los ojos, la felicidad no está en una mujer de tu vida, la felicidad es descubrir que la libertad sabe a agua de coco.

—Soy alérgico al coco —contesté—. Pon el *Un, dos, tres...*, pon lo que estábamos viendo —dije sin entrar en debates—. Quiero ver a Nuria.

—¿A Nuria?

—Nuria Carreras.

—Deja de decir sandeces, siéntate, cállate o vete a la cama. Estoy cansado y no tengo ganas de escucharte.

—Cambia.

—Siéntate.

No me senté, abrí la puerta de la cocina, mi madre fregaba los platos, le pedí amablemente que me acercara el mortero que guardaba en el altillo, sin preguntar para qué lo necesitaba, me lo entregó dócilmente, volví al comedor, me coloqué frente al televisor y le arreé un morterazo a la tele, haciendo añicos la pantalla.

El *Un, dos, tres...* o el Caos. El *Un, dos, tres...* o la Barbarie. Viva el *Un, dos, tres...*

Alicante, 4 de octubre de 1985, 21:45 h

Dos botellas de cava en el frigorífico, entremeses, canapés, gamba roja de Dénia, vino tinto de La Rioja, vino blanco del Finestrat, fiesta de gala, y frente al televisor arremolinada la familia, vecinos, amigas, conocidos, conocidas, Tránsito y sus hijos, fiesta mayor en casa de doña Flora.

Un estruendo ensordecedor recorrería la ciudad cuando Nuria apareció en pantalla. Mi hija, mi hija, ay, mi hija, mi hija, gritaba sin voz la madre con la mano en el pecho, con la vista nublada, emocionada, mi hija, mi hija, saltaba agarrada al resto de sus vecinos, ay, mi hija, mi hija, repetía atragantada, aplaudiendo como el resto de la ciudad, bienvenida, Nuria Carreras.

Mery descorchó el cava, bebieron de la botella, se habían caído y roto los vasos por los saltos de los vecinos. Al segundo de presentarse frente a Mayra, comenzó a sonar el teléfono, no dejaría de hacerlo hasta pasadas las tres y media de la madrugada.

—Aaaaaahí está, ayy, ay, ay, ahí está otra vez —era Pili desde Barcelona—. Está en la tele, está en la tele, ay, ay, ay, aaaahhhí está otra vez, ay, Dios mío, no me lo puedo creer, no me lo puedo creer. Ahí está otra vez, aayyyyy, Dios mío, que me da algo. Que me da algo.

—¿Con quién hablo? —preguntó Jorge—. ¿Haría usted el favor de identificarse?

—La Pili de Barcelona, estoy con la Lourdes. Aaahhhhhhhí está otra vez tu hermana, qué guapa es la jodida. ¿Cómo estáis? Qué fuerte, qué fuerte. No me lo puedo creer. Mira, mira, ahí está, ahí está otra vez, aaaayyyyyy, que me da algo. Tu hermana está en la teleeeee.

—Que sí, ¿algo más?

—No me lo puedo creer, ay, Dios mío, no me lo puedo creeeeeer. Ahí está, ahí está otra vez. Ayyyyyyyy, ahí está otra vez, ayyyyyyyyy.

—Hola, Jooorgeeeee, soy la Lourdes —era Lourdes desde Barcelona—. Hoooolaaaaa, soy la Lourdes. Mírala, ahí está otra vez, Pili. Holaaa, Jooorge, soy la Lourdes. *Tot bé?* Estamos viendo a la Nuri. Qué emoción, qué emoción, no nos lo podemos creer.

—Hola, Lourdes.

—Ayyyyyyyyy, no me lo puedo creer, ahí está otra vez. Ahí, ahí, ahí está otra vez —era la Pili desde Barcelona—. No me lo puedo creer. ¿Cómo es que no habíais dicho nada? ¿Cómo es que no habéis dicho nada? Mírala, ahí está otra vez.

—Holaaa, Jooorgee, soy yo, la Lourdes. Estamos viendo a la Nuri. Mírala, ahí, ahí, sale otra vez.

El mundo había enloquecido, la gente definitivamente había perdido la chaveta.

Madrid, 4 de octubre de 1985, 21:45 h

Telefónica no le había conectado la línea, no podía llamar a casa. Una pareja de bailarines que

trabajaban con ella en la tele vivía cerca de su nuevo apartamento, habían montado una velada tranquila para ver el primer programa. Le avergonzaba tanto verse en pantalla que decidió cenar sola.

Se prepararía una tortilla de espárragos trigueros y un poquito de jamón dulce, se distraería con alguna película, seguramente *Con la muerte en los talones*, y se acostaría pronto. El sábado había ensayo por la tarde, se levantaría pronto y aprovecharía la mañana, o eso creía.

El programa se grababa con semanas de antelación, diez días tuvo para encontrar piso, un pequeño apartamento cerca de las chicas, subir al metro por primera vez, conocer Madrid, tomar un café con leche en la Plaza Mayor, un bocadillo de calamares en Arte, visitar El Prado, perderse en *El jardín de las delicias*.

Amaneció el día siguiente al estreno, sábado 5 de octubre, y con él llegó la ola, una gigantesca ola capaz de engullir ciudades, arrasar puertos y caminos, un tsunami capaz de tragarse la tierra. Se levantó pronto, era sábado y se notaba en el tráfico, había decidido bajar a una cabina y llamar a casa, después deambularía distraídamente por Madrid, desayunaría tranquilamente en una cafetería, iría de compras, disfrutaría de unas horas de libertad previas al ensayo.

Se embutió en unos vaqueros negros ajustados y bajó por las escaleras, vivía en un quinto piso y el ascensor no funcionaba, abrió el portal verde, puso el pie en la calle, iniciaba con normalidad el día, pero a los dos pasos de pisar el asfalto sintió una marabunta de caras, manos, miradas que comenzaba a seguirla.

De repente, cientos de personas necesitaban su autógrafo, sus labios, sus manos, dos besos, abrazos, matrimonio, le regalaban camisetas, sombreros, zapatos, pulseras, pantalones, la invitaban a comer, a cenar, al cine, la invitaban a comer al cine, a las Maldivas. A los tres minutos, y rodeada por miles de extraños, sintió pánico, una corriente salvaje la arrastraba, por lo que decidió dar media vuelta y refugiarse en su pequeño apartamento. La gente había enloquecido, el mundo había perdido la chaveta.

No se atrevió a coger el metro y llegó en taxi a los estudios. Anabel, la maquilladora jefa, esperaba con su cigarrillo en la boca.

—¿Has notado algo raro esta mañana? —le preguntó con un bote negro en la mano.

—Muy raro, ¿cómo lo sabes? —contestó Nuria, sentándose en su silla color chicle.

—¿Qué has notado?

—Era como la película esa, la de los alienígenas, no recuerdo su nombre, sustituyen a las personas, las replican como gusanos de seda y los ya convertidos señalan a los que no se han convertido todavía, ¿sabes cuál te digo?

—¿En blanco y negro?

—En color.

—Creo que sé cuál dices, pero la de color es una versión posterior del todo prescindible, la buena es la antigua. De todas maneras, me refería a la piel, ayer utilicé una base nueva y quería saber si habías notado algo raro en la cara.

—Ah, vale.

—¿Has sentido quemazón, picor, algún tipo de reacción alérgica?

—Nada de nada —contestó Nuria—. La verdad es que había olvidado por completo que el maquillaje podía destrozarme la piel.

—Mejor —dijo ella, embadurnándola sin contemplaciones—, no pienses en nada, así no te haces mala sangre —añadió a la vez que entraban Lydia, Naomi y Emma en el camerino—. Chicas, tomad asiento, aprendeos el guion quien se lo tenga que aprender, quien ya se lo sepa que mire una revista o haga lo que le venga en gana, pero sin montar mucho alboroto, me duele la cabeza y tengo mucho trabajo con Nuria. En cuanto acabe con ella estoy con vosotras.

—¿Qué tal, Nuria? —preguntó Naomi—. ¿Cómo fue tu primer día lleno de fama?

—Bien —contestó Nuria, que prefería no tocar el tema—. ¿Tenéis el guion? —preguntó, cambiando de tema.

—No sé dónde lo he metido —dijo Lydia—. ¿De qué va el programa?

—¿No tienes el guion? —contestó Naomi—. Seguro que tú ya lo has perdido. Qué desastre, *darling*.

—La verdad es que sí, no tengo ni idea de dónde lo he metido —ratificó Lydia, rebuscando en su bolso—. La verdad es que soy un desastre, qué memoria tengo. El caso es que lo leí ayer por la noche y no me acuerdo de nada.

—Va del periodismo —contestó Naomi.

—¿Sabéis si viene Olga Viza? —preguntó Nuria.

—¿Quién es Olga Viza?

—Una periodista deportiva —contestó Nuria.

—Los que vendrán seguro son los del *ABC* —contestó Anabel—. Estos no se pierden una.

—Me encantaría conocerla —continuó Nuria—. Daría lo que fuera por conocerla y me contara qué se siente cubriendo unas olimpiadas.

—Vendrán estudiantes de periodismo, digo yo —dijo Lydia—. Nuria, ¿te han dado el guion? ¿Lo tienes a mano?

—A Nuria no me la distraigáis —cortó Anabel de un plumazo—. No quiero que se mueva. No me la mareéis que es zona de guerra.

—¡Ay, los sábados! —exclamó Emma.

—Ni los sábados, ni los lunes, ni los martes, ni los jueves —contestó Anabel, dándole una calada enorme a su enorme cigarrillo.

—Ni los miércoles, ni los viernes —soltó Lydia—. Contigo no hay día.

—Dejadme un poquito —dijo Anabel, acercándose a Nuria. La cogió por los hombros y le susurró al oído—. No te lo había dicho, no había encontrado el momento, y como parece que no lo voy a encontrar, te lo digo ahora: hablé con tu madre el otro día. —Nuria intentó girarse, pero Anabel la tenía bien sujeta—. No sé cómo, pero acabaron pasándome de recepción la llamada de tu madre. Como la vi tan nerviosa, le dije que estabas con Lydia. Le di el teléfono para que te llamara y se tranquilizara. No se lo digas a Lydia, no se lo digas a nadie, no creo que pase nada, pero no es lo habitual, prefiero que no lo sepa nadie. Podrían despedirme.

—Por supuesto —dijo Nuria, sin apenas mover los labios—, no se lo diré a nadie. Descuida. Y muchas gracias. Y lo siento, claro.

—No te preocupes, querida, la vi tan nerviosa, no entendí muy bien qué le pasaba, pero parecía obvio que necesitaba hablar contigo. ¿Están bien en casa?

—Todo en orden, gracias —contestó Nuria—. Mi madre a veces se pone demasiado nerviosa. Es un poco dramática. A veces pienso que ella es la que debería estar aquí y yo cuidando de mis

hermanos.

—Cuidala mucho —dijo Anabel solemnemente—. A las madres hay que cuidarlas, hay que cuidarlas mucho, son lo mejor de este mundo. Sin ellas nuestra civilización colapsaría. Sin ellas y con suerte seríamos primates buscando conchas en el lecho de un río fangoso, con suerte seríamos monos aprendiendo a despiojarse, sin ellas andaríamos a cuatro patas, tallaríamos sílex, no seríamos capaces de poner al fuego un triste puchero, comeríamos pescado crudo. Cuida a tu madre, llámala siempre que te apetezca, que nadie te diga que exageras, que nadie te diga que tienes una relación enfermiza y tóxica con ella, llámala, cuidala, bésala, madre no hay más que una y solo la echarás de menos cuando sea demasiado tarde. Cuida a tu madre y cuida a tu familia, cuidalos bien, tenlos siempre presente, que este circo demencial les afecte lo menos posible. Ten en cuenta que tu fama les afectará, no tengas dudas, serán daños colaterales. Cuando aparezcan los primeros síntomas de esta odiosa gripe, deben estar preparados, debes estar con ellos, debes ayudarles a superar este desmadre. Y no hagas caso a las grandes mentes, a los hombres brillantes que distorsionan a su antojo la realidad, cuidar a la familia no es matar al vecino por un puñado de dólares, qué va. Cuidar a la familia es besar a tu hermana cuando lo necesite, quedarte con tu hermano si cae enfermo, preparar sopa, ir al ambulatorio a por recetas, no es montar una banda de sicarios para controlar unas calles. Que no te pille desprevenida o sufrirán las consecuencias. Sufriréis como perros abandonados las consecuencias si no estáis listos. Estate alerta y cuida de ellos.

A las diez de la mañana nos ha llamado Pili de Barcelona, está con Lourdes, estimado Risto, quieren hablar con Nuria. Les he dicho que no se encuentra bien, la sesión de quimio le está sentando rematadamente mal, está agotada, mareada, con náuseas, no tolera la luz, necesita oscuridad absoluta, sufre migrañas, tiene los pies hinchados y las uñas le duelen a rabiarse, no se siente con ánimo de hablar con nadie.

Pili sigue enfadada por haberle ocultado la enfermedad, Nuria prefería mantener la calma, no quería asustar a nadie. Y su amiga está que trina.

—Vamos a bajar a veros el próximo fin de semana —me dice Pili—. Queremos verla, queremos estar con ella, no queremos que paséis esto los dos solos.

—Pili, no estamos solos —le contesto—, te lo agradezco muchísimo, pero no creo que sea buena idea. Nuria quiere hacer vida normal, necesita hacer vida normal, nada de viajes no programados.

—¿Viajes no programados? Cualquiera diría que no hemos bajado nunca a su casa. Antes de que tú nacieras ya nos conocíamos.

—Tranquila —intercede Lourdes por el manos libres—. Ya nos llamará ella cuando le apetezca, cuando se encuentre mejor y esté con más ánimos. Si no se encuentra bien que no llame, que no se mueva. Ya nos llamará cuando esté mejor, que no se preocupe, lo importante es que se recupere, que haga lo que le apetezca hacer y que esté tranquila.

—Eso está claro —dice Pili—. Pero ¿tan mal le está sentando?

—Mucho.

—Al final lo que hace la quimio es acabar con lo que crece —dice Lourdes—. Tanto lo bueno como lo malo, y eso tiene muchas y no muy buenas derivaciones. Le dolerá el cuerpo entero, se sentirá agarrotada, le molestará la cabeza, se le secarán los ojos, estará agotada, necesita descanso. Descanso y cero disgustos.

—Qué asco —dice Pili—. Qué mierda. Pero, bueno, hay que ser positivas, hay que pensar que se está curando, que si está así es porque la medicación está haciendo efecto. Hay que pensar que pronto estará con ánimos y volveremos a estar juntas.

—¿Está haciendo efecto la medicación? —me pregunta Lourdes.

—Pues de momento no lo sabemos, la verdad —contesto—. Le harán pruebas en cinco semanas. Estoy convencido de que sí, estoy seguro de que los resultados saldrán bien, no tengo ninguna duda, pero no os lo puedo asegurar.

—Le están dando lo mejor que hay —dice Lourdes—. Pero la forma de sanar no puede ser más rudimentaria, estamos en la Edad Media todavía, es lo mejor que hay, lo más puntero, pero es tan básico.

—¿Tan básico? —exclama Pili—. Pero no dices que es lo más puntero. No entiendo nada. ¿Es rudimentario o es un puntero?

—Es lo mejor que hay, claro, pero no dejan de ser medicamentos rudimentarios —contesta Lourdes—. Más que el tratamiento, la concepción del tratamiento en sí, no es una medicación

selectiva, específica, es arcaica, superable, la forma de actuar. En no muchos años, dependiendo del dinero que invirtamos en investigación, claro, los tratamientos actuales serán vistos como auténticas salvajadas.

—¿Tú crees? —pregunto.

—Totalmente. En unos años, los tratamientos serán más efectivos, más selectivos, mucho menos nocivos. Estamos en la Edad Media de la lucha contra el cáncer, hace falta dinero para investigar, que no se robe tanto y se destine el dinero a lo que importa. Con el tiempo, los efectos secundarios se reducirán, desaparecerán, igual que la enfermedad, el cáncer será como el colesterol y no queda tanto para eso.

—No sé si nosotras lo veremos —dice Pili.

—Depende de nosotras —contesta Lourdes.

—Ya estamos con el temita.

—Es así, depende de nosotras, de si nos dejamos o no nos dejamos robar, así de cruel, así de sencillo.

—Bueno, a lo que íbamos —dice Pili—, que no tengo a mano el pasamontañas. ¿Cuándo vamos a ver a nuestra amiga? Tenemos ganas de darle un abrazo, hace mucho que no la vemos y queremos achucharla, tenemos mono de ella. ¿Cuándo bajamos a verla?

—Cuando se despierte, le diré que habéis llamado.

—Bien —dice Pili—. Que no se te olvide. Pero no me has contestado.

—No sé qué decirte, si queréis bajar esta es vuestra casa. No hace falta que nadie os invite. Solo digo que ella quiere hacer vida normal, no salirnos de lo que es el día a día. No exagerar.

—¿Me estás diciendo que soy una exagerada?

—¡Pili! —interviene Lourdes.

—¿Qué? —exclama Pili—. ¿Puedes dejar de reñirme?

—Dale un beso muy fuerte. Que haga mucha bondad, mucho reposo y mejorará seguro. Que se centre en curarse, que no piense en otras cosas, la cabeza hace muchísimo en estos casos, la cabeza es el órgano más poderoso, que se centre en recuperarse y cero disgustos. Es fuerte y lo logrará, no tengo ninguna duda. Dale un beso muy fuerte.

—Yo se lo doy de vuestra parte.

—Un beso y cuídala como se merece —dice Pili—. Cuida a mi amiga como se merece, ¿me oyes? Sé que es difícil porque se merece muchísimo, hace cuarenta años que nos conocemos y sé de lo que hablo, tú casi no habías nacido, eras un mocoso y nosotras ya éramos amigas, procura estar a la altura, ¿me oyes? Cuídala como se merece.

—Lo intentaré.

—No lo intentes, hazlo. O bajaré a pedirte explicaciones.

—Claro que estoy contenta de oírte, Pili, ¿cómo no iba a estarlo? Tienes unas cosas a veces. Mucho. Claro que os echo de menos, no te preocupes, ahora que tengo teléfono hablamos cada semana. ¿Cada tres días? Pues cada tres días, las veces que sean necesarias, pero no te enfades conmigo, ¿vale? Ya lo sé que no te enfadas, ya sé que es tu manera de decir las cosas, ya lo sé, Pili. Yo también te quiero mucho, un beso muy fuerte y otro para Lourdes, hablamos prontito. Y cuando queráis veniros a Madrid, ya sabéis, aquí tenéis sitio, aquí tenéis vuestra casa. Cuando queráis. Como siempre, claro. Yo también estoy muy contenta de oírte. Un beso muy fuerte. Qué sí, que te llamo, un beso muy fuerte, cuidaos mucho. Un beso a tu mami. Yo se lo digo. Un beso, Pili. Un beso a Lourdes.

—¿Cómo está Pili? —preguntó Mery, probándose un vestido negro de fiesta frente al desgastado espejo del nuevo apartamento de su amiga. Estaba en Madrid pasando unos días con Nuria, hacía dos meses que no se veían, la montaña se acercó a Mahoma—. ¿Cómo está Lourdes?

—Están muy bien las dos, muy contentas —contestó Nuria, acercándose al espejo—. Pili, enfadada por no haberla llamado antes, pero no he podido, llevo unas semanas locas, ya lo sabes, y hasta el otro día no me conectaron el teléfono, me ha sido imposible llamarla. No he parado.

—Parecía enfadada, sí —dijo Mery, pintándose la línea de los ojos. En la mesita de noche el reloj despertador marcaba las nueve y cuarto, era viernes y el *Un, dos, tres...* salía en quince minutos por antena—. ¿Crees que se han besado alguna vez?

—¿Pili y Lourdes? —contestó Nuria, acercándose a su amiga—. ¿Te interesa saberlo? —preguntó, retirándole el pelo de la nuca—. ¿Qué quieres saber?

—Siento curiosidad, la verdad —dijo Mery.

—¿Sabes qué me preguntó mi hermano hace unos días?

—¿Qué hermano?

—Jorge —dijo, cogiéndola por la cintura.

—¿Tu hermano Jorge? —dijo Mery—. Cualquier cosa. Viniendo de él, nada me sorprendería. Me gustaría saber de dónde lo habéis sacado.

—Creo que es adoptado, estoy convencida de que lo dejaron en la puerta de casa una pareja de extraterrestres —le susurró en la oreja—. Me preguntó si estábamos enrolladas —dijo Nuria, besándole el cuello—. ¿Te gusta?

—No está mal —contestó Mery—. Prueba aquí un poquito —dijo, tocándose el lóbulo de la oreja.

—¿Qué tal?

—Bastante bien —dijo Mery, dándose la vuelta.

—¿Y esto? —preguntó, acariciándole el pecho—. ¿Qué me dices?

—Mmmmm, no está nada mal —contestó Mery, acercándose a ella despacito, besándose suavemente—. ¿Y esto?

—Bueeeno —contestó Nuria no muy convencida—. ¿Tú?

—Nada de nada —suspiró Mery—. Qué mierda. Dile a tu hermano que no se preocupe, para

nuestra desgracia somos heterosexuales. Aclárale que me gustan demasiado las colitas. Qué mierda.

—*C'est la vie* —dijo Nuria, abriendo el armario.

—La vida sería más sencilla, ¿no? —dijo, volviéndose a mirar en el espejo, no le convencía el vestido—. No sufriríamos tanto, seríamos más felices; si nos entiéramos mejor entre nosotras, la vida sería mucho más llevadera, ¿qué dices?

—Que no te queda mal.

—No me gusta nada cómo me queda —dijo, tirando el vestido a la cama.

—¿Prefieres quedarte en casa?

—De eso nada, he venido a Madrid y voy a quemar Madrid, el lunes ya penaré las consecuencias. Además, el viernes es el mejor día para salir, ¿no?

—El único, la mitad de la ciudad está viendo el programa —dijo Nuria, abriendo un zapatero—. La otra mitad no me conoce.

—¿Y cuánto llevan juntas?

—¿Pili y Lourdes? —preguntó, cogiendo unos zapatos blancos de tacón de aguja—. Pues no creo que estén juntas, no sé si están juntas, la verdad. Desde luego yo las he visto siempre juntas, pero no creo que sean pareja, aunque hacen buena pareja. Ni idea.

—Qué bonito es este vestido, tía —dijo Mery, descolgando un vestido rojo—. ¿Me lo dejas?

—Claro —contestó Nuria, subiéndose las medias—. No sé yo si pasaremos frío.

—Ya encontraremos a algún pipiolo que nos caliente.

—Esto es Madrid, aquí hace mucho frío.

—Pues un par de chulos, o mejor, un par para cada una. Marchando cuatro chulazos —dijo, probándose el nuevo vestido—. ¿Sabes a quién me encontré el otro día por la calle perseguido por siete crías?

—A Fermín —contestó Nuria automáticamente.

—¿Qué Fermín? —se extrañó Mery—. ¿El bailarín? ¿Pero no habíamos quedado que ese chico era gay?

—¿Y?

—A tu hermano.

—¿José María?

—Al pequeño, a Puchi —contestó Mery—. Salía yo de la droguería de mis padres y me lo crucé por la calle, venía del cole y tenía detrás a seis o siete niñas persiguiéndole. Iban como sonámbulas detrás de él, menudo figura va a ser tu hermanito.

—La verdad es que es muy guapo mi peque.

—Se las llevará de calle.

—Seguro.

—¿Y tú?

—¿Y yo?

—Seguro que también te los llevas de calle.

—Yo, en mi línea —dijo Nuria.

—Alguno habrá, con el mamoneo que hay en la tele, alguno te habrá arrimado cebolleta.

—Alguna cosilla hay por ahí.

—¿Lo conozco?

—Trabaja en realización, no sale en el programa, se llama Antonio, y no, no lo conoces.

—¿Es guapo?

—Atractivo —contestó Nuria—. Pero no estamos en la misma onda.

—¿No trabajáis en la misma cadena?

—Él busca una cosa y yo busco otra —dijo, abotonándose unos pantalones de pinza.

—¿No ibas a ponerte vestido? —preguntó Mery.

—Hace mucho frío —contestó Nuria—. No quiero resfriarme.

—Hay que resfriarse más —dijo Mery, cogiéndose el pelo para que la ayudara con la cremallera del vestido rojo—. Tienes que follarse más y darle menos vueltas a la cabeza.

—Qué bestia eres.

—La vida pasa deprisa. Hay que follarse mucho con muchos. Con uno diferente cada día. No te das ni cuenta y se te ha pasado el arroz o, lo que es peor, tienes marido y tres hijos insoportables. Y al final de lo que te arrepientes es de lo que no hiciste.

—Pero soy así y no puedo remediarlo, ¿qué quieres que le haga? No puedo plantearme el sexo como una competición. Necesito sentir algo, una conexión.

—Pero si es eso justamente lo que quiere el muchacho, conectarte bien conectada —dijo Mery soltando una carcajada.

—Y no me importaría —dijo Nuria, esbozando una sonrisa—. Pero no estamos en la misma onda. Parece que estemos en momentos distintos de la historia, como separados por un arco temporal invisible, parece que caminamos el mismo camino, pero en momentos distintos en el tiempo, no sé si me entiendes.

—Pues no, no te entiendo, pero mientras seas capaz de descifrarte, qué más da —dijo Mery, pintándose los labios—. Y aparte de este, ¿no hay ninguno más? No me lo creo. Debes tener cientos de admiradores, miles de hombres dispuestos a dar la vida por ti. Y seguro que alguno habrá que sea famoso, estoy convencida de que algún famosete habrá llamado a esta puerta. Cuenta, cuenta, cuéntaselo todo a tu amiga del alma. Seguro que tienes miles de moscones llamándote día sí día también. No me puedo creer que solo exista este tal Antonio, el chico raro que quiere conectarte al colchón, follarte salvajemente catorce días seguidos amarrada a las patas de la cama, pero en una dimensión desconocida y paralela.

—No te rías de mí —dijo Nuria, soltando una carcajada—. Y no seas tan bestia. Qué bestia eres.

—Alguno habrá que quiera tomarse un té y unas pastas primero.

—Pues no creas que hay tantos —contestó Nuria—. Además, tengo un problema.

—¿Uno?

—Uno en especial.

—¿Cuál?

—Lydia.

—¿Qué Lydia? —preguntó Mery sin comprender.

—Lydia Bosch.

—¿Lydia Bosch es tu problema?

—Cuando estás con Lydia Bosch, los tíos solo miran a Lydia a Bosch, es una pasada. Su presencia eclipsa a cualquiera que esté a su lado, estás con ella y las miradas son solo para ella, de verdad es increíble, hay que vivirlo, hay que verlo. Estoy hablando con un compañero, yo qué

sé, un electricista, un bailarín, un cámara, da igual, pasa ella por ahí y el tío se queda hipnotizado mirándola. Es una pasada.

—Tu hermano tiene razón —dijo Mery—. A mí no me engañas —añadió, cogiéndola por la cintura—. Tú me estás esperando. Tú solo tienes ojos para mí.

—Me habéis descubierto —dijo Nuria, deshaciéndose del abrazo con un movimiento de cadera—. Me vuelvo al armario —añadió, buscando una blusa para su pantalón de pinza.

—¿Por qué no le dices a Lydia que se apunte? Así la conozco.

—No ligarás esta noche.

—No le digas nada, entonces. Que se quede en casita, tranquilita.

—De todas maneras, los viernes se queda en su apartamento, le gusta mirar el programa, ver dónde se equivoca.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿No quieres verte?

—Yo me muero de la vergüenza.

—No hay quien te entienda: el cuento de la famosa avergonzada —dijo Mery riéndose a mandíbula batiente.

—Esa soy yo.

—Hay que quererte. Dios te ama, seas como seas —añadió Mery, calzándose unos zapatos a juego con el vestido—. ¿Y esta semana de qué va el programa?

—Es un benéfico sobre la música. Para el Montepío de los músicos o algo por el estilo, no estoy muy segura, todavía no me han pasado el guion —dijo Nuria, peinándose frente al espejo.

—No me fastidies —exclamó Mery—. Eso no me lo pierdo, ¿te van a hacer cantar?

—Me van a hacer cantar.

—No te creo, ¿te van a hacer cantar? —repitió, saltando sobre la moqueta.

—Me van a hacer cantar —repitió Nuria.

—Dios mío, se hunde el país. El mundo se va al carajo y lo veremos en directo. No pienso perdérmelo. Insensatos.

—No cantes victoria, seguro que al final, cuando me oiga Chicho, me enchufarán un playback. No creo que al jefe le haga mucha gracia perder su programa. Para tu desgracia, acabaré moviendo los labios.

—¿Para mi desgracia? Por la integridad de los telespectadores quieres decir, ¿no?

—Yo también te quiero.

—Sabes que eres lo más importante del mundo para mí, sabes que por ti daría la vida, sabes que me casaría contigo si me lo pidieras, sabes que nada me haría más feliz que ver cómo se hunde esta civilización idiota que hemos desarrollado, este sistema estúpido que nos hemos impuesto, pero la tortura no compensa. Definitivamente, debes hacer playback.

—Venga, lo que tú digas —contestó Nuria—. Yo ya estoy, ¿nos vamos?

—¿Llevas braguitas limpias?

—Hoy sí.

—Nos vamos. Arde Madrid.



[Video](#)

Cometió el gran error, el colosal error, el error fatal y conocido que una mujer en pleno siglo XXI no puede permitirse, el gigantesco error que una mujer, sin importar condición, raza o credo, no debe cometer nunca, se descuidó un segundo, sintió un hedor fétido tras ella, bajó la guardia y sufrió las consecuencias.

Las ocho y media de la mañana, la calle extrañamente vacía, nadie en casa de su madre; Jorge, su esposa, Leidy, y un bebé, Nadia, de visita familiar en República Dominicana. Buri, la gata de Jorge, llevaba un par de días sola y le había prometido a su hermano acercarse a echar un vistazo, alimentarla, cambiarle la arena, asearla; doña Flora también andaba de viaje y, como de costumbre, Nuria se ocuparía.

Las Hogueras ardieron de madrugada y la ciudad penaba su habitual resaca. Debía estar en Madrid, no en Alicante, vivía en Mallorca, tenía base en la isla y volaba durante quince días a Alemania, Suecia, Rusia, principalmente, pasaba diez días en Madrid con su chico, por fin sus caminos se habían encontrado, y otros cinco días en su nuevo piso de Alicante.

Había conseguido billetes a Bali, seis días de ensueño, visitando la isla, sus templos, fotografiándose en Besakih, Tanah Lot, bañándose en Jimbaran, bailando en Kuta, haciendo el amor sobre la arena blanca, bajo la luna llena, seis días de felicidad absoluta hasta que en el séptimo atardecer y a los pies de la cama le plantó un anillo de diamantes, era el momento de vivir juntos en Madrid, de formar una familia, de traer hijos al mundo, de criar un perro de aguas, de regar el jardín, de ser felices.

Nuria dijo no. Quería volar.

Alumbrar hijos, crear una familia, alimentar perros, renunciar a su vida, vivir en Madrid, no entraba en sus planes. No rompieron en Bali, pero la relación había sufrido una irreconducible estocada. Las tangentes seguirían sus caminos. Él quería hijos, ella no, de nuevo atrapados en momentos distintos de la historia.

No dormiría en Madrid, no volvería a dormir en Madrid, aterrizaron en Barajas a las seis de la mañana y en pista un compañero tuvo a bien acercarla a un Aireuropa que despegaba a Alicante en unos minutos, haría de balsera, pasaría el resto de la semana en su piso nuevo.

El taxi del aeropuerto la dejó en la esquina de casa de su madre, doña Flora estaba de viaje, acariciaría a Buri y le abriría una lata gourmet que había comprado en el duty free, especial para pelos brillantes, le cambiaría la tierra y se metería en la cama, necesitaba dormir, recomponerse.

Eran las ocho y media, la calle extrañamente vacía, despidió al taxista, sacó la llave del bolso, abrió el portal y cometió el colosal error, el gigantesco y funesto error que una mujer no puede permitirse en pleno siglo XXI, no esperar al clic de la puerta, no comprobar pacientemente cómo el portón se cierra convenientemente antes de subir las escaleras.

Estaba agotada y no esperó y una pestilencia inhumana la abofeteó en el zaguán del edificio, un hedor pesado y primitivo que se colaba tras ella, una mezcla fétida de sudor, tabaco, estiércol, vinazo, ginebra y sangre, un tufó insufrible que la empujó contra los buzones.

—La culpa de lo que va a pasar aquí va a ser solo tuya, conguito —le dijo la peste, pegándose

a sus caderas, colocándole una navaja de mango verde en la garganta, en el mugriento antebrazo una mancha oscura de alcohol y en la muñeca una pulsera con un emblema, seguramente un escudo —. Ni se te ocurra abrir la boca o te rebano el pescuezo aquí mismo, ¿me entiendes, cerda?

Asintió en silencio, la puerta de contadores estaba cerrada y quedaba lejos, aunque hubiera un palo, una tabla, con la que romperle la boca al comemierda, hacerle tragar su propia lengua, quedaba lejos y no tenía llaves.

—Si te hubieras quedado en tu puto país de mierda esto no te estaría pasando, conguito —dijo, separándole las piernas con la rodilla.

Se restregó contra sus nalgas, notó que se bajaba la bragueta, un hedor insufrible a orín y roña saturaba sus fosas nasales.

—¿La notas, conguito? —preguntó, lamiéndole el cuello, restregándole la polla por los pantalones.

La peste a meado, a sucio, a pocilga llenaba el edificio, ¿cómo no notarla? ¿Cómo abstraerse? Por lo demás no notaba nada, el simio debía esconder un cacahuete entre las piernas.

—Vas a gozar como nunca te han hecho gozar en tu puta vida, zorra —escupió, arrimándose a su oreja. La boca le olía peor que la polla.

La bisagra de una de las puertecillas bailaba, podía acercarse al buzón, arrancar la puerta de cuajo, romperle la cara con ella, hacerle tragar la madera, patearle los huevos, pero necesitaba acercarse.

—Te voy a follar el culo como nunca te lo han follado, conguito —rebuznó, tirándole con fuerza del pantalón hacia abajo, no tardaría en arrancarle las bragas—. ¿No te vas a resistir?

Nuria negó con la cabeza, estaba concentrada en la puertecilla del buzón, debía acercarse sin que lo notara.

—Estás disfrutando, ¿verdad? —dijo, deslizando la navaja por la garganta—. Se nota.

No alcanzaba la puertecilla del buzón, no la alcanzaría, estaba demasiado lejos, y los pantalones estaban a punto de ceder.

—La puta madre —escupió el engendro, saliendo a toda prisa del edificio.

Las piernas le temblaban, la cabeza le daba vueltas, la sangre latía en su estómago, pálida, se sujetó a la pared, no doblaría la rodilla, no le llegaba el aire a los pulmones, el zaguán daba vueltas frente a sus ojos.

—¿A qué huele aquí? —preguntó Tránsito, apareciéndose providencialmente en el ascensor—. ¿Qué te pasa, bonita? ¿Nuria? ¿Estás bien, Nuria? Parece que hayas visto un fantasma. ¿Estás bien? —preguntó, acercándose, tomándola entre sus brazos—. ¿Qué te ocurre, mi amor?

—Han intentado violarme —susurró Nuria sin aliento.

—¿Cómo! —gritó Tránsito—. ¿Qué dices? ¿Te han hecho algo? ¿Estás bien? ¿Dónde está ese mamarracho? ¿Se ha ido? ¿Ha escapado?

—En cuanto ha oído el ascensor —contestó Nuria—. Gracias.

—¿Para dónde ha ido?

—No sé —susurró, sujetándose a la pared.

—Hay que llamar a la Policía.

—¿A la Policía?

—A la Policía —repitió Tránsito—. Hay que llamar a la Policía.

—No le he visto la cara y me dirán que si no puedo reconocerlo, no se puede hacer nada, que

si no sé quién es no podrán hacerse cargo, no podrán detenerlo. Me dirán que no hay nada que hacer.

—Hay que llamar a la Policía —repitió Tránsito.

—Llama si quieres, pero no servirá de nada, no le he visto la cara. Me dirán que no pueden hacer nada, que si no estoy segura, no moverán un dedo.

—Hay que llamar a la Policía, cariño.

—No me he resistido. No he hecho nada para detenerle. No le he arañado la cara. No me ha cortado el cuello. No me ha abierto en canal. No me ha dejado como un pajarito. No me ha aplastado la cabeza contra los buzones. Tendré suerte si no me acusan de inventármelo. Tendré suerte si no me acusan de falso testimonio.

—Hay que llamar a la Policía, Nuria, hay que llamarles.

—Llama, si quieres, pero tenía pinta de policía.

Anabel y su cigarrillo le embadurnaban las mejillas de potingue para la tele. Mery se había vuelto a Alicante a primera hora del lunes. La cena del viernes había sido un vía crucis de catorce minutos; sin finiquitar el primer plato, se vieron obligadas a volver al apartamento antes del segundo, una nube de fans agolpados en su mesa hizo que el dueño del restaurante, después de pedirle una foto firmada, les rogara amablemente que se marcharan, el local no tenía reservados y estaban sobrepasados, están molestando al resto de clientes, les dijeron antes de tirarles por encima el postre de una mesa que también se marchaba.

Tomaron un taxi, volvieron al apartamento y se enchufaron *Siete novias para siete hermanos* y *Vacaciones en Roma*, antes de dormir; como resultaba imposible pisar la calle, pasarían encerradas el resto del fin de semana.

El lunes a primera hora se despidieron en Atocha, no tardarían en verse, el adiós no fue tan duro, además, el programa que venía, un especial benéfico sobre la música, le hacía a Nuria una ilusión enorme.

—Qué sonrisa más bonita tienes —le susurró Anabel, perfilándole las cejas.

Vestuario sencillo, camiseta y braga fresa chicle, calentadores y zapatillas negras. Estaba divina. Empezaron a llegar los invitados al camerino y Nuria no dejaba de sonreír, irradiaba felicidad, ardía en deseos de conocer a una persona muy especial, sus canciones sonaban en casa habitualmente, doña Flora era devota y se moría por hablar con ella, aunque fuera un minuto, hacerse una foto, compartir camerino era un regalo.

No ha leído una página del manuscrito, no sé si alguien lo leerá algún día, pero sé que jamás permitiría desvelar el nombre de la persona en cuestión, así que Nuria sentía especial cariño por XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX, conocía su música, sus canciones sonaban continuamente en casa, no cabía en sí de gozo ante la posibilidad de compartir camerino.

Fue una semana espléndida, un ambiente extraordinario reinaría en los estudios durante la grabación del programa, se cumplieron los horarios, no hubo contratiempos, ni accidentes laborales, ni intoxicaciones etílicas, los escenógrafos volvieron a casa sanos y salvos, Chicho sonreía relajado en las alturas, una nube mágica sobrevolaba el plató, cargaba el ambiente, Nuria y XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX hicieron buenas migas, solo Bertín Osborne tenía mala cara, se quejaría en un par de ocasiones y amargamente a los productores que paraban a escucharle, porque no podía ver de cerca las pantorrillas de las azafatas, que estaban muy lejos, que se las acercaran un poquito; nadie le hizo ni puñetero caso.

El viernes por la tarde grabarían con público las últimas tomas del programa, alguien tomó una gran foto de familia, las luces se diluían, el personal recogía, Bertín procuraba anudarse los cordones de sus mocasines, mientras Nuria abandonaba el set del brazo de Naomi, volvían a camerinos, se desmaquillaban, se vestirían y saldrían a cenar con el equipo, hoy invita la empresa. Hoy paga el jefe.

—Chicas —rugió Anabel, viéndolas entrar pausadamente en sus dominios—, rapidito, que

tenemos prisa. Que tengo muchas cosas que hacer.

—Se acabó lo más bueno —dijo Naomi, sentándose en su silla—. Qué pena más triste, cuando lo bueno se acaba.

—La verdad es que sí —confirmó Emma, quitándose las zapatillas—. De los mejores programas que hemos hecho nunca, qué pena que se acabe.

—Verdad que sí —dijo Naomi—. Esta semana fue genial, nos lo pasamos súper.

—Qué suerte, me alegro mucho por vosotras —intervino Anabel, descargando su cigarrillo en el cenicero—. Me alegro de verdad, chicas, pero tenemos prisa. Nuria, acércate para que te desmaquille, daos vidilla que no tenemos la tarde entera.

—No te quejes tanto —dijo Lydia, que entraba con XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX del brazo—. No es bueno para el cuerpo quejarse tanto, te vas a arrugar como una pasa. Si no eres más positiva te irás pronto.

—Y sola —añadió Naomi.

—Tomo nota —contestó Anabel—. Siéntate y empieza a desmaquillarte.

—A sus órdenes, mi general —dijo Lydia, llevándose la mano a la frente.

—Chicas, me gustaría decir unas palabras —inició XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX—. Me gustaría decir que ha sido un placer enorme, un auténtico placer trabajar con vosotras durante esta semana. Ha sido una experiencia única conoceros y disfrutar de vuestra compañía durante estos días. Me gustaría felicitaros porque sois unas chicas estupendas, además de unas profesionales enormes. Nos habéis hecho la vida muy sencilla, muchas gracias por vuestra colaboración, os lo agradezco enormemente. —Rompieron a aplaudir en el camerino.

—Muchas gracias —se adelantó Naomi—. También para nosotras fue un placer verdadero conocer a una persona como usted, un honor enorme.

—Nuria, a ti en especial me gustaría decirte, tengo que decirte —continuó XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX—, es de ley felicitarte por lo bien que lees. Fabuloso. Me has sorprendido gratamente. Extraordinario.

—Gracias —dijo Nuria, no muy segura de cómo tomárselo.

—La verdad es que me ha sorprendido mucho y gratamente escucharte —continuó XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX—. Cómo lees y cómo hablas, lo bien que hablas, lo bien que te expresas, es una maravilla dadas las circunstancias.

—Muchas gracias —repitió Nuria—. La verdad es que cada vez me pongo menos nerviosa delante de las cámaras, cada vez lo llevo mejor, imagino que la práctica ayuda. Muchas gracias, se lo agradezco de corazón.

—Es sorprendente cómo has sido capaz de superar tus hándicaps —prosiguió XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX.

—¿Mis hándicaps? —repitió Nuria frunciendo el ceño.

—A ver —dijo Anabel, sacando del armario una caja de toallitas.

—Sí —continuó XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX—, eres la primera chica negra que oigo que habla bien. Es una maravilla oírte hablar. En el mundo son conocidas las limitaciones, los hándicaps, que tenéis los negros al hablar, es sabido que tenéis un defecto peculiar y seguramente congénito en la lengua que os impide hablar correctamente, está demostrado. Os falta un trocito de lengua y no habláis bien. Es extraordinario oírte pronunciar correctamente. Felicidades.

—¿Un trocito de lengua? —exclamó Anabel, que no daba crédito.

—Un trocito de lengua —repitió XXXXXXXXXXXXX—. A los negros les falta un trocito de lengua al nacer y por eso no hablan bien. Está científicamente demostrado.

—¿Científicamente demostrado? —estalló Anabel—. Pero qué carajo estás diciendo.

Nuria, ni sabía qué decir ni conseguía cerrar la boca. Se derrumbaba el mito frente a sus narices.

—¿Pero te das cuenta de la salvajada que estás diciendo? —soltó Anabel, apagando con violencia el cigarrillo en el cenicero—. ¿Eres consciente de la burrada que dices? ¿Te das cuenta? No me puedo creer lo que estoy escuchando, te tenía por una persona culta, cultivada, sensata. Me dejas muerta.

—¿Me vais a decir que no lo sabías? —continuó XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX—. Es conocidísimo. No me lo estoy inventado. He viajado por el mundo entero y es algo que se sabe, es algo sabido, es *vox populi*, y quiero felicitar ese espíritu de superación, Nuria, mi más sincera enhorabuena.

—¿Qué haces? ¿Por qué la felicitas? ¿Por qué? ¿Cómo la vas a felicitar? —gritaba Anabel fuera de sí—. ¿La estás felicitando por tener la lengua entera? ¿Por no tener una tara de nacimiento? ¿Por ser normal? ¿Por ser como tú? ¿Pero de verdad no eres capaz de discernir un poquito? ¿No eres capaz de darte cuenta de la estupidez? No me lo puedo creer, ¿de verdad no te das cuenta? Estás diciendo que los negros tienen una tara en la lengua y por eso hablan como hablan.

El silencio se hizo en el camerino.

—¿No es algo conocido? —preguntó aterrizando.

—No, no es algo conocido —contestó Anabel—. ¿Cómo va a ser algo conocido?

—¿De verdad? —preguntó, cogiéndole la mano—. Querida Nuria...

—No pasa nada —se adelantó Nuria—. No pasa nada, está bien. No te preocupes.

—Madre mía, siéntate aquí —intervino Anabel, agarrando a XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX por el cuello—. Siéntate, relájate, y vamos a quitarte lo que sea que lleves en la cara, vamos a comprobar que no haya caducado o que sea tóxico. Siéntate y respira hondo, a ver si conseguimos que vuelva a regarte el cerebro.

—No era mi intención faltar a nadie al respeto, lo sabéis, ¿verdad?

—No te preocupes —repitió Nuria.

—Ya está —zanjó Anabel, encendiendo un cigarrillo y embutiéndoselo en la boca—. Fuma un rato, por hoy has hablado suficiente.

Abandonaría descompuesta el camerino, en recepción se cruzaría con Mayra Gómez Kemp, le preguntó por la cena, si iría, pagaba el jefe, contestó que sí por supuesto, mintió, no le apetecía, necesitaba estar sola, tomaría un taxi, soltaría la mochila en su apartamento, cenaría algo fácil y rápido, se pondría una película, *La soga*, seguramente, se acurrucaría bajo las sábanas y dormiría el fin de semana entero.

En el parking, Antonio, montado en su coche, no había esperado a nadie.

—¿Vas a casa? —le preguntó, bajando la ventanilla.

—Voy a casa —contestó Nuria decidida, abriendo la puerta del copiloto.

Salían de los estudios en silencio, a Nuria le hervía la sangre, Antonio observaba cauteloso. En el momento de cruzar la valla, Emma golpeó el maletero del que fuera auto de Laura Valenzuela, también iba a casa, también montó al coche.

Silencio sepulcral, las chicas no dirían ni mu durante el trayecto, parecía evidente que algo raro ocurría, algo gordo había pasado en el camerino; decidió conducir en silencio, en boca cerrada no entran moscas, calladito estás más guapo y mirando al frente.

Las chicas vivían en el mismo barrio, a escasos metros una de la otra, le resultaba mejor dejar a Nuria primero y después a Emma, sin embargo, daría un rodeo, dejaría primero a la segunda y se quedaría con la primera. Nuria descubrió la treta, miró de reojo al piloto, pero no abrió la boca.

Dejaron a Emma, se despidieron de ella con un ligero movimiento de cabeza, siempre en silencio esperaron a que entrara en el portal del edificio y cerrara la puerta.

—Bien —dijo Antonio, arrancando el motor hacia su apartamento—, señorita Carreras, podría usted decirme de una vez por todas qué le ha pasado esta noche. ¿A qué viene tanto silencio? Lleva usted doce minutos sin soltar palabra. ¿A qué vienen esas caras tan largas? ¿Os habéis enfadado? ¿Ha pasado algo entre vosotras en el camerino?

—No me llames de usted —dijo Nuria—. No me gusta, somos compañeros. No me llames de usted, te lo ruego.

—¿No le gusta a usted?

—No, prefiero que me llames de tú.

—Pero si es usted una estrella de la televisión, cómo voy a llamarle yo, un simple mortal, de tú.

—Vete por ahí.

—¿Entonces?

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Os habéis enfadado?

—¿Emma y yo? —contestó Nuria—. Para nada.

—¿Entonces?

—¿Entonces?

—Entonces, estimada Nuria Carreras, compañera y amiga, ¿me vas a contar qué te pasa? ¿Qué

te ha pasado? ¿A qué viene esa cara tan larga? Te llega a los pies.

—¿Tanto se me nota?

—Solo si te fijas.

—¿Y te fijas?

—Es mi trabajo, fijarme en todo —dijo Antonio.

—Qué pena —contestó Nuria.

—¿Qué pena por?

—Por todo.

—Defecto profesional —confesó Antonio—. ¿Me lo vas a contar o no? —exclamó, presionando el embrague—. ¿Qué te ha pasado? Cuéntaselo a tu compañero y amigo.

Nuria le hizo un resumen de semáforo y medio.

—Joder —soltó Antonio—. Pues XXXXXXXXXXXXXXX es uno de los referentes culturales de este país, cómo está el patio, si esta es nuestra élite, qué lástima. Los supuestos intelectuales tan reacios a abrir la boca tienen que cerrarla cuando la abren. Venimos de una época demasiado oscura y no sé si saldremos algún día del pozo. Son muchos años de vivir entre tinieblas. Siglos enteros de...

—Cuidado con esa señora —dijo Nuria, señalando a una anciana que cruzaba la calle.

—La he visto —dijo Antonio, rodeando a la anciana—. No te preocupes y quédate con la parte positiva de la historia.

—¿Qué parte positiva? ¿Que no has atropellado a una abuelita? ¿Que no hemos dejado a unos nietos sin Navidades?

—Siempre hay que quedarse con lo mejor de las historias.

—A ver, no pretendo exagerar, no voy a hacer un drama de...

—Claro que debes hacer un drama —la interrumpió—. Por supuesto, no faltaba más, claro que debemos hacer dramas cuando la ocasión nos lo exige. Hay que dramatizar y exagerar cuando es necesario. Hay que dramatizar, exagerar, claro que sí, pero yo iba por otro lado.

—¿Qué lado? —preguntó Nuria—. ¡Cuidado!

—Ya la he visto —dijo, esquivando a una madre con sus dos hijas—. Una de las razones que te trajeron a Madrid, a la tele, era visibilizar al colectivo negro, ¿no? Luchar por el reconocimiento, enarbolar la bandera de la igualdad, dar un pasito al frente, ¿no?

—Aunque os empeñéis en que me lo crea, no soy Toni Morrison.

—Eres Nuria Carreras.

—¿Y cómo lo sabes?

—¿Que eres Nuria Carreras?

—Mis supuestas razones.

—Me lo dijo un pajarito.

—¿Un pajarito con barba y bigote?

—Y puro habano —añadió Antonio—. Quédate con eso, quédate con cuánta gente hay ahora mismo pensando lo mismo que XXXXXXXXXXXXXXX.

—¿Que los negros tenemos una tara en la lengua que nos impide hablar correctamente?

—Que los negros sois personas y que habláis como habla el resto de la humanidad, blancos incluidos. Que sabéis leer, sabéis contar, sabéis hablar sin limitaciones, ¿no venías a este mundo un poco para eso, para que la gente se conciencie de una vez por todas de que los negros tenéis la

sangre roja como cualquier hijo de vecino?

—Buen intento —dijo Nuria—. Pero un poco cogido con pinzas, ¿no te parece?

—Tal vez, pero es mejor pensar así a convencerse de que este país no tiene solución, es preferible darle la vuelta a pensar que la humanidad merece extinguirse, es mejor endulzar la vida a volverse completamente loco, ¿no crees? —dijo Antonio, estacionando frente al portal de su casa.

—Los locos tienen su punto —dijo Nuria, desprendiéndose del cinturón de seguridad—. Muchas gracias, Antonio.

—Por nada, sabes que me viene de camino.

—En serio, muchas gracias, lo necesitaba.

—Hoy no puedo —dijo él—. Pero mañana podríamos quedar para cenar, bailar, tomar un poquito de agua del tiempo, conozco un sitio que te va a encantar, te lo vas a pasar de miedo, te lo prometo.

—¿Cómo sabes que solo bebo agua del tiempo?

—Es mi trabajo —contestó Antonio, acercándose a ella—. Fijarme.

—La verdad, me encantaría tomar un vasito de agua del tiempo contigo —dijo Nuria.

—Perfecto, entonces mañana a qué hora paso a recogerte.

—Me encantaría, pero mañana es imposible.

—El domingo no será lo mismo.

—No ha llegado nuestro domingo, Antonio.

—La semana que viene, entonces.

—Vamos por caminos distintos, mi querido Antonio —dijo, besándole la boca muy despacio—. Pero un día encontraremos nuestro punto de unión, un día nuestras necesidades se encontrarán como dos tangentes condenadas a converger. Un día nos encontraremos, estoy segura, puedes estar seguro.

—¿Mañana no será? —preguntó, devolviéndole el beso.

—Mañana no es nuestro día.

—¿Segura?

—Completamente. Un día será ese día. Un día será nuestro día y querremos lo mismo y será fantástico. Maravilloso. Probablemente lo mejor que ocurrirá en nuestras vidas. Viviremos una auténtica historia de amor y follaremos como locos, mañana, tarde y noche, no podremos separarnos, pero ese día no es hoy, no será mañana, ese día no ha llegado, nuestro domingo llegará, está escrito, llegará, pero todavía no ha llegado.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó, besándola de nuevo.

—Porque te conozco —contestó Nuria, cerrando los ojos.

Emma bajó del coche, Nuria y Antonio vieron cómo abría el portal y se perdía en las entrañas del edificio. Entró en casa, vacía. Su padre, un teniente del Ejército de Tierra en la reserva por alzarse en armas contra la democracia, su madre, una devota ama de casa y nieta de latifundistas, se habrían ido al pueblo, a una casita de los abuelos en Valladolid, pasarían allí el fin de semana, no tenían por costumbre acercarse a provincias, pero era el cumpleaños de su hija y se quitaron de en medio, no había nada que celebrar, la niña había decidido ser artista cuando su obligación era estudiar francés, costura y economía doméstica.

Le pirraba bailar, de bien pequeña entregaba parte del sueño de sus noches a un minúsculo espejo enmarcado en madera de pino y recuperado a escondidas de un maloliente contenedor, donde ensayaba los últimos pasos que imaginaba o apresaba al vuelo en algún descuido de sus padres frente a la tele. Disfrutaba bailando, pero más, muchísimo más, viendo la cara de su padre cuando lo hacía, gozaba observando a su padre con los ojos del revés cuando la sorprendía contoneándose lascivamente en su cuarto; nuestra hija se ha convertido en una vulgar ramera de extrarradio, le repetía a su esposa antes de encamarse.

No esperaba un trozo de tarta en el frigorífico, ni una felicitación en la mesa de la cocina, se fue directa a la ducha, debía acicalarse, tenía visita. No iría a la cena del jefe, había sido invitada formalmente, pero tenía una cita con un amigo, celebraría su cumpleaños en casa, estarían solos y aprovecharía para joder bajo el crucifijo de la cama de sus padres, en el sillón verde orejero, sobre la mesa camilla, en la sala azul de su padre, en la cocina, no dejaría un rincón del piso sin marcar, le recibiría con unas braguitas comestibles que una amiga le había enviado de Inglaterra, le bajaría en el zaguán la bragueta y después de visitar puntualmente cada una de las habitaciones, le susurraría con dulzura que estaba embarazada.

Emma prefería dar a luz a la criatura, él seguramente no, casado, puesto importante y heredado en el Ministerio, un año mayor que el teniente, amigo íntimo de la familia, de misa de ocho, no tendrían un hijo, intentaría convencerla para que abortara, es lo más sensato y ella seguramente acabaría aceptando.

Visitaba la casa de los padres con asiduidad, entraba y salía cuando le venía en gana, conocía a su madre del pueblo, compartían lindes y juegos de infancia y fue durante la última Cuaresma, su madre había preparado bacalao con patatas, cuando el Señor X, presentándose sin avisar, se le arrimó más de la cuenta en la cocina.

Alto y apuesto, con una frondosa mata de pelo, alguna cana, en buena forma, practicaba atletismo y un acento engatusador, conocía a Emma. Su mayor defecto era saber desnudar a las personas, descubrirlas y explotar la información. Sabía que la hija del teniente buscaba ser artista y en la cocina, arrimándose de más, prometería ayudarla a hacer carrera. En el mundo del espectáculo, en la vida, debes contar de tu lado con un ángel de la guarda, él sería su arcángel en el Ministerio, su particular arcángel san Gabriel en Fernández Villaverde.

No le disgustaba acostarse con él, hubiera aceptado su compañía con o sin alas, como arcángel o demonio, era interesante, agradable, simpático, atractivo, sabía lo que hacía en el catre y le

procuraba su particular venganza, mamá era un retrato con patas de su esposa, dos gotas de agua, y en la cama Emma mataba tres pájaros de un tiro.

Salía de la ducha anudándose su albornoz blanco un pelín desgastado cuando sonó el telefonillo. La comunidad había finiquitado al portero y mamá no se enteraría de la visita, lástima. El Señor X llegaba pronto, tiene ganas de fiesta, pulsó el botón, cedió la cancela, dejó la puerta del piso entreabierta, le esperaría en la cama con las braguitas comestibles preparadas y el pecho al aire.

El Señor X se deslizó animosamente por el pasillo, conocía la casa, conocía a Emma, sabía que la encontraría en la habitación de sus padres, seguramente desnuda.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó, asomando la cabeza en el cuarto del teniente, sonriendo—. ¿Se puede pasar?

—¿Quieres pasar? —contestó Emma, echada con las piernas entreabiertas y los pies sobre el colchón.

—Claro que quiero pasar —dijo el Señor X, desabrochándose los pantalones—. Felicidades, bebé.

—¿Traes mi regalo?

—Aquí lo tengo —dijo, bajándose los calzoncillos—. ¿Y tú? Veo que tienes algo para mí.

—Son de Inglaterra —contestó Emma—. ¿Cómo lo sabías?

—¿El qué? —preguntó el Señor X.

—Que las braguitas son comestibles. Aquí no se ven. Me las ha enviado una amiga de Inglaterra. Llegaron el jueves, envío especial para ti.

—Lo siento, bebé, pero no tengo mucho tiempo —dijo el Señor X, acercándose a la cama.

—Cómo que no tienes mucho tiempo —dijo Emma, cerrando las piernas—. Hoy es mi cumpleaños, te lo dije hace tres semanas.

—Lo sé, bebé, pero...

—No me llames bebé, sabes que no me gusta.

—No te pongas así, gatita —dijo el Señor X, recostándose sobre ella—. Quiero hacerte feliz, quiero que...

—¿Has quedado con alguien? —preguntó Emma, sacándose de encima.

—Tenemos cena de trabajo, lo siento, gatita. Ha surgido esta misma tarde, no puedo decir que no, es el Ministerio, otro día te compenso, te lo prometo. He venido porque...

—Estoy embarazada —le soltó Emma a bocajarro.

Al Señor X se le pusieron los ojos del revés como se le ponían al teniente.

—¿Cómo?

—De siete semanas —contestó Emma, sentándose en la cama.

—¿Estás segura? —preguntó con la boca seca, mareado—. Siempre utilizamos preservativo. ¿Cómo es posible? No puede ser. ¿Estás segura? No es posible, gatita.

—No me llames gatita, y no siempre —contestó Emma, cubriéndose el pecho con el albornoz—. No siempre lo hacemos con condón y lo sabes.

—Siempre es siempre —contestó el Señor X, levantándose de la cama, llevándose las manos a la cabeza—. No me lo puedo creer. Siempre utilizamos preservativo. Siempre es siempre.

—Mira, no me montes un numerito. No quiero escenitas —se adelantó Emma a la tormenta—. Estoy embarazada de ti, no he estado con otros tíos, no me apetece nada que me cuentes historias

sobre el mundo del espectáculo y que nos pasamos el día follando unos con otros, no quiero oírte decir idioteces, ¿me oyes? —El Señor X abrió la boca, pero Emma le apretó los testículos con fuerza—. Habrá quien se monte sus orgías por ahí, habrá quien se folle al primero que se le ponga a tiro, pero este niño es tuyo, tenlo claro, no me he acostado con nadie más que tú, así que nada de gilipolleces, ¿me entiendes? No quiero oírte decir gilipolleces. Tampoco quiero que te responsabilices de un niño que no deseas, no es mi intención crearte problemas, no estoy pidiéndote nada, solo estoy informándote de lo que hay y de que a mí me gustaría tenerlo.

—¿Cómo que te gustaría tenerlo? ¿Has perdido la cabeza?

—Te he dicho que no quería oírte decir gilipolleces. Así que nada de gilipolleces, ¿me entiendes cuando te hablo?

—Te entiendo.

—Bien, te repito, por mi cabeza no pasa abortar, me gustaría tenerlo, pero haremos lo que tú quieras, no te preocupes. No pienso hacerte padre en contra de tu voluntad, no sufras, no afectará a tu brillante carrera ministerial, no tienes que preocuparte por tu mujer, ni por las revistas, sé dónde estoy, no hace falta que me lo recuerdes, no hace falta que digas o hagas gilipolleces. Solo necesito que me aclares tu postura, que me digas si quieres o no quieres tenerlo. Imagino que no querrás ver nacer a tu hijo, pero necesito oírtelo decir y que acto seguido me acompañes a un sitio de confianza, un sitio limpio y seguro, solo te pido eso, limpio y seguro.

—La nueva ley del aborto no sé si cubre el supuesto —se le ocurrió decir al Señor X que no sabía lo que decía—. ¿Cómo ha podido pasar? ¿Cómo vas a abortar?

—¿Quieres que lo tenga? —preguntó Emma sorprendida—. ¿Quieres tener un hijo mío?

—No —contestó el Señor X, estirando el cuello y acariciándose la garganta—. Claro que no, ni tuyo ni de nadie. Tengo que pensar. Déjame pensar.

—No hay nada que pensar —replicó Emma—. Si no quieres tenerlo, no lo tendremos. Hay que buscar un sitio y punto.

—¿No quieres tenerlo? —preguntó el Señor X.

—Si quieres tenerlo, lo tenemos —contestó Emma—. ¿Quieres tenerlo? No me marees.

—No, no quiero tenerlo —contestó, sentándose en el suelo.

—¿Qué haces en el suelo?

—Deja que piense. Tengo que pensar algo.

—No voy a dar a mi hijo en adopción, tenlo claro desde ya. Y no voy a hacerte padre a la fuerza. Y tampoco quiero tenerlo sola.

—¿Qué quieres decir?

—Es obvio, ¿no?

—Debo hacer unas llamadas —anunció el Señor X, alzándose desnudo—. Deja que consulte antes de tomar una decisión, deja que le dé una vuelta al asunto, no debemos precipitarnos, no debemos dejar cabos sueltos.

—En el comedor está el teléfono.

—¿Ahora? —exclamó, dibujando una mueca de incredulidad—. Ahora imposible, nena, tengo que hacer unas gestiones, necesito como mínimo un par de días para arreglar este estropicio. Necesito tiempo.

—Escúchame con atención —dijo Emma, agarrándole el pene—. Estoy de unas pocas semanas, en mi interior albergo ahora mismo un saquito de células que no son nada de nada, que

no significan demasiado, pero ese saquito irá creciendo y no quiero que crezca más de lo estrictamente necesario. No quiero sentirme más culpable de lo que me siento en estos momentos, me entiendes, ¿verdad?

—Necesito tiempo.

—Lo que necesitas, lo que necesitamos, es que vayas al comedor, cojas el teléfono y llames a quien tengas que llamar, infórmate, prepara, ata lo que debas atar, organiza, pero no dilates en el tiempo, necesito una solución esta misma noche. ¿Me entiendes? Di que me entiendes.

—Te entiendo —dijo el Señor X, librándose de la mano de su amante—. Deja que haga unas llamadas y te digo algo en un par de días.

—¡Qué va! No me has entendido. La solución la necesito ya, ahora mismo. La solución la necesito para ayer, de hecho. Ponte las pilas, llama, soluciona, ejerce.

—Está bien —dijo, saliendo descalzo de la habitación de los padres.

Descolgó el teléfono, marcó los números que guardaba en una pequeña libreta de cuero y empezó a hablar entrecortadamente. Emma, mientras tanto, recogería el baño, dejaría las toallas en el cesto de la lavadora, se cambió de bragas, preparó un sándwich vegetal, se abrió una lata de cerveza, le dio un buen trago, colocó una velita sobre el pan de molde, la enciende, sopla, pide un deseo, le da un bocado, esperaría en la cocina.

—Mañana a primera hora debes presentarte en esta dirección —dijo el Señor X, tendiéndole una nota—. Debes ser puntual —continuó—, y no te preocupes, son discretos y profesionales, los mejores, no darán problemas.

—¿Debo estar? —preguntó Emma, abriéndose otra lata de cerveza.

—Yo no puedo ir —contestó el Señor X, abrochándose los pantalones—. No me pueden ver en un sitio así de ninguna manera.

—Son discretos y profesionales —repitió Emma, dando un sorbo enorme—. Pensé que me acompañarías, la verdad, pensé que por lo menos tendrías la decencia de venir conmigo, de acompañarme.

—Imposible, nena.

—Me llamo, Emma.

—Sabes que es imposible. No puedo arriesgarme, no puedo verme involucrado en un asunto de esta naturaleza.

—La naturaleza es lo que tiene.

—Lo siento, Emma, siento que estés molesta y te entiendo. Pero entiéndeme tú a mí, no puedo ir, no puedo arriesgarme a que me vean. No puedo arriesgar mi carrera.

—¿Y la mía?

—¿La tuya? —se extrañó el Señor X—. Para vosotras es distinto.

—¿Distinto? ¿Nosotras?

—No quiero discutir, Emma, no estoy de humor —zanjó el Señor X—. En cuanto al dinero, encontraré la manera de hacértelo llegar.

—¿De hacérmelo llegar? —dijo levantándose, cogiéndole por el hombro, poniéndolo de patitas en la calle—. No hace falta que me hagas llegar nada. No te preocupes por nada, ya me las arreglaré. Olvídate de mí.

Sus dos mejores amigas vivían en Inglaterra, no podía ir sola, necesitaba a alguien que la acompañara. En cuanto echó de su casa al tipo que la había dejado embarazada, llamó por teléfono a la persona que pensaba podría ayudarla, no hacía mucho que vivía a un par de manzanas del piso de sus padres.

Descolgó, escuchó su historia, procuró reconfortarla y, sin hacer preguntas o pensar en posibles consecuencias, la acompañó a la dirección convenida el día en cuestión a la hora acordada.

Fin.

Esta mañana al encender el ordenador, estimado Risto, me he llevado una enorme y grata sorpresa, en la bandeja de entrada encontré respuesta de Nacho Solozábal. Le había enviado un email, invitándole a colaborar en el libro, hemos hablado por teléfono esta mañana y ha dado el sí en doce segundos.

Contacté también con Chicho Sibilio, sé que no llegará su respuesta, le agradezco los buenos momentos que nos hizo pasar, un abrazo enorme, Chicho, descansa.

Nuria sigue en cama, he bajado a comprar a Alcampo, nos faltaba leche, azúcar, cacao en polvo...; la hija mayor de Puchi, Andrea, vendrá mañana a pasar unos días con su tía, marcha a Tailandia tres meses y necesita que le ayudemos a planificar el viaje. Prachuap Khiri Khan es nuestro rincón favorito de Tailandia; Laos, la joya escondida y Angkor Wat, el imprescindible.

Antes de por Alcampo he pasado por Lidl, he cargado un par de cajas de leche de arroz, a Nuria le asienta el estómago, es lo que mejor tolera. En Alcampo me he topado con una botella de Okey de chocolate, hacía tanto que no veía Okey de chocolate, tanto, tanto. Qué recuerdos.

Mientras hacía cola para pagar, Puchi ha llamado al móvil; por lo que he entendido, ha intentado hablar con su hermana, pero no le ha cogido el teléfono, llamaba desde el piso de Patri, están con Mapi, querían darle una sorpresa; cuando llegue a casa debo decírselo. Mapi lleva trenzas africanas, le va de fábula por Madrid, trabaja en la tele como maquilladora, ha empezado con la producción, está poniéndose las pilas; un beso de su hija, me ha dicho.

Antes de salir de Alcampo, he hecho la Primitiva de la mala suerte. Volviendo a casa, me he cruzado con la hija pequeña de O. No se lo comentaré a Nuria, la chica no me conoce y yo la he reconocido de milagro, era ella.

O. dejó su casa y se fue a Estados Unidos, se carteo con Nuria hasta que dejaron de hacerlo. Tuvo dos hijas con Yuri, vivieron en tres o cuatro ciudades de la costa oeste hasta que a O. le detectaron un cáncer de huesos y se volvieron a casa.

A los tres años de llegar a California, Yuri dejó la empresa para la que trabajaba y se montó por su cuenta, algo de importación y exportación, no estoy muy seguro, ganaba bastante dinero, pero algo menos del que gastaba, y se consumó el desastre.

A O. le dolía la rodilla y visitó al médico. Creyeron que era menisco, había bailado de jovencita, imaginaron que lo tendría hecho trizas, una artroscopia y andando.

Encontraron un tumor en la tibia de dos centímetros.

Visitaron a los mejores especialistas, se arruinaron y en menos de ocho meses el tumor se había extendido por pulmones, hígado y estómago. La factura de los médicos les expulsó de Estados Unidos.

Nuria se enteró por la madre, el padre había muerto hacía años, O. había vuelto a Alicante y estaba malita. Vivían en un piso de alquiler cerca del Castillo, no se encontraba bien y no veía a nadie. La abuela ayudaba con las nietas, mantenía a la familia, cuidaba a su hija, mientras Yuri buscaba trabajo.

O. murió a los cuatro meses de volver a casa. Solo la familia asistió al entierro.

Yuri encontró trabajo en una inmobiliaria, vendía pisos a rusos que visitaban la costa por vacaciones, seguían su consejo e invertían en apartamentos de lujo. La génesis del milagro económico ayudó a saldar deudas y llenar el frigorífico, a sus hijas apenas las veía, de ellas se encargaba la abuela.

Una tarde, llegaba anormalmente pronto a casa, sorprendió a su hija mayor, dieciséis años tendría, con el novio en la cama. Sin presentarse, cogió al chico del brazo y lo echó a patadas, la ropa que se dejó en el cuarto la tiró por la ventana. A su hija la agarró del cuello y la molió a palos en la antigua habitación del matrimonio.

La chica estuvo una semana ingresada en el hospital universitario. El día que logró ponerse en pie y salir de la cama, abrió la puerta para largarse de casa. La abuela no sabe dónde anda la mayor de sus nietas, la pequeña vive con ella. Yuri hizo el petate y se largó a Málaga, seguramente esté por Marbella, nadie le ha vuelto a ver por el barrio.

Es complicado sustituir a una madre, imposible, la familia se resiente o, literalmente, se desintegra.

Okey, mucho más que un batido.

El batido Okey, hecho a partir de la mejor leche de vaca, es el refresco que además de refrescar, alimenta. Quiero a mis hijos bien alimentados, quiero ver a mis hijos crecer sanos y fuertes, por eso les doy Okey mañana, tarde y noche. Okey, el alimento de los niños del futuro.

Don Narciso Ibáñez Serrador, sentado en la silla de su despacho, reunió a Naomi, Lydia y Nuria para informarles de que serían el chocolate, la fresa y la vainilla del anuncio. Había llegado a un acuerdo para que Okey patrocinara el programa. Nutrexpá pagaría una buena suma por aparecer con Los Sufridores.

Las chicas debían presentarse esa misma tarde a una sesión fotográfica en Fuencarral, lanzarían una campaña a nivel nacional de cartelería, vallas, folletos, anuncios en prensa, magazines, una campaña salvaje que convertiría sus caras en los rostros más conocidos y buscados del momento.

Nutrexpá apostaba fuerte por su marca, pugnaría sin descanso por el nicho de mercado que lideraba Nesquik, se colaría en los recreos de los colegios, regalaría el producto en torneos de baloncesto, de fútbol, competiciones de atletismo, natación, Okey sería patrocinador oficial de los Juegos Olímpicos de Barcelona y el *Un, dos, tres...* la puerta de entrada a los hogares del país. Chicho Ibáñez Serrador había conseguido cerrar el acuerdo del año.

En casa, nunca vimos a Nuria en pantalla presentando a Los sufridores, eso sí, gozamos de su sonrisa en el quiosco de la esquina, en la tienda de chucherías, en la de ultramarinos, en el súper, en las paradas de autobús, en las bocas del metro, allí donde se posaran mis ojos, allí me encontraba con la sonrisa de Nuria Carreras.

Emma se tomó unos días, no pasó por los estudios la semana del especial de Navidad, Nuria llegaba la primera al camerino, Anabel colocaba botes y se fumaba la vida.

—¡Qué bien que hayas llegado hoy tan pronto! —dijo Anabel, afilando un lápiz de labios—. Estoy encantada de verte —añadió, rascándose la oreja.

—Buenos días —contestó Nuria, sentándose—. ¿Estás bien? ¿Hay algo nuevo con lo que quieras experimentar?

—No, ¿por? ¿Con qué querría experimentar?

—No sé, algún producto nuevo.

—No, nada nuevo —dijo Anabel.

—Pues no sé —dijo Nuria—, te noto tensa, parece nerviosa. ¿Pasa algo?

—Siempre es un placer verte —contestó Anabel.

—Uy, uy, uy —dijo Nuria—. Algo te pasa, algo quieres —dijo, echándose a reír—. ¿Qué te pasa? ¿Qué necesitas? Dime.

Anabel tomó aire y lo soltó de carrerilla.

—Voy a ir al grano —empezó diciendo—, como estamos solas aprovecho para decírtelo antes de que esto se llene de moscones. No te diría nada si no estuviera involucrada mi novia.

—¿Tu novia?

—Mí novia, es un encargo especial de mi novia.

—¿Y qué necesita tu novia?

—Verás, hace un mes, más o menos, grabamos el programa especial del periodismo, lo recuerdas, imagino.

—Lo recuerdo.

—Bien, pues estuvo por aquí un gerifalte del *ABC*, seguramente ni lo conoces, seguramente ni te diste cuenta de quien era, seguramente ni lo viste, seguramente ni te suene la cara.

—¿Debería sonarme?

—Bueno, es un gerifalte del *ABC*, es un tío más o menos importante, más o menos bien vestido y muy engominado, un pesado de libro, ¿sabes de quién te hablo? —Nuria negó con la cabeza—. Da igual, seguramente ni te fijaste. Haces bien. Y no te rías. A ver, este hombre es el jefe directo de mi chica.

—¿Cómo se llama?

—¿El tipo?

—Tu chica.

—Olivia.

—¿Cómo la de Popeye?

—Como la de Popeye, sí, y no me distraigas. Y no te rías, estas cosas se me dan fatal. Este tipo, el jefe de mi chica, se llama Luis, es un poco babas y desde que te vio el otro día se ha puesto muy pesado con mi chica y quiere conocerte, quiere conocerte a toda costa. Y mi chica,

Olivia como la de Popeye, me ha pedido que haga el ridículo y te pregunte, como si estuviéramos en el instituto, si estarías dispuesta a quedar con él, a tener una cita con Luis, el jefe de mi chica, que por lo visto necesita llevarte a cenar una noche que te vaya bien. Ya está, ya te lo he dicho. Olivia lleva dos semanas dándome la matraca y no he podido esquivar más el tema. Así que, ya te lo he dicho, tú sabrás lo que haces.

—Es un gerifalte del *ABC*.

—Eso se cree.

—Se llama Luis.

—Se llama Luis.

—Es bastante mayor, imagino.

—No tanto.

—Estará casado.

—Y con hijos.

—¿Quiere ofrecerme un puesto como redactora de deportes?

—No creo.

—¿Una silla en el Consejo de Administración?

—Imposible.

—¿Que lleve la sección de cine?

—Esa sección la lleva Olivia.

—¿Que presente la fiesta de Navidad del periódico?

—No celebran la Navidad, no hay dinero para regalos.

—¿Me dirá mientras cenamos que tengo la sonrisa más bonita que ha visto en su vida y unos ojos espectaculares?

—Yo te lo diría.

—¿Me dirá que es un mandamás de uno de los periódicos más leídos de este país, que tiene influencias, conoce a mucha gente y que puede abrirme muchas puertas si me pego a él como una lapa?

—Por ahí irán los tiros.

—Pues dile de mi parte que soy pacifista y que no me interesan las puertas que pueda abrirme. Muchas gracias por su interés, pero no me interesa. ¿Tiene pelo?

—La verdad es que tiene una buena mata de pelo —contestó Anabel, justo en el momento en el que entraba Paloma.

—Pues es una pena —dijo Nuria.

—¿El qué es una pena? —preguntó Paloma, sentándose fatigada en una silla sin brazos del camerino.

—La vida —contestó Anabel.

—La vida es una mierda, no una pena —contestó Paloma—. ¿Estáis solo vosotras?

—Solo nosotras —contestó Anabel—. ¿Qué tripa se te ha roto?

—Nada demasiado grave —contestó Paloma—. ¿Me haces un favor, Nuria, querida?

—¿Yo no te sirvo? —dijo Anabel.

—Tengo la mañana hiper liada, tengo mil cosas por hacer y para mi desgracia no puedo entregarme, ni quedarme con vosotras y charlar de amoríos, de hombres y de lo cabrones que pueden llegar a ser y, para nuestra desgracia, de lo que nos gustan.

—A algunas —dijo Anabel.

—A algunas —aceptó Paloma.

—Gracias —dijo Anabel.

—De nada. Nuria —continuó Paloma—, cuando lleguen las chicas, puedes decirles que el jefe quiere veros. Quiere reunirse con vosotras antes de grabar. ¿Serás tan amable de ser mi mensajera?

—¿Cambios? —preguntó Nuria.

—Una sorpresa —contestó suspirando—. Cuando lleguen, pasaos por el despacho.

—¿A quién van a echar? —preguntó Anabel, encendiéndose un cigarrillo.

—A ti, como no dejes de fumar —contestó Paloma, levantándose de la silla—. Podéis seguir hablando —añadió, cogiendo el pomo de la puerta—, no os molesto.

Después de hablar con Chicho, Paloma las convocó a su despacho. Sobre la mesa, una propuesta del Casino de Peralada; el éxito del Okey las había colocado en lo más alto, se multiplicaban las ofertas, y había que decidirse por alguna.

—¿Os interesaría hacerlo? —preguntó la secretaria de Chicho, mientras abría una carpeta de letras doradas que descansaba en su escritorio—. Debería contestarles mañana, pasado como muy tarde. Hay que organizar el viaje.

—Yo no he jugado nunca a la ruleta —dijo Nuria—. ¿Solo hay que jugar a la ruleta?

—Pues no me lo han dejado muy claro —contestó Paloma—. Sé que hay un cóctel, no sé si una de vosotras pronunciará unas palabras, un discurso, una especie de presentación, o no, no lo tengo claro, ya os lo dirán, después del cóctel la idea es que juguéis en el casino con el resto de comensales. A la ruleta o a lo que sea. ¿Sabéis jugar al blackjack?

—Al cinquillo —dijo Nuria.

—Creo que no son ni parecidos —contestó Paloma—. Pero, bueno, la cuestión es hacer un poco el numerito. Que os vean jugando, que os deis una vuelta y sonriáis mucho, lo típico. Imagino que no esperan que os pongáis a dar clases de póquer, ni nada por el estilo.

—¿Con qué dinero jugaremos? —preguntó Naomi.

—Imagino que os darán fichas del casino.

—Puede ser divertido —dijo Kim, dándole una calada a su cigarrillo—. ¿Cuánto pagan?

—La propuesta que nos han pasado es esta.

—¿Para las tres? —preguntó Nuria.

—Para cada una —corrigió Paloma.

—¿Ciento cincuenta mil pesetas por una hora y media de trabajo para cada una? —exclamó Nuria.

—Ciento cincuenta mil pesetas por una hora y media de trabajo para cada una —repitió Paloma—. ¿Algún problema?

—Está muy bien —se adelantó Naomi.

—Ningún problema —dijo Kim.

—¿Nuria?

—Mi madre tarda dos meses en ganar eso.

—Es la magia de la tele —zanjó Paloma—. Planning. Viernes, avión a Barcelona. Salida, 15:00 horas desde Barajas. Llegada, 15:45 horas. Recogida en El Prat. Viaje a Peralada. Cóctel a las 19:00. Fiesta. Vuelta al aeropuerto de El Prat. Despegue, 22:30 horas. Aterrizaje en Barajas, 23:15 horas. Tenéis que decidir os ahora. ¿Les doy el okey?

En El Prat, un chófer perfectamente uniformado, alto y tremendamente atractivo, con gorra de visera negra, gafas de sol y traje a juego, un cliché con patas, las esperaba en un anexo del aeropuerto. Viajaban en primera y fueron las primeras en abandonar el avión, una jardinera especial las recogería y las sacaría sin perder un minuto de la terminal; eran los Beatles llegando

a Barcelona, la consigna era evitar tumultos en el aeropuerto, alzamientos, colas, congregaciones, accidentes, Aena no correría ningún tipo de riesgo.

Viajaban sin equipaje, el vestido para la gala se había enviado por mensajería, las sacaron de incógnito por una puerta lateral, el chófer les dio las buenas tardes y ni una palabra más, tenía órdenes de no intimar con ellas, una limusina blanca las llevaría hasta los jardines del castillo.

—Qué macarrada es esta —exclamó Nuria al ver la limusina—. No puede ser, ¿de verdad vamos a ir hasta Girona en este engendro?

El chófer ni se inmutó, cumpliría escrupulosamente su cometido, abrió la puerta con la boca cerrada, subieron, se acomodaron, descorcharon una botella de champán y una botella de agua del tiempo, y enfiló en silencio sepulcral hacia Girona. El viaje sería corto, pero contaban con tiempo suficiente para preparar el posible discurso, Nuria se encargaría.

El discurso antecederá al cóctel, aclaró solemne el *general manager* en los jardines del castillo; vestía frac y ojos grises, dignos, nariz aguileña, bigote afilado y negro enmarcado en un rostro antiguo de tapiz medieval. Fueron recibidas por una imperial reverencia al bajar del auto, paseadas por las estancias más selectas, menos visitadas, de la fortaleza, admiraron con regocijo el arte acumulado por la familia, recorrieron subyugadas los hermosos corredores del alcázar y al llegar a un gran y centenario portón de roble francés, se les ofreció una sala de espejos repleta donde engalanarse y ensayar su gran entrada en palacio.

Nuria regaló a la selecta audiencia unas sentidas palabras de bienvenida, tomaron canapés acompañados por vino blanco de California, Evian y Moët Chandon, y cuando se hizo la hora de jugar a la ruleta, el jefe de sala, siguiendo las instrucciones del *general manager* les entregó un precioso paquete de fichas envuelto en un paño azul de terciopelo.

—Aquí tienen —les dijo un tipo menudo de ojos mansos—. Ochenta mil pesetas para que jueguen despreocupadamente.

—¿A qué jugamos? —preguntó Nuria nerviosa—. Yo no he jugado nunca, ¿qué hay que hacer? ¿Tienen por ahí un manual o algo?

—No se preocupe —dijo el jefe de sala—. ¿Habría visto usted alguna película? —preguntó, frotándose los puños de su chaqueta roja.

—Alguna de 007 —contestó Nuria.

—Pues como en las películas, no tiene misterio, es mucho más sencillo de lo que parece y lo más asequible es la ruleta, coloque fichas donde le apetezca, espere a que tire el crupier la bolita y que haya suerte.

—Muchas gracias —dijo Naomi.

—En cada mesa encontrarán un crupier que les podrá asesorar, si lo necesitaran. No hay de qué preocuparse, juegan con dinero prestado, disfruten. Sonrían y tomen lo que les apetezca, están invitadas.

Lo más sencillo es la ruleta; objetivo, perder el dinero lo menos rápido posible, alargar el juego al máximo, no perderlo a las primeras de cambio, se repetía Nuria mientras entraba en la sala de juego.

—¿Cuál es el secreto para ganar? —le preguntó demasiado serio al chico rubio y espigado que lanzaba una bolita blanca mate en la mesa francesa que había escogido.

—El secreto es no jugar —contestó descaradamente el crupier—. Pero si lo que pretende es

alargar el tiempo, no perder demasiado rápido. Juegue despacio, perderá igual, pero será más entretenido. Lo que se hace con prisas no suele merecer la pena.

—Depende —contestó Nuria, colocando una ficha en el veintidós negro—. En esta vida no todo es blanco o negro.

—Correcto —aceptó el crupier—. Aquí es rojo o negro.

—Ves —dijo Nuria con una enorme sonrisa—. Nos vamos entendiendo.

El consejo parecía acertado, sus palabras tenían sentido, se notaba a la legua que le importaba una mierda su trabajo, decía la verdad, seguro, le haría caso, jugaría despacio, fichita a fichita, como una hormiguita obsesionada con la caída del invierno.

—Veintidós, negro, par y pasa, gana la señorita del *Un, dos, tres...* —anunció el rubio crupier, acercándole una montaña de fichas.

—¿He ganado?

—Ha ganado usted, señorita.

—No me lo puedo creer. ¿Y qué hago ahora?

—Repita, pero con dos fichas.

Repitió, repitió y repitió y a los veinte minutos doblaba su cantidad inicial, a la media hora las redoblaba y a los cuarenta el casino se arremolinaba en su mesa. Las ganancias eran vertiginosas, estaba en racha, no daba abasto y empezó a regalar fichas en cada tirada.

A una seña del *general manager*, el rubio crupier fue sustituido, tenía la mosca detrás de la oreja, pero Nuria siguió ganando. El reloj avanzaba y con sus agujas la montaña de fichas en su mesa. Debían volver al aeropuerto, tenían prisa, además ella debía coger un tren a Alicante; decidió marcarse un nuevo objetivo, perder el dinero, perderlo lo más rápidamente posible, para ello, optó por apostar mucho más fuerte, arriesgar muchísimo más, obteniendo como resultado muchísimas más fichas.

A la hora y media, y con la presión de volver a El Prat, debían coger un avión a Madrid, debía subirse a un tren hacia Alicante, volvía a casa pasados tres meses, estaba cansada de jugar, con ganas de salir del casino, decidió apostar su capital al negro y ganó. Volvió a apostar al negro y ganó. Repitió al negro y ganó de nuevo. Resultaba imposible perder aquella noche. Hastiada de acumular fichas, de hacer montoncitos, de regalarlas, de no saber dónde meterlas, le dolía horrores la espalda por los tacones, era hora de marcharse, de subir a la limusina, el chófer estaría esperando, se acercó al jefe de sala que, perplejo, la observaba desde la distancia, para decirle:

—Lo siento, pero tenemos que irnos. —Estaba harta de jugar a la ruleta—. No puedo más y nos están esperando.

Había decidido abandonar la mesa ante el asombro de los allí reunidos, con siete millones de pesetas en fichas del casino.

—Qué mala suerte que tengan que marcharse justo en este momento —dijo con la mirada perdida el *general manager*—. ¿No quiere usted jugar un poquito más? Juegue usted un poquito más, no hay prisa.

—No podemos —contestó Nuria—. Nos tenemos que ir, nos esperan.

—Mejor que no juegue más —intercedió el crupier rubio, apareciendo con un capazo de

mimbre con el que asistiría—. No insista, la señorita le ha dicho que no tiene tiempo.

—Es hora de marcharnos —confirmó Nuria—. No podemos quedarnos más tiempo, nos encantaría, pero tenemos prisa. Lo siento.

—No se preocupe —suspiró el *general manager*.

—¿Qué hacemos con estas fichas? —preguntó Nuria inocentemente.

—Justo eso iba a preguntar yo. ¿Qué hacemos con estas fichas? —repitió el crupier, guardándolas en el cesto.

—Pues —aventuró el *general manager*, rascándose el cuello— ¿llevarlas a caja? Habría que llevarlas a la caja, ¿no?

—Yo es que no puedo llevarlas —contestó Nuria—. El capazo pesa mucho.

—No se preocupe usted por eso —dijo el *general manager*—. Mauro se encargará de llevar las fichas, naturalmente.

—¿Llevamos todas las fichas a caja? —preguntó Mauro—. ¿Todas, todas?

—Todas, todas —repitió fulminándole con la mirada, mientras se recolocaba la pajarita—. Llevarlas a caja es lo mejor para todos.

—Nosotras nos vamos, se encargan ustedes —dijo Nuria, despidiéndose—. Han sido muy amables. Muchísimas gracias. Ha sido muy divertido.

Respiró aliviado el *general manager* del castillo de Peralada, la chica del *Un, dos, tres...* no pretendía cobrar los siete millones de pesetas en fichas ganadas lícitamente en la ruleta de su establecimiento, siete millones de pesetas que posiblemente le correspondieran, según la recién estrenada Ley del Juego. Era dinero prestado, obviamente, habría que consultar al equipo de abogados, revisar el BOE, preguntar al patriarca de los Mateu, negociar alguna alternativa, la chica del *Un, dos, tres...* empezó jugando con dinero prestado del propio casino, sin embargo, las ganancias posiblemente le pertenecieran. Respiró tranquilo cuando Nuria decidió despedirse sin amagar con desbanca a la banca.

—Espere un segundo —dijo, recuperado del susto, secándose el bigote con un pañuelo—. No se vaya usted tan rápido, mujer. ¿Qué prisa tiene? —preguntó, haciéndole una seña al cajero, que se acercó con un fajo de billetes—. Aquí tiene usted, trescientas mil pesetas para celebrar lo bien que ha ido la noche.

—Gracias —dijo Nuria—. Pero no es necesario.

—Claro que es necesario, insisto. En nombre del casino y de la familia Mateu, nos congratula enormemente hacerle este humilde obsequio, mucho más teniendo en cuenta las fechas en las que nos encontramos —dijo solemnemente y de nuevo con color en las mejillas el *general manager*—. Aquí tiene un aguinaldo para hacer regalitos en estas fiestas, acepte el presente de parte del Gran Casino de Peralada.

—Muchas gracias —dijo Nuria, cogiendo el paquete—. Es usted muy amable. Ha sido un placer compartir esta hermosa velada con ustedes, muchas gracias por su atención, por su amabilidad, muchas gracias por su generosidad, muchísimas gracias por todo.

—Gracias a usted —contestó el *general manager*—. Ha sido un enorme placer también para nosotros conocer a unas auténticas estrellas de la televisión, un honor compartir vivencias con ustedes.

—¿Qué hará usted con tanto dinero? —preguntó Mauro.

—Repartirlo —contestó Nuria.

Separó tres paquetitos iguales, uno para Kim, uno para Naomi y otro para ella.

Es fácil de entender, estimado Risto, que en este punto me resulte imposible no recordar el enlace a la asociación contra el cáncer a la que enviar el dinero que consideren oportuno aquellas personas que se sientan interpeladas, en especial los gestores actuales del Casino de Peralada. Un abrazo enorme.



[Enlace web](#)

En los pasillos de Atocha se respiraba la quietud que antecede a los viajes de larga distancia, el ajeteo de la mañana era nocturno sosiego, regresaba a Alicante, volvía con su familia pasadas once semanas, producción había comprado un billete y esperaba en un reservado, compartiendo mesa con una chica de figuración que viajaba a Barcelona, la salida de su tren de vuelta a casa.

—No sabes la suerte que tienes —dijo su compañera de figuración, removiendo un cucharón enorme en un diminuto zumo de naranja. Se habían cruzado en camerinos, saludado alguna vez en el plató, pero era la primera vez que compartían silla en una mesa—. Quiero ser como tú, no sabes la suerte que tienes, yo quiero ser una chica *Un, dos, tres...*, daría mi mano derecha por tu vida y aparecer en las revistas cada semana, quiero ocupar las primeras planas en magazines y periódicos, daría una pierna por hacer anuncios para la tele, quiero cientos de sesiones de fotos con los mejores fotógrafos del mundo, reinar en los lineales de los supermercados más cotizados, quiero ser el cuerpo de Adidas, la mujer de Gucci, quiero aparecer en las tapas de yogur desnatado, quiero mi propio paseo en el paseo de la fama, quiero hombres ricos y poderosos en mi cama, caníbales despiadados, no quiero mindundis, estoy harta de mediocres en mi vida, quiero grandes eventos, quiero ser la estrella de los veranos, pasearme desnuda por Venecia, quiero mi propia fiesta en Marbella, invitar a Gunilla y que se mueran de envidia, quiero rodar con Sylvester Stallone, quiero cortar la cinta, dar el saque de honor, botar una docena de buques de la armada, quiero que le pongan mi nombre a una nutria, entrar por la cara en las discotecas, no pagar la cuenta, quiero un mono amaestrado en un descapotable rojo, quiero un Ferrari en el porche y un Porsche en el garaje, quiero un cubano en mi vida y casarme con un cantante puertorriqueño, quiero al futuro Balón de Oro, quiero pisotear a un banquero, quiero cenar en los restaurantes más caros del mundo, quiero París con la mejor botella de vino, quiero un mar de ostras en Chicago, quiero caviar en mi palacete de invierno, quiero sus ojos, sus miradas, que suspiren por mi libro, que se maten por mi última película, quiero que lloren un autógrafo para sus hijos, quiero el globo terráqueo desde un dirigible, los quiero a mis pies, quiero ser la Gorgona, quiero follarme a un torero, quiero la verga del toro sobre la almohada, quiero su sangre en un cáliz de plata, quiero una bañera de oro y espuma, una piscina olímpica, quiero una depuradora gigante, quiero una sauna en Suecia y un jardinero chileno, quiero servicio filipino, una cocinera griega y un pastor alemán alsaciano, quiero millones de amantes suplicando a los pies de mi cama, quiero las llaves del banco, quiero posar para Leonardo, los quiero plegados como fantoches de trapo, quiero presentar las noticias los martes, quiero sus húmedas pupilas y que eyaculen frente a la tele, quiero audiencia real en Versalles, quiero el palacio de la Zarzuela, quiero un Oscar de la Academia, quiero ser santa Teresa, quiero darme un capricho, quiero bombones de angulas y rosas de esmeraldas, quiero correrme en Manhattan, quiero ser la musa de Spielberg, quiero mearme en Madonna, quiero una canción de Mecano, quiero un lago en Italia, quiero el Mortirolo, quiero una etapa del Giro, quiero la Alsacia y la Lorena.

A las doce y siete minutos, Nuria dejaba la cafetería para subir al tren de vuelta a la normalidad, su compañera llegaría sana y salva a Barcelona; con el tiempo presentaría varios

programas de televisión, hoy es una retuiteada Youtuber.

Las noches en tren son recuerdos hermosos de un tiempo pasado y difuso, estacionaron en Alicante con un ligero retraso, menos de lo esperado dadas las circunstancias, no encontraría en casa a doña Flora, mamá estaba en Alemania con don Arcadio, papá había enfermado, no se recuperaba de una antigua lesión hepática producto del consumo excesivo de quinina, y proyectaban reagruparse.

Era sábado por la mañana, la estación amanecía tranquila, ni un alma en los andenes, y únicamente catorce autógrafos firmados antes de montar al taxi.

—Buenos días —dijo Nuria.

—Buenos días —contestó el taxista.

—Podría usted llevarme a...

—No hace falta —cortó el taxista.

—¿No hace falta? —preguntó Nuria extrañada—. ¿Qué no hace falta exactamente?

—No hace falta que me digas adónde vamos —aclaró el taxista.

—¿Ah, no?

—No, sé perfectamente dónde vives, Nuria Carreras —contestó, sonriendo amablemente en el retrovisor—. Bueno, sé adónde vamos en el caso de que vayas a tu casa de siempre. Vas a tu casa, ¿no?

—Voy a mi casa.

—Pues no perdamos tiempo —dijo, metiendo primera.

—¿De verdad sabes dónde vivo?

—Mi hermana fue contigo al colegio —contestó, tomando la avenida Salamanca—. Somos casi vecinos.

—¿Tu hermana? —preguntó Nuria.

—Fina Torregrossa.

—¿Fina Torregrossa? No me suena.

—Finita, la llamaba todo el mundo en aquella época. Yo soy Manuel, Manuel Torregrossa, ¿Sabes quién soy? ¿Te acuerdas de mí? —preguntó, girando la cabeza hacia el asiento trasero—. Tienes que acordarte de mí, somos casi vecinos.

—Lo siento —contestó Nuria—. Pero no te recuerdo, soy malísima para las caras.

—De mí es normal que no te acuerdes, pierde cuidado, he pasado toda la vida desapercibido —dijo el taxista—. Pero de mi hermana tienes que acordarte seguro, así bajita, rechoncha, con gafitas de pasta, el pelo muy rizado y negro, jugaba a baloncesto contigo en el colegio.

—¿Fina Torregrossa? —repitió Nuria, haciendo un esfuerzo—. Y dices que jugamos juntas a baloncesto.

—Bueno, en realidad ella era unos años mayor que tú, pero ibais al mismo colegio. A baloncesto me dijo que habíais jugado juntas cuando la dejaban a cargo de las más pequeñas, os hacía de entrenadora, siempre le ha gustado estar rodeada de niñas. Era muy buena jugando a

baloncesto. Seguro que si la ves, la reconoces.

—Creo que ya sé quién me dices —dijo Nuria, sin demasiada convicción—. ¿Y qué tal está tu hermana? Hace bastante que no la veo, ¿verdad? ¿Cómo os va la vida?

—La vida, como siempre, luchando —contestó Manuel Torregrossa—. Finita está igual, parece que el tiempo no pase para ella. Tan efervescente como de jovencita, qué te voy a contar que no sepas. Justo el viernes me decía que erais uña y carne en el patio del colegio.

Nuria no dijo nada, no sabía qué decir.

—Empezó a estudiar Magisterio —continuó el taxista—. Siempre ha sido un coco, siempre le ha gustado hacer de maestra, es la más lista de la familia. Será la primera en sacarse una carrera.

—Me alegro de que le vaya tan bien, dale un beso muy fuerte de mi parte.

—Se lo daré en cuanto la vea, claro que se lo daré, puedes estar segura. Se pondrá loca de alegría cuando le diga que te he llevado en el taxi. En casa no nos perdemos uno de tus programas. Los viernes, la familia reunida y fichando delante de la tele a las nueve y media, puntuales siempre como un reloj suizo.

—Muchas gracias —dijo Nuria.

—Qué alegría ver a alguien de la terreta, una amiga de la infancia, con quien te has criado, volando tan alto, saliendo en un programa tan importante.

—Bueno, tampoco es *La clave* —dijo Nuria.

—*La clave, La clave* —resopló el taxista—. Nosotros en casa somos del *Un, dos, tres...* Somos sufridores, yo mismo he mandado siete cartas para hacer de sufridor con mi hermana, pero los de la tele no han contestado nunca. Parecemos invisibles. Las cartas las lee alguien, ¿verdad? Hay alguien encargado, imagino.

—Diría que sí —contestó Nuria—. Llegan millones de cartas cada día, hay mucha gente que quiere salir en la tele y poco personal encargado para dar respuesta.

—A ver si tenemos suerte un día y os acordáis de nosotros.

—Si pudiera, os echaría una mano —contestó Nuria—. Me encantaría teneros en el programa.

—Ya lo sé, bonita, no pases ansia —dijo el taxista—. Es verdad lo que dice Finita, eres un cielo; cuenta orgullosa que siempre le echabas un cable con los deberes de matemáticas.

—¿Matemáticas, yo?

—Y lo bien que las has aprovechado, fíjate —dijo el taxista—. Lo bien que se te da lo de sumar y multiplicar, quince respuestas acertadas a treinta y cinco pesetas cada una, quinientas veinticinco pesetas.

—Eso lo hace la máquina —contestó Nuria—. Tenemos una calculadora. Si por mí fuera...

—¿Y qué tal? ¿Cómo es aquello? ¿Es tan grande como parece? ¿No te pones nerviosa? Yo tendría los nervios a flor de piel, me pondría como un flan, estoy seguro. Yo, delante de la cámara, me quedaría parado, callado, tieso, parecería la mujer de Lot, no podría ni abrir la boca, no sabría expresarme.

—Seguro que no —dijo Nuria.

—Créeme, aunque no lo parezca, soy un tímido empedernido. ¿Cómo lo haces?

—¿Cómo lo hago?

—Hablar delante de las cámaras. No moverte mientras te están apuntando.

—Al principio te pones muy nerviosa, claro, pero con el tiempo se van pasando los nervios, es

cuestión de acostumbrarse. Lo peor son los focos, el calor, pero con el tiempo no ves ni la cámara, ni al público. Al final te acostumbras, al final no es tan duro como parece.

—Cómo me alegro de que te vaya bien —dijo el taxista, frenando en la puerta de casa—. Tienes alma de artista.

—Efectivamente, sabes dónde vivo —dijo Nuria.

—Claro, Nuria, ¿cómo no voy a saberlo? Somos vecinos.

—Está claro. Y hemos venido directos, muchas gracias.

—Para eso estamos.

—¿Qué te debo? —preguntó Nuria, cogiendo el monedero del bolso.

—Nada, invita la casa —contestó Manuel Torregrossa—. Para que no te olvides de mi cara, ni de mi nombre.

—De eso nada, ¿cuánto es?

—Si no podéis sacar nuestra carta, a ver si tenemos suerte y nos mencionáis un día de estos por antena, a ver si nos hacéis ese favor, nos dais una alegría y nos sacáis, aunque sea un día por la tele. Que se acuerden de nosotros.

—En serio, ¿cuánto te debo? Necesito pagarte.

—Nada —repitió el taxista—. El taxímetro está apagado.

—De ninguna manera. No voy a aceptar que no me cobres.

—Recuerda mi nombre.

—¿Cuánto te debo?

—Manuel Torregrossa March, recuerda mi nombre.

Era sábado por la mañana, dejaría a sus hermanos dormir un poquito más de la cuenta, doña Flora estaba con papá en Alemania, asió el cubo verde de plástico, guantes de goma, una botella de lejía perfumada y se puso con el baño, retiraría el polvo, pasaría el Pronto, barrería y fregaría el comedor, la cocina y los balcones, prepararía el desayuno, leche con miel y tostadas con Nocilla; en un par de horas Puchi jugaba su partido de tenis.

En la cocina, y con el cuchillo hundido en chocolate blanco, escuchó una puerta que se abría, la habitación de su hermano, unos pasos, seguramente el pequeño, y haciéndose la desentendida se preparó para que le saltara a la espalda.

—Eh, ¿está el desayuno preparado? —preguntó Jorge, sentándose a la mesa.

—Amm, eres tú —dijo su hermana.

—¿Y quién iba a ser, Karol Wojtyla?

—Aquí tienes: leche y tostadas, no tengo ganas de discutir. ¿Y Puchi? ¿Sigue durmiendo?

—Qué va, está en la cama —contestó Jorge, agarrando su taza de leche y un par de tostadas.

—¿Y por qué no se levanta? —preguntó Nuria preocupada—. ¿No se encuentra bien? ¿Está malo? ¿Tiene fiebre? ¿Has mirado si tiene fiebre?

—Fiebre no creo que tenga —contestó Jorge, llevándose la tostada a la boca, manchándose el bigote de blanco—. Lo que tiene es partido de tenis y muy pocas ganas de ir. Seguramente prefiera quedarse en la cama, sabe que va a perder.

—¿Y eso que no quiere ir? —se extrañó Nuria—. Ya he pagado el año, ¿no está yendo a los partidos?

—Diría que no —contestó Jorge, rascándose por encima del calzoncillo.

—¿Por qué no quiere ir a los partidos? ¿A qué hora juega hoy?

—Y yo qué sé —contestó Jorge—. A mí qué me cuentas, no soy su chacha. ¿Tengo cara de ser su chacha? Creo que tiene que estar a las doce en el campo, pero no tengo ni idea. Juega contra un tío de Murcia, creo.

—¿Es mucho mayor que él?

—No creo que sea eso —contestó Jorge, llevándose la taza de leche a la boca.

—¿Pues qué le pasa entonces? —preguntó Nuria impaciente—. ¿Quieres hablar de una vez? ¿Qué le pasa a tu hermano? Voy a preguntárselo yo y acabamos antes.

—No creo que hable contigo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, deteniéndose en el pasillo—. ¿Por qué no iba a hablar conmigo?

—Lo está llevando fatal. ¿No te lo ha dicho mamá?

—¿El qué? ¿Qué tenía que haberme dicho mamá?

—Está llevando muy mal lo de tu fama.

—¿Lo de mi fama? ¿Qué dices?

—Está agobiado, harto de que le asalten por la calle, de que le atosiguen, y no me extraña, es

una pesadilla. Nos paran por la calle cada tres minutos, en cada esquina, a cada momento, para pedirnos cualquier cosa. Él lo está llevando peor, lleva siempre un séquito de niñas que no dejan de preguntarle por ti, siguiéndole a donde vaya. Donde vayamos nos preguntan por ti, a cada instante, niñas, mujeres, hombres, abuelas, nos abordan continuamente desconocidos, nos interrogan, nos molestan, nos quieren tocar el pelo, quieren hacerse fotos con nosotros, es una lata, un fastidio insufrible.

—No te creo —contestó Nuria—. Mery no me ha comentado nada, mamá tampoco. Me lo hubieran dicho.

—¿No me crees? —dijo Jorge—. Ayer mismo vino un tío a casa diciendo que quería que le diéramos tu dirección en Madrid para mandarte una carta, que estaba enamorado de ti, que quería casarse contigo. El tío se puso pesado al principio, violento después, empezó a aporrear la puerta, tuve que amenazarle con llamar a la Policía.

—¿Qué me estás contando?

—Mamá no te ha dicho nada por no preocuparte, pero es un machaque continuo. Puchi no te dirá nada tampoco, no quieren que lo pases mal, quieren que sigas viviendo tu sueño de estrella de la tele.

—¿Mi sueño de estrella de la tele? ¿Qué dices, Jorge? —exclamó Nuria, encaminándose hacia la habitación de su hermano pequeño.

Puchi no dormía; con la raqueta en el pecho, la mirada perdida en la lámpara del cuarto y el pijama a rayas todavía puesto, simulaba tocar el bajo echado en la cama.

—¿Cómo estás, peque? —preguntó, echándose a su lado, besándole en la mejilla.

—Bien —contestó Puchi, dejándose besar.

—¿No quieres levantarte? —preguntó, abrazándose a él con fuerza—. He preparado leche con miel y tostadas con Nocilla.

—No tengo hambre —contestó Puchi.

—Tienes que comer, tienes partido en un rato. Si no comes, no tendrás fuerzas y no podrás ganar al de Murcia.

—No es de Murcia, es de Valencia —rectificó Puchi.

—Mejor me lo pones —contestó Nuria—. Tienes que comer el doble, entonces. Hay que ganarle sea como sea.

—Es demasiado bueno —dijo Puchi, arrugando el morro—. Aunque me coma un bote entero de Nocilla no le ganaré nunca, es de Valencia.

—Y tú eres de Alicante —dijo Nuria.

—Pues eso —contestó Puchi.

—Venga, levántate. Desayuna, te cambias y te llevo al campo. Quiero que le ganes por mí, eres mi McEnroe de chocolate. —Juan Carlos puso mala cara y se dio la vuelta en la cama—. ¿Qué pasa? ¿No quieres que vaya contigo?

—Está aquí al lado —contestó Puchi—. No hace falta que vengas. Ya soy mayor, puedo ir solo, no soy un bebé, no hace falta que me lleven de la mano a una mierda de partido.

—Eooo. ¿Qué te pasa? No hables así —dijo Nuria—. ¿Qué te ocurre?

—No me pasa nada —repitió Puchi—. Solo digo que puedo ir solo a los sitios, me gusta ir solo a los sitios, ya soy mayor, no soy un mañaco.

—Ya sé que eres mayor, cariño —contestó Nuria, acariciándole el brazo—. Sé que puedes ir

solo, pero a mí me gusta acompañarte. ¿No quieres que te acompañe?

—Es una mierda de partido —repitió Puchi—. Y seguramente pierda.

—No quieres que te vea perder, ¿es eso? —preguntó Nuria, besándole la mejilla—. No me importa si pierdes o ganas, yo quiero ver cómo juegas, me hace feliz verte jugar, mi vida. —Puchi no soltaba palabra—. ¿Prefieres ir solo, cariño?

Asintió en silencio y con la mirada perdida en el papel del cuarto.

—Pues si prefieres ir solo, irás solo, no te preocupes por eso —susurró Nuria—. Si prefieres ir solo, lo entiendo, no pasa nada, no te molestaré, así no te pondrás nervioso por mi culpa. Seguro que así le ganas. ¿Mejor solo?

—Mejor solo —contestó Puchi.

—Está bien —dijo Nuria, intentando mantener la compostura, sujetándose por dentro para no romper a llorar—. Irás solo, no te preocupes, y cuando quieras que te acompañe, me lo dices y yo te acompaño, ¿vale? Lo que tú quieras, mi peque, no hay problema.

—¿No te enfadas? —preguntó Puchi, dándose la vuelta, mirando a los ojos a su hermana—. ¿No estás triste?

—¿Por qué iba a estar triste? —contestó Nuria, abrazándole con fuerza—. Yo no me enfado por nada, no te preocupes por mí. Lo importante es que estés tranquilo. Sé que estás un poco superado por lo que está pasando.

—¿Superado?

—Superado, que la gente está demasiado encima de ti, preguntándote, pidiéndote cosas, sé que es difícil acostumbrarse, a mí también me pasa. Pero tiene cosas buenas, puedes jugar al tenis, ¿te gusta jugar al tenis?

—¿Te dicen que quieren casarse contigo? ¿Qué quieren un hijo tuyo?

—Demasiadas veces.

—¿Y cómo pasas de ellos?

—Poniendo buena cara; la gente es buena, solo quieren hablar contigo.

—¿Todo el mundo es bueno?

—La parte que vale la pena, sí —contestó Nuria—. Intenta tomártelo con calma, no te agobies, verás que esto pasa rápido, no durará mucho, la gente se olvida pronto de las cosas nuevas. Al poco tiempo, siempre aparece algo que te convierte en viejo, las personas se olvidan pronto de lo antiguo.

—No creo, tiene pinta de ir para largo —dijo Puchi—. Negros y famosos, ¿qué puede salir mal? Seremos los nuevos Jackson Four.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Nuria sonriendo.

—De Jorge.

—Ni caso a Jorge —exclamó, revolviéndole el pelo—. ¿Me oyes? Ni caso de lo que diga tu hermano. Ya verás cómo pasa pronto. Te quiero, peque —susurró, acariciándole el cuello.

—¿Habéis acabado? —interrumpió Jorge desde la puerta.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Nuria, girándose hacia el pasillo—. ¿No te quedan tostadas? Hay pan en la despensa. Háztelas. Haz algo de provecho por una vez en la vida.

—Han llamado al timbre —informó Jorge sin escucharla.

—¿Han llamado al timbre? —preguntó Nuria—. No he oído nada.

—Han llamado al timbre —repitió Jorge.

—Pues ve a abrir, Jorge, ¿qué quieres que te diga? Ve y abre la puerta. Muévete.
—Ya he ido a abrir —contestó Jorge.
—¿Y quién es? —preguntó Nuria, sentándose en la cama.
—Es Tránsito, viene con un tío de su pueblo.
—¿Un tío de Tránsito?
—No sé si son familia. No se lo he preguntado.
—¿Entonces? —preguntó, levantándose de la cama.
—Un tío, un hombre, un señorito de pueblo, del pueblo de Tránsito, necesitan verte.
—¿Qué quieren?
—Seguramente casarse contigo.
—Deja de decir idioteces. ¿Dónde están?
—Les he hecho pasar al living room.
—¿Les has ofrecido algo de comer?
—Lo dejo en tus manos —contestó Jorge—. Confío en ti, si necesitas la firma del hombre para casarte, me encontrarás en mis aposentos, no dudes en llamar a la puerta.

Jorge acertaba. Mariano, el hombre que del brazo de Tránsito penetrara el hogar aquel extraño sábado por la mañana, pretendía casarse con Nuria.

Eran paisanos, las familias compartían lindes e intereses desde la primera de las guerras carlistas, a oídos de Tránsito había llegado que el pequeño Mariano bebía los vientos, perdía el sentido, se había enamorado como un colegial, de la chica del *Un, dos, tres...*, casualmente vecina, y no dudó en presentarse en la finca El Requeté con la intención de ayudar a curar los males del menor de los hijos de su amiga y convecina Francisca.

Mariano no era joven ni viejo, treinta y ocho primaveras contaba aquella extraña mañana de sábado, vestía pantalón marrón de pana y americana azul marino, ni muy alto ni muy bajo, las manos tremendamente blancas, fluorescentes, bigote negro, ni espeso ni ralo, y ojos pardos, ni oscuros ni claros.

—Están forrados —le informó Tránsito en la cocina, mientras preparaba café para el invitado—. He hablado con la madre, nos conocemos de toda la vida, son del pueblo, tienen tierras, olivos, tienen ganado y han comprado ahora unos prados camino a Madrid.

—¿Unos prados? —preguntó Jorge, juntándose con ellas en la cocina.

—¿Y tú por qué pones la oreja? —preguntó Nuria—. ¿No estabas en tu habitación?

—Quiero ayudarte.

—A ti ni te va ni te viene nada en esta historia. Vuélvete a la cama. No seas portero.

—Estoy en mi casa y hay un desconocido con pinta rara sentado en el sofá del comedor, claro que me va, ¿cómo puedes decir que no me va nada en esta historia?

—Sal y ve a hacerle compañía —dijo Tránsito.

—¿Dónde dices que tiene los prados? —preguntó Jorge interesado.

—Camino a Madrid —repitió la vecina, mientras rellenaba el azucarero—. Tienen contactos con el Ministerio y por lo visto van a valer mucho dinero en unos años. Por lo que se comenta, antes o después harán allí una estación de tren rápido o algo por el estilo, un tren bala de esos, están muy bien situados.

—Pero si en el pueblo solo tenéis ovejas y cardos —dijo Jorge—. Cómo van a hacer allí una estación de tren, eso es imposible. Estás desparramando, Tránsito.

—Cuando han comprado ahí es por algo —se defendió la vecina—. Puedes estar seguro de que ahí harán algo y ganarán dinero.

—Bueno y qué —intervino Nuria—. Qué pinto yo en esta historia, ¿por qué le has traído a casa? —susurró para que no la escuchara—. ¿Por qué me metes en estos berenjenales?

—Es un buen chico, es de muy buena familia y quiere conocerte.

—Tiene pinta de limpio y educado —intervino Jorge.

—No te soporto —resopló Nuria—. Sal de aquí, vuelve a tu cueva. Olvídame.

—Qué más quisiera yo —dijo Jorge, sentándose tranquilamente a la mesa de la cocina—. Pero si hay boda, necesitarás mi consentimiento y debo estar informado.

—No sufras, no habrá boda —susurró Nuria de nuevo.

—¿Cómo puedes decir eso? —susurró Tránsito, imitándola—. No conoces al chico, es un amor, ya lo verás, tienes que darle una oportunidad, ahora mismo no sabes si te conviene o no te conviene.

—Claro que lo sé —contestó Nuria—. Y no va a haber boda.

—No me gusta que te pongas así —intervino Jorge—. No debes cerrarte al amor, uno nunca sabe cómo ocurren estas cosas, uno nunca sabe cómo llega el amor, no hay que cerrarse puertas, deja espacio a la magia, deja que actúe Cupido.

—Espacio es lo que tú necesitas —dijo Nuria—, mucho espacio. Un viaje a la Luna.

—Tienes que darle una oportunidad —retomó Tránsito el discurso—. No sabes si es buena o mala opción de futuro, no sabes si te vas a enamorar perdidamente de él, de acuerdo que no es el hombre más guapo del mundo, pero no es feo, no es el hombre más inteligente del mundo, pero no es tonto, no es el más atractivo, pero tiene su encanto; dale una oportunidad, déjate querer un poquito, mujer. Además, la familia tiene muchísimo dinero, pueden solucionaros la vida.

—Yo me dejo querer por quien me apetece dejarme querer, ¿tan difícil es de entender? —dijo Nuria, retirando del fuego la cafetera—. Y no necesito que nadie me solucione la vida. Me valgo por mí misma, no necesito a nadie.

—Qué arisca eres, hermana.

—Vete un poquito a la mierda, hermano.

—No os habléis así, a vuestra madre no le gustaría —dijo Tránsito—. Nuria —añadió, tomándole las manos.

—Tránsito —contestó Nuria.

—Yo he quedado con la madre del muchacho que os organizaría un encuentro. Y debo cumplir mi palabra. He reservado mesa en el Rincón de la Amistad para que os comáis unos buenos calamares a la romana, que le encantan, y unas puntillitas, que sé que te gustan a ti, ve con él, come tranquilamente con el chico, que te invite a un helado de chocolate después y paseáis por la Explanada, podéis ir al Barrio a bailar un poquito y a cenar un bocadillo, solo necesito un día.

—Tránsito, lo siento mucho, pero no puedo —dijo Nuria—. Tengo que estar con Puchi. ¿Quién va a cuidar de mi hermano?

—De Puchi me encargo yo —intervino Jorge—. Por eso no sufras, sal y disfruta. Además, Puchi no está demasiado por la labor de quedarse contigo.

—Antes de dejarlo contigo, me fugo con él a la India —contestó Nuria.

—Puchi se queda conmigo —zanjó Tránsito.

—Mira, Tránsito, te lo agradezco enormemente. Sé que miras por mí, entiendo que quieres lo mejor para nosotros, que velas por nuestros intereses, pero no me apetece ir a comer con un desconocido, no me apetece pasear con un desconocido, vengo de Madrid, hace casi tres meses que no estoy en casa tranquilamente con mi familia y necesito un poquito de paz, un poquito de tranquilidad, necesito un respiro.

—Le he dado la palabra a la madre —repitió Tránsito—. ¿Qué te parece si en vez de ir a comer hoy quedáis otro día? ¿Qué tal mañana?

—He quedado con Mery —contestó Nuria.

—Con Mery, eh —dijo Jorge sonriendo—. Son muy amiguitas.
—No te soporto. Me superas.
—¿Qué he dicho ahora?
—¿Cuándo tienes que volver a Madrid? —preguntó Tránsito.
—El domingo por la noche.
—¿A qué hora tienes que estar allí?
—Lunes a primera hora.
—¿Qué te parece si Mariano te lleva en coche?
—¿Qué coche tiene? —preguntó Jorge.
—Un Porsche Carrera novecientos no sé cuántos —contestó Tránsito.
—No me gustan los Porsche —dijo Nuria—. Son muy bajos, me mareo. Vas pegada a la carretera, me dan claustrofobia, no me gustan nada.
—Podría ir al pueblo a buscar el Aston Martin —gritó Mariano desde el comedor.
—¿El de James Bond? —preguntó Jorge, saliendo de la cocina.
—El de James Bond —confirmó Mariano.
—¿Te gusta más el Aston Martin? —preguntó Tránsito.
—No vais a dejarme en paz, ¿verdad?
—Solo es un día —contestó Tránsito—. Solo necesito un día.

Risto, dime tú, quién pudiera imaginar semejante desastre, desplome tal, hundimiento de tan enorme calado, qué pena, qué mal todo, qué decepción hoy, Nuria no quería verlo, se lo oía, me lo venía advirtiendo y yo insistiendo, sería bueno cambiar el foco, se avecinaba una celebración de pura felicidad absoluta, ideal para distraernos, hora y media de estupenda alienación esférica, ¿quién podía imaginar este naufragio?

Me había advertido, la semana pasada se vivió un espejismo, el equipo no tiene ritmo, no ofrecen líneas claras de pase, no hay apoyos, los jugadores adolecen de intensidad, no se ve chispa, faltan piernas, falta oxígeno. En Anfield, los rojos subirán la línea de defensa, presionarán el medio campo, ahogarán la línea de creación, de los de arriba no hay uno capaz de lanzar un desmarque de ruptura en condiciones y con sentido. No hay piernas, no hay intensidad, no hay circulación de pelota, los delanteros la piden al pie, el chico joven, el francés, es el único con capacidad para pedirla al espacio y está lesionado, no hay nada que hacer, será una escabechina, una reedición de las Malvinas.

Son tres goles de ventaja, jugaba la baza de la ilusión, del optimismo, intentaba convencerla, es un mundo, pasarán, están mentalizados. Debemos ser positivos. Da igual, tres o cuatro, o cinco o seis goles de ventaja, ellos marcarán los que necesiten marcar, por ritmo les van a pasar por encima como aviones, les arrollarán, el ritmo inglés es infernal, no tienen nada que hacer, no tendrán una oportunidad, faltan piernas, será un partido de cadetes contra profesionales, una tortura en directo para mil millones de personas, el hundimiento del Titanic en streaming.

He logrado convencerla de encender el televisor sin voz y con el contraste en negativo, casi negro, hemos sufrido luctuosas sombras deambulando por el campo en silencio durante la noche, y echados en el sofá, con su cabeza en mi regazo, hemos asistido al entierro del equipo.

El fútbol es un juego colectivo, no acumularás pelota sin sentido, la única solución para un futuro que se avecina complicado es volver a la esencia, a la circulación de balón a buen ritmo, a la presión alta, al desmarque, a no ocupar, sino a llegar, deben convencerse de que lo mejor para el grupo es integrarse en un engranaje sincronizado. Si no lo entienden no avanzarán, Europa es superior y serán engullidos, los pulmones necesitan oxígeno, quien no soporte el ritmo, quien anteponga su interés personal al bien común, debe retirarse y buscar un banco en el que alimentar a las palomas o administrar obras, quien no presione al rival, quien no crea en el grupo, quien no aparque su individualismo, quien no sea capaz de meter la pierna, debe retirarse, cambiar de aires, dar un paso al lado, permitir al compañero con pulmones y ganas para la lucha respetar el juego, amarlo.

—Todavía queda la Copa —he dicho.

—No la ganarán, no harán nada, el ciclo ha acabado, es el fin de algunos jugadores. Es ley de vida —me dice en el sofá, cogiéndome del brazo—. Es inevitable y debemos aceptarlo. Cuando llega nuestro momento debemos estar a la altura y aceptar lo que se nos viene encima.

—El fútbol son ciclos.

—La vida son ciclos y el fin forma parte del principio, la muerte forma parte de la vida. Tienes que prometerme una cosa —dice Nuria, estrujándome la mano—. Prométeme que no alargarás el mío, mi ciclo será mi ciclo y no ayudarás a prolongar lo inevitable, necesito que me prometas que estarás ahí si pretenden robarme el control sobre lo que soy, sobre mi cuerpo, sobre mi persona, sobre mis ideas, sobre mi cabeza, necesito oírte decir que estarás ahí y que me ayudarás a mantener el control sobre mi vida, quiero preservar mi dignidad, necesito que me digas que no ayudarás a alargar absurdamente mi existencia, me gusta la vida, he vivido lo suficiente, he sido feliz y me gusta vivir, pero no aspiro a existir, no estoy dispuesta a subsistir de cualquier manera, no seré una planta a la que regar tres veces al día. Prométeme que me ayudarás a decidir cuando llegue el momento, prométemelo.

—Los resultados a mitad de ciclo hay que ponerlos en cuarentena, ya escuchaste a la doctora. Debemos esperar a los finales, tenemos margen para ser optimistas.

—Prométemelo, cariño, por favor, necesito que lo digas. Necesito oírtelo, es importante.

—Te lo prometo.

—Gracias. Muchas gracias. Te lo agradezco.

—No hay de qué —contesto—. Tienes cara de cansada. ¿Quieres que nos vayamos a la cama?

—No me dormiría, prefiero quedarme.

—¿Quieres ver *Paquita Salas*?

—Quiero fumarme lo que escondió Mery en la lámpara de Zanzíbar.

—No te creo.

—Ha llegado mi hora.

—¿Tanto duele la derrota?

—Las derrotas no por esperadas resultan menos dolorosas. ¿Vas a buscarlo?

Escondidos en la lámpara de coco, los dos cigarrillos especiales que Mery dejara la penúltima vez que estuviera en casa. Encendí el primero, se lo acerqué a la boca, le dio una calada, empezó a toser.

—¿Sabes que es la primera calada que te veo darle a cualquier cosa?

—Siempre hay una primera vez en la vida.

—¿Notas algo?

—Nada de nada.

—Qué raro.

—¿Crees que la heroína caduca?

—Ni idea, podría ser. ¿Le pregunto a Mery?

—Deja a Mery tranquila. ¿Quieres probar?

—Mi heroína eres tú.

—Qué bonito.

—¿Quieres más?

—No noto nada, deja que le dé otra calada.

Me susurra cerrando los ojos, fumando, zarpando en paz del sofá de casa.

Jorge y Mariano aprovecharían la reserva en el Rincón de la Amistad para comer juntos y sellar con vino tinto de Jumilla el pacto de las puntillitas con mahonesa por el que Jorge se comprometía a telefonar regularmente a su hermana, no menos de tres veces a la semana no más de cinco, para convencerla de que su nuevo amigo era, además de un ser humano sobresaliente, una opción seria y viable como futuro marido, a cambio, Jorge conseguiría plaza en el Aston Martin y un radiocasete nuevo multipista.

A Nuria, por misteriosas e indescifrables razones, le agradaba charlar de tarde en tarde con su hermano, soportaba estoicamente la chapa que le daba por Mariano y a cambio seguía la actualidad de los suyos, sabía que Puchi había intentado fumarse un par clases y lo dejaban en la puerta del colegio para que no se perdiera, que había dejado el tenis por un skate Santa Mónica y que un grupete de niñas le había montado una serenata a la entrada de casa. Sabía que Jorge tenía novia, una chica dominicana, parecía algo serio, y que José María había vuelto con su novia de siempre y soñaban con comprarse un piso.

A Mariano, y por el placer de charlar con los suyos, lo iba viendo, quedaban de vez en cuando, siempre en lugares poco frecuentados, semidesérticos, la filmoteca era uno de sus rincones favoritos, pasear por la Gran Vía era una temeridad, un tormento, y a la fuerza se especializaron en la obra de Kiarostami.

Del trabajo iba y venía con Emma, se había agenciado un viejo Seiscientos amarillo de un amigo de una amiga y quedaban cuando grababan, a Antonio le había perdido la pista, rondaba a un par de chicas y se habían distanciado.

Después del especial de Navidad, las semanas empezaron a caer en cascada sobre los estudios Roma, don Narciso irradiaba felicidad, era un arcoíris con botines, el programa se producía cada vez más rápido, el engranaje funcionaba, trabajaban en sincronía, como un solo cuerpo, y sacaban *Un, dos, tres* como churros.

Se perfilaba en oficinas, lo sabía por Paloma, la siguiente temporada. Chicho no tardaría en preguntarle, debería decidir si continuar o no formando parte del espectáculo. Pensar solo en que debía tomar una decisión la estresaba, a Madrid llegaría con la idea de probar, de ver, visibilizarse, pero se acercaba la hora de decidir y no le apetecía imaginar el futuro, ofertas tenía, nada que la convenciera, nada que la sedujera, demasiado tarde llegaría la oferta de *Cifras y Letras*, y el precio era su familia.

Chicho la llamó a su despacho un lunes de principios de febrero, Anabel había acabado de maquillarla y subió a ver al jefe. Encontró a Lydia reunida, discutían los términos de un acuerdo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nuria, sentándose frente al escritorio.

—Que nos vamos a Hungría —contestó Lydia con su perfecta sonrisa—. ¿Te apetece?



[Video](#)

El viaje a Hungría fue divertidísimo, lo pasaron de miedo, Lydia, Diana, la mujer de Chicho, y Nuria disfrutaron como niñas, debían recorrer el país en cinco días y emplearon, debido a la nieve por la noche y a la niebla por la mañana, incapaces de conseguir una toma decente, dos semanas y media de auténtica locura.

Llegaron reventadas un martes a Barajas, un retraso por una turbina defectuosa hizo que se acostaran de madrugada, no había llamado a Emma, sabía que grababan juntas al día siguiente, la esperaba en la puerta del parking a la hora de siempre.

Doce minutos de plantón; era tarde y empezó a preocuparse, Emma no era la diosa griega de la puntualidad, pero dieciséis minutos, incluso para ella, parecían excesivos. Agarró el bolso y se acercó al piso de los padres, quizás no estaba en casa, quizás se había fugado, quizás estaba enferma.

Tras la cristalera, distinguió al fondo del zaguán la portería vacía, portero y familia habían sido desahuciados, puestos recientemente de patitas en la calle. Debería llamar a ciegas al telefonillo, era su primera vez en casa del teniente, no tenía ni idea de cuál era el botón a pulsar y decidió emprender ordenadamente la búsqueda. Tocó primero a los primeros, esperó unos minutos y al no obtener respuesta, dispuesta a seguir con los segundos, automáticamente y crujiendo por las bisagras se abrió la cancela de hierro del edificio. De sus entrañas surgió una pretérita mujer con cesto de mimbre al brazo y un pañuelo color ceniza en la cabeza.

—¿Quieres algo? —preguntó la señora—. ¿Buscas a alguien?

—Busco a Emma —contestó Nuria—, una chica joven, con el pelo por los...

—La loca de la tele —le cortó la señora—. Sé quién es tu amiga, sé de quién me hablas. La familia vive en el Quinto B. Pero no creo que estén, los padres se fueron hace siete días al pueblo, la madre me comentó que estarían allí una buena temporada. ¿Y tú eres amiga de esa loca? ¿Sales también en la tele? ¿Salen morenas en Televisión Española?

—Solo yo —dijo Nuria, entrando en el edificio.

—¿Adónde vas?

—¿Adónde cree que voy?

—Ya te he dicho que no están —repitió de malas maneras—. Si no te contesta es porque se ha ido por ahí con algún sinvergüenza, algún deshecho como ella, estarán durmiendo la mona en alguna pocilga, borrachos, drogados, sois unas drogadictas, todas, unas putas de cuartel —dijo, sin moverse de la puerta.

No tenía tiempo, no le contestó. ¿Para qué?

—Si quieres subir, sube.

—Gracias —dijo Nuria frente al ascensor.

—No me des las gracias, haz lo que te dé la gana, da igual lo que te digan, vas a hacer lo que te dé la gana, así que sube si quieres subir, mierda de país, asco de juventud —escupió, saliendo a la calle, perdiéndose entre el gentío.

—Madre mía, cómo está el patio —susurró Nuria.

Pulsó el botón y apareció en el quinto, llamó al B sin éxito y empezó a aporrear la puerta, nerviosa. Algo no iba bien, tenía un mal presentimiento, algo raro ocurría y se puso a gritar, sin dejar de golpear la puerta, cada vez más fuerte, cada vez más nerviosa; el estruendo era ensordecedor, las voces resonaban en el edificio y una vecina que bajaba por las escaleras del sexto, alarmada, se situó tras ella.

—¿A qué viene tanto golpe? —preguntó en bata, zapatillas y con un pañuelo color ceniza en la cabeza—. ¿A qué viene semejante escándalo? Si no te abren, será por algo, ¿no?

—¿Tiene usted llaves? —preguntó Nuria atacada—. Hay que abrir esta puerta.

—No están —contestó la señora—. Se han ido al pueblo.

—Quiero ver a Emma, tenía que ir a trabajar con ella esta mañana y no se ha presentado a la cita. Algo le ocurre.

—¿Habías quedado con ella?

—No, pero...

—¿Entonces? —le cortó la señora—. ¿Cómo sabes que la pasa algo? Con esta no se sabe nunca. A saber dónde estará, seguro que anda por ahí de vinos con algún desgraciado. De esta, cualquier cosa.

—¿Tiene usted llaves de la casa?

—Tengo llaves, pero no para dárselas a la primera morena que venga por aquí.

Dejó la puerta, se plantó frente a la vecina y a dos centímetros de su cara y con la voz más profunda del mundo, una voz de ultratumba surgida de sus intestinos, una voz que Chicho detestaba, capaz de herir la sensibilidad del espectador, le dijo:

—La llave, ya.

El apartamento estaba patas arriba, cojines, mantas, fundas por el suelo, sillas del revés, cortinas rasgadas, Emma no apareció en su cuarto, no estaba en la cocina, ni en el comedor o en la habitación de los padres, la encontraron en el baño, metida en la bañera, totalmente desnuda y medio muerta.

—Ay, Dios mío —exclamó la vecina, llevándose las manos a la cabeza—. Ay, Dios mío de mi alma, ¿qué ha pasado aquí? Ay, Dios mío bendito, que se nos ha suicidado la pelandusca.

Respiraba despacio, sin fuerzas, un hilo de vida vibraba todavía en su garganta, tomaba aire a cuentagotas, pero lo tomaba, lo seguía tomando. Se lanzó sobre sus pálidas mejillas para abofetearla. Debía reaccionar, debía despertar.

—Vaya ahora mismo a preparar café —le ordenó a la del sexto, que seguía paralizada en la puerta del baño—. ¡Rápido! ¡Café! Una cafetera entera. Dese prisa.

La hizo vomitar en el váter, se había endosado medio frasco de pastillas con alcohol, ginebra y tequila, pero su vida no corría peligro, se pondrá bien, se recuperará, diagnosticó el marido de la vecina, doctor del ejército retirado.

La bañó, la obligaron a caminar, le dieron a respirar carbonato de amonio, le endilgaron una cafetera entera y la encamaron para que se recuperara. El teniente y su mujer no regresarían del pueblo, nadie los volvería a ver pasear por la ciudad, no la dejaría sola y llamó a la tele avisando de que no iría, había pasado mala noche, se encontraba mal, necesitaba el día para quedarse en la cama, que no contaran con ella para grabar.

Permanecería a su lado, sus dos únicas amigas seguían en Londres, parecía no despertar demasiadas simpatías entre las vecinas; me quedaré con ella, le prometió al doctor antes de que

recogiera su maletín y saliera por la puerta. Durmió doce horas y a las nueve de la noche, y con un horrible dolor de cabeza y algo de color recuperado en la cara, abrió los ojos y le dedicó media sonrisa.

Le había preparado caldo de pollo y, entre cucharada y cucharada, Emma le descubrió la verdadera historia del Señor X.

Sabía que era conocido de la familia, amigo de la infancia, entraba y salía del piso del teniente como y cuando le daba la gana, sabía que, en contra de la voluntad de los padres y sin que ellos lo supieran, había ayudado a Emma con su carrera de artista. Sabía que se acostaban, que se había quedado embarazada y había abortado por puro pragmatismo.

Lo que no sabía era que su madre, siendo adolescente, se había acostado con el Señor X y que seguían viéndose en secreto.

—¿Cómo? —exclamó Nuria.

—Lo que oyes, los pillé el otro día en el hotel al que me llevaba.

—¿Qué hacías allí?

—Curiosidad —susurró Emma sin fuerzas—. Le echaba de menos.

—Igual era su mujer, ¿no decías que se parecían, que eran como dos gotas de agua?

—Somos tres gotas de agua.

—No digas eso. Seguro que no era tu madre.

—A mi madre, de momento, la distingo; a mi padre no estoy tan segura —dijo Emma—. Era ella, subí a la habitación y los sorprendí en la cama.

—No puede ser. Es imposible, Emma. No se hubiera acostado contigo. No me lo creo.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —repitió Nuria superada—. Pues no sé, ¿por qué no? Qué fuerte. Qué horror, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a contárselo a tu padre?

—¿A mi padre? No me creería —contestó Emma, tomando una cucharada de caldo de pollo—. Jamás creería una historia semejante, mucho menos si soy yo quien se la cuenta.

—Inténtalo —dijo Nuria.

—No se lo contaré nunca, ¿para qué? No imagino peor condena que estar atado a mi madre el resto de su vida. Son tal para cual, son lo que se merecen.

—¿Y qué harás cuando vuelvan?

—No volverán, mi madre no quiere un escándalo. Se han marchado por miedo a que yo hable, por miedo a las vecinas, pero yo no hablaré, prefiero que estén juntos el resto de sus vidas.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Marcharte?

—Casi lo consigo —contestó Emma, haciendo palidecer a Nuria.

—Ni en broma.

—No tienes de qué preocuparte —dijo Emma—, se me fue la mano con la ginebra, eso es todo, no pretendía suicidarme. Qué suerte que me hayas encontrado.

—Tienes que descansar, la semana que viene tienes que volver al programa.

—La semana que viene estaré en Londres, quiero empezar de cero.

—¿Y la tele?

—Me he quedado sin padrino y estoy harta de dar tumbos. Tengo una amiga volando en British Airways, intentaré ser azafata de vuelo.

—Buena elección. Pero ¿estás segura?

—¿Se puede estar segura de algo?

Jamás volaría para British Airways, durante quince años voló en un par de compañías inglesas, se casó tres veces y tiene dos niñas preciosas. Emma sigue viviendo en Inglaterra y hace unos meses habló con Nuria por Skype, es casi abuela.

El Señor X, hasta no hace mucho, seguía haciendo carrera en el Ministerio.

Chicho la llamó a su despacho, la temporada echaba el telón, debían diseñar la siguiente, la tierra no deja de girar sobre su eje y necesitaba respuestas.

El teléfono de casa echaba humo, llovían las ofertas, televisión, teatro, teatro de variedades, relaciones públicas, revistas eróticas, ¿de verdad no le interesa mostrar las tetas en la portada de *Interviú?*, pagamos pornográficamente bien. Debía aclarar el futuro y la decisión no podía dilatarse, probablemente el viaje a Hungría había sido una treta para seducirla, ¿echaba Chicho toda la carne en el asador?

Paloma la recibió con su habitual sonrisa y una jarra de café humeante en el escritorio; el jefe esperaba.

—Buenos días, querida —dijo don Narciso, sentado en su sillón de piel y fumando su enorme habano—. ¿Qué tal fue por Hungría? ¿Te agradó aquello? ¿Me lo recomiendas? Diana volvió encantada.

—La verdad es que sí —contestó Nuria—. Budapest es preciosa, el país es una maravilla y nos han tratado fenomenal, han sido muy amables. Nos hemos reído mucho.

—Me alegro —dijo Chicho—. Me alegro de verdad, Nuria. ¿Quieres tomar algo, querida?

—Estoy bien —contestó Nuria.

—Debemos hablar, lo sabes, ¿verdad? ¿Te comentó Paloma?

—Algo hemos hablamos.

—Bien —dijo Chicho, dejando el puro en el cenicero—. Verás, mi bubi querida, nuestra España está en transformación, el país cambia, no tan rápido como quisiéramos algunos, pero evolucionamos, los tiempos que vienen serán distintos a los que vivimos y hemos vivido, no cambiarán en exceso y a la velocidad del rayo, pero veremos nacer muchas y distintas oportunidades, en la mayoría de los campos habrá movimiento y en el mundo de la televisión, como no podía ser de otro modo, también. Seguramente no tan rápido como creen algunos, como desearían, las cosas de palacio, ya se sabe, en este país van a paso de tortuga reumática, pero el cambio que se nos viene encima es inevitable. La apertura es un hecho, está ocurriendo, el suelo que pisamos no será el que pisemos en unos meses, así debe ser, así será, no tengas dudas.

No tenía ni idea de qué le hablaba, se limitó a escuchar en silencio.

—Pero no nos perdamos en disquisiciones, centremos el tiro, vayamos a lo que nos conviene y ocupa en este momento. Nuria, querida, unos productores italianos entienden o conocen que España abrirá su monopolio televisivo en breve y están dispuestos a lanzarse a la aventura. Me han solicitado personalmente que os transmita su intención de contar con vosotras para trabajar con ellos. Yo, te soy totalmente sincero, no tengo idea de qué pretenden ofreceros, tampoco sé qué tienen en mente poner en marcha, sí puedo decirte que están convencidos de que el tema irá mucho más rápido de lo que realmente irá, el país se está abriendo, el cambio debe llegar, está llegando, y llegará, pero no dejamos de estar en España y los acontecimientos manejan sus propios ritmos, el país mantiene su idiosincrasia, es decir, no será de hoy para mañana, aunque ellos crean lo

contrario.

—Chicho —intervino Nuria—, lo siento, pero me he perdido.

—Perdona, Nuria —dijo Chicho, fumando su puro habano—. Tienes razón, estás en lo cierto, me levanté un poquito, cómo decirlo, un poquito divagante. Verás, los italianos quieren haceros una prueba, a las que queráis ir, claro, han tenido la deferencia de comunicármelo para que sea yo quien os dé la noticia. No tengo ni idea de qué se trata, pero sí que la oferta en términos económicos será más que generosa, ganaréis bastante más que aquí, eso me consta. Si deseas hacer la prueba, yo te recomiendo que vayas, nada tienes que perder, un par de limusinas os recogerán esta tarde en la entrada de los estudios. Esta tarde al acabar aquí os recogerán y os llevarán, no sé muy bien adónde, imagino que a algún teatro por el centro, ni idea, para conoceros en persona, para veros en vivo y en directo.

—A ver si te he entendido —dijo Nuria—. España dejará de ser antes o después un monopolio televisivo; unos productores italianos quieren abrir su canal, buscan personal y nos harán una prueba para alguno de sus programas, ¿es eso? ¿Como presentadoras?

—No sé decirte —contestó Chicho—. No sé qué buscan exactamente, no sé qué tienen en mente para vosotras. Pero sí puedo asegurarte que tardarán más de lo que creen en emitir, emitirán seguro, pero tardarán bastante más de lo que piensan. Me consta que están buscando artistas, presentadores, directores de informativos, realizadores, cámaras..., el personal imprescindible para poner en pie un canal de televisión que, y como has comprobado, es ingente.

—La verdad es que no sé si me interesa —contestó Nuria.

—Es sabido que la televisión italiana es infumable, no tienen un programa que valga la pena —dijo Chicho—, pero tú prueba, no pierdes nada, quizás te sorprendan, en este loco mundo uno nunca sabe. Igual se descuelgan con la mejor parrilla del país. El espectador necesita caras conocidas, las nuevas cadenas que vendrán necesitarán rostros, los italianos lo saben, necesitan caras familiares no se la jugarán con desconocidos, tienen los bolsillos llenos, no correrán riesgos. Ve, no pierdes nada, igual te llevas una sorpresa, aprovecha tu juventud, tu belleza, tu inteligencia, aprovecha y haz que el mundo de la televisión se convierta, aunque ahora te parezca imposible, en tu futuro hogar. La fama es dura, pero tiene sus ventajas.

De nuevo don Narciso la engatusaría para subirse a la famosa limusina en pos de la televisión del futuro, las chicas estaban de los nervios, mordiéndose las uñas ante la oportunidad de sus vidas, excitadas, agitadas en el asiento de cuero calefactable, ilusionadas por el mañana que llama a tu puerta cuando menos te lo esperas, al tren que no se puede dejar escapar, al barco que zarpa y esas cosas que se dicen.

Un chófer de aspecto italiano les abrió las puertas negras de la limusina con un mando a distancia; sin salir de los estudios y al minuto y medio de iniciar el trayecto, el automóvil se detuvo frente a una descomunal mole de hierro gris, fachada azul y penetrante olor a almizcle.

Un tipo bajito, regordete, engominado, de nariz aguileña y traje a rayas, abrió con reverencia vaticana la puerta blanca nuclear de la limusina.

—Bienvenidas —gritó con voz aflautada y acento de Calabria—. Mi nombre es Giuseppe y es un verdadero honor tener a estrellas como ustedes en nuestro hogar. Es un honor enorme tenerlas entre nosotros.

Bajaron de la limusina y a una seña de Giuseppe tres camareros, impolutos, engominadísimos, también italianos, portando bandejas de plata con finas copas de cristal de Murano, sirvieron el líquido sonrosado y burbujeante que contenían.

—Muy agradecidos —prosiguió— de que hayan aceptado nuestra invitación y accedan a visitarnos. Como muestra de gratitud saboreen una copa del mejor espumante que se puede pagar con dinero. No sean tímidas, hay una copa para cada una de ustedes.

Agradecieron el gesto, obedecieron a Giuseppe, eligieron su copa, pero no probaron una gota.

—Acompañenme —continuó, haciendo esta vez una seña a los camareros para que se retiraran—, si hacen ustedes el favor de seguirme, les mostraré nuestro nuevo y rutilante hogar, comprobarán que es espectacular y con las comodidades propias de las estrellas que nos visitan y nos visitarán de aquí en adelante. Entramos en el corazón de la futura televisión de este país.

Giuseppe no exageraba, la calidad y la majestuosidad de los estudios que se estaban construyendo dejaba sin habla, sin aliento, al que pisara las instalaciones por vez primera; el desembarco italiano sería a lo grande. Las chicas paseaban entre cables, focos y cámaras con la boca abierta, los ojos desorbitados y el corazón disparado.

—Notarán —prosiguió Giuseppe— que nos encontramos en pleno proceso de adecuación de los espacios, dotamos de alma a la creación, les prometo que serán las mejores instalaciones en las que han trabajado. No faltará un detalle. Estamos tremendamente satisfechos de nuestra obra.

—No es para menos —dijo una de las chicas.

—Espero que se sientan como en casa —respondió Giuseppe tremendamente orgulloso—. Hemos llegado —dijo, abriendo la puerta del gigantesco camerino principal—. Pueden cambiarse de ropa, ponerse cómodas, preparar sus audiciones, siéntanse como en casa. Es un placer tenerlas

entre nosotros.

—Exactamente —intervino Nuria— ¿a qué hemos venido? Quiero decir, hemos venido a hacer una prueba, lo tengo claro, pero una prueba de qué, una prueba para qué.

—Lo siento —se lamentó Giuseppe—, ma yo soy el encargado de recibirlas como se merecen, de mostrarles la casa, yo soy su anfitrión, su guía, pero únicamente eso, las preguntas artísticas deben hacérselas a don Paolo. Él las informará mucho mejor que yo de lo que necesiten saber en temas artísticos, no soy su hombre, no soy la persona adecuada, discúlpeme —dijo, saliendo del camerino, no antes de realizar una nueva y solemne reverencia—. Si necesitan cualquier cosa da me, estoy fuera atento a lo que necesiten.

—Gracias —contestaron a la vez, dejando las bolsas en las relucientes mesas blancas de maquillaje.

Ahora sí, tomaron espumante para calmar los nervios, se retocaron las pestañas, se cardarían el pelo, realizarían ejercicios de estiramiento, de vocalización, de relajación, se preparaban sin saber por qué ni para qué, sin tener claro qué hacían allí, con qué intenciones eran requeridas por los italianos.

Entre soniquetes guturales y espray de laca, escucharon tres golpes a la puerta. Un tipo alto, bien parecido, ojos verdes, abrió sin esperar respuesta, sin necesitar permiso.

—Buenas noches —dijo con voz napolitana.

—Buenas noches —respondieron ella a la vez.

—¿Qué tal, chicas?, ¿cómo les va todo? Bienvenidas. Veo que no se están cambiando. ¿Por qué no se están cambiando?

—¿Cambiado para qué? —preguntó Nuria.

—Cambiado para la prueba, claro —dijo el napolitano de labios carnosos y nariz prominente.

—¿Y usted quién es? —preguntó Nuria.

—Io sono Paolo —contestó pomposo y agitando las manos—. ¿Nadie les ha hablado de mí? No me lo creo. Yo, señoritas, soy el hombre que les cambiará la vida —anunció, recostándose sobre el marco de la puerta—. Chicas, ¿queréis que os cambie la vida aquí y ahora? ¿Queréis ser estrellas de verdad? ¿Queréis dar el gran salto?

—¿De qué es la prueba? —preguntó una de las chicas.

—Imagino que os habéis traído mallitas ajustadas —contestó Paolo—, alguna braguita interesante. Esta noche queremos veros bien el culito. Queremos primeros planos.

—¿Perdona? —exclamó Nuria enfurecida.

—Que si habéis traído mallas ajustadas o alguna cosita interesante para veros el culito, esta noche queremos.

—Te he oído a la primera —le cortó Nuria, levantándose de la silla—. Estoy alucinando.

—¿Alucinando?

—Mira —continuó Nuria—, si lo que quieres es verme el culito, si la prueba se reduce a verme el culito, si me habéis traído aquí a estas horas de la noche para verme el culito, tienes catorce programas del *Un, dos, tres...* para tomar medidas. Solo tienes que pedir las cintas a Radio Televisión Española, te haces un molde y lo cuelgas en la pared de tu despacho si tanto te gusta.

—Mujer, no te pongas así, no era...

—Yo no me pongo de ninguna manera —le cortó de nuevo—. Yo me voy a mi casa, tengo ganas

de cenar y estoy cansada. Haz el favor de llamar a un taxi.

—Mujer —dijo Paolo.

—Ni mujer, ni mujer, ni hombre, ni niño, ni perro —continuó Nuria—. Llama ahora mismo a un taxi. Me voy a mi casa. Tengo hambre, tengo que prepararme la cena, es tarde y estoy demasiado cansada para aguantar idioteces.

Chicho tenía razón, los italianos tardarían en emitir y la prueba, efectivamente, sería para convertirse en icono de la compañía durante las primeras temporadas.



[Video](#)

Se despidió amablemente del taxista, antes le había firmado el puño de la camisa, entró en el portal, subió por la escalera, el ascensor seguía averiado, abrió la puerta del apartamento y antes de dejar la bolsa junto a la cama, antes de quitarse la chaqueta, antes de lanzar por los aires los zapatos, antes de meterse bajo la ducha, antes de prender el calentador, empezó a sonar con machacona insistencia el teléfono, y como no podía no cogerlo, lo cogió.

—Buenas noches, querida Nuria. —Era Chicho, ya se había enterado—. ¿Cómo estás?

—Mal —contestó Nuria—. Harta. Furiosa. Fracasada. Este mundo entrega mucho menos de lo que exige. Muchísimo menos.

—La vida no es tan rápida como nos dicen en televisión.

—Es mucho más lenta, sí —contestó Nuria—. La verdad, pensé que me llamaría Paloma, gracias por llamarme, te lo agradezco.

—Querida, fui yo quien te metió en ese embrollo, lo lógico es que te llame yo, ¿no?

—Te lo agradezco.

—¿No te gustó la prueba?

—No estoy preparada.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Lo que te han contado —contestó Nuria.

—Me gusta escucharte, mi querida bubi.

—No salimos de los estudios, nos enseñaron sus platós, sus instalaciones, fanfarronearon, nos dijeron que serían la televisión más importante de España.

—Lo serán —intervino Chicho.

—Nos enseñaron aquello, nos trataron muy bien, fueron muy educados, no hubo ningún problema hasta que nos llevaron al camerino y entró un tipo, un tal Paolo, diciendo que nos pusiéramos mallitas que querían vernos el culito.

—¿Eso os dijo?

—Palabras textuales —contestó Nuria.

—¿Qué hiciste?

—Ya lo sabes. Lo que te lo han dicho.

—Me gusta oírte.

—Cogí mis cosas y me largué, no podía hacer otra cosa.

—¿Qué les dijiste?

—Ya lo sabes.

—Dale.

—Que si querían verme el culito, tenían catorce programas del *Un, dos, tres...* para tomar medidas, que te pidieran las cintas para hacerse un molde.

—Sabes que son veintiséis, ¿verdad?

—¿Tantos programas hemos grabado? —dijo Nuria—. Cómo pasa el tiempo.

—El tiempo vuela y las oportunidades no vuelven.

—No creo que haya dejado escapar ninguna oportunidad, sinceramente. Enseñar el culo en televisión no creo que ayude en nada, ni a mí en particular, ni a la raza humana en general.

—Eres la única mujer de verdad que ha pasado por este programa —dijo Chicho.

—Seguramente la menos motivada, juego con ventaja. No aciertan con lo que quiero y no pueden aprovecharse.

—Eres la única mujer de verdad que ha pasado por este programa —repitió Chicho.

—Si tú lo dices.

—Yo lo digo. No estás dispuesta a tragar y jamás te harás un hueco. En este mundo hay que tragar mucha mierda.

—Eso parece.

—Así es.

—No estoy preparada para ser la negrita que enseña el culo, no sé en qué me ayuda, ni a mí, ni a mi familia, ni a nadie.

—¿No quieres ser Rosa Parks?

—Rosa Parks no enseñaba el culo.

—Rosa Parks viajaba sentada —contestó Chicho.

—No soy tan valiente.

—Aunque ahora no lo creas, eres de gran ayuda.

—Por lo menos, gracias a mí, cerraste el acuerdo con Okey. ¿Por eso me contrataste? Era el chocolate que le faltaba al programa. Voy a purgar durante años esa foto, me temo.

—De ninguna manera —contestó Chicho—. Te contraté porque pienso, sigo pensando, que faltan caras como la tuya en Televisión Española. Mentes como la tuya, voces como la tuya. Conocer te es bueno para la salud de los espectadores.

—No te creo, pero gracias.

—Tienes público y marcas interesadas, serías una estrella si quisieras, si estuvieras dispuesta a tragar una pizca de mierda.

—No es para mí, no estoy preparada. No me siento con fuerzas.

—Uno se hace, el ser humano se adapta. Además, para mover un dedo hay que tragar, y el rédito coste beneficio es tremendamente favorable en este mundo.

—No sé cantar, no sé bailar, no sé actuar, solo puedo aspirar a enseñar las tetas en *Interviú* y no me apetece.

—Hay más sitios.

—No estoy por la labor de regalar mi vida por migajas.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Chicho.

—¿Nos despedirnos? —contestó Nuria.

—Con todo el dolor de mi corazón.

—Ha sido un placer conocerte, un privilegio compartir estos meses contigo. Te quiero mucho, Chicho. Estarás siempre a mi lado, fue una suerte encontrarte, tenerte cerca, eres sin duda de las personas más interesantes con las que me cruzaré en la vida.

—Lo mismo digo, querida.

—Te llevaré en el corazón, muchas gracias por tu ayuda, por tus consejos, por tu sabiduría. Me has regalado en estos pocos meses toneladas de fuerza y confianza, aplomo y seguridad, que me acompañarán el resto de mi vida. Muchas gracias, Chicho, muchísimas gracias.

- ¿Vivir a mi lado no ha sido un calvario?
- Algo bueno sacaremos con el tiempo.
- Muchas gracias, mi querida bubi.
- Un besito muy fuerte, mi querido blanquito.
- Un beso enorme y buenas noches, mi querida Nuria.
- Muy buenas noches, mi querido Chicho.

No corría el agua de la ducha, el auricular del teléfono seguía caliente, ni dos minutos que había colgado, no se había desprendido de los zapatos, de la blusa, y volvía a sonar el siniestro aparato y como no podía no cogerlo, lo cogió, porque a Nuria le resulta imposible no cogerlo.

—Ya me he enterado —se presentó Jorge.

—¿Cómo te has enterado? —contestó Nuria—. No lo sabe nadie. Lo he decidido hace una hora. Acabo de decírselo.

—¿Acabas de decírselo? —se extrañó Jorge—. No es lo que me han dicho.

—Pues acabo de decírselo. ¿Cómo lo sabes? ¿Por qué es tan complicado hablar contigo?

—Me lo está diciendo.

—¿Quien? —preguntó Nuria—. ¿Qué? ¿De qué hablas?

—Has dejado a Mariano —resolvió Jorge—. Me lo está diciendo. Lleva hora y media diciéndomelo. Estamos cenando en el centro, hemos quedado para ir a tomar algo, te llamo desde una cabina. Me está poniendo al día.

—Pues eso —dijo Nuria.

—No me lo puedo creer —dijo Jorge.

—Es sencillo de comprender, si le dedicas tiempo, si te interesa, no es tan complicado.

—Es la segunda vez que te lo pregunto, la primera no me contestaste. ¿Qué esperas de la vida?

—Jorge, no estoy de humor, lo siento. Necesito ducharme.

—En serio, ¿qué esperas?

—Ahora mismo me conformo con un chorrito de agua caliente.

—Tienes a un tío que está loco por ti, un tío majo, amable, no es un Adonis, pero no es feo, no es un Einstein, pero no es idiota, no es Nacho Solozábal, pero tiene dinero, literalmente tiene dinero para parar un tren. Te quiere, te trata bien, te da lo que le pides, ¿qué quieres tú de la vida? ¿Qué buscas?

—Jorge, no estoy de humor —repitió Nuria—. No tengo fuerzas.

—¿Qué te pasa?

—Que estoy cansada. Estoy agotada, harta de que me traten como un trozo de carne con ojos. De que no me pregunten, de que den las cosas por sentado. Estoy cansada, necesito recuperar el equilibrio.

—¿Mariano te desequilibra?

—Necesito volver a casa —continuó Nuria—, estar con mi familia, pasear tranquila por la calle, pisar con los pies en la tierra, no sé muy bien qué estoy haciendo con mi vida, necesito reencontrarme.

—No te entiendo —contestó Jorge.

—Me consta.

—Tienes lo que cualquier persona normal quisiera tener en la vida y parece que para ti no es suficiente. ¿Qué quieres de la vida, Nuria? ¿Por qué has dejado a Mariano?

—Quiero enamorarme —contestó sencillamente—. ¿Tan complicado es de entender?
—Pero si no le has dado una oportunidad, un poco de margen.
—Quiero enamorarme de un hombre que se enamore de mí, de Nuria Carreras, no de mi imagen, de la idea de lo que soy o debiera ser, de un concepto proyectado.
—¿Qué dices?
—Digo que no necesito un hombre que me mire con ojos de cordero degollado, digo que necesito un hombre que me haga reír, un hombre que me quiera y al que yo quiera con locura, necesito enamorarme perdidamente. No necesito una mansión con Aston Martin en la entrada, ni fiestas con famosas, no me gusta el caviar, las ostras me producen arcadas, no necesito que me abran la puerta del parking, no quiero depender de nadie, ni tener una asignación mensual, quiero enamorarme, solo eso, no necesito un príncipe azul, quiero un hombre divertido que me quiera.
¿Tanto pido?
—Al final acabarás con un melnudo.
—Eso me decía siempre papá.
—Pues tenía razón, acabarás con un melnudo.
—Con la suerte que tengo, seguro que se le cae el pelo al mes y medio de conocernos.

58

El 2 de mayo de 1989 y gracias a Naomi, no fue en vano la foto del Okey, Nuria cumpliría su sueño de infancia. El 2 de mayo de 1989 volaría por primera vez un 757 de la compañía LTE, filial española de la alemana LTU, felicidad en las alturas, por fin, tripulante de cabina. La primera tripulante de cabina española negra.

Veinte años en la compañía, cuarenta países visitados, quince mil horas de vuelo, cuatrocientas ciudades fotografiadas, vería caer el Muro, sentiría la campana de Hiroshima, cruzaría el Golden Gate, se fugaría de Alcatraz, ascendería las Torres Gemelas, nadaría el lago Nicaragua entre caimanes, salvaría crías de carey en Tortuguero, escucharía violines en Galway, correría los jardines de Central Park, subiría a la noria en Londres, se inmortalizaría en el Arco de Triunfo, París, se toparía con la sirenita en Copenhague, tomaría chocolate en Berna, se congelaría en el Perito Moreno, devoraría patatas en Colonia, fish and chips en Liverpool, alucinaría las auroras de Finlandia, bostezaría en un kibutz, regatearía en Túnez, transitaría los pasillos del Palacio de Knosos, se bañaría en las Maldivas, en Cozumel, en isla Pelicano, Panamá, descubriría Pearl Harbor desde las alturas, gozaría del vuelo del ave del paraíso en el cráter del Maunaloa, cruzaría la Toscana, bailarían salsa en Dominicana y rock and roll en Ecuador, un orinal para el Manneken pis, no fumaría en Ámsterdam, pagaría el tranvía en Rotterdam, se colaría en Roma, se enamoraría de Ciudad del Cabo, descubriría en Moloka'i la pasión entre cetáceos, aterrizaría en Varsovia, no cazaría osos en Bucarest, se descalzaría en Bali, se perdería en Egipto, probaría fortuna en Bangkok, lloraría en Santa Sofía, navegaría el Amazonas desde Manaos, desembarcaría en Iquitos, aterrizaría de emergencia en Tenerife, sufriría en Moscú, nada de cerveza en Praga, renacería en Valparaíso, cambiaría de taxi en Santiago de Chile, abortaría en el aeropuerto de Bilbao, padecería Buenos Aires, plancharía la camisa en Los Ángeles, la estafarían en Ottawa, Canadá,

visitaría en Boston al grandísimo Larry Bird, disfrutaría de la puesta de sol en el Kilimanjaro, de una familia de elefantes en el Serengeti, saborearía el bacalao de Lisboa, abrazaría delfines en Kiwengwa, la bañarían de oro en Dubái, dormiría en el suelo del aeropuerto de Doha, feliz entre las nubes, feliz en el *galley*, feliz con sus compañeras, tremendamente feliz volando a cuarenta mil pies de altura; no sería en vano la foto del Okey.

Miércoles, 22 de enero de 2002, costa de Kiwengwa, Zanzíbar, en el hall del hotel a los pies del océano Índico coincidirían nuestras miradas, nos encontraríamos, te invitaría a cenar, te besaría por vez primera.

En casa no se ve el *Un, dos, tres...* y jamás cedió en ese punto, a pesar de mi repetida necesidad por verte, se arrellanaba en el sofá verde, incomodísimo sofá verde hecho a medida, se apoderaba del mando a distancia y nos enchufaba *La clave* sin preguntar, José Luis Balbín en vena y...

La foto del Okey no sería en vano, fue la única forma de tenerte cerca.

Los Maristas organizaban en primavera un torneo internacional de baloncesto, un acontecimiento al que acudían los mejores equipos de Europa. Llegué solo al primer partido, él se quedaría en la cama, respiré aliviado al verte, allí estabas presidiendo desde las alturas la cancha, tu sonrisa me acompañaría aquella semana; la foto del Okey no fue en vano.

En Nungwi, bañándonos bajo las estrellas, no creías una palabra, bailando descalzos sobre la arena la música del Cholo's, mientras Teo se estrellaba contra un erizo, te reías de mí, sin creer lo que te susurraba, incrédula.

A Zanzíbar llegamos por casualidad, tú gracias a que LTE había conseguido un infrecuente contrato de Alitalia para cargar parejas en luna de miel desde Milán, yo por un amigo que me propuso trabajar en Tanzania.

Aterricé en noviembre a nuestro destino, tú lo harías unos meses más tarde, Ismael preparaba con su equipo las Navidades, yo me encargaría de comprar lo que necesitaran, recorrer la isla, viajar a Dar Es Salaam, acercarme a Mombasa.

La isla era una joya esmeralda bañada por aguas turquesa, de arena blanca y enmarcada en arrecife de coral, no hemos vuelto, siempre has querido volver, yo prefiero mantener el recuerdo.

El 22 de enero de 2002 tomabas tierra en Zanzíbar. A las diez de la mañana hora local, en el hall del hotel, charlando con la jefa de recepción, pidiéndole una habitación con vistas al Pontile, se cruzaron por primera vez nuestras miradas. Yo no necesitaba la firma de Ismael para unas válvulas de seguridad y me acerqué a su despacho, te reconocí, sabía por tus compañeras que venías.

—Sé quién eres —te dije y nos besamos a modo de presentación.

—Yo también —me contestaste.

—¿Sí?

—Las chicas me han hablado mucho de ti.

—No será para tanto.

—Me han dicho que eres un poco raro.

—¿Y cómo sabes que soy tu raro? Aquí sobran.

—Te he visto en un par de fotografías. Además, los pantalones son inconfundibles.

—Ismael no quiere darme ropa de uniforme.

—Y por eso te paseas por el hall del hotel con unos pantalones de chándal rotos.

—A modo de protesta. A ver si se le cae la cara de vergüenza.

—No es mala táctica.

—Es un hotel de cinco estrellas.

—¿Y cómo lo llevas?

—Jura que no le quedan camisetas de mi talla. Pero yo no le creo.

—Tal vez sea verdad.

—No quiere dárme las, quiere que me las gane.

—Pues no te des por vencido. Quien la sigue, la consigue.

—¿Adónde vas ahora? —te pregunté.

Se iluminaron tus ojos.

—Eres rápido. Rarito y rápido —me contestaste sonriendo—. ¿Eres zurdo?

—Catalán.

—Pues ahora mismo a la cama, estoy molida y necesito dormir. En un par de horas bajaré a la playa, comeré con la tripulación y me volveré a la cama para la siesta, ¿cómo lo ves?

—¿Sabes que esta noche cenamos en casa de Ismael?

—Me lo han dicho las chicas. ¿Estoy invitada?

—Formalmente invitada. ¿Te gusta la tortilla de patatas?

—Me chifla la tortilla de patatas.

—Pues tendrás el honor de ayudarme a cocinar después de la siesta.

Apareciste con Cristina, un par de botellas de vino y jamón ibérico; te habías informado. Teo y yo nos encargábamos de la fiesta de bienvenida a las tripulaciones, Ismael trabajaba hasta tarde y nos dejaba su casita de director de hotel con barbacoa. Me las arreglé para tenerte cerca desde el principio, te aplicaste como segunda de cocina y no dejamos de reír mientras pelábamos las patatas.

Dimos de cenar a cincuenta personas, a la fiesta se apuntaba medio staff, para bailar quedamos con ellos en el Pontile, nosotros bajaríamos juntos a la playa, nos acabábamos de conocer y no podíamos separarnos un centímetro. Te ayudé a subir a la caja de la pick up de lavandería, dando botes, cogiéndote por la cintura, llegaríamos a orillas del mar.

Boquiabierta por el brillo de las estrellas, el aroma dulzón de la selva, las luces del Pontile sobre el arrecife, el baile hipnótico de los peces con la madera, alrededor de sus pilares sumergidos y cubiertos de vida, la música sobre el océano, la luna entre las palmeras, qué maravilla, me susurraste, qué preciosidad, es impresionante.

Reímos, cantamos, bailamos, nos cogimos de la mano y nos besamos de verdad y por primera vez bajo el cielo estrellado de Tanzania interpretando muertos de risa *Vivir así es morir de amor* de tu queridísimo Camilo.

—¿Cómo lo sabías? —me preguntaste.

—Magia.

—En serio, ¿cómo lo sabías?

—Tengo mis recursos, por eso me han traído.

—Vives en el paraíso.

—Ahora sí.

Bailamos hasta que las piernas nos dejaron, nos besamos un par de veces, medio jugando, dos

besos furtivos que jamás olvidaré, estabas cansada, necesitabas dormir y me ofrecí a acompañarte.

Paseamos por la playa de regreso al hotel, intentaba amanecer y te cogí de la mano, refrescaba, tenías frío y la piel erizada, te quedaste mi camiseta de manga larga, atravesamos los jardines de la piscina, un masái de guardia nos dio las buenas noches, llegamos a tu habitación y me regalaste un abrazo.

—¿Mañana te veo? —me preguntaste en la puerta.

—En un ratito si quieres.

—Sí, quiero. —Me besaste en la frente y te fuiste a dormir.

Los empleados lo hacíamos pasada recepción, en el ala oeste, mis pies flotaban independientes, seguían el camino de vuelta, sin preguntarme, como instruidas abejas de vuelta a casa. Fue cruzando el hall del hotel cuando solos y de improviso giraron sobre sus talones y no se detuvieron hasta presentarse de nuevo en la puerta de tu habitación.

Mi mano izquierda llamó un par de veces y apareciste sorprendida y monísima con un pijama azul celeste de pantalón corto, abriéndome.

—¿Qué pasa? —susurraste—. ¿Has olvidado algo?

—A ti —contestó en mi nombre mi aparato fonador—. Vengo a dormir contigo.

—No estropees la noche. Ha estado muy bien —me dijiste.

—Necesito dormir contigo —te contesté, colándome en tu vida—. Dormir y solo dormir, te lo prometo.

Y dormimos juntos.

Por la mañana salí a la carrera de tu cuarto, no me despedí, lo siento, se me había hecho tarde y no llegaba a fichar a la oficina, debía recoger y organizar las órdenes de compra, preparar la ruta a Stone Town.

Me acerqué al comedor de empleados, convencí a Teo para que no me acompañara, él necesitaba cloro para la piscina del Sea Club, yo me encargaría. Preparé el material y esperé a que aparecieras en el Ngalawa, el comedor principal del hotel, para desayunar. Ahí estabas.

—¿Qué haces ahora? —te pregunté con un par de mangos abiertos en un plato.

—Buenos días —me contestaste—. Te has ido sin despedirte, ¿es marca de la casa?

—Solo si me quedo frito. Lo siento, tenía prisa, llegaba tarde, debía prepararte una sorpresa.

—Muchas gracias —dijiste, robándome el desayuno—. Me encantan los mangos, es mi fruta favorita, ¿cómo lo sabías?

Ahora lo sé, sé que no hay amigos con un par de mangos en juego.

—¿Qué haces por la mañana?

—Desayunar.

—¿Y luego?

—Nada. Ir a la playa, tomar el sol, las chicas duermen todavía, esperar a que se despierten.

—A las diez nos vamos.

—¿A dónde?

—Te recojo en recepción en media hora.

Estás espectacular con el vestido azul del Kilimanjaro, cómo me gusta ese vestido, qué bien te queda. Llegamos con la pick up de mantenimiento a la hora convenida, te presenté a Mamudi, nuestro chófer, y nos fuimos a comprar a Stone Town.

Fueron cincuenta minutos deliciosos de viaje, te comías con los ojos la selva, los caminos rojos de arcilla, el vuelo de las garcetas, los campos inundados, absorbías sin filtro la brutal belleza de la isla, la primera impresión de Zanzíbar es fulminante, ver la belleza reflejada en tus ojos fue un sueño.

En Stone Town, como en la mayoría de ciudades si lo piensas, cada cosa está en su sitio, los tornillos con los tornillos, las piñas con las piñas, las peras con las peras, los peces con los peces, los aires acondicionados con los aires acondicionados, el cloro con el cloro; recorrimos la ciudad de este a oeste, buscamos, revolvimos, preguntamos en inglés, regateamos en swahili, compramos, nos reímos, nos hicimos los enfadados, no nos dejamos estafar, nos dejamos, mientras llenábamos el maletero de la furgoneta.

A mediodía, y con la mitad de la pick up cargada, paramos a comer y comimos los tres en un restaurante local, el fuego en el suelo, pollo frito picante en la mesa y zumo de mango en un vaso de cristal tan viejo como limpio.

—¿Te gusta el picante? —te pregunté.

—El negro sufre hasta cuando come —me contestaste. Ahora sé el motivo.

Te encantó el pollo. Repetimos.

Por la tarde callejamos la zona antigua de Stone Town, la iglesia anglicana, el puerto, las casas de coral, buscamos muebles para las habitaciones del hotel, figuras de madera tallada para la entrada. A Teo le he planteado dejar el trabajo y montar un negocio a medias, te dije, pero el abuelo no lo ve claro, llevaba tres años en la isla y sabía que cualquier empresa en manos blancas fracasaba. Una carpintería, Teo, venderemos a hoteles, a turistas, exportaremos, seremos felices sin jefes en la isla. No la montamos, no nos dio tiempo.

Te fascinaron los muebles, el trabajo exquisito en madera de coco, su calidez, sillas, mecedoras, baúles, encimeras, puertas artesanales, el material era excelente y ellos unos artistas. Entre dos marcos, escogí una lámpara que te puse en las manos.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta?

—Me encanta. La he visto, nada más entrar me he fijado en ella. Es una preciosidad, una joya.

—Se la he enseñado a Ismael para las habitaciones.

—Sí, por favor —exclamaste emocionada—. Qué horribles son las lámparas del hotel, son espantosas, hay que quemarlas en cuanto lleguemos. ¿Cuántas compramos de estas?

—Me ha dicho que ni hablar.

—¿No le han gustado? No te creo.

—Mucho. Y a los clientes más. Y eso es malo para el negocio, me dijo.

—¿Por?

—Se las llevarán a casa y no puede permitírselo.

—Tiene razón —dijiste, soltando una carcajada—. Tu jefe tiene más razón que un santo. El tío es bueno. Seguro que volarían en menos de una semana. Son preciosas —añadiste, dejándola en su sitio—, pero demasiado apetecibles.

Oscurecía, dejamos el laberinto de tiendas y casas, nos subimos a la pick up, parecías exhausta, comprar en África es agotador, necesitabas una ducha, pero antes de volver al hotel

debíamos visitar un par de aldeas y comprar makuti trenzado de hoja de palma para reparar los tejados de las cabañas que debían estar listos antes de las primeras lluvias de abril.

Visitamos cinco o seis poblados, compramos el makuti que quisieron vendernos, sin regatear el precio, era siempre el mismo; al contrario que en la ciudad, allí se respiraba paz, los niños sonreían alegres, saltaban frente a nosotros, nos cogían de la mano, nos acompañaban, querían que jugáramos con ellos, no olía a gasolina, solo a palma y coco.

En el último pueblo y nada más poner el pie en el suelo, un bebé de quince meses rompió a llorar desconsolado. Los niños empezaron a reír, las mujeres a señalarme, los hombres murmuraban enseñando los dientes.

—¿Qué pasa? —me preguntaste sorprendida—. ¿Por qué llora el bebé? Qué pena, y ¿por qué se ríen? ¿Qué ocurre?

—Se ríen porque está muerto de miedo.

—Porque está muerto de miedo se ríen, qué pena. ¿Qué le pasa? ¿De qué tiene miedo?

—De mí.

—¿De ti?

—De mí. Es la primera vez que ve a un hombre blanco.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

—Pues no eres de los más feos, ha tenido suerte —me dijiste, acercándote al bebé, cogiéndolo en brazos, acunándolo hasta dormirlo.

Compramos el makuti que pudimos, dejaste al bebé amodorrado en los brazos de su madre, la noche caía mansamente sobre la isla, la luna se alzaba apacible sobre los campos anegados de arroz, se nos hacía tarde, debíamos llegar al hotel antes de que cerraran la cocina.

Descargamos el material en el almacén de mantenimiento, Mamudi se despidió de ti con una reverencia y salimos hacia recepción. Querías cambiarte de ropa, ducharte y cenar algo de fruta. Cruzamos juntos el hall del hotel, saludamos a tus compañeras, que se reían de nosotros, recorrimos los jardines de la piscina.

—¿Me acompañarás hasta la puerta? —preguntaste con mirada socarrona—. Conozco el camino y no es hora de dormir, ¿por qué me sigues? ¿Quieres meterte en la cama tan pronto?

—Quiero verte la cara.

—¿Verme la cara?

—La cara, sí, la cara.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Ya veremos.

Llegamos a tu habitación, abriste la puerta y soltaste un grito enorme al encender la luz.

—No me lo puedo creer —dijiste, pellizcándome el brazo—. No me lo puedo creer, dime que no, dime que no es verdad. No me lo puedo creer. ¿Cómo lo has hecho?

—Magia.

—¿Magia negra?

—De hecho, muy blanca.

—¿Cómo lo has hecho?

—Si lo piensas tampoco fue demasiado complicado —contesté.

—¿Teo?

—Teo. ¿Te gusta?
—Me encanta, es preciosa —dijiste, lanzándote sobre mí—. Me encantas.
—Me alegre.
Nos besamos.
—Ha sido un día espectacular, uno de los mejores días de mi vida. —Me besaste de nuevo.
—Todavía no ha acabado.
—¿Quieres entrar a dormir conmigo un ratito?
—Si entro, es posible que no quiera salir nunca, te lo advierto.
—Tú te has propuesto que me vuelva loca por ti, ¿verdad?
—Tú ya estás loca por mí —contesté, entrando en la habitación, siguiendo tus caderas.
—Todavía no. Me queda un poquito —dijiste, acariciando la lámpara de coco que descansaba sobre la mesita de noche—. Un poquito de nada.
—Habrá que ponerle remedio.
—Te vas a enterar de lo que vale un peine —dijiste, lanzándome a la cama—. *Once you go black, you'll never go back* —añadiste, quitándote el vestido azul del Kilimanjaro—. Solo te voy a pedir una cosa.
—Las que quieras.
—No me pidas matrimonio. No me pidas que me case contigo.
—Lo intentaré.
—Así me gusta —dijiste, quitándome los pantalones.
—¿Te gustan los niños?
—Me encantan —contestaste, mordiéndome el cuello—. Pero tengo sobrinas.
—Bien —dije, besándote, acariciándote despacio entre las piernas, quitándote aquellas braguitas naranjas que tenías.



[Vídeo](#)

Persianas abajo, cortinas corridas, la luz de la lámpara acaricia exánime la pareja de elefantes de ébano acurrucados junto al sofá, televisor encendido, sin voz, y el programa médico habitual revoloteando por las paredes blancas y lisas del comedor.

Jorge es el primero, Mery no cuenta, lleva tres horas en la cocina, con él entra en casa su familia, me tiende la mano.

—¿Cómo te va?

No contesto, no puedo, suena el timbre de nuevo, Puchi y familia, con ellos la hija de Nuria y su novia, Patri.

Intento saludar, pero de nuevo me interrumpe el zumbido de la puerta, José María y familia.

—¿Dónde está? —me pregunta Jorge.

—En la cama.

—¿Está tranquila? —pregunta Puchi, abrazado a su hija.

—Descansa.

—Quiero verla —dice Jorge.

—Entra —contesto—, es tu hermana.

—¿Está dormida? —pregunta Puchi.

—Hace un ratito veía la tele.

—¿Está mejor?

—Agotada. La quimio le ha disparado las pulsaciones, le cuesta moverse, se cansa, pero está bien, mucho mejor.

—¿Y las pruebas? —pregunta Puchi.

—Impolutas.

—¿Seguro? —insiste, cogiéndome con fuerza por el hombro.

—El último TAC ha salido completamente limpio, no hay nada.

—¿No tendrán que darle más quimio?

—La doctora ha descartado más ciclos de quimio. No son necesarios, no se ve nada.

Puchi me abraza y Jorge abre la puerta de la habitación.

—¿Se puede? —pregunta con un pie dentro—. ¿Cómo te encuentras, hermana?

—¿Qué tal? —pregunta Nuria, recolocando la cabeza en la almohada—. ¿Y eso que habéis venido todos?

—Queríamos celebrar juntos la noticia —contesta Jorge, sentándose en la cama—. ¿Cómo estás? Tienes buena cara —dice, acariciándole las mejillas.

—Hecha polvo —susurra Nuria exhausta—. No me puedo mover, parece que me hayan dado una paliza.

—Normal, te han dado mucho tute —dice, besándola en la frente—. ¿Contenta?

—Muy contenta —contesta Nuria, intentando incorporarse.

—No te muevas —le susurra Jorge—. No hace falta. Descansa, recupérate, lo peor ya ha pasado, ahora es cuestión de tiempo, de comer bien y de que el cuerpo se recupere. No te muevas.

—¿Qué tal, sister? —pregunta Puchi en el umbral de la puerta—. Hecha una jabata, te veo.

—Bueenooo —contesta Nuria débilmente—. Ya me ves, ni moverme puedo.

—Poco a poco —dice Puchi, sentándose en la cama con su hermano. Los tres se funden en un abrazo—. Ahora a comer bien, descansar y lo que te pida el cuerpo, sin excesos.

—¿Qué tal el estómago? —pregunta Jorge, acariciándole la cabeza—. Qué suave está.

—¿Verdad? —dice Nuria—. Me da gustito tocarme la cabeza.

—Te saldrá pronto el pelo —dice Puchi—. No te preocupes.

—Estoy pensando en raparme al cero —contesta Nuria, cerrando los ojos—. Es una gozada no tener que preocuparse por el pelo, es una gozada el tacto, no hay que secarlo, no son más que ventajas.

—De eso nada —dice Mapi en la puerta—. El pelo negro hay que sufrirlo con orgullo.

—Mira quién ha venido a verte.

—¿Quién? —susurra Nuria sin fuerzas.

—Tu hija —contesta Puchi.

—¿Mi hija? —pregunta Nuria sin entender.

—Tu hija Mapi —repite Puchi.

—Hija —susurra Nuria con una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —contesta Mapi, cogiéndole la mano—. Menudo susto nos has dado, mami famosa. Estábamos de los nervios.

—Ya ha pasado lo peor —contesta Nuria.

—Lo sé, me lo ha dicho Puchi. Me alegro tanto. Ahora hay que descansar, tienes que hacer bondad, pensar en ti, solo en ti y cuidarte mucho.

—Eso será complicado —dice Puchi, abrazando a Mapi por la cintura.

—*Hello* —es Patri ahora la que saluda desde la puerta.

Se conocen de siempre, del instituto, de salir por el barrio, de contarse la vida, de llorar, de reír juntos, Patri es fotógrafa, diseñadora, artista, trabaja en una agencia de publicidad y Puchi es su escudero, su alma gemela.

Quince años atrás, una noche de verano y de madrugada, le llamó por teléfono, debían verse, había conocido a una chica en un bar de ambiente, estaba en su casa y necesitaba presentársela.

Antes de volver a dormirse, aceptó ir al piso de la amiga de su amiga, Mapi, sin comprender las prisas, la urgencia, las horas; a sus ligues las conocía saliendo, en una cena, en un picnic, de concierto, aquello era forzado, demasiado raro incluso para ella. Será la chica, pensó, colgando el teléfono.

La novia de su amiga vivía en el centro, en un pequeño estudio a un paso del mercado. Habían quedado en el portal, subirían de la mano los cinco pisos hasta el apartamento.

—¿Qué tramas? —le preguntó Puchi, dándole un beso en la boca—. ¿A qué viene tanto interés porque conozca a tu novia? ¿Hay boda?

—¿Mi novia? —contestó Patri—. Nos estamos conociendo.

—No hay boda, entonces.

—Podría haberla —dijo Patri, alisándose la manga de la gabardina—. No es descartable, nada es descartable en esta vida, pero no estás aquí por eso.

—No entiendo.

—Lo entiendo —contestó Patri, abriendo la puerta.

—¿Tienes llaves?

—Claro.

—¿Y no es tu novia?

—No es lo que parece.

—¿No?

—No —dijo Patri—, es mucho más prosaico de lo que crees, el telefonillo no funciona y son cinco pisos, ¿subimos?

Subieron un quinto piso sin ascensor, llegaron sin aire al último tramo de escalera, en la puerta esperaba Mapi con un par de cervezas congeladas en la mano.

—No me mires así, le he dicho que veníamos —dijo Patri—, ambos sabéis que soy extremadamente puntual.

—No he abierto la boca —contestó Puchi.

—Puedo leer tu mente. Para mí, eres cristalino.

—¡Felicidades! —exclamó Mapi, dando saltitos frente a la puerta abierta de su apartamento—. Quien llega a este punto, se merece una buena cerveza —informó a Puchi, entregándole un botellín congelado y dos besos en la mejilla.

—Gracias —dijo Puchi sin resuello, abrazándose sin fuerzas a la probable esposa.

—¿Y para mí no hay nada? —preguntó Patri, sujeta a la barandilla.

—No te pongas celosa —contestó Mapi, regalándole un bocado en el cuello—. Tu amiga es muy celosilla. ¿No te lo ha dicho?

—No estaba al corriente —dijo Puchi, secándose de cerveza los labios—. No tenía ni idea. ¿Eres celosa, Patricia?

—Hay muchas cosas que no sabéis, hacedme caso —dijo Patri, entrando en el piso de su amiga—. Necesito sentarme, lo siento, estoy afonada.

Mapi cerró la puerta y le mostró el piso, una pequeña habitación de matrimonio en una cocina diminuta en un comedor inexistente en treinta y cinco metros cuadrados; le ofreció unas aceitunas, que Puchi rechazó petrificado frente a una conocida fotografía enmarcada.

—A mí tampoco me gustan —dijo Mapi, sentándose en el sofá junto a su chica—, a Patri sí, a Patri le vuelven loca, por eso las tengo. ¿Quieres unas aceitunas, cari? —preguntó, acariciándole la pierna.

—¿Negras?

—Siempre —aclaró, presumiendo de bíceps color chocolate—. A tu amigo parece que le ha dado un algo —dijo, señalando a Puchi con la barbilla.

—Seguramente un tabardillo —confirmó Patri.

—¿Llamamos a urgencias?

—Veamos cómo evoluciona —contestó divertida—. Sabía yo que era bueno traerlo.

Puchi, inmóvil, plantado en medio del salón, cocina, cuarto de invitados, observaba la fotografía, rígido como una vara, pálido como una muñeca de porcelana, mudo.

La novia de su amiga, Mapi, fue nacida en Guinea, la trajeron de pequeña a España, creció en el seno de un matrimonio blanco heterosexual, era lesbiana y quería trabajar en la tele.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —preguntó preocupada—. Esto empieza a irse de madre. ¿Habéis fumado algo raro antes de subir? Ya sabes que no me gusta que fuméis cosas raras.

—Está asimilando —contestó Patri—. Su cerebro empieza a entender, está relacionando,

mírale los ojos, están comprendiendo. ¿No es fascinante?

—No te entiendo —dijo Mapi—. Juan Carlos, ¿estás bien?

—Tranquila, no le ocurre nada —dijo Patri—. En breve, también tú entenderás —añadió divertida, disfrutando de la escena—. Déjalo un poquito. Estate tranquila.

—Pero ¿qué le pasa? —repitió Mapi—. Cuéntamelo, no me gustan las sorpresas y la broma está durando demasiado.

—No me llames Juan Carlos —susurró aterrizando—. Soy Puchi.

—Pensé que tu nombre era Juan Carlos —contestó Mapi.

—¿Quién es esa mujer? —arrancó Puchi—. Quiero decir, ¿por qué tienes la foto enmarcada de esa mujer en tu estantería?

—¿Qué mujer? ¿Qué foto? ¿Qué está diciendo tu amigo, Patricia?

—Acelera Juan Carlos —dijo Patri—. No dejes a la chiquilla a medias, sé un hombre por primera vez en tu vida.

—Tienes la foto de una chica negra entre fotos de blancos. ¿Qué hace esa foto en tu estantería?

—Es mi mami famosa, mi mami Nuria —contestó Mapi—. ¿Por?

—Es mi hermana, Nuria —contestó Puchi.

—No me lo puedo creer —susurró Mapi—. No puede ser —repitió con un nudo en la garganta—. ¿Me estáis tomando el pelo? Patri, ¿me estáis tomando el pelo? ¿Conocéis a Nuria?

Había nacido en Guinea, sus padres adoptivos la trajeron con cuatro años a España, el orfanato no tenía registros de los padres biológicos, tampoco preguntaron. Conocía su África natal por las noticias que llegaban, mapas antiguos, libros de historia, amaba con locura a su padre blanco, un poquito más a su madre y el hueco que habitaba en su interior lo ocupaba Nuria, su mami famosa.

En un cajón de su antigua habitación conserva todavía recortes de periódicos de Nuria, de revistas, cualquier retal donde apareciera su cara Mapi lo convertía en un recuerdo. De niña la imaginaba viajando, grabando, firmando autógrafos, acudiendo a galas benéficas, su mami famosa no tenía un segundo, estaba tan ocupada, viajaba tanto, que les resultaba imposible vivir juntas. Por eso la había dejado a cargo de una estupenda familia que cuidaría siempre de ella, había elegido a los mejores padres del mundo que intentarían hacerla feliz siempre.

Estaba convencida de que un día se conocerían, un día se fundirían en un abrazo, un día se la comería a besos, un día dormiría junto a su mami famosa, sentiría el calor de su pecho, el olor de su cabello, un día sería uno de los mejores días de su vida.

La foto de Mapi es un recorte de revista de Nuria sonriendo con una botella de batido de chocolate en la mano, le maravillaban los colores de aquella instantánea, los ojos de su mami famosa, sus dientes blancos y menudos, perfectos. Tenía otras fotos, seguramente mejores, tenía la colección completa, pero aquella era su preferida, aquella la llevaba siempre en el bolsillo izquierdo de su chaqueta, con aquella había pasado los mejores y peores días de colegio, con ella se presentó en su primer día de instituto, aquella era la foto, aquella era su foto de infancia.

Seguramente, jamás leas estas páginas, quizás estos folios nunca lleguen a tus manos, estimado Risto, sin embargo, es obligado agradecerte la terapia, tu ajena y silenciosa predisposición a escucharme sin saberlo, muchas gracias, Risto, por convertir el espinoso camino en una senda algo más llevadera.

Nuria está bien, perfectamente recuperada, me dice que te mande un saludo, tiene fuerzas y está tremendamente ilusionada con el proyecto. Un abrazo enorme.



[Enlace web](#)